
HOY
ARPAS
JESS GR ANNY PETERSON
NOELIA FRUTOS RACHEL RP

Hoy

Arpías 2

Jess GR
Anny Peterson
Rachel RP
Noelia Frutos

Copyright © 2026 Jess GR, Anny Peterson, Rachel RP, Noelia Frutos

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Corrección: Nia Rincón
Diseño de cubierta: Anny Peterson

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Contents

Title Page
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo 1
Epílogo 2

Capítulo 1

Preston

Ha pasado un mes desde que casi me atraganto con una tostada cuando un tipo cayó del cielo y se incrustó en el techo de un Honda Civic.

Y, desde entonces, he vuelto a esta cafetería casi cada día, a la misma mesa, la única desde la que se ve el portal y el callejón sin girar el cuello.

Un mes observando un maldito edificio de ladrillo rojo en el que entran y salen cuatro mujeres jóvenes y hermosas, además de hermanas, a tenor de sus apellidos.

La camarera se llama Brenda, cincuenta y muchos, se ha divorciado dos veces y es fan de los Bulls, y siempre me hace la misma pregunta cuando me trae el café.

—¿Hoy también tostada de aguacate, guapo?

—Sí. Hoy también.

—Algún día tendrás que probar otra cosa.

—Quizá otro día.

Sonríe, me palmea el hombro como si fuera su sobrino y se va con la bandeja a atender a una pareja de jubilados.

Soy lo más parecido a un cliente fijo que tiene este sitio.

No entraba en mis planes convertirme en el tipo de hombre que pide siempre la misma mesa por motivos que no piensa contarle a Brenda, pero aquí estoy.

Lo que pasó esa mañana en el callejón ya lo redactó un becario de homicidios en un informe de cinco páginas. Con varias faltas de

ortografía, por cierto. No obstante, nadie documentó lo que pasó en la morgue.

Yo mismo escolté el cuerpo de Terry Jones hasta el depósito.

No me correspondía. Asuntos Internos no escolta cadáveres, pero pedí el favor a un compañero del turno, le dije que estaba aburrido y quería estirar las piernas, y el tipo, que es de los que prefieren no hacer papeleo extra, me lo agradeció con un «todo tuyo, Reed» y se fue a casa.

Una hora después, llegó el hombre que huyó de la escena del crimen y al que perseguí hasta que desapareció con su coche.

Al verme, imaginé que huiría de nuevo, pero hizo lo contrario. Vino directo a mí, me ofreció la mano con la educación medida de un comercial de seguros y se presentó:

—Jesse Jones. Soy hermano del fallecido.

Tenía unos treinta años, iba bien afeitado y mejor vestido. No tenía un puto pelo fuera de sitio, pero traía una mirada entrenada durante mucho tiempo para mantener la calma, como si fuera un funcionario que viene a hacer un trámite administrativo.

Podría haberme puesto quisquilloso y pedirle explicaciones de por qué había huido, pero me callé. Mi intuición me decía que Jesse Jones, con su americana planchada y su apretón de manos firme, no era el típico hermano que venía a identificar un cadáver. Era otra cosa. No sabía cuál. Pero quería saberlo.

La gente cree que los policías buenos son los que no hacen daño. Yo he aprendido que los policías buenos son los que saben con exactitud cuándo hacerlo.

El tal Jesse estuvo serio en todo momento mientras reconocía al que, según decía, era su hermano. También durante la llamada que realizó posteriormente para confirmarle a alguien que «zanjaría el asunto lo antes posible» apenas sin parpadear.

Y cuando ya pensaba que el tipo no era humano, se giró hacia la pared, apoyó las manos y empezó a llorar de la forma más cruda que he visto.

Como llora un hombre que se ha contenido durante horas y que no aguanta un segundo más. Con sonidos guturales que no pueden

fingirse. Los hombros caídos, las rodillas dobladas y ocultando la cara como si tuviera doce años y acabaran de pegarle.

El forense se apartó por respeto profesional.

Yo me quedé donde estaba. Observándolo tras la pequeña ventana de la puerta. Siempre fui un niño curioso. Y después un adulto cotilla.

Cuando miro a una persona, no puedo evitar sentir sus secretos a flor de piel. Porque todos, absolutamente todos, escondemos algo. Pero hay gente de la que no puedo apartar la mirada porque presiento que lo que esconde quiebra una docena de leyes por lo menos…

Y Jesse y las vecinas del edificio rojo son de esas personas.

Me doy un golpe mental, obligándome a recordar por qué estoy en Chicago.

Tengo treinta y dos años y entré en la policía a los veintidós, siguiendo los pasos de mi padre.

Mi madre fue enfermera en Urgencias durante cuarenta años antes de retirarse, y sigue creyendo que mi trabajo es un mal sitio para alguien con vocación de hacer el bien. No la culpo. Llevo diez años intentando demostrarle que se equivoca, y continúo sin conseguirlo.

A Chicago no quería venir.

Llevaba seis años cómodo en Asuntos Internos de Minnesota bajo las órdenes del capitán Daniel Whitaker, alias «el cabrón que me lo enseñó todo». Sesenta años, exmarine, dos divorcios y la costumbre de llamarme «hijo» desde el primer día porque ni él ni Nora, su mujer, llegaron a tener hijos propios, y eso, según Danny, le da derecho a adoptar al becario más prometedor de cada promoción.

A mí me adoptó cuando entré en el cuerpo. Y no me quedó más remedio que dejarme. Nadie le dice que no a ese hombre.

Cuando me ofreció venir aquí, protesté.

—Capitán, no me apetece Chicago…

—Aceptarás.

—Pero…

—Tienen un problema serio. Necesitan a lo mejor del cuerpo. Te he recomendado yo mismo. Aceptarás.

—No fastidies…

—El sueldo es bueno, te pagan el alojamiento y la cerveza de Chicago no es peor que la nuestra. Vete.

—¿Y si no quiero?

—Irás igualmente, pero más cabreado.

—Danny…

—Han recibido muchas quejas anónimas de ese departamento. Dicen que el superintendente está haciendo cosas muy raras…

—¿Qué? ¿El jefe de policía de Chicago?

—Exacto. Y cuanto más arriba está el sujeto corrompido, peor. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad…

—¿Eso no es de *Spiderman*?

—Me has pillado. Pero queremos que vayas allí y lo investigues como solo tú sabes, Preston. ¿Cuento contigo, hijo?

No pude negarme.

Así que estoy en Chicago solo para descubrir lo que trama el mandamás de turno en comisaría, sin embargo, me sorprendo estudiando los patrones y horarios de esas chicas para encontrar alguna pista que confirme que aquella muerte no fue algo que pudiera archivarse y dormir tranquilo por las noches.

Haré lo que mejor sé hacer: esperar y observar hasta que algo no encaje.

¿Que de dónde saco el tiempo?

Es lo bueno de Asuntos Internos. Nadie te pregunta demasiado qué estás haciendo mientras encuentres algo que justifique tu sueldo. Y la verdad es que siempre descubres alguna cosa.

El jefe de policía sigue siendo mi objetivo oficial. Sus números no cuadran, sus decisiones tampoco y hay más de un agente dispuesto a hablar de sus cagadas. Es decir, trabajo hay, pero también mucho tiempo libre. Y a mí me gusta llenar huecos.

«Vale. Ha sonado más porno de lo que pretendía».

Lo primero que entendí del jefe de policía es que no es ningún torpe. Los torpes dejan rastro; los listos dejan huecos inexplicables.

Transferencias pequeñas repartidas en meses distintos. Informes que desaparecen y reaparecen en el fichero general con ligeros cambios. Operativos que se cancelan justo antes de que algo salga muy mal. Casos que se cierran con demasiadas prisas.

Nada lo bastante grande como para encender una alarma, pero todo lo bastante raro como para que a alguien, en algún momento, le haya incomodado.

Y yo soy el encargado de averiguar por qué.

Cuando pedí el informe del caso Terry Jones al Departamento de Homicidios, confirmé que se había cerrado como un suicidio. Sin sospechosos.

Según las cámaras de seguridad, Terry ni siquiera llegó a acceder al edificio. Subió por la escalera de incendios hasta la azotea, y aquello bastó para descartar cualquier intervención de las cuatro hermanas que vivían allí. Dos de ellas ni siquiera se encontraban en el edificio en el momento de la muerte. Las otras dos declararon haber permanecido juntas en la tercera planta durante los hechos. No había una sola prueba que las situara junto a Terry.

Aun así, sus nombres aparecían una y otra vez en el expediente. Naomi Smith, Dayane Smith, Rowan Smith y Neva Smith. Desde entonces no he dejado de investigar sus vidas. Porque tenía la intuición de que había algo extraño en ellas. Como por ejemplo, la hermana punk que tenía la extraña costumbre de tatuar a la gente en los momentos más inoportunos.

La seguí como si fuera una sospechosa de homicidio, no una simple mujer que me llamaba la atención. Porque sabía que, si me descubría, no habría una segunda oportunidad.

No tardé en encontrar su estudio de tatuajes.

Tenía los cristales oscuros y un cartel de neón que prometía dolor como si fuera un servicio *premium*.

Apenas sabía nada de ella, pero sentí que le pegaba esa broma. Humor negro. Reconozco que ahí me ganó un poco más.

El primer día me quedé al otro lado de la calle durante un buen rato, observando qué tipo de gente entraba y salía. Algunos abandonaban el lugar con cara de haber tomado la peor decisión de su vida. Ella siempre estaba dentro, moviéndose de un lado a otro con esa seguridad que no se aprende, se tiene o no.

Llevo toda mi vida clasificando a la gente con una sola mirada, pero a ella la miro y la casilla se queda en blanco. Eso me cabrea más de lo que debería.

Esa chica nunca sonríe. Jamás. Y nadie parece darle importancia.

Me he repetido unas cuantas veces que no puedo entrar ahí y preguntarle directamente por qué. Que esas chicas no son parte de mi trabajo. Y, aun así, sigo vigilándolas como si otro cadáver fuera a caer del cielo.

Me planteo entrar como civil a hacerme un tatuaje cualquiera, pero nunca me he tatuado nada. Supongo que porque siempre me gustó la idea de que mi piel no contara historias que no quisiera explicar.

No obstante, todo apunta a que mi primera vez va a ser por culpa de una chica que no sé si está implicada en un homicidio o en algo bastante peor.

No debería mezclar las cosas. Eso lo sé. Pero hay algo. Un hilo invisible, que cuanto más tiro de él, más me cuesta soltar. Hasta a mí mismo me cuesta convencerme de que esto sea solo una corazonada profesional.

Las corazonadas profesionales no te hacen pedir siempre la misma mesa en tus ratos libres.

Y esa tatuadora que no dejaba de mirarme en la escena de un crimen no debería llamarme tanto la atención. Pero lo hace. Y mi curiosidad por ella empieza a ser un problema.

En mi trabajo, cuando algo no encaja, lo investigas.

Si algo te genera dudas, profundizas.

Y cuando algo te obsesiona, lo desnudas. ¡Digo…, lo desarmas!

Pero ella no encaja en ningún patrón.

No sé qué es. No sé qué hace ni qué oculta. Y tampoco sé por qué me importa tanto.

Brenda vuelve a la mesa con la cafetera.

—¿Otro, guapo?

—Otro, Brenda.

—Te va a dar taquicardia.

—Ya me da sin café.

—Ah, ¿sí?

—Por motivos personales.

—Es decir, por una mujer.

Siempre he pensado que los camareros tienen un olfato casi tan apurado como el de los policías. Saben calar a la gente.

—Exacto.

—Pobre…

—¿Ella o yo?

—Tú, hijo. Tú.

Y se va con la cafetera, dejando dos azucarillos extra al lado de la taza porque Brenda es de las que cuidan a la gente sin preguntar.

Le doy un sorbo al nuevo café.

Miro al edificio.

Y por primera vez en treinta y dos días me planteo pasar a la acción.

Podría entrar a ese estudio de tatuajes con una buena excusa y forzar una conversación. No sería la primera vez que utilizo una tapadera absurda para acercarme a alguien.

Todavía no lo he hecho porque hay una diferencia muy clara entre un caso y una obsesión. Y yo aún no sé en cuál de los dos estoy metido.

Capítulo 2

Nao

Hay tres cosas que sé hacer bien: tatuar, callarme lo que pienso y reconocer cuándo alguien va a joderme la tarde.

Las dos primeras me las trabajo día a día. La tercera me la regaló la genética, supongo que en compensación por no haberme dado una habilidad más guay, como lanzar rayos por los ojos.

De pronto, la reja del montacargas se abre y Day entra de mala leche en la planta común. ¡Din, din, din! ¡Premio!

Su cara de amargada ha sido habitual durante este último mes, pero hoy es incluso peor.

—¿Estás bien? —pregunto intrigada.

—Llevo semanas sin estar bien.

Pfff… Vale. Cuando Day se pone literal es muy mala señal. Se mueve como si estuviera a punto de romperse y no supiera por dónde empezar.

Row permanece tumbada en el sofá con los ojos cerrados. Es extraño que no haya captado sus *vibes* negativas. Es medio bruja. Y disfruta avivando las llamas de tu infierno personal.

—Si vas a llorar, hazlo en la cocina —murmura, demostrando que sí las ha percibido—. O me vas a joder mi momento zen.

Day le clava una mirada asesina.

—Te lo voy a fastidiar igual. Acabo de enterarme de que Jesse vuelve mañana a la ciudad —suelta a bocajarro.

Row deja de hacerse la muerta y yo me levanto en el acto. Neva no se mueve de su enorme puf de colores.

—¿Cómo lo sabes?

—Madre me lo ha dicho antes de irme de la oficina.

—¿Y ahora qué? —pregunta Row inquieta—. ¿Vamos a ponerle una alfombra roja o vamos a dispararle desde la pista de aterrizaje? Yo voto por lo segundo.

Day aprieta los puños.

—Vamos a ir a por él. Me da igual lo que pase. No dejaremos que se libre del asesinato de Terry.

—Yo me apunto —digo.

—Y yo —se suma Row—. Cualquier posibilidad de violencia es bienvenida.

—No es violencia. Es justicia —aclara Day, resentida.

—Es lo mismo —digo seca—. Solo tienes que decírtelo a ti misma las veces suficientes.

Se hace un silencio cómplice.

—Jesse no va a ser fácil de matar —añado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si Madre lo ha tenido desaparecido un mes es por algo. Lo acusaste directamente, Day. Lo estarán protegiendo, llevará escolta —le recalco.

—Entonces, su escolta también morirá —señala Row, implacable.

—No creo que Madre trate de protegerlo de nosotras, nos habríamos dado cuenta en este mes, ¿no? —interviene Neva.

—He sido cuidadosa —contesta Day—, Madre cree que estoy triste por recordar a los otros, no por Terry.

—Entonces, ¿no hay escolta para matar? —pregunta Row con el mismo tono que un niño cuando le dices que ya no va al parque.

—¿A qué hora llega? —pregunta Neva, ignorando a Row deliberadamente.

—A las once y media.

—Pues yo me lo pierdo. Tengo que ir a entregar unos papeles al colegio a esa hora.

—Pobres niños… —murmura Row divertida—. No saben que su profe puede borrarles la memoria antes de un examen.

—Yo no hago eso. Solo se las borro cuando me apetece tirarme un pedo sin cortarme.

Row suelta una risotada sonora. Y la observo como si acabara de hacer algo extraordinario. Porque para mí lo es. Nunca he sido capaz de reírme así. Y no es porque no entienda el sarcasmo o la ironía. Simplemente mis emociones no estallan de esa forma. Más bien tienden a esconderse tan al fondo que yo creo que se han perdido en el limbo.

Neva se acerca a Day y le frota la espalda con cariño. Otro gesto que ni me sale ni me saldrá nunca. Yo solo sé consolar a la gente clavándoles la aguja de mi pistola.

—Iremos tú, Row y yo —digo para mostrar mi apoyo ante la situación.

Day asiente agradecida.

—Genial. ¿Cuál es el plan? —pregunta Row.

—Ya improvisaremos —contesto.

—Uh… Mi método favorito.

Observo a Day. Tiene la mirada perdida.

—¿Y si él no mató a Terry?

—¿Tienes dudas? —pregunto con el ceño fruncido—. Sabemos que ha sido él. Madre lo quería muerto. Jesse es su mano derecha. Y, a día de hoy, lo sigue siendo, ergo…

—Ergo no va a salir vivo de ese aeropuerto —remata Row, crujiéndose los nudillos.

—Además, tú misma dijiste que se puso furioso cuando supo que te habías acostado con Terry —añade Neva, y hace una mueca con los labios—. Los celos pueden ser un gran aliciente para matar a alguien.

Day nos mira y asiente, dividida entre su rabia y otra cosa que no quiero saber ni lo que es.

∞∞∞

Tardamos dieciséis minutos en encontrar aparcamiento en el puto aeropuerto. Dieciséis… Quien me conoce, sabe que casi todo me pone de mala hostia, pero buscar sitio en particular, más.

Day no ha abierto la boca en todo el camino, lo cual confirma que está peor de lo que pensaba porque, por lo general, ya estaría sugiriendo dejar el coche en doble fila. Row, en cambio, lleva todo el rato señalando plazas inútiles como si fuera un concurso de televisión.

—¡Ahí hay un hueco! Ah, no, hay una moto aparcada. ¡Ahí, ahí…! Mierda, es una plaza para discapacitados. ¿Tú crees que tu atrofia emocional podría contar como una minusvalía, Nao?

—Atrofiada te va a quedar la nariz cuando te la rompa de un puñetazo —gruño.

Al final, un coche ha salido y hemos podido estacionar.

¿He dicho que también odio los aeropuertos? Desde siempre.

Son demasiado ruidosos… El murmullo constante, las megafonías, las conversaciones cruzadas, las risas histéricas de las que se van de despedida de soltera… Demasiada gente junta siendo ruidosa. Imagino que a Day no le entusiasmarán tampoco.

Ya tengo suficientes voces en mi cabeza cada día cuando tatúo a mis clientes. Frases sueltas que no son mías. Pensamientos que se pegaron a la aguja mientras tatuaba a alguien y se quedaron dentro de mí de regalo. «La culpa» de un tío al que tatué un ancla la semana pasada. «El miedo» a las arañas de una chica. Algún «No valgo nada» suelto del que ya ni recuerdo el dueño…

Day va unos pasos por delante de nosotras con la mandíbula tan tensa que parece que vaya a romperse un diente. Row mastica chicle como si hubiera venido a divertirse. Y yo intento concentrarme en las pantallas de llegadas para no contagiarme de la ansiedad colectiva.

Pero es difícil cuando paso cerca de una niña que rompe a llorar, oigo cómo un ejecutivo discute por teléfono y veo que una pareja se besa como si acabaran de sobrevivir a una guerra.

Me hacen testigo de todo y lo odio. Soy antisocial de nacimiento.

De repente, un idiota con una maleta de ruedas pasa por encima de mi bota y sigue andando sin disculparse. Lo agarro del brazo sin pensar.

—Eh, tú…

—¿Qué?

—Nada. Solo quería quedarme con tu cara por si alguna vez te encuentro en un callejón oscuro…

El tío me mira alucinado y se va rápido con cara de susto.

—Adoro cuando socializas. —Sonríe Row.

—Puerta ocho —murmura Day tras localizar el vuelo.

Nos movemos entre la gente con un silencio letal.

—¿En serio vamos a «improvisar»? —pregunta Row, caminando a mi lado—. Porque aquí hay mucha gente… y le tenemos demasiadas ganas a Jesse.

—Tú solo intenta no besar a nadie por accidente —murmuro.

—No prometo nada. Hay hombres muy *besables* por aquí, como el que te ha pisado la bota.

Quiero ofrecerle media sonrisa, pero me es imposible. No importa, ella sabe que me ha hecho gracia.

Day ni siquiera reacciona a nuestro humor negro. Y eso me preocupa.

Poco después, vemos aparecer a Jesse entre la multitud de pasajeros que bajan del avión. Va vestido completamente de negro, con una bolsa al hombro y una gorra baja, como si fuese un famoso que no quiere ser reconocido, pero nosotras lo distinguiríamos en cualquier parte.

En cuanto se miran, Day deja de respirar y la cara de él se desencaja de forma extraña.

No esperaba encontrarla aquí. Si fuera una de esas chicas que leen novelas con corazoncitos en el lomo, diría que verla le ha dolido.

Pero cuando nos ve a nosotras y capta nuestras intenciones, vuelve a levantar un muro invisible de chulería *lameculiense.*

—Hola, chicas… —saluda, arrastrando las palabras—. Qué amable por vuestra parte venir a recogerme.

Day le mete un empujón tan fuerte en el pecho que casi le hace soltar la maleta de mano que trae.

—¡No hables como si no hubiera pasado nada! ¡Mataste a tu hermano!

Varias personas se giran alarmadas al escuchar esa frase. Nos importa entre poco y nada. Muchas gracias.

Jesse se pone serio.

—Yo no maté a Terry.

—¡Te vi huir!

—¡Porque tú me acusaste sin preguntar! ¡¿Qué esperabas?!

—¡No sé! ¡¿Quizá no actuar como un puto culpable?!

La tensión a nuestro alrededor empieza a crecer. Y no es por Terry, sino por toda la mierda sentimental que llevan meses, o incluso me atrevería a decir que años, tragándose estos dos.

La gente se aleja de nosotros y Jesse mira alrededor. El pobre es alérgico al escándalo público.

—¿Podemos hablar en otro lugar?

—Oh, claro que podemos… —responde Row, dando un paso al frente—. De hecho, te vienes con nosotras. Andando.

—Eso ha sonado a orden —replica molesto.

—Si lo prefieres, te doy un besito y te dejamos en paz.

Jesse la mira altivo.

—¿Me estás amenazando, Row?

—Depende de cuánto valores seguir respirando mañana.

Tengo que admitir que ver a Row en acción siempre es inspirador.

Day vuelve a encararse con él.

—Dime la verdad de una vez… ¿Lo mataste porque estuvimos juntos? ¿O porque no soportabas que siguiera sintiendo algo por él?

Nada más mencionarlo, esa antigua herida empieza a supurar de nuevo en los ojos de Jesse, que cambian apenas un segundo, surfeando entre la culpa, el dolor y algo peor…, la vergüenza.

—No tienes ni idea de lo que pasó ese día —dice en voz baja.

—Pues explícanoslo.

—Aquí no…

Veo a dos agentes de seguridad mirando demasiado hacia nosotros y me acerco a Jesse despacio.

Él me sostiene la mirada, suplicando clemencia. Y ahí está otra vez, esa sensación extraña. Es como si estuviera constantemente a punto de derrumbarse, pero se negara a rendirse. Y, solo por eso, le perdono matarlo aquí y ahora.

—Vas a venir con nosotras si no quieres que esto acabe mal —digo con calma—. Y no es una sugerencia, Jesse.

Él me observa unos segundos, calculando las probabilidades de salir vivo de esta conversación.

Row sonríe, enseñándole los dientes.

—Venga, Jesse, elige. ¿Viajecito en coche o un besito mío?

Jesse cierra los ojos, derrotado.

—Vale, pero prometedme que me escucharéis antes de clavarme nada…

—Sin promesas, Jesse. Como siempre —masculla Day, dándose media vuelta para que la sigamos.

Capítulo 3

Day

Si no he sufrido un brote psicótico en el trayecto desde el aeropuerto hasta el bloque de apartamentos, puedo decir con orgullo que mi mente es más fuerte de lo que imaginaba.

Por suerte, Row me ha dejado ocupar el asiento del copiloto. No sé qué hubiera hecho de tener que sentarme en los asientos traseros, pegada a Jesse.

Lo más probable es que ya estuviera muerto.

Nadie habla dentro del coche. El ambiente es tenso.

Nao aprieta tanto el volante que los tatuajes de sus nudillos se ven agrietados. Row, con el codo por fuera de la ventanilla, se fuma un cigarrillo sin dejar de echar vistazos a Jesse por el rabillo del ojo. Por cómo mueve la pierna, sé que está a un comentario de arrancarle la cabeza.

No sé por qué no lo ha hecho aún. Es de las que primero actúa y después pregunta.

Yo evito los espejos. Si lo miro, me encontraré con sus ojos desiguales, y probablemente rompa a llorar. Desde que Terry murió soy una puta fuente.

He llorado más este mes que en los últimos ocho años. Y lo horrible es que no es por Terry… O no solo por él.

Lo que me consume es pensar que fue Jesse quien lo mató. El hombre con el que he compartido cama mientras seguía obsesionada con el fantasma de su hermano. Un hombre al que llevo años odiando y deseando con la misma fuerza.

«¿Qué dice eso de mí?».

Lleva un mes escondido, sin dar señales de vida. Eso bastaría para odiarlo, pero su forma de mirarme en el aeropuerto, como si esperase que eso fuese suficiente para que cambiase de opinión…, me ha trastocado.

Porque una parte de mí quería perdonarlo sin escuchar nada. Es lo que más me ha cabreado.

«Soy una persona despreciable», pienso en cuanto entramos en el garaje del bloque.

Subimos en silencio hasta la planta comunitaria. Una vez dentro, las chicas lo rodean y yo me mantengo alejada.

—Siéntate, Jesse —le exige Row, y le señala la silla eléctrica.

—Estás loca si crees que me voy a sentar en esa cosa. No me fío de que no me achicharréis.

«O Jesse es idiota o le gusta tentar al diablo». Porque sabe que no le conviene cabrear a Row. En una pelea, yo apostaría por ella. Da igual quién fuera su contrincante, siempre votaría por Row.

—Muy bien, quédate de pie si quieres. —Se cruza de brazos—. Empieza a hablar. —La orden no da pie a discusión—. Y más te vale que digas algo que me interese, si no… —Se da unos ligeros toquecitos con el dedo contra sus labios.

Jesse suelta su bolsa de equipaje y sonríe con arrogancia.

Está cambiado. Parece más duro. Debe de haber ido al gimnasio todos los días porque está mucho más musculado…

«¡Deja de pensar en eso! ¡Es un asesino!».

—¿Por dónde queréis que empiece? —pregunta tan calmado que me siento insultada—. ¿Por Terry teniendo al fin un par de cojones para regresar, o Day acusándome de ser un asesino en mitad de la escena del crimen?

—¡No te atrevas a hablar así de él! —estallo, dando un paso en su dirección.

Nao me corta el paso y se coloca entre los dos por si decido satisfacer mis impulsos homicidas.

Borrarle esa expresión de suficiencia sería un buen motivo.

Jesse me sostiene la mirada sin retroceder.

—¿Y cómo quieres que hable del hombre que tuvo ocho años para aparecer y no le dio la puta gana de hacerlo antes?

—¡Para él no fue fácil! —estallo—. Me lo contó todo.

—Y, cómo no, tú lo creíste. —Suelta una carcajada carente de humor—. Es más fácil convertir al ausente en la víctima y al que se queda en el monstruo, ¿no?

La rabia me sube por la garganta y me quema como si de ácido se tratase.

—¿Qué insinúas, Jesse? —interviene Nao con el ceño fruncido.

—Desde que desapareció he estado en contacto con él —dice de pronto—. Llevaba años pidiéndole que regresara para acabar con GenoLabs.

«¡¿ME TOMA EL PELO?!».

—¿Tú mordiendo la mano que te da de comer? —duda Nao.

Lo observo con intensidad. Si solo pudiese leer sus emociones, sabría si dice la verdad…

—¿Eso es cierto? —pregunta Neva, deslizándose por su tobogán.

Jesse resopla.

—Sí, joder.

—Eres un hijo de puta… —murmura Row.

Yo no podría haberlo definido mejor.

—Entonces, ¿nos mentiste durante años? —susurro, sintiendo cómo me tiembla la voz.

—Hasta que Terry no volviese, estaba atado de pies y manos.

—¡Y una mierda!

—Deja que se explique, Row —intercede Neva.

Yo no puedo apartar la mirada de él.

—Y, mientras tanto, tú…, yo…—No soy capaz de hilar la maldita frase. Es tan humillante verbalizarlo…

—Lo que pasó entre nosotros no tuvo nada que ver con eso —sentencia, apretando la mandíbula.

Lo odio.

¡Dios, cómo lo odio!

—¡Cállate! ¡No quiero escucharte más!

—¿Por qué? —replica, endureciendo el tono—. ¿Porque Terry te vendió una historia romántica antes de desaparecer ocho años o porque te jode descubrir que quizá él tampoco era exactamente lo que querías?

—No lo menciones. —Lo señalo—. No tienes derecho.

—¡Tú ni siquiera sabías quién era, Day! —Da un paso hacia mí—. ¡¿De verdad crees que se pasó ocho años llorándote mientras huía por el país?! —dice sin darme cuartel—. Estuvo viviendo su vida como quiso mientras me exigía ayuda económica.

Sus palabras me golpean donde más duele, porque el mismo Terry me dio algunas respuestas y a mí ni siquiera me importaron.

—Nosotros también teníamos derecho a seguir adelante —continúa—. Lo nuestro era real.

Row alza una ceja.

—¿«Lo nuestro»? —repite con una sonrisa venenosa—. Vaya, Jesse, eso ha sonado a una relación seria.

Hasta Nao parece interesada de repente. Cuando las movidas sentimentales se las pasa por el forro de sus pantalones de cuero.

—¿Estabas a punto de admitir sentimientos, JJ? —lo pica Row.

—Llamadlo como os dé la gana. Pero era más importante que el amor juvenil que tuvo con él. ¡Trabajamos juntos a diario, joder! Hemos compartido muchas horas. Fue inevitable.

—¿El qué? ¿Follar como animales? —dice Neva desde el sofá.

—¡Neva! —protesto horrorizada.

—¡¿Qué…?! —Se encoge de hombros—. Echabais buenos polvos. Al César lo que es del César. ¿No se trata de ser sinceros?

—Gracias, Arcoíris. —Le sonríe Jesse.

Quiero desaparecer. O matarlo. En este momento, cualquiera de las dos opciones me vendría de perlas.

Lo encaro, temblando de rabia.

—¿Qué más me has ocultado, Jesse? —pregunto en singular, porque esto es personal—. Empiezo a pensar que toda mi vida ha sido una puta mentira.

Jesse deja de apoyarse contra la silla eléctrica y su expresión se vuelve seria.

—Terry volvió porque le di un ultimátum. Yo era el contacto del que te habló para que confiaseis definitivamente en él. Por eso estaba en la escena del crimen. ¡Habíamos quedado aquí!

Creo que me deja de latir el corazón.

—¿Tú eras su contacto?

Asiente.

—Él necesitaba que alguien os contase la verdad y, a pesar de que me hubiese gustado tener todas las pruebas, ya no podía seguir ocultándolo más.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no nos dijiste nunca nada? —lo acusa Nao.

—¿Me hubierais creído?

«Lo cierto es que no».

—Entonces… Lo que decía Terry…, ¿era cierto? —pregunto alucinada.

Jesse toma aire.

—Sí. Todo es verdad. No fuimos niños abandonados, fuimos un jodido experimento salido de la mente de una científica perturbada que juega a ser Dios. Luego nos gestaron en vientres de alquiler. Chicas jóvenes y sin recursos que se ofrecieron al trámite por unos cuantos miles.

Que él crea esa teoría descabellada, siendo la mano derecha de Madre, termina por romper algo dentro de mí.

Avanzo hacia él, cegada por la furia, y le cruzo la cara de un guantazo.

Solo me da tiempo a darle uno, ya que Nao me sujeta de la cintura y me aparta en cuanto vuelvo a alzar la mano.

—¡Suéltame, Nao!

Me siento tan traicionada.

—Cálmate, DayDay. Vamos… Para.

A pesar del apodo cariñoso, el tono de Nao es monocorde.

—¡Que me sueltes, joder! —Pierdo la compostura—. ¡Eres un puto mentiroso, Jesse! ¡Tú lo mataste!

Que me mire sin alterar su expresión lo más mínimo me enfurece todavía más.

—Terry te estaba utilizando para llegar a Madre —suelta la bomba.

El silencio se impone en la habitación.

—Mientes… —murmuro con menos fuerza—. Es todo mentira.

—¿Por qué yo siempre miento y a otros les otorgas el beneficio de la duda? —se queja—. En algo sí que acertó Madre —continúa—. Terry se volvió peligroso. Su único objetivo era destruirla. No le importaba a quién se llevase por delante para lograrlo.

—Si estabas al tanto de sus intenciones —interviene Row, acercándose de forma temeraria—, eres igual de culpable que él.

—¡Maldita sea! ¡Intentaba protegerla!

—No me hagas reír —bufa irónica.

Jesse niega y se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—Jugasteis conmigo… —titubeo—. Los dos.

Jamás había sentido un dolor tan fuerte en el pecho. Ni siquiera con la pérdida de…

Miro a Neva y se me llenan los ojos de lágrimas. «Mierda, Alyss».

—Yo no he jugado contigo —replica Jesse—. Solo intentaba ganar tiempo hasta reunir más pruebas.

—Qué conveniente —lo corta Nao—. Mientras, tu hermano y tú os disputabais a Day como si fuera un partido de tenis.

Dios, suena tan crudo como es.

—¡¿Crees que para mí era fácil saber que estaba con él?! —ruge enfadado—. Cada vez que me los imaginaba juntos, quería matarlo con mis propias manos.

Llega hasta mí y me revuelvo cuando atrapa mi rostro entre sus manos.

—¡No me toques! —gruño.

Él ignora mi orden.

Sus ojos buscan los míos y yo aparto la vista.

No quiero ni mirarlo en estos momentos, o mejor nunca.

—Si lo hubieses elegido a él —comienza a pesar de mis protestas —. Si realmente era a él a quién querías… —Su nuez se mueve cuando traga—. Por ti me habría apartado. —No quiero escucharlo, pero a no ser que me tape los oídos como una cría, no me queda más remedio—. Eras tú la que tenías que tomar esa decisión por tu cuenta, Dayane. No quería influenciarte.

Esta vez, cuando me aparto, me deja ir.

Jesse se gira hacia Nao mientras se remanga la camisa.

—Tú puedes descubrir si miento.

Extiende el brazo en su dirección.

«¿Jesse le está pidiendo que le tatúe un sello de la verdad?».

Nunca ha permitido, de manera voluntaria, que utilicemos nuestras habilidades con él.

—Con sello o sin él, yo te creo —dice Neva.

—Gracias. —Asiente él con un gesto de cabeza solemne.

—Calla, Neva —sugiere Nao sin apartar su mirada rapiña de Jesse —. No voy a desaprovechar la oportunidad. Es la única forma de saber si realmente dice la verdad.

—Vamos, chicas. ¡Es Jesse de quien hablamos! —clama Neva.

—Precisamente por eso —rezonga Row, estando de acuerdo con que Nao lo tatúe.

Observo cómo la expresión de Neva, por norma general luminosa y despreocupada, se ensombrece y forma una mueca de desagrado.

Todas sus emociones negativas chocan contra mí como si fueran un jodido tren de mercancías. Decepción, rabia, frustración, miedo… Está todo tan mezclado y es tan intenso que se me revuelve el estómago y me tengo que apoyar en el respaldo del sofá para no perder el equilibrio.

—Day…, ¿estás bien? —Jesse da un paso en mi dirección.

No soporto esta sensación.

—Yo… —Mi voz suena tan rota que tengo que tragar saliva antes de continuar—. No quiero escuchar más.

Antes de girarme, me cruzo con su mirada dolida.

«No puedo más».

Atravieso el comedor mientras escucho mi nombre varias veces, aunque no sé quién me llama ni con qué intención.

Solo sé que necesito salir de aquí.

Apenas soy consciente de cómo subo la verja del montacargas y, cuando por fin entro, pulso el botón del quinto piso con manos temblorosas.

A través de las rendijas veo a Jesse, que vuelve a avanzar un paso hacia mí con mi nombre en sus labios.

Por suerte, el montacargas se mueve y apoyo la cabeza contra la pared del fondo para cerrar los ojos e intentar recomponerme.

Hace un rato fui al aeropuerto convencida de que iba a matar a Jesse. Era más sencillo convertirlo en el villano que aceptar que todo lo que creía sobre Terry, Madre o GenoLabs era falso.

Ahora ni siquiera sé qué coño siento.

Y eso me aterra, porque las emociones son mi territorio.

Las ajenas jamás se me escapan. Las mías, por primera vez, sí.

Capítulo 4

Jesse

En cuanto veo que Day se marcha, quiero seguirla.

—Oh, no. Ni sueñes que te vas a ir sin dar explicaciones.

Row me agarra por detrás del cuello de la camisa y tira de mí para que vuelva a mi sitio.

—Tengo que hablar con ella —gruño, acomodándome la ropa.

—Ya tendrás tiempo después, Romeo. —Se cruza de brazos—. Ahora, al lío. ¿Qué pasó hace ocho años? Si eras el contacto de Terry, tienes que saberlo.

Achico la mirada. Row y yo somos dos titanes a los que nunca les gusta perder.

«En esta ocasión estoy en desventaja», pienso cuando Nao me mira como si estuviera fantaseando con matarme.

No sé quién acojona más de las dos, la verdad.

Por suerte, parece que tengo a Neva un poco de mi parte. Quizá sea porque ambos sabemos lo que es perder a un hermano o a una hermana. Suelto un suspiro derrotado y me siento en la puta silla eléctrica.

Apoyo los codos en las piernas y, sosteniéndome la cabeza entre las manos, me transporto a lo que sucedió aquella noche.

La fiebre me abrasaba tanto que pensaba que iba a morir.

Me dolía cada hueso como si me los estuviesen partiendo uno a uno. Apenas tenía fuerzas para incorporarme de la cama. Aun así, Terry seguía empeñado en entrar en aquella maldita zona

restringida; parecía que fuese incapaz de dejar las cosas en paz por una vez en su vida.

Siempre fue así.

Terry necesitaba empujar los límites como los demás necesitamos respirar.

Recuerdo con nitidez nuestra discusión antes de que se marcharan.

Estaba apoyado contra la puerta de la habitación, con una sonrisa torcida que utilizaba cuando ya había tomado una decisión y solo fingía escucharme.

—Estás enfermo, Jess. Quédate aquí.

Yo quería ir con ellos. No porque creyese que lo que íbamos a hacer fuese buena idea, sino porque sabía que, si algo salía mal y yo no estaba con ellos, el castigo sería mucho peor.

Pero casi no podía mantenerme en pie.

—Esperad a mañana, por favor —le supliqué—. Monroe puede conseguir otra vez las tarjetas.

Terry negó con la cabeza.

—No sabemos por cuánto tiempo tendremos acceso. Cambian la configuración cada poco. Ahí se cuece algo gordo, hermano. Lo presiento.

Detrás de él aparecieron Tobías y Newman, ambos estaban nerviosos y emocionados. Para ellos era una aventura clandestina. Para mí, una posible fuente de problemas. A Madre no le gustaba que nos metiéramos en sus asuntos.

Monroe fue el último en entrar y el único que dudó al verme.

—Creo que no deberíamos ir sin él —propuso, señalándome.

Terry soltó una risita.

—¿Qué pasa? ¿Ahora necesitáis a Jesse para todo?

Nada como insinuar su cobardía para que se viera obligado.

Mi hermano siempre sabía qué decir para conseguir lo que quería.

Los vi marcharse y volví a acostarme.

He estado odiándome durante mucho tiempo por no haber puesto más de mi parte para detenerlos.

Aunque, siendo sincero, es muy probable que Terry hubiera encontrado la forma de ir igualmente. Nadie lo frenaba cuando se obsesionaba con algo.

Ni siquiera yo.

Después de que se fuesen me quedé dormido, o me desmayé. No lo tengo muy claro.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que noté que alguien me zarandeaba. Al principio pensé que seguía soñando por culpa de la fiebre, hasta que la voz de Terry atravesó la neblina de mi mente.

—¡Jesse! ¡Jesse, despierta, joder!

Todavía recuerdo su tono. Nunca lo había escuchado tan asustado.

Abrí los ojos y lo encontré desplomado junto a la cama.

A pesar de la escasa luz del flexo que había en mi escritorio, vi que tenía sangre por todas partes: en las manos, en la ropa, incluso le salpicaba el cuello y parte de la cara.

Por unos segundos me quedé paralizado, pensando que estaba herido, hasta que descubrí que no era suya.

—¡Están muertos! —gritó. No dejaba de repetir lo mismo una y otra vez—. ¡Muertos, muertos, muertos!

—¡¿De qué hablas?!

Intenté sujetarlo, hacerlo reaccionar, pero estaba fuera de sí. Temblaba tanto que casi no podía mantenerse sentado en el borde de mi cama.

Jamás había visto a mi hermano así.

No parecía el chico que se reía de todo y que iba un paso por delante del resto. Por norma general, él convertía cualquier castigo en una broma de mierda para que los demás no se derrumbasen.

Ese Terry había desaparecido y había sido sustituido por una persona presa del pánico.

—Eh, Terry. —Tuve que palmearle la cara repetidas veces para que enfocase la mirada—. ¿Dónde están los demás?

Tardó en vocalizar palabras coherentes y, cuando lo hizo, sentí que algo dentro de mí se rompía.

—Los han matado, Jesse. Los han… —Cabeceó—. ¡Están muertos, joder!

—¿C-cómo dices?

Me senté a su lado. Noté que las piernas me fallaban.

Me contó que habían entrado en el edificio que había a un par de kilómetros de donde vivíamos en GenoLabs. Se encontraba oculto en el bosque. Al principio pensaron que estaba vacío. Newman empezó a bromear diciendo que quizá Madre guardaba allí extraterrestres para estudiarlos, como en la película *Men in Black.*

Hasta que bajaron a un sótano y encontraron habitaciones llenas de incubadoras con, por lo menos, una decena de bebés conectados a máquinas.

Recuerdo lo alterado que estaba al relatar que algunos lloraban mientras otros ni siquiera se movían.

En otra habitación descubrieron documentos.

—Están experimentando con ellos, Jesse —dijo alterado—. Madre está creando más niños como nosotros.

«¿Qué? No. No puede ser».

—Eso es imposible, Ter. A la mayoría de nosotros nos abandonaron por ser unos bichos raros —le recordé—. Madre nos sacó del sistema de adopción y nos proporcionó un hogar.

—Eso es lo que siempre nos han dicho, pero sé lo que he visto, joder. —Se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación—. Hay un montón de historiales médicos de mujeres embarazadas, Jesse. Y otros tantos con informes detallados sobre nosotros —me aseguró—. Los están fabricando. Igual que nos fabricaron a nosotros.

Me pasé una mano por el pelo. Lo tenía húmedo, no supe si debido a la fiebre o del sudor frío que había empezado a sentir.

—Dios, Terry…

Me siguió contando que, cuando entendieron lo que estaban viendo, empezó a grabarlo todo con una videocámara que encontró en el laboratorio, pero, de repente, escucharon las alarmas.

Mientras salieron corriendo, todo ocurrió rápido.

Fueran donde fuesen se encontraban con guardias que, sin miramientos, comenzaron a dispararles.

Por lo visto, Tobías fue el primero al que abatieron al intentar cubrir a Newman, que cayó tras él.

Ni siquiera les dieron el alto. Los ejecutaron como a animales.

No querían que saliesen vivos tras lo que descubrieron.

Al parecer, Monroe le gritó a Terry que huyera, pero mi hermano lo arrastró con él hasta que comprobó que ya había dejado de respirar.

De ahí la sangre. Era de Monroe.

—Me van a matar, Jesse. Me han visto la cara. Tengo que largarme.

Lo decía con tal energía que le creí. Reuní todo el dinero que había ganado ayudando en el laboratorio a Madre.

—Lo tengo todo grabado. —Me mostró la cámara y su cara se convirtió en una mueca de odio y rabia contenida—. Voy a denunciarlos en cuanto salga de aquí. Tienen que pagar por lo que han hecho.

Negué con la cabeza y enmarqué su rostro con ambas manos.

—Escúchame, hermano. Si han sido capaces de matar a tres personas a sangre fría, ni siquiera puedo imaginar lo que harán contigo. Guarda esas pruebas. Yo haré todo lo posible por encontrar esos archivos que has visto, después me reuniré contigo y juntos decidiremos qué hacer.

—¿Tú no vienes?

—No. Necesito saber qué demonios está pasando aquí. Puede que las chicas también estén en peligro.

—Day… —susurró.

—No puedes ir a por ella, no tienes tiempo, y nunca se iría sin sus hermanas —le aseguré.

Él negó.

—No puedo irme sin ella.

—Yo me quedo, y cuando reúna pruebas nos largamos todos.

—¡Maldita sea, Jess! Actúa con naturalidad mientras te encargues de buscar los informes. Solo así nos creerán.

—¿Y tú adónde irás? —le pregunté mientras él se limpiaba la sangre, preparaba una bolsa con unos cuantos cambios de ropa y yo vigilaba la puerta.

—Ya veré… No podemos permitir que sigan haciendo esto. Tienen que pagarlo.

—Así será. Ahora, lárgate de una vez, antes de que venga alguien a buscarte.

—Cuida de Day por mí, ¿quieres?

Asentí con los puños apretados y la mandíbula tensa.

Me cogió de la nuca una última vez y se escapó por la ventana.

Aquella noche entendí algo que tardé años en aceptar: nunca fuimos niños rescatados, sino conejillos de indias con los que la célebre doctora Walsh realizaba sus experimentos.

El apartamento permanece en silencio cuando termino de hablar, salvo por el leve ruido de las puertas del montacargas cerrándose un par de plantas más arriba.

Me fijo en Neva con los ojos vidriosos mientras Nao tiene la mandíbula tan apretada que parece que se le va a partir. Por último, Row mira al suelo. Joder, qué cague… Que no haya soltado ningún comentario es un hito en ella.

Sé lo que está pasando por sus cabezas. Fue lo mismo que pasó por la mía cuando sucedió.

Madre es una hija de puta y nuestras vidas acaban de hacerse pedazos.

—El resto de la historia ya la sabéis —digo, rompiendo el incómodo silencio—. Visteis los cuerpos igual que yo, pero no había rastro de incubadoras ni documentos incriminatorios. Limpiaron el lugar a conciencia para que no hubiese ninguna prueba.

—¿Por qué tendríamos que creer la versión de Terry? —cuestiona Nao con una actitud altanera—. ¿Quién te dice que no inventó todo aquello para que creyeses que no fue él quien mató a los chicos?

—Ya sé que Terry no era un dócil corderito. —Resoplo—. Mi hermano era un cabronazo de cuidado, pero vi lo poco del vídeo que pudo grabar y… es muy real.

—Sabes que ese vídeo puede ser falso, ¿no? —insiste escéptica.

—Puede. Pero la angustia y el terror en los ojos de mi hermano no lo eran. Él no los mató. Además, hablamos de hace muchos años, no era tan fácil hacer un montaje así.

—Lo que Nao intenta decir es que necesitamos pruebas, Jesse —intercede Neva más conciliadora—. No solo la palabra de tu hermano, o la tuya para el caso. Aunque yo no lo pongo en duda.

Les dedica a sus hermanas una mirada. Es imposible que en algún momento de sus vidas no se hayan planteado la posibilidad de que algo no cuadra.

Obedecen a Madre, tal como nos han enseñado, pero las dudas… Esas no se apagan por mucho que lo intentes.

Me pongo en pie y me sobresalto cuando Row hace lo mismo, pero con una pistola en la mano, apuntando en mi dirección.

—Solo voy a coger el portátil de la bolsa. —Levanto las manos.

—Por si acaso, Lameculos. —Sonríe de forma espeluznante.

«Maldita tarada…».

Corro la cremallera y saco mi ordenador. En los viajes no suelo facturar, prefiero ir ligero de equipaje y comprarme lo que necesite para después, si es necesario, desecharlo.

Aquí llevo encriptada toda la documentación que he ido recabando durante todos estos años.

Es mi bien más preciado. Mi seguro de vida. Aunque de poco le sirvió a Terry, ya que al final consiguieron matarlo.

Inserto varios códigos y contraseñas hasta acceder a la carpeta clasificada.

—Vaya, Jesse… Tienes más cosas en común con Evan de las que imaginaba —comenta Neva ante mi destreza informática.

—La diferencia es que al pobre incauto le tienes frito el cerebro.

Le guiño un ojo y me parece ver cómo un pequeño rastro de culpa empaña su mirada.

—Por lo menos dejo que recuerde lo bien que lo pasamos juntos, que es lo importante —murmura en voz baja.

Neva debe agradecer que nadie sepa realmente de lo que es capaz. Si algún día Evan descubre su habilidad… Bueno, supongo que para nadie es plato de buen gusto que la persona con la que tienes una relación amorosa te borre los recuerdos como si eliminase archivos de la papelera del ordenador.

—Me hubiese gustado tener más pruebas antes de mostrároslo, pero dadas las circunstancias…

Giro el ordenador y dejo que se empapen de todo lo que he encontrado, que no es poco.

Lo examinan con paciencia, leyendo cada palabra, concentradas. Conforme avanzan, sus rostros adquieren expresiones de rabia.

Las dejo asimilarlo y que lo revisen tanto cuanto quieran.

He tardado años en recabar toda esta información. Archivos antiguos sobre el proyecto del que somos fruto, transacciones de grandes sumas de dinero justo antes de que nos ordenaran matar a un político o a algún pez gordo…

—¿Esto es real? —pregunta Neva, cabeceando—. ¿Hemos estado asesinando a gente inocente?

—No. La mayoría son unos malnacidos, pero, de vez en cuando, Madre nos encarga alguna muerte que no entra dentro de esos parámetros. Le pagan para que asesinemos a gente importante.

—Hija de… —sisea Row, y aprieta la mandíbula con fuerza.

—Esto es lo que Terry grabó esa noche.

Le doy a reproducir. El vídeo apenas dura cuarenta y siete segundos y observo cómo se quedan sin aliento al ver a Tobías, Newman y Monroe alrededor de las incubadoras de los bebés.

Después empiezan las alarmas. La imagen se mueve mucho. Apenas se ve nada, pero se escucha la respiración acelerada de Terry. Después detonaciones, gritos y se alcanza a ver cómo Tobías es alcanzado por una bala en la cabeza y cae desplomado antes de que el vídeo se corte.

—La voy a matar —decide Row.

No hace falta que la mencione para saber que se refiere a Madre.

—¿Cómo has sido capaz de estar todos estos años poniéndole buena cara, Jesse?

¿Eso que aprecio en el tono de Nao es compasión? Porque se le parece.

«Pero es imposible», me digo. Ella nunca se ha permitido mostrar sus emociones.

Neva se acerca a mí y me sorprendo cuando me envuelve entre sus brazos en un reconfortante abrazo.

—Deberías mostrarle todas estas pruebas a Day —me susurra al oído—. Yo siempre aposté por vosotros.

Dejo un beso en su cabeza en señal de agradecimiento. Ni se imagina lo que significan sus palabras para mí.

—¿Qué pasa con los encargos a partir de ahora? —pregunta Nao, rompiendo el momento.

Me separo de Neva y me paso una mano por la nuca.

—Eso, más que nunca, debe seguir igual que hasta ahora —les pido—. Estamos cerca. No podemos levantar sospechas.

Row suelta una risa.

—No pienso seguir siendo una jodida sicaria para esa mujer.

La entiendo más de lo que piensa. Esa ha sido mi vida estos últimos ocho años.

—Créeme cuando te digo que comprendo lo que sientes —respondo cansado—. Pero la mayoría de esos objetivos siguen siendo escoria. Pederastas, traficantes, asesinos… Nada de eso cambia.

Row me observa, desconfiada, y al final asiente a regañadientes.

—Más te vale no estar mintiendo, Jones.

—Ya no tengo energía para seguir ocultando nada. No después de la muerte de Terry.

Neva me frota la espalda.

—Vamos, Casanova —dice, dándome una palmada en el culo—. Ve a buscar a la chica. Que al menos salga algo bueno de todo este desastre.

Pongo los ojos en blanco.

—Day, ahora mismo, probablemente quiera clavarme una de sus jeringuillas.

—Sí, aunque eso no significa que no quiera besarte después —añade Row, divertida.

—O estrangularte mientras te besa —puntualiza Nao.

Cabeceo divertido.

Qué sádicas son. Y, por extraño que parezca, las adoro. Son mi única familia.

Me dirijo hacia el montacargas pensando que, tratándose de Dayane, cualquiera de las opciones que han planteado las chicas es posible.

Viniendo de ella, soportaré la que elija.

Capítulo 5

JESSE

Nunca he subido en el montacargas tan acojonado como lo hago ahora.

Durante años me he convencido de que podía controlar la situación y me conformaba con las discusiones y el buen sexo. Sin embargo, las cosas con Day han cambiado en estos últimos meses y me he dado cuenta de que lo quiero todo con ella.

Puede que me eche a patadas nada más entrar en su apartamento, pero tendré que arriesgarme.

Me paso las manos por el pelo; debo de tener un aspecto horrible. Entre el vuelo y que estoy jodidamente agotado, no queda nada del Jesse al que está acostumbrada a ver.

Cuando el montacargas llega al último piso, tomo una respiración profunda y entro antes de que pueda arrepentirme.

Localizo a Day al otro lado del apartamento con el pelo recogido en un moño desordenado, sus gafas sobre la nariz y una camiseta que le llega a la mitad de los muslos.

Mi cerebro decide que es el mejor momento para confirmarme que estoy enamorado de ella. Genial.

—Hola —murmuro, tanteando el terreno.

Me observa cruzada de brazos, lo que no augura nada bueno.

—Lo he escuchado todo, Jesse.

Suelto el aire y me apoyo contra la pared con las manos en los bolsillos. Quiero parecer tranquilo y desenfadado, pero lo cierto es que no me sale.

—¿Espiando conversaciones ajenas? —intento bromear—. Tienes una vena cotilla inconmensurable.

Arquea una ceja y me dedica esa mirada condescendiente que me vuelve loco.

—El maldito montacargas tiene mucho eco. —Señala el elevador a mi espalda—. De todas formas, no he tenido que esforzarme mucho. Cuando te pones dramático hablas muy alto.

—Supongo que eso es bueno, ¿no? —cuestiono—. Nunca me ha gustado tener que repetirme. Solo los mediocres lo hacen.

Por primera vez desde que la he vuelto a ver, las comisuras de sus labios se curvan.

Más que una sonrisa, parece una mueca de asco. Para mí, más que suficiente. Prefiero tratar con la Day combativa a hacerlo con la Day dolida.

Noto que me sudan las manos. Me siento más vulnerable y expuesto ahora que están todas las cartas bocarriba.

—¿Te ha convencido lo que les he contado? —pregunto.

—Ya lo sabía por Terry. Supongo que eso confirma que eras su contacto, aun así…, no lo sé.

—¿Qué puedo hacer para que me creas? —No soy de rogar, pero si es la única forma de que confíe en mí, lo haré.

Levanta la vista y me quedo fijo en sus preciosos ojos verdes humedecidos por las lágrimas que se niega a derramar.

—No es cuestión de si te creo o no —musita confundida—. Cualquiera de las dos alternativas te deja en un mal lugar.

—Soy consciente de ello —asumo.

Sabía que ocultarles la verdad me condenaría igual que si se la revelase.

—No, te aseguro que no eres consciente —rebate—. He pasado este último mes buscando motivos para odiarte.

Suelto una risa amarga.

—Siempre has tenido motivos de sobra para hacerlo.

—No te haces una idea.

Me fijo en que se quita las gafas y se masajea el puente de la nariz.

—Pero si intentabas convencerte, es sinónimo de que, en cierto modo, no querías odiarme. Eso me da una pizca de esperanza.

—¡Maldita sea, Jesse! ¡Debiste contármelo en su momento!

—Debí hacer muchas cosas que no hice.

—¡Me acostaba contigo mientras pensaba que Terry estaba muerto!

«Eso duele, joder».

—Lo sé, Day —doy un paso en su dirección, intentando acortar las distancias—, pero también seguiste haciéndolo cuando descubriste que estaba vivo. Eso debe de significar algo. Aunque te joda reconocerlo, lo que hay entre nosotros es más fuerte de lo que recordabas sentir por él.

Necesito que entienda que lo nuestro no tuvo nada que ver con la ausencia de Terry.

Day no responde. Quizá es momento de que asuma que no está en el mismo punto en el que me encuentro yo; enamorado hasta las trancas de la única mujer que ha conseguido colarse en mi corazón.

—Estoy confusa —susurra, y cierro los ojos con fuerza.

—¿Qué es lo que te confunde?

—Terry… Tú… Yo… —Resopla con fuerza y niega con la cabeza—. Hace menos de una hora creía que lo habías asesinado. Estaba tan furiosa…

—¿Y ahora?

—Ahora no sé qué pensar. Tú pareces inocente, al menos mis hermanas me parece que lo creen; de no ser así, ya estarías de camino al horno de Row. Yo me fio de ellas.

Estrecho la mirada sobre ella y tomo una respiración profunda.

—Confías en ellas, pero no en mí, ¿es eso?

—No puedes culparme por ello.

—Pero tú si puedes culparme por la muerte de mi hermano. Ni siquiera lo dudaste. Diste por hecho que había sido yo.

—¡Vamos, Jesse! —exclama—. Te pusiste hecho una furia cuando supiste que él y yo…

Se queda callada, como si tuviese miedo de pronunciar las últimas palabras.

—¿Él y tú? Termina la frase, Day. Te acostabas con él por la mañana y conmigo por la noche.

—Eso no es cierto. Con Terry… Solo pasó una vez, en la gala benéfica.

—¿La misma en la que bailaste conmigo?

—Tú me obligaste —replica.

—¡Porque deseaba más que nada en el mundo estar cerca de ti! —Exhalo con fuerza y me llevo las manos a la cabeza—. ¿Sabes lo que sentí en el momento en el que me confesaste que habías sido suya?

—Yo no soy un trofeo. ¡Ese es el jodido problema! Terry y tú habéis estado compitiendo por mí como siempre lo hacíais con todo. ¡Como si yo no importara! ¡Solo ganar al otro!

—Te equivocas —susurro, y trago saliva con fuerza para deshacerme del nudo de angustia y dolor que se ha instalado en mi garganta—. Él siempre te ha tenido. Yo solo fui su sustituto, pero cuando apareció, no dudaste en volver a sus brazos como si todo lo que ha pasado entre nosotros durante los últimos años no significara nada para ti.

—¡Solo era sexo, joder! —vocifera—. ¡Ambos estuvimos de acuerdo!

—¡No! ¡Yo no lo decidí! —grito, perdiendo los papeles—. ¡Acepté todo lo que me diste, pero ansiaba tener más!

—¡Entonces, ¿por qué no lo dijiste?!

—¡Porque por una puta vez quería que me eligieras!

Tras mi grito, el silencio cae sobre nosotros como una pesada losa.

Day se seca una lágrima solitaria que le recorre la mejilla.

—Esto aún me confunde más —susurra.

—Lo sé —respondo resignado.

Recorro, distraído, el apartamento, hasta que mi mirada se detiene en un objeto que hay encima del escritorio.

Me acerco casi sin pensar y paso los dedos por la base metálica del viejo microscopio.

—Aún lo conservas.

Day se gira en mi dirección.

—Es lo único que me queda de Terry.

Sé que no debería, la muerte de mi hermano le ha afectado. Joder, a mí también me ha dolido, pero, sin poder evitarlo, se me escapa un bufido que se parece más a una risa.

—No sé qué te hace tanta gracia.

Aparto la mano del microscopio y me apoyo de espaldas en el escritorio para que quedemos uno frente al otro.

—¿Estás segura de que fue Terry quien lo compró para ti?

—Fue él quien me lo dio —suelta altiva.

—Que te lo diese no significa que fuese suyo —replico—. El microscopio era mío, Day.

—No —niega tras quedarse inmóvil.

—Siento decirte que sí.

—Otra mentira más que no puedes demostrar —contraataca.

—No sé si no me crees o no quieres creerme. Pero si Nao me tatúa un sello de la verdad, podrías conocer la historia completa.

—¿Ahora quieres hacértelo? ¡¿Por qué no antes?! Cuando Terry apareció. Es tan injusto…

Se acerca hasta el escritorio y acaricia el aparato.

—Antes no estaba listo para que descubrieseis que he estado jugando a dos bandas —le confieso.

—Si Terry no hubiese muerto, aún seguirías ocultándonos la verdad.

—No, Dayane —la corto—. Sabes que ese mismo día nos disponíamos a contároslo todo. Su muerte… —Me froto el rostro—. Que muriese y tú me acusaras lo retrasó todo.

—Lo enredó más.

—No solo eso. ¿Sabes lo que fue para mí encontrarme los sesos de mi hermano esparcidos sobre la carrocería de ese coche? —le recuerdo—. Después Madre me envió a las Bahamas y no pude negarme. No si quiero desmantelar todos sus jodidos experimentos con humanos.

Quiero que me crea. Que me mire a los ojos y lea la verdad en ellos.

—No la menciones, por favor. Aún no estoy preparada para pensar en lo que siento por ella —suplica—. Bastante duro es soportarla en el laboratorio.

Asiento.

Cruzaremos ese puente cuando llegue el momento.

—Háblame de esto. —Acaricia con reverencia el microscopio.

«Bien. Eso puedo hacerlo sin sentir un nudo en la garganta».

—Estuve meses ahorrando para comprártelo. Sabía que te encantaba la ciencia. —Sonrío recordando a una Day con la cara enterrada en los libros—. Eras tan rarita que preferías desmontar cosas antes que jugar con ellas. Te quedabas embobada cada vez que veías trabajar a los investigadores.

—Sí… —admite melancólica.

—Ya eras una friki en aquella época.

Una sonrisa involuntaria aparece en sus labios.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Estoy totalmente de acuerdo. Porque en aquel entonces ya me gustabas mucho.

Su sonrisa tiembla cuando vuelve a mirarme.

—¿Por qué me lo dio Terry si era tuyo?

Meto las manos en los bolsillos y cruzo las piernas a la altura de los tobillos. La respuesta sigue siendo vergonzosa incluso después de ocho años.

—Era tímido, Day. Apenas podía mantener una conversación coherente contigo sin hacer el ridículo.

—Yo no lo recuerdo así. No parabas de meterte conmigo.

—No encontraba otra forma de llegar a ti —confieso—. Eso tampoco ha cambiado.

Nos quedamos en silencio durante un segundo.

—Le pedí a Terry que te lo entregase por mí para hacer de casamentero.

—¿Me tomas el pelo? —dice alucinada.

—Ojalá…

—Me cuesta mucho creerlo. Siempre has sido tan seguro de ti mismo… Resulta hasta patético.

—Gracias por tu comprensión con mi yo adolescente —ironizo.

Esta vez sí se ríe. Y, joder, cómo he echado de menos esa risa.

—Es una pena que esa información se tergiversase.

—Sí, supongo que Terry decidió improvisar y omitir que era mío. —Leo la comprensión en sus ojos—. Me dijo que te había dado el regalo y pensé… «asunto resuelto». Sin embargo, unos días después me di cuenta de que ni siquiera me dirigías la palabra. No es que fuese una propuesta de matrimonio, pero al menos esperaba un «gracias» por tu parte, no que me evitaras.

—¡Yo no te evitaba!

—Ni siquiera me mirabas, Day. —Abre la boca para protestar, pero se queda callada, sabiendo que llevo razón—. A partir de ese momento solo tuviste ojos para Terry.

Se sonroja y baja la vista.

—Nunca me dijo que era tuyo, supuse…

—Que era suyo, ¿no? —Asiente. Y no la culpo, Terry jamás corrigió el malentendido—. Al principio pensé que se trataba de un error —continúo—. Más tarde comprendí que también le gustabas. Y al ver que tú le correspondías, no me quedó más remedio que apartarme.

—Lo siento, no sabía que yo te gustaba —murmura.

Suelto una carcajada. «Tiene gracia la cosa».

—Day, no me gustabas, estaba locamente enamorado de ti.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Eso son palabras mayores…

—Y se quedan cortas para lo que realmente siento.

La declaración sale más fácil de lo que esperaba. Ya no tiene sentido seguir escondiéndome. No es un secreto que Terry y yo competíamos por todo desde niños. Y cuando se dio cuenta de lo que yo sentía por ella, quiso competir también en eso.

Era un competidor nato, daba igual lo que estuviese en juego. Si alguno de nosotros quería algo, el otro también iba a por ello solo para demostrar que podía conseguirlo antes.

No me siento cómodo dejando al descubierto los defectos de Terry ahora que ya no está para defenderse, pero nadie lo conocía mejor que yo. No solo crecí con él, también estuve en contacto con el hombre en el que se fue convirtiendo con los años.

Y no era esa víctima que le mostró a Day. Todos estos años fuera de GenoLabs vivió como quiso. Por mucho que le dijese que no podía más y tocaba volver, él lo prorrogaba. Siempre fue un egoísta.

Al final tuve que dejar de darle dinero para convencerlo. Por eso, cuando volvió, fue directo a por Day, quería castigarme.

Aun con todos sus defectos, era mi hermano.

—¿Me amas?

Al fin una pregunta que puedo responder sin un ápice de duda.

—Como un cabrón que algún día espera ser correspondido.

Me aventuro, estiro la mano y le coloco un mechón que se le ha soltado del moño por detrás de la oreja.

Que no se aparte de mi contacto hace que me envalentone y me acerque más a su cuerpo.

—Si lo hubiese sabido… Me enamoré de Terry a raíz de que me dio el microscopio. Sentí que era la única persona que me conocía de verdad. —Niega y apoya su frente contra mi pecho.

—Joder, Day… —La envuelvo entre mis brazos y poso mis labios en su coronilla—. Fui un cobarde y un estúpido.

—El primer paso es reconocerlo —intenta bromear, pero enseguida vuelve a ponerse seria—. Me odiaba a mí misma por sentir algo por ti, por eso, a su vez, te aborrecía tanto, por despertar esos sentimientos —confiesa.

Me aparto unos centímetros y le alzo la barbilla para poder ver su precioso rostro.

—No hicimos nada malo —murmuro, acariciando su labio inferior con el pulgar.

—¿Y por qué se siente como tal?

Detesto que se sienta así. Day percibe las emociones con tal magnitud que hay veces que la destruyen.

—Porque eres una buena persona —le reconozco—. Soy consciente de que él fue tu primer amor, pero me esforzaré cada puto día de mi vida para ser el último.

No pienso, solo hago lo que he deseado hacer desde que la vi en el aeropuerto. Tomo aire despacio, inclino la cabeza y capturo sus labios con los míos.

El gemido que se le escapa me enciende. La sostengo por la nuca y profundizo el beso.

Continúo mi asalto a su boca, esta vez con mi lengua.

Sabe incluso mejor de lo que recordaba.

Bajo mis manos hasta su trasero, que acaricio, memorizando cada recoveco con mi tacto. La alzo, sosteniéndola de los muslos, y enreda sus piernas en mis caderas.

Day iguala la intensidad con la que la beso. Es lo que siempre he adorado de ella, no es una participante pasiva. Se involucra tan activamente que el sexo con ella me lleva a rozar la locura.

Doy unos cuantos pasos a ciegas y cruzo la estancia. Una vez que mis rodillas chocan contra el colchón, me inclino sin soltarla y retiro el edredón.

Rompo el beso. La tiendo sobre su espalda y me tumbo encima de ella. Coloco los codos a ambos lados de su cabeza para soportar mi peso y no aplastarla.

—Eres tan hermosa —susurro en un tono reverencial.

Noto cómo sus mejillas adquieren un color rosáceo. Day nunca ha sido amiga de los halagos, pero si me permite estar a su lado, me encargaré de que se acostumbre y no pararé de recordarle lo preciosa e inteligente que es.

—Jesse, por favor… —Se arquea, acercando su cuerpo al mío.

—¿Qué quieres, Listilla?

—Ya lo sabes —masculla con los dientes apretados.

—No, no lo sé. —Sonrío como el canalla que soy—. Si deseas algo, deberás ser más específica.

—Te odio con todas mis fuerzas.

—Yo también te quiero.

Ladea la cabeza y sus ojos se humedecen.

No me hace falta que lo verbalice. Sé que aún no está preparada para asumirlo y esperaré encantado hasta que se dé cuenta de que siente lo mismo.

Sin hacernos sufrir más, cuelo mi mano por debajo de su camiseta. Las yemas de mis dedos rozan su estómago hasta que llego a su pecho. Comienzo a acariciar su pezón con mi pulgar hasta que se endurece, respondiendo a mi contacto.

Ella se inclina, se saca la camiseta por la cabeza y la lanza al suelo. Una vez que se vuelve a recostar, admiro su figura.

«Es perfecta, joder», pienso, recreándome en su cuerpo desnudo.

—¿Has estado todo este tiempo desnuda bajo esa camiseta?

La muy pícara sonríe.

—Es como me gusta estar por casa.

—Si eso es cierto, me parece que a partir de ahora voy a visitarte más a menudo.

—¿Ya no te gustan las falditas que uso en el laboratorio?

—¿Las que te pones para torturarme? Me encantan —digo mientras me desabrocho los botones de la camisa.

—Tú no tienes nada que ver con mis *outfits*. Me las pongo porque me gustan a mí —comenta toda digna.

—Eso no quita que me hagas sudar la gota gorda cada vez que te veo con ellas —reconozco—. Ni te imaginas las veces que he estado empalmado mientras tenía una reunión de fisión binaria.

Se tapa la boca cuando se le escapa una carcajada.

—No sabía que te excitaba tanto hablar de la división celular asexual.

—La que me excita eres tú. Siempre has sido tú, Day.

Me lanzo sobre su cuerpo, encajándome entre sus piernas, y siento cómo el calor emana de su centro. Cuelo una de mis manos entre nuestros cuerpos y rozo su coño.

—Maldita sea, Day. Estás tan húmeda que tengo los dedos empapados.

A ella solo se le ocurre alzar la pelvis para que continúe prodigándole caricias donde más lo necesita.

Me encantaría tomarme mi tiempo y darle los preliminares que necesita, pero como no me meta en su interior ya, acabaré haciendo el ridículo…

De un fuerte envite me inserto en ella con un gemido.

Follar con Day es como volver a casa. Ambos sabemos lo que le gusta al otro, por eso no soy tierno y delicado. Golpeo entre sus muslos con el mismo ímpetu con el que me recibe.

Nuestro sudor se entremezcla, al igual que mis gruñidos con sus jadeos. Nos reconocemos como si siempre nos hubiéramos pertenecido. La diferencia es que esta vez no hay ninguna barrera entre nosotros. Ni rencores ni secretos ni culpas. Solo ella, yo y esta puta necesidad de sentir que por fin estamos haciendo lo correcto.

Sé que aún está confusa y no puedo juzgarla por ello. Pero tengo todo el tiempo del mundo para recuperar su confianza y que me elija por fin. Entonces, todo será perfecto.

Por el momento pienso disfrutar de cada segundo que me permita pasar a su lado y rezar para que el siguiente no tarde en llegar.

El hoy es nuestro. Mañana ya planearemos juntos la venganza.

Capítulo 6

Neva

La primera cena familiar de verdad con Jesse empieza con Row amenazando a una olla. No a alguien con una olla. A la olla.

—Si te pegas, te juro que te uso para guardar restos humanos —le dice, removiendo con una cuchara de madera.

Yo, sentada sobre la encimera con las piernas colgando, la miro con interés profesional, esperando que se despiste para echarle sal.

Se toma tan en serio sus dotes culinarias que no se permite fallar, y a mí me encanta arruinárselo.

—¿Cuánto tarda en disolverse un cuerpo ahí dentro? —pregunto curiosa.

Nao levanta los ojos de la bandeja de vasos.

—Neva…

—¿Qué?

—No.

Day, que está alineando servilletas, ni siquiera pestañea.

—Depende del tamaño del cuerpo, del ácido y de si quieres conservar los dientes —contesta Jesse, y se queda con una aceituna a medio camino de la boca—. Me encanta esta familia.

Row lo señala con la cuchara.

—Tú no cantes victoria. Esta es la primera cena en la que no te consideramos un idiota integral. Todavía estás en periodo de prueba.

Jesse se lleva la aceituna a la boca, sonríe y mira a Day.

—¿Ves? Progreso emocional.

Day acomoda un cuchillo medio milímetro hacia la derecha.

—No te emociones. Hemos bajado de idiota integral a idiota funcional.

—Es casi una pedida de mano.

Yo aplaudo despacito, soy *team Jesday* total.

Sé que para mi hermana no está siendo fácil. Hace solo unos días estaba muy segura de que Jesse había matado al que ella estaba convencida de que era el amor de su vida.

Es curioso, porque todas sabíamos que no era así. Terry fue solo ese amor de juventud que deja huella, y ahora estoy segura de que está a punto de descubrir a quien sí la ama de verdad, sin motivos ocultos ni egoísmo.

—Qué bonito. El amor moderno. Menos flores, más insultos con estructura.

La tercera planta está más viva de lo habitual. La cocina abierta huele a especias y a pan caliente. La mesa está puesta, aunque aún no hay comida de verdad, solo platos, cubiertos y algo de picoteo que Jesse está exterminando con la eficacia de una plaga bíblica.

—Volviendo al tema —dice Nao, apoyando las manos en el respaldo de una silla—. GenoLabs.

La palabra cae sobre la cocina como un jarro de agua fría.

Day deja quieta una servilleta.

Row apaga el fuego.

Jesse deja de masticar.

Yo sonrío, porque cuando algo da miedo, lo correcto es sonreírle. Así se confunde.

—Qué nombre tan de empresa que guarda secretos en sótanos con luces parpadeantes, ¿no creéis? —pregunto a todos y a nadie en particular.

—Trabajo allí —recuerda Jesse.

—Exacto. Tú eres la luz parpadeante —le confirmo.

Él me guiña un ojo.

—Siempre he querido ser ambientación inquietante.

Nao no le ríe la gracia. Ella tiene esa capacidad preciosa de convertir una habitación en una sala de interrogatorios sin mover un músculo.

—Necesitamos mirar más allá de lo que Jesse puede conseguir desde dentro. Si Madre tiene vínculos antiguos con algún laboratorio, habrá dejado rastro en alguna parte.

Day cruza los brazos.

—Registros médicos, auditorías, licencias, expedientes cerrados…

—O archivos policiales —añade Row.

—¿Estamos diciendo que deberíamos meternos en la policía?

Jesse levanta una mano.

—Me gustaría dejar constancia de que, como ciudadano casi respetable, eso me parece ilegal.

—«Casi» —repito—. Qué palabra tan bonita.

—Podría haber investigaciones archivadas —dice Day—. Denuncias antiguas, nombres de personas vinculadas al proyecto…

Nao asiente.

—Necesitamos saber qué buscar.

—Y necesitamos a alguien que sepa entrar sin dejar huella —murmura Row.

—¿Se os olvida que la primera vez que bajé a buscar información alguien me hizo un fundido a negro? —pregunta Day.

Observo cómo Jesse aprieta la mandíbula.

—Alguien se tomó muchas molestias para asegurarse de que no quedara rastro del ataque. Descubriremos qué sucedió —promete Jesse, mirándola con intensidad.

Ella se sonroja y prosigue:

—Necesitamos registros médicos…

El ruido llega justo entonces.

Un roce arriba.

Un golpe hueco.

Luego el deslizamiento familiar dentro del tubo cerrado que conecta mi apartamento con esta planta. Evan sale disparado por la

boca del tobogán con el pelo un poco revuelto, la camiseta subida por un lado y con cara de disfrutar cada vez que se tira por él.

—Voy mejorando —anuncia.

Nadie responde. Su sonrisa pierde medio centímetro.

—Cariño…

—Cuando empiezas así debería preocuparme.

—¿Tú serías capaz de meterte en la base de datos de la policía sin ser detectado y mirar unas cuantas cosas?

Evan parpadea. Jesse se atraganta con una aceituna. Day cierra los ojos como si estuviera contando hasta diez en varios idiomas. Nao me mira con cara de estar pensando en tirarme por la ventana.

—¿Estamos hablando de la policía «policía»?

—No, amor, la policía de *Star Trek*.

Me bajo de la encimera y me acerco a él con mi mejor sonrisa de profesora de manualidades. Esa que dice: «puedo enseñarte a hacer una flor con cartulina y también convertirte en material reciclable».

—Por favor.

Evan me observa. No mira a mis hermanas. No mira a Jesse. Me mira a mí.

—¿Es importante?

—Sí.

—¿Es peligroso?

—Un poquito.

—Cuando tú dices «un poquito» suele ser enorme.

—Qué exagerado.

Él suspira. Después sonríe.

—Vale. Pero necesito una cosa.

Antes de que nadie pregunte, se gira, se mete otra vez en el tobogán y empieza a trepar por dentro.

Jesse inclina la cabeza.

—¿Está subiendo por el tubo?

—Sí —contesto.

—Como un hámster con hipoteca.

—Mi tipo de hombre. —Suspiro.

—Mis respetos —comenta Jesse con un asentimiento—. Sé por experiencia que intentar subir ese trasto requiere mucha fuerza física y resistencia.

Evan tarda un par de minutos en volver. Cuando el tubo escupe de nuevo su cuerpo, ya no parece solo Evan.

Trae su portátil bajo el brazo y un walkman antiguo enganchado al cinturón. De esos con carcasa gastada y cascos de espuma naranja, tan feos que casi resultan adorables. Se los coloca sin dar explicaciones, pulsa el *play* y camina hacia la mesa.

Aparta uno de los platos con cuidado.

—Ese plato estaba alineado —se queja Day.

—Lo siento —dice él, aunque no parece sentirlo en absoluto.

Abre el portátil.

Y cambia.

No de forma dramática. No se le oscurecen los ojos ni le aparece una cicatriz misteriosa en la mandíbula. Pero algo en él se afila. La espalda se le endereza. Los dedos quedan suspendidos sobre las teclas un segundo, como si escuchara algo que los demás no podemos oír.

Después empieza a escribir.

Nunca lo he visto trabajar de verdad.

He visto a Evan arreglar un *router*, rescatar un ordenador moribundo, explicarme por qué no debería poner pegatinas con purpurina sobre la ventilación de un portátil. He visto al chico que hace collares de macarrones conmigo y finge no notar que mis bromas suenan a amenaza penal. Al chico tranquilo. Al refugio cómodo.

Pero esto es otra cosa.

Sus dedos se mueven con una seguridad casi indecente. No duda. No pregunta. No presume. Solo escribe, borra, vuelve a escribir. La pantalla se llena de ventanas negras, líneas de texto, códigos que se deslizan demasiado rápido para que yo pueda fingir que entiendo algo.

Y, de pronto, lo entiendo a él un poco menos.

Eso me molesta y me gusta a partes iguales.

—Necesito nombres —dice sin apartar la vista de la pantalla.

Day reacciona primero.

—Doctora Agatha Walsh. GenoLabs. Hace años.

Evan asiente.

—Dame rangos.

—Entre veinte y treinta años —dice Nao.

—Demasiado amplio.

—Prueba treinta —añade Row.

Él no pregunta por qué. Solo escribe. Jesse se inclina hacia mí.

—¿Siempre hace esto con música de museo?

—No lo sé —murmuro.

«No lo sé».

No sé por qué usa ese walkman. No sé qué cinta suena ahí dentro. No sé si necesita la música para concentrarse o si es una manía absurda. No sé cuántas versiones de Evan existen cuando yo no estoy mirando.

Él se muerde apenas el labio inferior mientras trabaja. Algo me sube por la garganta, caliente y peligroso.

Admiración.

«Qué cosa tan incómoda».

—Estoy dentro —dice.

Jesse deja caer una aceituna.

—¿Ya?

—No estoy dentro dentro. Estoy… en el felpudo. Dame un segundo para no ensuciar la casa.

Yo sonrío.

—Qué educado para delinquir.

—Gracias. Mi madre estaría orgullosa y decepcionada a la vez.

Teclea más rápido.

Day se acerca a su espalda, pero Evan levanta un dedo.

—No respires encima de mi nuca, por favor. Me hace sentir como un personaje secundario que está a punto de morir.

Day da un paso atrás.

—Qué dramático.

—Metódico —la corrige.

Nao se sienta frente a él.

—¿Puedes acceder a investigaciones archivadas?

—Puedo acceder a índices, referencias cruzadas, registros mal cerrados y gente que cree que poner «contraseña123» es una decisión vital aceptable.

Row ladea la cabeza.

—¿Y al expediente?

—Si existe, quizá. Si alguien lo selló bien, tardaré más. Si alguien lo selló mal, le mandaré una cesta de fruta.

Otra ráfaga de teclas.

Luego se queda quieto.

—Aquí hay algo.

Evan gira un poco la pantalla, lo justo para que veamos, pero no lo suficiente para que nadie toque nada.

—Una multa de tráfico a nombre de Agatha Walsh. Estuvo en impago durante un par de meses.

Day se inclina.

—¿La pillaron con algo importante?

—No, solo es una multa de aparcamiento.

Todas exhalamos a la vez.

—¿Estás seguro de que no hay nada más? —le pregunta Row.

Vuelve a mover los dedos sobre el teclado y, tras unos segundos, niega con la cabeza.

—Está más limpia que el sofá de Nao.

—¿No hay ningún otro lugar donde puedas buscar?

—Por supuesto, podría colarme en el servidor privado de la empresa, *hackearle* el correo electrónico, pinchar las cámaras de su casa…

Mi corazón hace una cosa rara. Porque eso no suena a cachorro. Suena a alguien que sabe cómo meterse en la vida de otra persona sin dejar rastro.

La pregunta es… ¿Por qué me excita creer que Evan puede ser capaz de hacer todas esas cosas?

—¿Seguro que puedes hacerlo? —pregunto tras carraspear.

Se levanta un auricular y me mira, esbozando una sonrisa.

—No, cielo. Solo soy un informático con cierta afición por cotillear en donde no debo, pero todo eso se escapa de mis capacidades.

Suspiro y una sensación muy parecida a la decepción se instala en mi pecho.

—Gracias de todos modos —susurro.

—Lamento no poder ayudar más. Deja que borre toda mi huella digital. No quiero tener a la policía en mi casa dentro de una hora.

Le pongo una mano en el hombro.

—Borra también tus datos del ordenador.

Él alza la vista. Los cascos naranjas siguen sobre sus orejas.

—¿Mis datos?

—Todo lo que hayas usado. Todo lo que pueda señalarte. Todo.

Durante un instante, sus ojos se quedan fijos en los míos. Después asiente.

—Claro.

Lo veo hacerlo. O creo verlo. Limpia accesos, historiales, rutas, credenciales temporales. Hace desaparecer ventanas. Borra cosas que ni siquiera sé nombrar. Cuando termina, gira el portátil hacia mí.

—Limpio.

Evan se quita los cascos y los deja junto al portátil.

—Ahora explícame por qué acabo de colarme en archivos policiales durante una cena familiar.

Day murmura:

—Con platos que ya no están perfectamente colocados.

Yo apoyo las manos en el borde de la mesa y me inclino hacia él.

—Te lo explicaré.

—Bien.

—Pero antes tengo que decirte algo.

Su expresión se suaviza.

—¿Qué?

—Me has puesto a mil viéndote teclear así.

Jesse hace un sonido de protesta.

—Estoy comiendo.

—Técnicamente estás saqueando aceitunas —dice Row.

Evan se queda inmóvil. Luego parpadea.

—¿Eso era la explicación?

—Era el prólogo.

Me subo a horcajadas sobre él, cara a cara, sin importarme que mis hermanas estén ahí, que Jesse casi se atragante otra vez o que Nao parezca estar calculando si puede borrarnos de su vida.

Evan me sujeta por la cintura por puro reflejo.

—Neva…

—Luego te lo explico.

—Eso dijiste antes.

—Soy consciente.

Sus manos bajan a mis muslos. Cierra el portátil con una mano, recoge el walkman con la otra y se levanta conmigo en brazos. Me agarra del culo sin pedir permiso, como si de pronto también supiera hacer eso con la misma seguridad con la que acaba de romper una puerta invisible.

Me río contra su boca.

—Mira qué multifunción.

—Tengo actualizaciones pendientes.

—Instálamelas arriba.

Nao hace un ruido seco.

—Me niego a escuchar más, esto es porno friki.

—Pues haber nacido en una familia normal —le digo mientras Evan me lleva hacia el montacargas.

Row nos grita desde la cocina:

—¡La comida no espera!

Jesse añade:

—¡Pero nosotros cotilleamos!

Day, por supuesto, solo dice:

—No toquéis las paredes.

El montacargas sube con un zumbido bajo. Evan no me baja. Yo le rodeo el cuello con los brazos y apoyo la frente en la suya.

—Has estado increíble —susurro.

Él sonríe, pero hay algo cansado en su gesto.

—Me gusta cuando dices cosas bonitas. Me confunde mucho.

—Puedo volver a amenazarte si te sientes más cómodo.

—Gracias. Sí. Por favor.

Lo beso.

Y durante un rato no pienso en Madre, ni en GenoLabs ni en archivos ni en mentiras antiguas. Durante un rato solo existe Evan, sus manos, su risa contra mi piel y esa versión nueva de él que se ha abierto como una puerta que no sabía que estaba cerrada.

Después, en mi cama, con la respiración todavía desordenada, Evan juega con un mechón de mi pelo entre los dedos.

—Cuando era pequeño desmontaba juguetes —dice de pronto.

Yo giro la cabeza hacia él.

—Claro que sí. Qué sorpresa. El niño *hacker* destripando ositos.

—Ositos no. Tenía límites morales.

—Qué alivio.

—Coches, robots, una radio de mi abuelo una vez. Quería saber cómo funcionaban. Luego intentaba montarlos otra vez, pero siempre me sobraba un tornillo.

Sonríe, mirando al techo.

—Mi abuelo decía que, si seguían funcionando con un tornillo menos, era que ese tornillo nunca había sido importante.

No sé por qué esa frase me toca.

Quizá porque es pequeña o porque no intenta impresionarme.

Y, de pronto, veo a un Evan niño sentado en el suelo, rodeado de piezas diminutas, convencido de que entender algo era la única forma de quererlo bien.

—¿Y seguían funcionando? —pregunto.

—A veces.

—¿Y cuando no?

—Decía que estaban expresando su individualidad.

Me río y él se gira hacia mí.

—¿Qué?

—Nada.

Pero no es nada. Es una cosa enorme. Una criatura con dientes dentro del pecho.

¿Cuántas historias como esa tiene? ¿Cuántos tornillos le sobraron? ¿Cuántas radios rompió? ¿Qué canción suena en ese walkman feísimo? ¿Por qué no le he preguntado antes?

Porque no debía.

Porque Evan era sencillo. Evan era mi zona segura. Evan era el chico que no podía quedarse para siempre porque mi vida está llena de sangre, secretos y puertas cerradas.

Y ahora quiero abrirlo. Quiero saber qué hay dentro. Eso sí que da miedo.

Él me roza la mejilla con los nudillos.

—Ahora sí. Explícame lo de abajo.

El mundo regresa de golpe. La cena. La policía. Madre. Sus ojos esperando una verdad que no puedo darle.

Me incorporo despacio.

—Evan…

—Confío en ti —dice.

Y eso es peor que una acusación. Me inclino hacia él y le acaricio el brazo. Su piel está caliente bajo mis dedos. Busco el recuerdo. Ahí está: el tobogán, la conversación, la pregunta, el walkman, las teclas, los archivos, Madre.

Tiro del hilo.

Él inspira.

El recuerdo se deshace.

No duele. Nunca duele. Eso no lo hace mejor.

Evan parpadea, tranquilo, vacío de esos minutos que acabo de robarle.

Lo beso en la frente.

—Perdóname —susurro.

Bajo antes que él. En la tercera planta ya han servido la cena. Los platos están llenos, las copas colocadas, las sillas ocupadas. Todos levantan la vista cuando aparezco.

Nao no pregunta.

Day aparta una servilleta para corregir una arruga invisible.

Row me mira solo un segundo.

Jesse levanta ambas manos.

—No diré nada, pero eso ha sido demasiado rápido.

Me siento. Poco después, el tobogán vuelve a sonar. Mira la mesa.

—Anda. Qué rápidas habéis sido. Si solo he tardado nada en bajar y cuando subí todavía estabais empezando la cena.

Se hace un silencio mínimo. Yo cojo mi tenedor.

—Row ha amenazado a la olla y la olla ha cooperado.

Row asiente, seria.

—Funciona con casi todo el mundo.

Jesse señala su plato.

—Ha sido llegar y descongelar. Cocina moderna.

Day añade:

—Y organización.

Nao bebe agua.

—Mucha organización.

Evan nos mira a todos entre divertido y confundido.

—Sois rarísimos.

Yo sonrío.

—Y tú bajas muy lento por el tobogán, cariño —le digo—. Con lo que corres en el patinete, no sé cómo no has llegado antes.

Él se sienta a mi lado, me besa la mejilla y roba un trozo de pan de mi plato.

—La próxima vez cronométrame.

Noto cómo se me tensa todo, ese cosquilleo eléctrico que me sube por los brazos y que termina siempre con mis dedos buscándome el cuello. Antes de que lo hagan, meto la mano en el bolsillo y saco la peonza.

La dejo sobre la mesa y la hago girar. No me importa que estén todos delante.

Es vieja. De madera, con la punta de metal ya gastada de tantas vueltas y toda ella pintarrajeada con rotuladores que perdieron el color hace años: rayas que quisieron ser estrellas, un sol torcido, unos garabatos que solo una niña muy pequeña sabría descifrar. Yo era esa niña. No recuerdo pintarla, pero sé que fui yo.

El zumbido de la madera al girar me ordena por dentro, como si alguien bajara el volumen del mundo. Los hombros se me sueltan. La respiración se me acompasa al giro. No sé cuánto tiempo llevo mirándola cuando la voz de Evan me devuelve al momento.

—¿Adónde te vas cuando haces eso?

Parpadeo. La peonza empieza a tambalearse y la atrapo antes de que caiga.

—A ningún sitio.

—Mentira. —No lo dice con reproche, sino con curiosidad, apoyando la barbilla en la mano—. Te vas. Se te queda esa cara. ¿Qué es?

Todos en la mesa nos observan.

—Una peonza. La tengo desde que era pequeña.

—¿La pintaste tú?

—*Sip*.

—¿Y qué tiene de especial?

Podría contárselo. Me sorprende cuánto me tienta contárselo. Pero abrir esa puerta es abrirlas todas, y hay habitaciones dentro de mí que no pienso enseñarle a nadie, ni siquiera a él.

—Me calma —digo, y hago que suene ligero.

Evan me mira un segundo más de la cuenta, de esa forma suya que da la sensación de que ve más de lo que le enseñas. Pero no insiste. Coge la peonza con un cuidado que no le pega nada, como si entendiera que es vieja y que se puede romper, y la hace girar él mismo sobre la mesa, hacia mí.

—Vale, cuando lo necesites, avisa y yo mismo la giro por ti.

Y lo dice como si fuera una tontería. No sabe que acaba de aprender a manejarme mejor de lo que me manejo yo.

Lo miro.

Y por primera vez desde que empezó esto, no sé si quiero mantenerlo lejos para protegerlo, o acercarme más para descubrir qué pieza me falta a mí.

Sea como sea, cambio de tema y proseguimos con esta cena rara en la que tengo en la misma mesa a toda la gente que me importa.

Capítulo 7

Nao

Day lleva veinte minutos repitiéndome que está bien.

Lo cual significa que no lo está, pero prefiere no hablar de ello. Yo respeto ese sistema. Es el mismo que uso yo desde los doce años.

—En serio, Nao. Estoy aliviada, ¿sabes?

—Ajá.

—Aliviada, no «contenta», no me malinterpretes, y también algo confusa.

—Te he oído a la primera.

Está sentada en la silla de los clientes, con las piernas cruzadas, jugueteando con una de las agujas estériles que tengo sobre la bandeja. Lo hace cada vez que viene. Le he dicho mil veces que no toque mis cosas, pero es como pedirle a un gato que no salte al mostrador. Le quito la aguja de la mano sin mirarla.

—Lo que pasa —sigue, porque Day, cuando arranca, no para— es que sentir lo que siento por él es… raro. Después de… Después de estar un mes pensando que era un asesino, ¿sabes?

—Y ahora estás aliviada —subrayo—. Vale. Anotado. Solo nos queda analizar el asterisco que no te deja estar tranquila, y es… lo mucho que te gusta ese lameculos.

Day sonríe. Una de esas sonrisas pequeñas que parecen salir con esfuerzo. Pero mejor eso que los ojos rojos del último mes.

Anoche, durante la cena familiar que organizamos, pude notar que algo entre Day y Jesse ha cambiado. Sé que ella sigue confusa,

pero hasta un tonto se daría cuenta de que esos dos idiotas están hechos el uno para el otro.

En ese momento, la campanilla de la puerta suena, haciendo que enfoquemos la vista hacia la entrada.

No me lo puedo creer…

Esperaba encontrarme a la cita de las cinco, una señora que quiere tatuarse el nombre de su perro muerto, pero lo que descubro es al puto policía rubio que nos ayudó cuando Terry murió.

¿Cómo olvidarlo?

Es la viva imagen de Thor. Greñas rubias, alto como un armario y lleno de músculos. Solo le falta el martillo y el taparrabos. Pero tampoco lo necesita. El cabrón lleva una camiseta blanca, vaqueros rotos y una sonrisa capaz de sacarle de cualquier conversación incómoda.

Lo primero que hago es intercambiar una mirada con Day, que se ha tensado al identificarlo. Cualquiera con dos ojos lo habría reconocido.

Day se levanta despacio y yo me incorporo detrás del mostrador cuando él se acerca, afable, como si no acabara de invadir territorio enemigo.

—Anda, hola… —saluda, fingiendo sorpresa—. ¿Qué hacéis vosotras aquí? —Actúa tan mal que me da vergüenza ajena—. Qué casualidad.

—Sí. Mucha casualidad —repito sin parpadear.

—Estaba buscando un sitio donde tatuarme y este tiene buenas reseñas. ¡Y resulta que sois vosotras! El mundo es un pañuelo.

—Eso parece —mascullo.

La sonrisa de su cara apenas varía. Punto para él.

—Entonces…, ¿puedes atenderme o estoy vetado aquí?

Miro a Day. Ella lo observa y sus ojos giran apenas un grado. No dice nada en voz alta, pero cuando vuelve a mirarme, su expresión me responde por sí misma: «Ten cuidado».

—Aquí se atiende a todo el mundo —respondo—. Si apareciera una rata con una tarjeta de crédito, la tatuaría.

El policía esboza una sonrisa incómoda que me hace muy feliz.

—Yo me largo —anuncia Day. Pero antes cruza el mostrador, se planta a mi lado para, muy a mi pesar, besarme la sien, lo cual es, directamente, una agresión para mí, y me dice algo al oído que no quiere que él entienda—: No lo espantes. Puede sernos útil.

La frase me abofetea mientras la veo dirigirse hacia la salida. No obstante, antes de irse, nos mira por última vez.

—Pórtate bien, Nao —dice con retintín.

—Siempre lo hago.

—Sí, ya…

Sale del local, haciendo sonar la campanilla, dejándonos solos.

El poli se queda de pie en medio del estudio, con las manos en los bolsillos, mirando las paredes como si estuviera en un museo de los horrores.

Hay algo raro en cómo lo observa todo. La mayoría de la gente que entra aquí o mira los diseños o me mira a mí. Él se dedica a revisar las esquinas, comprobar las salidas y localizar cámaras de vigilancia que no tengo.

«Mala suerte, colega».

Cuando vuelve a mirarme, sonríe de nuevo. Una sonrisa perfecta que odio de inmediato.

—Me llamo Preston —se presenta, tendiéndome la mano.

No se la cojo. No por borde —bueno, también—, pero prefiero no tocar a nadie si no es estrictamente necesario.

—Yo soy Nao —digo, colocándome frente al ordenador—. ¿Qué quieres hacerte?

—La verdad es que no lo sé.

—Pues adiós. No me gustan los indecisos.

—¡Espera! —Se ríe—. Sé que quiero algo grande y en la espalda, pero no sé exactamente qué.

Levanto una ceja.

—¿Vienes a un estudio de tatuajes sin saber qué quieres tatuarte y pretendes que te haga algo grande en la espalda?

—Más o menos…

—¿Tú te caíste muchas veces de pequeño?

—Alguna que otra —admite, siguiéndome la broma—. Pensaba que igual tú, al ser una experta, tendrías alguna idea buena.

—Las tengo. Y cobro por ellas.

—Me parece justo.

«No lo espantes, Nao», recuerdo las palabras de Day y me cuadro.

Cojo el cuaderno de bocetos de mala gana y le señalo la silla del fondo con la cabeza.

—Siéntate. Y cuéntame algo de ti para ver qué puede encajarte.

Él obedece y se acomoda como si llevara años sentándose en esa silla. Es de esos tipos que ocupan el espacio sin dejar sitio para nadie más.

—¿Qué quieres saber de mí? —pregunta.

—Lo mínimo. No hace falta que me cuentes tu vida. Dime una palabra que te defina y si crees en algo. Lo típico. Para no dibujarte un Capitán América si eres *team* DC.

Se ríe. Esta vez de verdad. Una risa más corta e inesperada.

—Soy de Marvel, así que respira tranquila.

—Lo anoto.

—¿Una palabra que me defina? —murmura—. Curioso, supongo.

—Eso es lo típico que dice todo el mundo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué dirías tú?

—Nada que te interese.

—A lo mejor sí me interesa…

Levanto la vista del cuaderno para sostenerle la mirada más de dos segundos. Necesito saber de qué va, qué busca, pero no capto nada. Para eso tendría que tocarlo con una aguja y que estuviera relajado. Y no lo parece. Más bien tiene pinta de estar acostumbrado a ganar conversaciones a base de mirar fijamente.

Sin embargo, conmigo eso no funciona.

—¿Algún miedo? —pregunto para provocar una reacción en él.

Se lo piensa. Y por primera vez desde que ha entrado, lo veo dudar.

—La falta de información —responde al final—. Tener una pregunta sin respuesta. Eso me come por dentro.

Y no sé por qué, pero esa frase tonta, «me come por dentro», me toca un cable que no sabía que tenía suelto.

Una voz que no es mía cruza por mi cabeza. Una de las que cargo desde hace meses. Un tipo al que tatué un reloj parado en el antebrazo y mientras le pinchaba no dejaba de pensar «no saber qué le pasó es lo único que no me deja dormir». Esa frase exacta. Con todo su peso.

Me quedo medio segundo en blanco, y cuando vuelvo, veo que él me está mirando.

Y no como hace un minuto. Ahora es distinto. Como quien acaba de ver algo extraño y lo ha archivado.

Joder…

—¿Estás bien? —pregunta con suavidad, como si le importara.

—Perfectamente. Tatuaje grande, en la espalda, no sabes qué. Creo que tengo algo perfecto para ti.

—Soy todo ojos.

Paso las páginas hasta llegar a un dibujo que hice hace años y que siempre me ha gustado. Es una figura geométrica, de líneas finas, mucho detalle y un sombreado denso.

—Guau… —dice alucinado—. Es muy potente.

—Te va a doler como un parto y nos llevará entre seis u ocho sesiones, pero te quedará brutal.

Levanta las cejas.

—¿Has dicho seis u ocho sesiones de dolor de parto?

—Como mínimo. Si quieres algo grande y bien hecho, los atajos no valen.

—Joder.

—Podríamos hacerlo en menos, pero sería una mierda. Y tengo un nombre que cuidar. —Me encojo de hombros, poniéndoselo fácil para abandonar.

Él sonríe otra vez. De una forma más calculadora.

—Seis u ocho sesiones… —repite—. Vale. Apuntado.

—¿Quieres ver otras opciones?

—No. Creo que has dado en el clavo con este. Eres buena calando a la gente.

Lo miro. Me mira. Y… mierda.

Admito que está bueno. Es un cabrón mentiroso, pero está MUY bueno.

Y por supuesto que lo he calado. Este no ha querido hacerse un tatuaje en su vida, solo ha venido porque algo en la muerte de Terry no le encaja y es un maldito cotilla. Él mismo lo ha admitido.

Me encantaría espetarle que no engaña a nadie, pero Day ha dicho que podría sernos útil. Lo último que quiero es cabrearla más.

—Quiero que sepas una cosa —suelto de pronto.

—Tú dirás.

—Un tatuaje así supone muchas horas de trabajo y me han dicho que me porte bien contigo. Así que lo único que te pido es que no me trates de idiota fingiendo que esto es una casualidad. No quiero ponerme más borde de lo normal.

—¿Insinúas que hay otro nivel aún peor?

—Jódeme y verás.

Nos mantenemos la mirada y… Vale, analizando la frase, quizá tenga demasiadas acepciones, porque de pronto todo está teñido de un trasfondo sexual que me ahoga. Podríamos ponernos a «joder» ahora mismo encima del mostrador. Pero luego tendría que echarle. No tatúo a quien me follo. Es una norma.

—No he venido a joderte —musita algo pícaro—. No estoy investigando nada ni quiero molestaros.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —pregunto directa.

—Te lo he dicho, quiero un tatuaje.

—Acabo de pedirte que no me mientas.

—No lo hago. Soy bastante obsesivo. Y desde que lo he visto no se me va de la cabeza. —Volvemos a leernos con la mirada y tengo la sensación de que, si Day estuviera aquí, me diría que no miente. Mi duda es si su frase se refiere al tatuaje o a mí…

Mientras lo miro, sus labios vuelven a curvarse divertidos.

Empiezo a sospechar que duerme colgado del techo como un murciélago y se alimenta exclusivamente de sonrisas irritantes.

—De acuerdo —resuelvo. Y suena igual de vengativo que en mi mente. Porque ha elegido el dibujo perfecto para esconder microrrunas en su patrón, y puedo meterle pequeños detalles que él no ha pedido donde me plazca. Para cuando los descubra, ya será demasiado tarde.

Llámalo firma de autora, capricho o cobrarme sus mentiras.

—Ven el martes a las siete —digo, anotando la cita en mi agenda —. Trae camisa que se abroche con botones y no comas mucho antes.

—¿Por qué?

—Porque la gente tiende a vomitar la primera vez.

Me mira espantado.

Si fuese capaz de hacerlo, soltaría una sonora carcajada.

—Tomo nota.

Se levanta para sacarse la cartera que lleva pegada a ese culo de dios nórdico y dice:

—¿Cuánto es?

—Cincuenta.

—¿Solo? —pregunta extrañado.

—No. Esos son por la consulta de hoy. Si vuelves, te los descontaré del precio final. Y si no vuelves, como hace la mitad de la gente que entra por esa puerta, al menos no habré perdido mi tiempo contigo.

—¿La mitad no vuelve?

—Sí. Vienen muy valientes, se sientan, oyen lo de los ocho partos y lo del vómito y se les pasa la épica.

—Bueno, a mí no se me va a pasar.

—Eso dicen todos.

Saca un billete y lo deja despacio sobre el mostrador, mirándome a los ojos, como si el gesto fuera una declaración de guerra.

—El martes a las siete —repite intenso.

—Correcto.

—Voy a volver, Nao.

—Eso espero…

Sonríe y sale por la puerta, haciendo que la campanilla dé una voltereta. Es Thor. Confirmado.

Me quedo quieta, observando cómo se va unos segundos más de los necesarios. ¿Por qué coño me quedo mirando?

Joder… Qué asco me doy a veces.

Capítulo 8

Nao

Aparco mi moto donde siempre y subo a casa con el ánimo de alguien que acaba de descubrir que su próximo cliente puede joderle la vida.

Vivimos en un edificio raro. Desde fuera no llama la atención: ladrillo rojo, cinco plantas, bastante antiguo… Lo bueno está dentro.

Subo en el montacargas hasta la planta comunitaria, donde se respira un caos hogareño que fabrica cantidades industriales de nostalgia dentro de mí cada vez que salgo de casa.

No es nada especial. Parece un decorado de IKEA diseñado por alguien con problemas mentales, pero cuando llego, ver mi sofá junto al de las demás, siendo cada uno tan distinto, me hace sentir en casa. El mío es blanco impoluto con un alto riesgo de mancharse y sin un solo cojín en el que acomodarse. Esa es la idea. Que nadie se siente en él JAMÁS.

Veo que mis compañeras de piso y hermanas ya están en casa.

—¿Por qué llegas tan tarde? —cuestiona Row—. He empezado a beber sin ti.

—Ya lo veo —contesto, registrando la botella de vodka en la mesita baja.

Está tirada en su sitio donde el humo de tabaco ya se ha agarrado a los cojines. Le he dicho mil veces que fume en la escalera de incendios. Pero me ignora, cómo no.

—¿Mucho trabajo hoy? —pregunta.

—No. Es que he estado limpiando.

Eso hace que las tres detengan lo que están haciendo y me miren al mismo tiempo. Porque soy la persona más limpia de la Tierra, lo tengo todo impoluto siempre. Pero limpiar sobre limpio se llama ansiedad. Y yo con ansiedad soy peor que un *minion* con un hacha.

Me siento en mi sofá y me apoyo en el respaldo sin acomodarme demasiado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Row mosqueada.

—Cuéntaselo tú —le digo a Day.

La aludida deja la taza que tenía entre las manos y se acerca.

—Esta tarde se ha presentado en el estudio de Nao el policía rubio que presenció la muerte de Terry.

Row se activa como si le hubieran disparado.

—¡¿Qué?!

—Ha entrado fingiendo que pasaba por allí y ha exclamado «¡oh, qué casualidad!» con la voz más falsa que he oído.

—¿Y qué habéis hecho?

—Nada —aclaro yo—. Le he dicho que lo tatuaría. Ocho sesiones. La primera es el martes.

Neva se acerca y se sienta en el brazo del sofá de Day.

—Espera, espera. Vamos por partes. ¿Por qué le has dicho que lo tatuarías?

—Porque, si me hubiera negado, habría sido sospechoso. Y porque Day me ha dicho que podría sernos útil.

—¿En qué sentido? —pregunta Row con interés renovado.

Day aprieta los labios.

—¡En el sentido de que todavía no sé qué le pasó a Terry! Sé que Jesse no lo mató. Vale. ¡Pero cayó desde el tejado y nadie nos ha dado una explicación! Y sé que ese policía no ha vuelto a nuestras vidas por casualidad. Sabe algo. Algo que nosotras no sabemos. Ha podido comprobar cámaras y tener acceso a información que nosotras no.

—Vale —digo—, pero ¿cómo pretendes sonsacárselo?

—Tengo una idea que no te va a gustar.

—No me jodas… —mascullo, mirándola seria.

Day me sostiene la mirada.

—Tienes que ligártelo, Nao. Enamorarlo de verdad, no solo follártelo como haces con todos los hombres que te interesan. Necesitamos que te elija por encima de su profesión.

Parpadeo dos veces antes de procesar lo que acaba de decir.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—Pero…

—Pero nada —zanja rotunda—. Ese tipo está obsesionado contigo, pude notarlo en la tienda. No es solo curiosidad profesional. Necesitamos que esa obsesión nos sirva para descubrir la verdad. Tienes que ganarte su confianza hasta el punto de que te cuente lo que sabe. Y si eso implica caricias y arrumacos tendrás que hacerlo. Al terminar, Neva puede borrarle la memoria para que se olvide de ti.

—¡¿Has dicho acariciarlo?!

—Esto va a ser divertido… —murmura Row entre dientes.

—¡¿Me estás vacilando?! —me quejo—. Me niego a hacer eso.

—¿Por qué?

—¡¿Pretendes que me tire a un tío y luego le haga mimos?! ¡¿Tú estás loca?!

Neva suelta una risita por la nariz y la fulmino con la mirada.

—No es para tanto.

—Yo nunca hago eso. Como mucho les digo adiós. A veces ni eso. El último tío al que se le ocurrió decirme una tontería romántica lo lamentó.

—Tienes que hacerlo, Nao. Por Terry.

—Me la suda Terry. Ya está muerto —digo seca—. Lo siento —añado rápido, mirando a Day—, pero es la verdad.

—Entonces, hazlo por mí —insiste mi hermana, certera.

La miro y resoplo porque sabe que a ella no puedo negarle nada. Puedo protestar por todo, pero al final acabo haciéndolo igualmente.

—No me pidas eso, DayDay… —gimo—. Las sonrisitas, las miraditas, el «cuéntame más de ti…». ¡No me sale! Solo me sale gruñir. ¿Y si lo amenazamos? Eso lo domino más.

—No podemos amenazarle, es policía. Tiene que ser por las buenas.

—¡¿Por las buenas?! ¡¿Yo?! Imposible.

—¡Pues hazlo posible o nunca sabremos quién mató a Terry!¡Tú decides!

Me masajeo las sienes.

—Vamos a ver… ¿Y por qué no se lo liga otra? Row tiene muchas más tablas que yo para estas cosas.

—Porque yo podría matarlo sin querer —se excusa Row.

—Y yo queriendo. —Sonríe Neva.

—Muy graciosas. Pero hablo en serio.

—La cosa es que le gustas tú, Nao —señala Day—. Pude sentirlo. Y si voy yo, o Row o Neva no va a funcionar. Ese tío fue al estudio por ti. Sus emociones eran contigo.

Neva levanta la mano como lo haría una niña en clase.

—Si necesitas ayuda con la parte de la seducción, yo te puedo dar algunos consejos. Evan y yo tenemos una vida sexual muy activa.

—Por Dios, Neva…

—¡Solo me estoy ofreciendo!

Pongo los ojos en blanco y Row se ríe abiertamente mientras murmura un «esto promete».

Miro al techo, procesando dónde me estoy metiendo.

Recapitulemos… Tengo que tatuar a un policía durante ocho sesiones a la par que le saco información y finjo que me gusta para terminar en su cama mientras evito que se dé cuenta de que todo es mentira.

Y recordemos que yo no sé sonreír.

—Ese tío sabe algo, Nao —repite Day, tratando de convencerme.

—Claro que lo sabe, si no, no hubiera aparecido —discurre Row—. Descubriremos qué es y luego le borraremos hasta el nombre de su madre.

—Lo haré sin problema —afirma Neva.

—Y si se pone tonto, yo me ofrezco voluntaria para darle un besito —añade Row—. Total, una vida más, una menos.

—No vamos a matarlo —sentencio de pronto.

—Uuuh… ¿Ya te gusta? —me provoca Neva, sonriente.

—No, imbécil, pero los policías muertos generan más policías husmeando. Y, si desaparece, vendrán a buscarlo.

Row hace un mohín.

—Aguafiestas.

Day se queda pensativa.

—Me vio gritándole a Jesse. Seguro que por eso nos ha investigado. Debemos tenerlo de nuestro lado o puede darnos problemas.

—Vaaale —cedo cansada.

Day levanta las cejas.

—¿Vale qué?

—Intentaré «ligármelo». Pero quiero que conste en acta que esto va a ser un desastre y, cuando salga mal, no quiero ni una sola queja de ninguna de vosotras.

Day me mira con agradecimiento.

—Gracias, Nao.

—No me lo agradezcas todavía. Espera a que te llame el martes a las ocho y media para decirte que el plan se ha ido a la mierda en hora y media.

—Tendré el móvil cerca.

Neva abre el libro, dando por zanjada la conversación, Row vuelve a tumbarse con la botella de vodka y Day se queda mirándome con esa cara de hermana mayor que pone cuando sabe que me está pidiendo algo superior a mis fuerzas.

Aprovecho para bajar a mi piso y cambiarme de ropa.

Cuando abro la puerta y enciendo la luz, el blanco lo abarca todo: paredes, techo, muebles, sábanas, cortinas… y hace que mi mente colapse y se quede en blanco, nunca mejor dicho.

Esta monotonía cromática es lo mejor para relajarse. Porque no exige nada. No dice nada ni recuerda cosas que no quieres rememorar. Cuando cierro la puerta, mi cabeza se queda en silencio durante un buen rato. Solo existe eso. Mi silencio.

No oigo a un cliente pensando que su novia lo engaña.

Ni a una mujer aterrada porque ya no quiere a sus hijos.

Solo me escucho a mí.

Me tumbo en la cama y rezo para que esta sensación dure lo máximo posible, pero nunca lo hace, porque en cuanto bajo la guardia, aparecen otros pensamientos de los que llevo años huyendo.

No olvido que Day acaba de pedirme que sacrifique mi escaso equilibrio emocional para descubrir quién mató a Terry. Y tengo que hacerlo porque es la única que nunca me pide nada. La que me besa la sien cuando yo no quiero que me besen y la primera que fue mi amiga cuando más lo necesitaba…

Cierro los ojos y me obligo a pensar. ¿Cómo coño liga la gente? Porque yo suelo acosar a alguien a miradas y luego lo beso sin cruzar palabra. Un truco que me funciona el cien por ciento de las veces. Si abriera la boca, seguramente no tendría tanta suerte.

Pero con el poli no puedo hacer eso…, ¿o sí?

Repaso en mi mente las películas, series y escenas que he visto en bares a los que he asistido como mera observadora del comportamiento humano. ¿Qué hacen las mujeres cuando quieren ligarse a un hombre?

Sonreír. Y ahí tenemos el primer problema.

También los tocan; segundo problema. Coquetean y se ríen de las bromas del otro, aunque no tengan gracia. Eso va en contra de mi religión… Les hacen preguntas como si las respuestas les importaran mientras se muerden el labio y juegan con su pelo. Inimaginable en mí.

Además, ¡yo no tengo pelo con el que jugar!

A ver… Lo de tocar lo puedo hacer. Porque ya voy a tocarlo como parte del trabajo de tatuarle. Solo tengo que dejar que mis dedos rocen donde no haría falta y él entienda la señal.

Lo de hacer preguntas… Bueno, ya tenía pensado hacerle unas cuantas. Solo que ahora tienen que sonar a «me interesa tu vida», en lugar de a «me interesa saber qué información tienes sobre la

muerte de Terry». Al final es la misma frase con una entonación distinta. Así que lo puedo intentar.

Lo de sonreír… lo veo más complicado.

Y lo de morderme el labio, por encima de mi cadáver.

¿Qué más pruebas necesitan para saber que esto va a salir mal?

Porque yo no sé fingir que alguien me importa cuando no lo hace. Fingir afecto es lo más difícil del mundo cuando nunca te enseñaron a recibirlo.

Y sé exactamente quién tiene la culpa de que no sepa.

«Haz otro». Se cuela en mi mente la voz de Madre, tan fría y cortante como siempre.

Esa mujer jamás tuvo un gramo de empatía conmigo. Ni siquiera el día que me obligó a dibujar sobre los brazos de Row durante horas porque no podía parar de llorar después de la muerte de Alyss.

Yo también había perdido a una buena amiga, pero a Madre solo le preocupaba que Row no se rompiera del todo. Porque Row tenía una habilidad que mataba sin testigos, y eso, para ella, valía oro.

Estuve dibujando hasta que me desmayé. Y cuando desperté, Madre estaba a mi lado, no para preguntarme cómo lo llevaba yo, sino para saber cuándo podría volver a empezar.

Abro los ojos de golpe.

Basta. Eso pasó hace años. Ya no soy esa niña. Ahora sé quién soy. Sé lo que hago y lo que significo para mis hermanas.

«Si no les fueras útil, ya te habrían echado de aquí», insiste la voz de Madre.

Tiro ese pensamiento lo más lejos posible para no oírlo. Ella lo puso ahí y no le voy a dar el gusto de torturarme.

Siempre me ha hecho sentir que era menos que las demás. Como si no fuera suficiente para pertenecer al grupo.

Pero hoy sé que, si yo desapareciera, Day empezaría a exhumar cadáveres para encontrarme. Neva se lanzaría debajo de un tren por mí sin pestañear. Y Row le arrancaría la cabeza a cualquiera que quisiera hacerme daño.

Eso es real. Y lo que Madre piense no importa.

Entonces…, ¿por qué sigo oyendo su horrible voz?

Me levanto y voy directa al baño para echarme agua fría en la cara. Me miro al espejo e intento pensar en otra cosa. Y durante un breve y absurdo segundo, Preston, el policía cañón, se cuela en mi cabeza.

Recuerdo que me gustó cómo se hizo cargo de todo aquel día, con Terry ensangrentado sobre el capó, Day rota y yo totalmente bloqueada.

Dijo lo que había que decir, como si llevara toda la vida apareciendo en los peores momentos de la gente y supiera muy bien qué hacer.

Pienso en cómo lo observaba todo, como si pudiera arreglarlo. Como si las cosas todavía tuvieran arreglo…

Me obligo a borrar esa sensación antes de que eche raíces. Porque los hombres nunca han solucionado nada en mi vida. Ni Terry ni Jesse ni ese maldito Thor me importan un pimiento, solo me importan mis chicas. Esas tres mujeres que me quieren a mí. No a mi habilidad. A mí.

Y haré lo necesario para que estén bien.

Y si el policía cree que lidiar conmigo va a ser un paseo, ya descubrirá que mi camilla no es un parque de atracciones.

Voy a hacer que se le quiten las ganas de jugar a los detectives…

Capítulo 9

Nao

Llevo tres días arrepintiéndome de haberle dado cita.

¡¿En qué coño estaría pensando?!

El problema no es que sea policía. Tampoco que nos esté investigando. Al fin y al cabo, la gente lleva intentando husmear en nuestras vidas desde que tengo memoria y la mayoría acaba aterrorizada y con ganas de mudarse a otra ciudad.

El verdadero problema es que tengo que ligármelo. Una habilidad que no figura en mi currículum.

Me puse una película romántica para tomar notas y a la media hora la apagué porque no podía con tanto pestañeo y sonrisa ladeada.

Busqué en internet «frases para ligar con un hombre» y encontré tal cantidad de estupideces que durante diez minutos consideré seriamente que prefería que Day dejara de hablarme antes que decir ninguna en voz alta.

Y, aun así, lo peor no es eso…

Lo peor es que llevo tres días sin dejar de pensar en él.

¡¿QUÉ DEMONIOS ME PASA?!

Ese pelo…, esos ojos… y las siniestras comisuras de su boca alzándose… Por eso el estudio lleva tres días reluciendo de una manera que asusta hasta a mi cliente habitual de los lunes, que normalmente viene borracho.

Row dice que he estado más callada de lo normal. ¡Yo! Que siempre hablo lo justo y necesario. Day me ha preguntado si estoy

nerviosa, como si yo fuera el tipo de chica que se pone nerviosa por un hombre. Y Neva, la kamikaze de Neva, me ha preguntado si me he depilado…

Han tenido que agarrarme para que no le dé una paliza mientras se reía a carcajadas.

¡Todo esto es ridículo!

Pero, por algún motivo, se me corta la respiración cuando la campanilla suena justo a las siete en punto. Ni un minuto antes ni uno después.

Me gusta la gente puntual, pero este tipo tiene pinta de celebrar la Nochevieja cinco segundos antes por si acaso.

Levanto la vista despacio, para no darle importancia, y veo a mi Thor particular.

Camisa negra abotonada. Vaqueros rotos desgastados. Y sonrisa de chico que usa los intermitentes incluso estando solo en la carretera. ¡Pfff…!

—Has vuelto —digo casi decepcionada.

—Te dije que lo haría.

—La gente también dice que va a empezar el gimnasio en enero y es mentira.

Sonríe. Ya estamos…

«Concéntrate, Nao. Consejo número uno: sonríele de vuelta. ¡Tú puedes!».

Estiro las comisuras de mi boca hacia los lados. Lo intento con todas mis fuerzas, pero los músculos se rebelan contra mí, como si les estuviera pidiendo que aprendan ruso en quince segundos.

Preston se queda mirándome con cara rara.

—¿Estás bien? ¿Te ha dado un calambre?

—No, no.

—Hacías como… una mueca extraña.

—Era una sonrisa.

—¿Una qué? —Se burla.

—Olvídalo —zanjo adusta. Cuando sonrío parezco una persona poseída. Lo sé.

Mira alrededor, evaluando el espacio.

—¿Mucho trabajo hoy? —pregunta como si nada.

—El suficiente como para arrepentirme de haberte dado cita.

—Oh, y yo pensando que habías estado deseándolo en secreto.

Frunzo el ceño y le hago un gesto hacia la sala del fondo.

—Pasa. Y deja el ego fuera. Ocupa demasiado espacio.

—Vaya. Empezamos bien…

—Esto es lo más simpática que voy a estar hoy, así que acostúmbrate.

La sonrisa de cabrón que pone debería ser ilegal. Y que le quede tan bien me molesta aún más.

Cuando pasa por mi lado, intento —juro por Dios que lo intento— rozarle el brazo «casualmente». Pero como no soy de las que rozan a la gente, calculo mal la distancia y le doy un manotazo en el costado.

Él frena en seco.

—¿Eso ha sido a propósito?

—¿El qué?

—El golpe.

—No ha sido un golpe. Ha sido un toquecito.

—¿Con qué intención?

No contesto. Solo empeoraría las cosas. Lo hago pasar y, cuando obedece, cierro los ojos un segundo a su espalda.

¡A la mierda Day y sus peticiones imposibles!

Cuando vuelve a mirarme, le señalo la camilla como si nada.

—Quítate la camisa.

—Me gustan las chicas directas.

—¿Eres de los que le sacan el doble sentido a todo? Porque no lo soporto.

—Perdón. —Empieza a desabotonarse—. Era para quitarle hierro al asunto. Estoy algo nervioso.

—Tú no estás nervioso. Solo finges estarlo para resultar encantador.

—¿Funciona?

—Para nada. —Me cruzo de brazos sin mirarlo a la cara, pero me recreo observando su cuerpo.

En cuanto se quita la prenda, mi cerebro decide tomarse una pausa técnica para convertirse en una ameba. ¡Madre mía, qué cuerpo tiene!

¿Este tipo es consciente de que parece el maldito HeMan? Es como si a un ingeniero le hubieran pagado horas extras por diseñar sus hombros. Tiene una cicatriz pequeña y profunda junto a las costillas que no debería estar mirando tanto.

Consejo número dos: hazle cumplidos.

—Tienes una cicatriz muy interesante… —digo con voz neutral.

—¿Te lo parece?

—Las cicatrices siempre cuentan una buena historia.

—Esta cuenta que cuando tenía veintidós años, intenté impresionar a una chica saltando una verja de hierro… La verja ganó.

—Esa verja me pone.

Preston tarda justo dos segundos en procesar lo que acaba de oír. Y otros dos en empezar a reírse. Una risa silenciosa, contenida, que le sacude esos hombros perfectos.

—¿De qué te ríes? —pregunto indignada.

—De nada.

—Te estás riendo de algo.

—No me estoy riendo.

—¡Te tiemblan los hombros!

—Tengo frío.

—Vete a la mierda.

—Es que… —Inspira despacio para retener otra carcajada—. Me gustaría saber qué clase de día estás teniendo, Nao. Eso es todo.

Frunzo el ceño. Si él supiera… ¿Y por qué me llama por mi nombre? ¿Qué necesidad tiene?

—Túmbate bocabajo —ordeno seca.

—¿Nunca dices «por favor»?

—No.

—Es que suenas muy autoritaria. Y eso me pone a mí.

Lo miro con los ojos muy abiertos mientras él se acomoda en la camilla sonriendo.

Respiro hondo porque, a pesar de todo, parece que me lo estoy ligando. O él a mí. Ya no lo sé. ¿Ese es su plan? ¿Seducirme para que se lo cuente todo?

«A lo tuyo, Nao. Céntrate en esa espalda desnuda de *Master del Universo*».

Preparo las agujas, ajusto la luz y repaso el diseño a conciencia. Cuando le aplico el calco del dibujo en la espalda, decido que la conversación de la verja no ha existido. Y empiezo a pensar que quizá no haga falta ligármelo. Tal vez pueda sonsacarle información mientras lo tatúo y nada más.

La aguja perfora su piel y siento la tensión en su cuerpo.

—¿Te duele?

—No.

—Mientes fatal. ¿Te lo han dicho?

—Por suerte, no suelo necesitar mentir.

Esa frase me sube por la nuca como una caricia.

—Bueno. Háblame un poco de ti —suelto a bocajarro.

—¿De repente te interesa mi vida?

—Estoy intentando ser amable.

—¿Amable tú? ¿Tengo que preocuparme? —dice, girándose.

Encima se cree gracioso.

—¿Prefieres que sea una borde?

—Sí, por favor…

Se me escapa un bufido por la nariz. No es una risa, pero está peligrosamente cerca de serlo. Él lo nota y me mira, satisfecho de sí mismo.

—¿Eso ha sido una risita?

—Ha sido un fallo respiratorio. Nada más. Túmbate y déjame trabajar, por favor.

Obedece y yo empiezo a tatuar, pero algo se ha desplazado en la habitación. No sabría decir qué. La cosa es que la veo distinta. Voy a

tener que limpiarla a fondo de nuevo.

—Cuéntame algo, anda —insisto—. Lo de la chica de la verja, por ejemplo.

Se queda en silencio, como pensándose si hablar o no. Y entonces pasa lo que siempre sucede cuando la gente baja la guardia mientras les tatúo. Que parte de su esencia entra en mi cabeza sin pedir permiso.

No son imágenes, es peor… Son sensaciones limpias, sin disfraces. Lo que la gente carga cuando cree que nadie está mirando.

De él me llega la ternura cansada que tienen los que han cuidado de los suyos sin que nadie les diera las gracias. Me llega responsabilidad de la que se asume sin dramatismos. Me llega un viejo desengaño amoroso que ya no duele, pero que pesa como una mochila crónica. Y, debajo de todo eso, una frase dedicada a una persona que sigue clavada en su interior como una astilla: «si quieres irte, vete*».*

Joder… Lo que me faltaba… ¡Un buen tío!

Porque la gente que dice esa clase de cosas es la que ama al doscientos por ciento y luego te deja marchar cuando ve en tus ojos que quieres huir.

Aparto la información como aparto todo lo que me asusta y sigo tatuando, pero la sensación permanece.

—Ahora no me apetece hablar de esa verja —zanja abrupto.

—¿Tan mal acabó todo?

—Ni te lo imaginas.

—¿Está muerta? —me sale preguntar. Y su silencio me dice que es peor que eso—. No contestes. Déjalo —musito, tragándome un «lo siento» empático que jamás permitiría que saliera de mi boca.

Cambio de aguja y me concentro en interpretar la parte que llevo tres días ensayando.

—¿Y el trabajo? ¿Mucho lío en comisaría? —cuestiono con un deje de lo más antinatural.

Se tensa de nuevo bajo mis manos.

—¿Por qué no lo preguntas directamente? Quieres saber si estoy investigando lo de tu amigo Terry, ¿no?

—Pues… ya que lo mencionas, ¿es así?

—Oficialmente el caso está cerrado. Se supone que fue un suicidio.

—¿Y tú no crees que lo fuera? ¿Por eso estás aquí?

Él se toma su tiempo para contestar.

—Yo creo que hay cosas que no encajan.

—¿Como cuáles?

—Como que dos mujeres bajaran a la calle treinta segundos después y ninguna reaccionara como reacciona la gente que acaba de ver morir a un amigo. Y tú, encima, te pusiste a tatuar a la otra en plena escena…

Punto triple para él. Intento mantener mi rictus inmutable.

—Mi amiga era la novia de Terry. O algo así. Tonteaba con él y con su hermano a la vez. Por eso le gritó a Jesse cuando lo vio aparecer. Pensó que lo había matado por celos.

Lo digo todo de carrerilla porque recuerdo que salió corriendo tras él y quería darle contexto.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque iba a salir a colación tarde o temprano. Prefiero adelantarme.

Y porque esa es la versión que se le dio a la poli en plan telenovela mala para que no nos hicieran mucho caso.

—Qué considerada.

—Soy un encanto. O eso dicen mis órdenes de alejamiento.

Suelta una risita. Y odio en lo más profundo de mi ser que me guste cómo suena.

Cambio de aguja, intentando parecer profesional y *sexy* a la vez. No consigo ninguna de las dos cosas.

—Túmbate bien y déjame trabajar —le pido, nerviosa.

Obedece tan despacio que me saca de quicio.

—¿Tienes novia? —pregunto sin pensar.

Que no levante la cabeza me demuestra que soy más bruta de lo que creía.

—¿Perdón?

«Joder… ¡Quiero morirme!».

—Olvídalo. Era por estadística.

—¿Estadística?

—Sí. Los hombres altos y rubios soléis tener pareja. O pertenecer a una secta. Una de dos.

Empieza a reírse más alto. El muy hijo de puta tiene una risa preciosa.

—No tengo novia —contesta. Y aunque no lo veo, sé que lo dice con una sonrisa.

—Ah, ¿no?

—¿Tanto te sorprende?

«No contestes raro. ¡No contestes raro!».

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque tienes buena estructura ósea… Ya sabes…, pareces bastante difícil de matar.

Se gira y me mira como si fuera un animal en peligro de extinción. Yo no sé ni dónde meterme.

—Nao, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí. Otra cosa es que me apetezca contestarte.

—¿Estás intentando seducirme o tienes algún problema neurológico?

Oír eso me hace perder cinco años de vida.

—No tengo ningún problema… —«Al menos diagnosticado».

—Entonces, ¿intentas seducirme?

—Si tienes que preguntarlo es que lo estoy haciendo realmente mal —digo sin mirarlo a la cara.

—No tanto… —contesta bajito.

Se me corta la respiración y me mira con una intensidad extraña, como si lo que acabara de admitir le pesara de algún modo.

—¿Hablas en serio? ¿Está funcionando? ¡Si lo estoy haciendo fatal!

—Funciona, sobre todo, porque lo estás haciendo fatal —dice con calidez—. Cuanto peor flirteas, más me gustas…

Suelto la pistola de tatuar por acto reflejo y me limpio las manos con una toallita.

—¿Por qué paras? —pregunta alarmado—. No pares ahora, por favor.

—¿Por?

—Sigue tatuándome, te lo suplico.

—¿Por qué?

—Porque, si no, no sé lo que podría pasar…

Yo sí lo sé, joder. ¡Y es justo lo que quiero! Esa es mi maldita misión.

No sé cómo hemos llegado a esto, pero debo rematar la jugada. Es lo que Day me ha pedido. Es lo que Madre me vería incapaz de hacer… Es lo que toca.

Me inclino sobre él lo suficiente como para que sienta mi aliento en la cara y noto que se queda muy quieto. Demasiado.

Mis labios están solo a quince centímetros de la meta. Luego a diez. A ocho…

A medida que me acerco soy más consciente de lo mucho que me atrae su olor corporal, de lo apetecible que me resulta su boca entreabierta y de lo ridículamente largas que son sus pestañas desde esta distancia.

Cuando quedan solo dos centímetros, él aparta la cara.

—No… —murmura.

Solo es una palabra dicha en voz baja. Sin enfado. Sin asco. Pero letal.

Me aparto tan rápido que casi tiro la bandeja metálica. La silla en la que estaba sentada rueda cinco centímetros hacia la pared. Y Preston cierra los ojos como si le costara haber dicho lo que ha dicho. Después me mira con una pena que me quema la piel.

—No es por ti, es que…

—Déjalo —digo, retrocediendo.

—Nao, escucha…

—No hace falta —mascullo sin mirarlo.

—Es complicado.

—¡He dicho que no hace falta que digas nada!

Lo grito más alto de lo que quería. Más de lo que jamás permito que suene mi voz en mi propio estudio. Y por la cara que pone, él lo nota.

—Voy… voy un segundo a por agua —farfullo antes de abandonar la habitación.

—¡Nao, por favor!

No puedo ni mirarlo. Porque solo la oigo a ella:

«No vales para nada, Nao. No eres como las demás».

Cierro la puerta al salir y me apoyo en ella como si acabara de sobrevivir a un accidente de tráfico.

Intento respirar hondo, pero no funciona.

Tengo que deshacer esto. Necesito otra oportunidad. No voy a ser la que fracasa en lo más básico.

Y solo hay una forma de arreglarlo…

Saco el móvil y tecleo cinco palabras:

«SOCORRO. VENID AL ESTUDIO. AHORA».

Capítulo 10

Nao

Las chicas tardan once minutos exactos en llegar al estudio.

Lo sé porque los paso encerrada en el baño con la espalda contra la pared, contando las baldosas del suelo y haciendo lo único que sé hacer cuando algo me sobrepasa: «limpieza». Literal y metafóricamente.

Quiero borrar esa sensación de calor que me ha subido por la nuca y el hecho de haberme quedado a pocos centímetros de besarlo con cara de imbécil… Pero, sobre todo, quiero borrar la cara de pena que ha puesto cuando me ha rechazado.

«¡Mierda, Nao, no pienses en nada!», me ordeno.

Por primera vez en mi vida necesito ruido. Gente entrando, gritando y amenazando de forma casi ridícula. Necesito volver a mi zona de confort. Es decir: la violencia, la presión y el miedo en los ojos del enemigo. Ese es un terreno en el que sé moverme. Por eso las he llamado.

Cuando oigo la campanilla, suspiro de alivio.

—¡Ya estamos aquí! —anuncia Neva.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Row extrañada, viéndome salir del baño.

—Mejor no preguntéis…

Me siguen hasta el estudio y abro la puerta de golpe para que empiece la función.

Preston gira la cabeza desde la camilla para ver entrar a un desfile de chicas. Unas chicas que sabe a la perfección quiénes son y

le transmiten que algo va muy mal.

Intenta incorporarse, pero Row se lo impide en el último momento presionando una pistola contra su nuca.

—Vale… —Carraspea Preston, inmóvil con la cara encajada en el agujero—. Esto acaba de ponerse bastante menos íntimo.

Day se cruza de brazos delante de él.

—Nao nos ha llamado. Y no es porque le caigas bien precisamente.

—Vaya… Pues a mí ella sí.

—Ahórrate las gracias —lo corta Neva—. Sabemos que sospechas de nosotras.

—Suena feísimo dicho así.

—¿Qué sabes exactamente del asesinato de Terry? —pregunto directa.

Row deja que levante un poco la cara para mirarnos. Y cuando sus ojos se cruzan con los míos, siento que mi fortaleza mental se debilita un poco. Y eso es muy raro en mí.

—Sé lo suficiente para pensar que ninguna de vosotras debería acercarse a esos objetos punzantes de ahí encima.

Row sonríe.

—Me gusta este tipo. Tiene un pésimo instinto de supervivencia.

Day da un paso al frente, nerviosa.

—¿Has encontrado algo relevante sobre el caso?

La mandíbula de Preston se tensa apenas un segundo.

—No puedo hablar de una investigación abierta.

—Has dicho que el caso estaba cerrado —lo acuso.

—Y es cierto, pero para mí no. Puedo reabrirlo si descubro algo raro. Como esta encerrona, por ejemplo…

—Queremos saber por qué nos estás investigando —dice Day adusta—. ¿Tienes alguna pista? ¡Dinos qué sabes exactamente!

Preston guarda silencio y Row lo empuja con el arma para que vuelva a encajar la cabeza en el agujero de la camilla.

—Habla o será peor… —amenaza acompañando el gesto.

—Sé que no se suicidó —contesta el poli, tajante—. Y sé que ocultáis algo. Porque tú te pusiste a hacerle un tatuaje con el cuerpo todavía presente. —dice sacando la cabeza del hoyo para mirarme acusador—. Y también sé que, si me pasa algo, os pondréis una diana en la frente aún mayor.

Otro punto para el poli. ¡Y ya van demasiados!

Nos miramos entre todas para tomar una decisión.

—Sabe lo del tatuaje —masculla Neva.

—No sabe una mierda —replico a la defensiva.

—Gracias por aclararlo tan sospechosamente —murmura él.

Le lanzo una mirada asesina. Él me la devuelve. Y Row le obliga de nuevo a encajar la cara en la camilla, como si supiera lo mucho que me afecta.

—No vamos a dejarte ir sin que nos des algo de información —salta Neva—. ¿Has revisado las cámaras de la calle? ¿Qué has visto en ellas?

—No pienso contaros nada —responde cabezón.

—Empiezas a caerme mal —masculla Row presionando más el arma contra él.

Day se pone a caminar de un lado a otro, desesperada. Creo que está a dos segundos de agarrarle la cabeza y estampársela contra la pared.

—Está claro que por las malas no va a decirnos nada —deduce—. Y tiene razón en una cosa, no podemos tocarlo.

—Chica lista —musita él.

—Eres muy gracioso para ser alguien con una pistola en la nuca —replica Row desdeñosa.

Day da un paso hacia él y lo observa fijamente. Está leyéndolo. Lo noto en la concentración de su gesto y en cómo entrecierra ligeramente los ojos y respira un poco más despacio.

—Miente —revela Day—. No tiene nada que contarnos. Está aquí por algo personal…

—¿Personal? —pregunto perdida.

Preston levanta la mano desde la camilla.

—¿Puedo decir algo?

—¡No! —respondemos las cuatro a la vez.

—Ya te lo dije, Nao, está aquí por ti —aclara Day, como si estuviera explicándole a una niña pequeña que la nieve es fría—. Le gustas a un nivel que él mismo no quiere reconocer. El caso es solo una excusa para verte.

Se hace un silencio horrible y, por una vez, Preston se queda quieto y no intenta incorporar la cabeza del agujero en el que la tiene metida.

Row se tapa la boca para no soltar una carcajada.

Neva mira al techo conteniendo una sonrisa.

Y yo ardo de vergüenza. Como si todas las decisiones que me han llevado a este momento de mi vida hubieran sido equivocadas. ¿Por qué demonios le gusto? Si no soy…

—¿Alguien oye al chico negándolo? —dice Day, sabionda—. Tenemos que volver al plan inicial. Tienes que ligártelo, Nao.

Preston levanta la cabeza y me mira, como si quisiera recordarme cómo se ha apartado de mí.

¡Mierda!

Podemos borrarle la memoria, pero este instante de vergüenza suprema es muy real.

—Es la opción más lógica —continúa Day—. Está demasiado tranquilo. Estoy casi segura de que no sabe nada importante. Solo tiene curiosidad por ti.

—¿De dónde sacas eso? —protesta Preston, acorralado.

—Por favor… —se burla Row—. La miras como si quisieras lamer su personalidad.

—Si consigues entrar en su casa, podrás registrarla —me dice Day, haciendo caso omiso de los comentarios—. Quizá tenga información que él no sepa interpretar, pero nosotras sí.

—Chicas, no creo que pueda.

—No te quejes del trabajo, Nao, ¡el chico es un pastelito! —opina Neva, sonriente—. Te lo vas a pasar muy bien con él. Mira qué manos tiene…, ¡y su altura! Le debe de medir por lo menos…

—¡Callaos de una vez! —gruño, a punto de morirme. Odio el chisme. Y más si yo estoy involucrada—. Que se lo ligue Row. Yo paso.

«Ya he agotado mi cuota de humillación del año». Y no quiero arriesgarme a que me diga que no por segunda vez.

—Nao, joder… —Bufa Neva—. Day no puede, yo tengo novio y Row lo mataría con su habilidad.

Preston la mira extrañado.

—¿Su habilidad? ¿Qué habilidad?

—La de matar con un beso —contesta Row—. ¿Quieres probarlo, poli?

—Row… —la amonesta Day.

—¿Qué más da? Vamos a borrarle la memoria, ¿no?

—¡¿Cómo que vais a borrarme la memoria?! –exclama Preston.

—Será sencillo, Nao —remata Day—. Ahora ya sabes que, con un poco de tonteo, caerá a tus pies con facilidad.

—¡¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente?! —grita Preston indignado.

—Esto está siendo humillante… —gorgoteo.

—Ni que lo digas —opina el policía—. Deberíais mejorar la puesta en escena de matonas. Sois demasiado intensas.

A Day se le escapa la risa y pone los ojos en blanco.

—¿Este tío de qué va?

—A mí cada vez me gusta más —admite Row, sonriente.

Me pinzo el puente de la nariz. Necesito alcohol. O sangre. O ambas cosas juntas.

—Está bien. Se acabó el *show* —gruño seria—. Neva. Hazlo ya. Bórraselo todo. Ahora.

Preston se alarma al oírme y mi amiga se acerca a él divertida, dando saltitos de duende, como si no estuviera a punto de atentar contra su cerebro causando un daño irreversible.

—Ni se te ocurra tocarme, psicópata.

—Lo de «psicópata» me ofende menos de lo que crees, guapo.

—¡Espera! —clama él asustado—. ¿Qué demonios vas a hacerme?

—¿Estás segura de esto, Nao? —me pregunta entonces Neva.

Segurísima, joder. Quiero que se vaya sin recordar lo que ha pasado, lo que ha visto y lo que ha tenido la decencia de no aprovechar. No quiero que recuerde lo que yo necesito olvidar.

—Muy segura. Bórrale desde que se ha tumbado en la camilla.

—¡Espera un momento! Vamos a hablarlo —dice Preston, atenazado.

—Ya está todo hablado. Hazlo ya, Neva.

—¡Pero…!

Mi amiga le toca el brazo, haciendo que sus ojos pierdan el foco al instante y se quede como en blanco justo antes de caer contra la camilla desmayado.

Row silba impresionada.

—No me acostumbro a esta mierda.

—Es de los que pierden el conocimiento. Hace mucho que no me tocaba uno de esos —dice Neva—. Despertará en unos minutos sin recordar nada.

—Perfecto —zanja Day—. Vámonos de aquí.

Mientras desfilan hacia la salida, oigo sus risitas. Row está imitando a Preston con voz ridícula, Neva riéndose y Day diciendo que sería un milagro que esto saliera bien.

Espero, por el bien de Neva, que no les cuente que se ha apartado cuando he ido a besarle.

Me quedo sola con Preston, desmayado bocabajo en mi camilla. Parece tan tranquilo. Tan convencido de que tiene el control… y completamente ajeno a que hace quince minutos me ha rechazado.

Apoyo la aguja sobre el inicio del diseño geométrico y continúo trabajando.

«Lo tienes muy fácil, Nao», oigo a Day en mi cabeza.

Ya… Tan fácil que voy a tener que usar mi habilidad para conseguir lo que cualquiera con dos sonrisas y un escote habría logrado en diez minutos.

Comienzo a diseñar una pequeña runa discreta entre las líneas. Invisible para cualquiera que no sepa lo que busca. La runa del

deseo.

Voy a hacer que se vaya a casa hecho un manojo de hormonas y que vuelva el próximo martes con la cabeza hecha un lío. Cuanto más obsesionado esté conmigo, más dispuesto va a estar a hablar.

O eso me digo.

Estoy convencida a un sesenta por ciento… El otro cuarenta es porque el muy cabrón me ha mirado con pena al rechazarme. Como si yo fuera un cachorro al que hay que decir que no con buenas maneras. Y eso se lo voy a cobrar.

No obstante, también hay otro veinte que ni siquiera me atrevo a contar. Y ese dice que, si yo voy a pasar la noche con su «No» rondándome la cabeza, lo justo es que él se pase la suya pensando en mí.

Sé que las cifras no cuadran, pero me da igual.

Termino el dibujo, limpio la zona y reviso el patrón.

Visto desde fuera no hay nada raro, pero la runa está ahí. Como tantas otras frases no escritas en el aire hoy…

Cuando comienzo otra zona del dibujo, Preston abre los ojos, desorientado.

—Joder… —murmura—. Creo que me he quedado dormido.

Levanto la vista del diseño como si nada.

—Eso explica por qué estabas babeando en mi camilla.

Él se frota la nuca.

—Mierda, qué vergüenza.

—Tranquilo. La gente que se duerme suele dejarme propinas.

Preston vuelve a mirarme y abre la boca para decir algo. Sin embargo, al momento cambia de opinión. En lugar de eso, sus ojos bajan hasta mis labios y empieza a respirar por la boca, como si su torrente sanguíneo se lo implorara.

Vale… La runa acaba de arrancar.

Sus pupilas se dilatan y se lame los labios sin poder evitarlo.

Mierda, esto funciona demasiado rápido.

Solo espero no haberme pasado.

Capítulo 11

PRESTON

Aguanto quince minutos haciéndome el duro antes de que mi cuerpo decida que ya está bien de fingir y empiece a sudar.

Una gota me resbala por la sien. Otra por el cuello. ¿Qué coño me pasa?

No entiendo cómo he podido dormirme. Llevo tres días obsesionado con venir a esta sesión.

«Y llevas un mes durmiendo fatal desde que la conociste. Es normal que el cerebro haga cosas raras».

De pronto, la mano izquierda de Nao se apoya en mi omóplato mientras la aguja sigue zumbando y mi cuerpo entra en un nuevo estado de emergencia.

Dios… Necesito conversación antes de que me dé un infarto.

Notar sus cinco dedos calientes y firmes sobre mi piel me está poniendo enfermo. Mi sistema nervioso se reorganiza alrededor de ellos como si fueran mis nuevos puntos cardinales.

«Joder… Cálmate. Solo es una mano. La gente tiene manos».

Pero es que, además, huele genial. No a perfume ni a flores raras. Huele a jabón y a algo cálido que no sé identificar. El tipo de olor que se te queda en la cabeza como una canción pegadiza.

—¿Te encuentras bien? —pregunta ella, leyéndome la mente.

—Perfectamente.

—Estás muy tenso.

—No me gustan demasiado las agujas.

Vuelve a rozarme la piel con esa mano culpable de desarmarme y empiezo a pensar cosas que no debería estar pensando con la cara metida en un agujero acolchado a cincuenta centímetros del suelo.

Como… ¿Qué pasaría si esa mano bajara unos centímetros?

¿Cómo sería darme la vuelta, agarrarla por las muñecas y atraerla hacia mí para follarla en esta misma camilla?

¡JODER!

«No, no, no… Deja de pensar eso».

Esta mujer es sospechosa de algo que todavía no sé qué es y estoy aquí para sacarle información. Soy un poli serio, con una misión seria y una espalda que arde como el infierno. Solo espero que no note todo lo que yo estoy empezando a sentir contra la camilla.

Cierro los ojos y pienso en mi abuela. En el puto código penal. En un documental de tiburones… Pero no funciona. Porque enseguida se me cruza por la cabeza una imagen de ella tatuándome a horcajadas.

Empiezo a rezar a un dios en el que no creo.

—¿De dónde eres? —pregunto desesperado.

—De aquí.

—¿De Chicago?

—Sí.

—¿Cuánto llevas tatuando?

—Bastante.

Joder, esto es como interrogar a una piedra. Una que sabe que la estás interrogando y se está divirtiendo viéndote fracasar.

—¿Te formaste en algún sitio?

—Esto empieza a parecer una entrevista de trabajo.

—Es para no aburrirme.

—Dicen que aburrirse es muy sano.

La aguja vuelve a abusar de su poder en una zona especialmente sensible, justo debajo del omóplato. Aprieto los dientes.

—Es raro que no te guste hablar de ti misma.

—¿Por qué?

—Porque la gente que se gana la vida con las manos suele tener historias buenas que contar.

—Y la gente que se gana la vida con preguntas indiscretas suele tener problemas.

¡Joder!

Levanto la cabeza unos centímetros para mirarla por encima del hombro. Sigue concentrada tatuando, como si la frase la hubiera dicho otra persona.

Y ahí está otra vez esa sensación. La de que cada cosa que sale de su boca tiene algo escondido debajo. Como esas cajas fuertes de las películas que necesitan tres códigos distintos y una huella dactilar.

Vale. Lo admito. Me gustan las personas difíciles.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto interesado.

—Justo lo que he dicho. Que hacer preguntas trae problemas.

Vuelvo a apoyar todo mi peso en la camilla.

Sabía que era lista, pero aún no lo había comprobado de primera mano. Es distinto saber que alguien es listo a tener su cerebro funcionando dos pasos por delante del tuyo mientras tu cuerpo se descontrola por culpa de su mano izquierda.

—Soy curioso por naturaleza —digo, recuperando la sonrisa que me suele salvar en estas situaciones.

—Eso ya me lo dijiste el otro día.

—Y hoy sigue siendo verdad.

—Yo no soy curiosa, así que estoy en desventaja.

—Podría enseñarte a serlo…

De pronto, me mira y la expresión «saltan chispas» cobra un nuevo sentido para mí. Porque ha sido eso…, un chispazo terrible que no ayuda nada a relajarme.

—¿Tienes familia? —pregunto directo.

—Depende de cómo definas la palabra «familia».

—¿Cómo la defines tú?

—Yo no la defino.

Por fin una buena respuesta. Ambigua pero reveladora. Aunque siento que no es el momento de tirar de ese hilo porque lo que necesito ahora mismo es bajar mi temperatura corporal antes de que empiece a arder por combustión espontánea.

—Yo tengo a mi madre y una hermana pequeña. ¿Y tú?

—Yo no conocí a mis padres.

La aguja no se detiene, pero por primera vez en todo el tiempo que llevo aquí se hace un silencio más íntimo.

—Lo siento —digo poco después.

—No pasa nada. Tengo tres hermanas que valen por seis. No son de sangre. Y eso es aún mejor.

Giro la cabeza y, por cómo me mira, juraría que eso se le ha escapado. Ella aparta la vista deprisa, pero yo soy incapaz porque me ha dado medio segundo de realidad. Medio segundo sin la borde, ni la lista ni la tatuadora profesional. Era una persona cerrada diciendo algo importante por puro descuido.

«Y eso es aún mejor».

Cuatro palabras sencillas cargadas de significado.

Llevo media vida entrenando para detectar este tipo de deslices, y no sé qué le habrá pasado en la vida, pero este error me dice que su familia biológica no la ha querido bien o carece de ella.

La información es mínima, aunque lo suficiente como para que deje de verla como a una sospechosa y empiece a parecerme humana.

—No me mires —masculla molesta—. Me distrae.

—Perdona.

Vuelvo a tumbarme y la situación de mi entrepierna se torna insostenible. Porque ahora, además de la atracción descontrolada, hay una capa de misterio con la que mi cerebro no puede lidiar.

Cinco minutos después, ella deja escapar un suspiro pequeño, casi inaudible. Como si llevara un rato aguantándolo. Y yo, que no tengo ningún derecho a mirarla, vuelvo a girarme para observarla por encima del hombro.

Está concentrada, con el labio inferior atrapado entre los dientes y los ojos fijos en el milímetro de piel que está dibujando.

«Solo es una mujer trabajando, Preston. Solo eso».

«Entonces…, ¿por qué no puedo dejar de mirarla?».

Porque no está solo tatuando. Cada movimiento de su muñeca tiene la precisión de alguien que respeta lo que hace. Ladea ligeramente la cabeza para comprobar el ángulo de la luz. Sopla con cuidado donde acaba de pinchar, no por costumbre, sino por mimo, como si la piel ajena le importara más que la suya propia.

No está haciendo un dibujo, está haciendo una promesa.

Vuelvo a meter la cara en el agujero y aprieto la mandíbula.

«Joder, Preston, no empieces. No puede ser y lo sabes».

—¿Te falta mucho? —pregunto, intentando no parecer impaciente.

—Lo que falte. La piel manda.

—¿Y manda mucho?

—Más que tú y yo juntos. —Toma aire—. Llevo años discutiendo con ella y siempre gana.

Esa frase, dicha con la voz baja de quien no espera respuesta, se me queda colgada del pecho como un cuadro torcido.

«Llevo años discutiendo con ella». ¿Qué coño quiere decir?

Tomo nota mental y la guardo en el cajón de cosas que le preguntaré otro día.

Aguanto veinte minutos más porque soy un puto profesional. Y porque aún tengo algo de dignidad. Pero empiezo a pensar que en cualquier momento se me va a caer la polla al suelo. Jamás había tenido una erección así, sin motivo aparente. Es como si mis hormonas se hubieran vuelto locas y pensaran que me la está chupando, como poco.

De repente, ella se levanta con la excusa de ir a por agua y aprovecho para incorporarme de golpe sobre la camilla.

Digo lo único que se me ocurre.

—Tengo que irme ya.

Ella se gira sorprendida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me ha escrito mi hermana —digo, alzando el móvil—. Es una emergencia.

—Solo llevamos hora y media. Te había reservado dos.

—Seguimos otro día, ¿vale?

Me mira con esos ojos glaciares que parecen tener su propia temperatura y la veo captar mi angustia.

—Bien… —cede—. Te limpio y te vas.

—No hace falta —digo, agarrando la camisa con prisa. «Porque si vuelve a tocarme, me correré en los pantalones como un puto adolescente».

—Pero tengo que tapártelo o se emborronará.

Me cago en mi vida.

—Bueno, pero rápido… —digo, girándome para ocultar el desastre que tengo en los pantalones. La oigo acercarse otra vez, con esa camiseta negra enorme que se mueve alrededor de ella como si su cuerpo estuviera intentando escaparse de debajo de la tela y esos anillos que noto bajo sus guantes cada vez que mueve la mano.

Y, por algún motivo, eso me parece absurdamente *sexy*.

—¿Estás bien? —pregunta ella como una presa indefensa.

—Sí, sí…, es que…

Me callo por no cagarla más mientras noto cómo me limpia la espalda con algo frío, pero cada roce es una nueva tortura.

Por último, me coloca un plástico por encima y empieza a soltarme instrucciones sobre cuidados a toda velocidad cuando estoy prácticamente huyendo de la sala mientras me coloco la camisa.

Asiento a todo sin escuchar ni media palabra y salgo del estudio doblado, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Camino tres calles enteras antes de lograr pedir un Uber. Y cuando por fin llego a casa, cierro la puerta de una patada y me apoyo contra ella, soltando un gemido de sufrimiento masculino.

Dios mío… ¿Esto le habrá pasado a más gente o soy el único puto caso clínico capaz de mantener una erección durante una hora mientras una mujer preciosa le clava agujas en la espalda?

Porque si es así, merezco salir en una revista científica.

Voy directo al baño y abro la ducha con el agua muy fría.

Me meto vestido porque no tengo paciencia para desnudarme.

La camisa se me pega al cuerpo, el pantalón pesa el doble y, aun así, el problema persiste.

¡¿QUÉ COJONES ES ESTO?! ¡¿BRUJERÍA?!

Me desnudo y me planto delante del espejo. ¿Cómo es posible?

Pienso en ir a urgencias, lo pienso en serio, pero imagino la conversación con los médicos y se me quitan las ganas.

Me planteo llamar a un colega, pero todos mis amigos son policías y los polis se enteran de todo. Si llamo a uno, mañana lo sabrá toda la comisaría y pasado mañana saldrá en el Boletín Oficial de la Agencia Estatal.

Solo me queda una opción: llamar a mi madre.

Su voz, al otro lado del teléfono, me convierte automáticamente en un niño de ocho años escuchando que la cena está lista. Es bioquímica. Es Pavlov. No puede fallar.

Si no funciona, me plantearé contratar a un exorcista.

Capítulo 12

PRESTON

Busco el contacto de mi madre y espero tres malditos tonos hasta que lo coge.

—Hola, hijo, ¿qué tal estás?

—Hola, mamá —digo apenas sin voz.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Suena a mentira. ¿Qué te pasa?

—Nada. Llamaba para saber cómo estás.

—Llevas cinco años sin llamar solo para saber cómo estoy. ¿Te has metido en algún lío?

Miro hacia abajo, y sí, yo diría que estoy en uno XL…

—No.

—¿Has matado a alguien?

—Mamá…

—Era broma. Más o menos. ¿Has matado a alguien o no?

—No, mamá.

—Vale. ¿Estás enfermo?

—Tampoco.

—¿Es por una chica?

Que me quede callado un segundo de más es lo que le da la pista. ¡¿Por qué soy tan tonto?!

—Ya sabes que no estoy con nadie ahora.

—Lo sé. Hace dos años que no me traes a nadie. Desde Rebecca.

Cuando escucho ese nombre, algo cae al suelo desde mi estómago, haciendo un sonido sordo, como una moneda que rueda.

Llevo dos años oyendo esa sensación, pero mi cuerpo no se acostumbra. A lo mejor no lo hará nunca.

—Mamá…

—¿Qué?

—No saques a Rebecca.

—Solo la he nombrado. Ya es hora de que retomes tu vida, hijo.

—Mi vida está retomada. Trabajo, como, duermo… Llamo a mi madre cuando me apetece. ¿Qué más quieres?

—Quiero que un día me cuentes algo que no sea de trabajo, comida o sueño.

—Eso son las tres cosas básicas de la existencia.

—Eso es lo mínimo para no morirte. No es vida.

Cierro los ojos. Mi madre tiene la peculiaridad de soltar verdades con la misma voz con la que pregunta si has comido bien.

—No empieces otra vez con eso…

—Bueno, vale. Pero algo te pasa. Suéltalo ya o se me quemará lo que estoy cocinando.

—Solo necesito… dejar de pensar en algo. Cuéntame tu día, cómo ha sido, qué has hecho…

Se hace un extraño silencio al otro lado de la línea.

—¿Quién es ella, Pres?

—Joder. ¡Nadie!

—¿Y «nadie» tiene nombre?

—No, no lo tiene. Eso es lo que significa «nadie».

—¿Y por qué «nadie» te tiene así? Cuéntamelo. Acabo de apagar el fuego y voy a servirme una copa de vino. Me has intrigado.

Miro hacia arriba y resoplo, cansado. No puedo luchar contra lo inevitable. Mi madre es mejor policía que yo.

Se lo cuento todo, menos mi actual y embarazoso estado.

Le narro que estoy investigando a una mujer complicada, que me trata fatal y que no puedo dejar de pensar en ella. Le digo que la he

visto hoy y que he tenido que salir corriendo porque me atrae demasiado y no quiero mezclar trabajo con placer.

Mi madre me escucha con atención. Es la mejor oyente del mundo, lo cual es injusto porque también es la peor dando consejos amorosos.

—Hijo…

—¿Qué?

—Dime que no es igualita a Rebecca…

—¡Qué va! Es lo opuesto a Rebecca. En todos los sentidos. De verdad.

—Entonces es una Rebecca. Mierda.

Frunzo el ceño.

—No te entiendo.

—Rebecca te enganchó porque era distinta a todas las chicas que habías conocido. Todas te parecían superficiales y engreídas y ella era un rayito de sol. Dices que esta es distinta a todo lo que has conocido antes, por eso presiento que es el mismo enganche sobrenatural con otra fachada.

Cómo odio que sea tan lista.

—Te lo voy a decir como si tuvieses catorce años, Pres.

—No, por favor…

—Dúchate con agua fría, cena algo ligero y tómate una pastilla para dormir si hace falta, pero aléjate de ese tipo de chicas. Mañana será otro día.

—Ya me he duchado con agua helada antes de llamarte.

—¿Y no ha funcionado?

—No.

—Ahora sí que me estás preocupando.

—Nunca dejaré de preocuparte.

—¿Quieres que vaya?

—¡Claro que no! Por Dios, mamá… No.

—Vale. Pero llámame mañana para saber si sigues vivo.

—Eso está hecho. —Medio sonrío.

—Y, Preston…

—¿Qué?

—Ten cuidado con ella, por favor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te conozco y no llamas a tu madre por una cualquiera. Cuando algo te importa, lo persigues hasta la saciedad. Y, a veces, la gente no quiere ser perseguida, ya lo sabes.

—No la estoy persiguiendo.

—Soy tu madre y te he visto perseguir a una rana durante dos veranos enteros cuando tenías nueve años y conservarla hasta que se te murió de vieja en un cubo. Sé reconocer las señales de tus obsesiones.

Me río. Porque tiene razón.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, cabezón. Llámame mañana. Y relájate. No quiero leer tu nombre en las noticias.

—Oído.

Colgamos, y cuando miro hacia abajo, alucino de que siga sin pasárseme.

«¿Qué coño me ha hecho esa mujer?».

Me siento en el sofá con el teléfono todavía en la mano, mirando un punto fijo en la pared. La conversación con mi madre me ha afectado más de lo que esperaba. Llevaba meses sin hablar de Rebecca con nadie. Ni siquiera conmigo mismo.

La metí en un cajón hace dos años, le puse encima cuatro carpetas de casos, una rutina de gimnasio y un traslado a Chicago, y conseguí, durante un tiempo, que no hiciera ruido.

Fueron tres años de relación intensa. Íbamos a casarnos en junio. Teníamos reservada una sala con vistas al mar porque a ella le gustaban los muelles al amanecer. Un menú con dos opciones de postre porque no nos poníamos de acuerdo…

Nuestras madres llorando en la prueba del vestido, mi hermana riéndose y Rebecca sosteniendo mi mano por debajo de la mesa como si me estuviera salvando de algo que no sabía que necesitara salvación.

Tres semanas antes de la boda, le dieron un diagnóstico que lo cambió todo y le pusieron fecha de caducidad a su vida. «Cinco años con suerte», dijeron. Sin garantías.

Yo estaba dispuesto a todo. A afrontarlo juntos, a casarnos igual. No tenía pensado irme a ninguna parte. Hubiera renunciado a cualquier cosa para que tuviera más años de los que le habían prometido.

Pero ella se lo tomó como un veredicto. Y el veredicto, en su cabeza, era que yo no merecía atarme a una mujer que se iba a morir.

Adujo que no quería robarme cinco años de mi vida entrando y saliendo de hospitales. Yo le respondí que la quería y que prefería cinco años con ella que cincuenta sin ella. Le expuse todo lo que se le dice a alguien que se está yendo, que luche por quedarse.

Sin embargo, ella estaba convencida de que era lo mejor para mí. Y esa es la peor versión del autocastigo que existe: la que se disfraza de generosidad.

Aguantamos juntos dos meses más. Peleé, insistí, me presenté en casa de sus padres sin avisar. Me comporté como un hombre desesperado que cree que el amor se mide en gestos. Hasta que una tarde, en el porche de su casa, me senté frente a ella y me di cuenta de la flagrante verdad.

Que cada día que yo aparecía allí, ella sufría más. Que mi «no te voy a dejar ir» la estaba matando antes que la enfermedad. Que mi heroicidad romántica de manual era, en realidad, un acto egoísta.

No pensaba en que ella estuviera bien. Quería estar bien yo.

Y ahí comprendí que el amor más grande no es el que se aferra con uñas y dientes, sino el que se quita del medio cuando entiende que se ha convertido en una carga.

La cogí de la mano y me costó la vida misma verbalizar aquellas palabras, pero las dije:

—No te voy a perseguir más. Si quieres irte, vete.

Lloramos mucho, pero el hecho de que no quisiera que la abrazara me demostró que ya estábamos muy alejados el uno del otro.

Me fui sin mirar atrás, porque sabía que, si miraba, no podría hacerlo.

Hace dos años de eso.

Ella sigue viva. Lo sé por sus redes sociales. Suele subir fotos de cosas curiosas que le gustan, aunque ella nunca aparece. Y creo que lo hace solo por mí. Para mantenerme informado y no hacerme sufrir.

Le quedan, según las crueles matemáticas, tres años.

Y yo llevo dos viviendo en una especie de limbo voluntario. Sin salir con nadie. Sin abrirme con nadie. Sin tocar a nadie. Como si fuera el viudo de alguien que sigue respirando.

«Hasta que la muerte nos separe del todo».

Esa promesa no se la hice a ella. Me la hice a mí mismo. La hizo la parte de mí que no llegó a ese altar cuando la fecha pasó de largo.

Por eso, esta tarde, cuando mi cuerpo ha respondido a lo bestia a una tatuadora insufrible de ojos azules, he hecho lo único que podía hacer: huir.

Ha debido de pensar que estaba loco.

Miro hacia abajo y la tienda de campaña sigue ahí. Genial…

Antes de plantearme cualquier apaño físico, decido que la química es la única salida.

Voy al armario del baño y saco una caja de pastillas que me recetaron para dormir cuando tuve una temporada de turnos imposibles. La etiqueta es agresiva. Las advertencias todavía más. Pero, aun así, me tomo una. O puede que dos.

Sé que no es la mejor decisión, no obstante, estoy más allá de eso.

Me meto en la cama bocabajo, porque es la única posición en la que el problema no es evidente y, además, es la mejor para mi espalda recién tatuada.

Me arde todo. La espalda, la cabeza, la entrepierna… y hasta el puto orgullo.

Cierro los ojos y pienso en Nao. Muy a mi pesar.

Y por un momento, en el rato raro que separa la cabeza despierta del sueño, me dejo imaginar otra versión de mi vida. Una donde yo no soy policía, ella no es sospechosa y nos hemos conocido en una cafetería como dos personas normales.

Pero no es más que eso, una fantasía. Porque sé, en el fondo de mi ser, que lo nuestro no funcionaría. Lo sé como si ya lo hubiera vivido.

Como dice mi hermana, yo soy de los que se enamoran hasta de las macetas, y Nao es de las que no se enamora ni de la luz cuando entra por la ventana.

Acabaríamos mal.

Terminaríamos como Rebecca y yo, pero sin la parte buena de creerme que el amor existe.

Y lo peor es que no me importa.

Estoy aquí, con un dolor de pelotas tremendo y la espalda destrozada por una aguja que ella me ha clavado, pensando en cuándo volveré a verla.

Mi madre tiene razón. Ya está metida en el jodido cubo.

Capítulo 13

Nao

No he vuelto a saber nada del policía desde que hace tres días salió doblado de mi estudio sin pagarme.

Si no me conociera, diría que estoy preocupada. Porque cuando alguien se va de mi estudio de ese modo, generalmente significa que le he provocado un trauma, pero nunca me había planteado que fuera por provocarle… una erección. ¿Y si lo he dejado impotente?

Estoy en mi sofá blanco, con las piernas cruzadas, fingiendo que leo un libro al que llevo media hora sin pasarle ni una página, cuando suena el portero automático del edificio.

Day se asoma desde la cocina.

—Será Jesse.

Row levanta una ceja sin moverse de mi lado.

—Pensaba que el día de encargos era mañana —murmura.

—Así es. Ha venido un día antes.

—¿Por qué será? —dice con una sonrisa vacilona.

Subo la mirada y veo que Day se arregla un poco el pelo antes de abrirle.

Nadie sabe cómo están las cosas entre ellos. Se supone que su «no relación» se encuentra suspendida en el aire porque ella sigue de luto por Terry.

Y se supone que Jesse respeta ese luto, pero ninguno de los dos se cortó el otro día cuando tuvieron sexo ruidoso. Los oí desde el primero.

Yo creo que se mienten a sí mismos, pero, no es asunto mío.

Jesse entra en el apartamento con ese punto chulesco tan característico.

Nos saluda con un asentimiento de cabeza, y cuando ve a Day, se queda mirándola un segundo más del que sería estrictamente necesario.

Day enseguida aparta la mirada. Él la imita. Y los dos hacen como que el saludo ha sido lo más normal del mundo. ¡Idiotas!

Row me mira juguetona. Yo le devuelvo la mirada. Las dos pensamos lo mismo, solo que ninguna lo dice.

En ese momento, Neva hace su entrada triunfal en el salón bajando por el tobogán.

—¿Qué tenemos? —pregunta como si nada.

Jesse abre la carpeta que siempre lleva bajo el brazo.

—Hay una misión de alta prioridad —dice, sacando una foto de un hombre de mediana edad, bien afeitado, traje caro y sonrisa de catálogo. El típico cabronazo que se cree intocable porque conoce a quien hay que conocer.

—Se llama Marcus Hale; empresario, inversor, amigo personal de tres senadores y un fiscal. Hace tres semanas estranguló a una chica en su yate. Sus padres denunciaron su desaparición y todo apunta a que jamás estuvo allí. Sus amigos influyentes han hecho lo que hacen los amigos influyentes y la investigación se ha enterrado.

Day coge la foto y, después de estudiarla, se la pasa a Row.

—¿Quién era la chica? —pregunta Neva, apoyada en mi sofá.

Jesse saca otra fotografía y la deja con cuidado encima de la primera, como si mereciera que la depositaran con cariño.

Cuando la vemos se hace el silencio.

Porque la cara que nos mira desde esa foto es la de una chica de unos diecisiete años, pelo claro, ojos verdes y una sonrisa casi tímida que nos recuerda demasiado a alguien.

«Es igual que Alyss».

La misma cara que llevamos casi diez años sin ver y que ninguna de las cuatro ha sido capaz de olvidar.

A mi lado, Neva no respira.

Row se incorpora despacio, con los ojos clavados en la fotografía y la mandíbula más tensa de lo que le he visto en años.

—Sé que es complicado —dice Jesse, bajando la voz—. Madre ha dudado en si pasaros este encargo. Pero piensa que quizá vosotras…

—Yo lo haré —corta Row sin pestañear.

Day la mira preocupada.

—Row…

—Quiero hacerlo yo.

—Es una pésima idea —opino.

—Es una idea genial —dice tozuda.

—Row… —protesta Neva.

—¡Que lo hago yo, joder!

El grito retumba contra las paredes del salón compartido y todas nos quedamos quietas. Hasta Jesse, que ha visto a Row hacer cosas peores, da medio paso atrás.

Row se pasa la mano por el pelo y se obliga a bajar el volumen.

—Yo lo hago —repite con voz casi normal—. Y prefiero hacerlo sola.

Echo un vistazo a Neva. Está mirando al suelo. Luego a Day. Ella está observando a Row con esa cara que pone cuando una conversación tiene capas que no debe tener delante de testigos.

Ninguna se atreve a contradecirla.

Nunca hablamos de esto abiertamente. De lo que pasó. De lo que supuso. Porque duele demasiado. Pero yo oigo altos y claros los pensamientos de Row cada vez que me pide que la tatúe como si la tinta fuera su Valium. Es tan adicta que apenas tiene un hueco libre en su piel.

—De acuerdo —cede Day por fin—. Tú mandas. Nosotras te apoyaremos en lo que necesites. Si es que necesitas algo.

—No voy a necesitar nada —responde Row, bajando la cabeza.

—Bien. —Asiente Jesse para zanjar el tema—. Os dejo el dosier completo por aquí. Madre quiere que esté hecho antes del lunes.

—Así será —musita Row sin mirar a nadie.

Jesse se dirige a la puerta, pero antes de salir, gira la cabeza.

—Day, ¿tienes un momento?

La aludida tarda varios segundos en contestar.

—Claro.

—¿Hablamos abajo?

—Sí, mejor.

En cuanto dejamos de escuchar el montacargas, las tres intercambiamos justo la misma mirada. Row levanta una ceja. Neva suelta un «mmm» contenido. Y yo no digo nada porque paso. Pero las tres pensamos que esos dos van a tardar en volver a subir más de lo que se tarda en hablar de mantener un duelo respetable por Terry.

Row vuelve a centrarse en la foto de la chica y la mira durante un rato largo. Finalmente, la gira bocabajo y, sin levantar la vista, anuncia que va a darse una ducha.

Desaparece sin esperar respuesta por nuestra parte.

Neva la sigue con la mirada hasta que se va del todo. Y cuando por fin estamos las dos solas, suelta un suspiro significativo.

—Esto la ha afectado mucho —musita Neva.

—Lo sé.

—¿Crees que está bien?

—Para nada. Pero tú tampoco y aquí estás.

Nos quedamos en silencio.

—Nao…

—¿Qué?

—¿Tú estás bien?

Levanto la vista del libro que llevo media hora sin leer.

—¿Yo? Fenomenal. Como siempre.

—Llevas tres días con cara de querer matar a alguien.

—Es mi cara por defecto.

—No. Es tu cara de que te pasa algo que no vas a contarnos.

—Pues, entonces, ¿para qué preguntas?

Neva sonríe.

—Es por el poli, ¿verdad?

Maldita sea…

—No es por el poli —niego rotunda.

—Ajá…

—No lo es.

—Lo que tú digas.

—Neva…

—De acuerdo. No es por el poli. ¿Y por casualidad, esa cosa que no te pasa, tiene que ver con que no sabes cuándo volverás a verlo?

La fulmino con la mirada, pero guardo silencio.

—Deberías llamarlo tú misma —opina—. Antes de que te hundas en el suelo por soportar tanto orgullo.

—No pienso llamarlo.

—¿Por qué no?

—Se fue de mi tienda con mucha prisa y no pude darle cita para la siguiente sesión. Debería llamar él.

—Si eso es lo que crees…

—No voy a llamarlo —zanjo.

—Está bien.

—¡Joder, Neva!

—Ale. Mi misión aquí ha concluido —dice sonriente—. Te dejo sola. Luego nos cuentas qué tal.

Pasan diez minutos en los que el teléfono me quema en la mano. Tengo la agenda del estudio compartida en la nube. Y, en teoría, podría hacerlo, tengo su número, pero…

Abro el libro de nuevo e intento concentrarme en la lectura.

Pasan otros cinco minutos y Row no vuelve, Day tampoco y Neva sigue desaparecida. Y yo sigo aquí, fingiendo leer una página que ya no recuerdo cómo empezaba.

Puto poli escurridizo.

Lo pienso fríamente: «Si no lo llamo, el plan se irá a la mierda».

Cojo el teléfono, busco su contacto y pulso llamar con mi habitual mala leche palpitando en las sienes.

Mi cabreo se incrementa con cada tono que pasa y no contesta. ¿Cuántas veces va a rechazarme?

«Cuelga ya, no lo coge. ¡CUELGA!».

—¿Diga?

Joder. Es él. Es su puta voz…, que no sé qué hizo en alguna vida pasada para sonar así por teléfono.

Cojo aire antes de decir:

—Hola, soy Nao, la tatuadora.

Se hace un silencio al otro lado. Muy breve, pero lo suficiente como para que yo sepa que él se acaba de quedar blanco.

—Ah, Nao… Hola.

—Hola.

Otro silencio denso.

«Joder. No te calles tú también. No le des ese gusto».

—Te llamo por la nueva cita.

—¿Qué cita?

—La del tatuaje. La próxima sesión. El otro día te fuiste tan rápido que no concretamos. Y tampoco me pagaste.

—Ah. Ya. Perdona…

—Faltan seis sesiones mínimo.

—Lo sé. Lo sé…

—Pues hay que cuadrar los días. ¿Cuándo te viene bien?

Hace una pausa más larga de lo que esperaba.

—¿Qué tal mañana? —dice de pronto.

—¿Mañana?

—¿Tienes hueco?

Tengo hueco de sobra, pero eso él no tiene por qué saberlo.

—Déjame mirar la agenda —mascullo, haciendo que miro una agenda imaginaria—. Em… Sí, mañana puedo. ¿A las siete?

—A las siete.

—Bien. Pues nos vemos mañana.

—Vale.

—Vale.

Hay otro silencio incómodo.

—¿Nao?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Noto que me sube por la nuca la misma horrible sensación que el otro día. La de su voz preguntándome si estoy bien con un tono que no es el de un cliente y los dos lo sabemos.

—Perfectamente.

—Tú también mientes fatal.

—Y tú haces preguntas raras.

Contra todo pronóstico, oigo una risa avergonzada.

—Nos vemos mañana a las siete —dice, recuperando el control.

—De acuerdo.

—Gracias por llamar.

«Gracias por llamar». Como si hubiera pasado tres días esperando que el teléfono sonara.

Cuelgo antes de soltar alguna burrada y me quedo mirando la pantalla apagada del móvil.

Me invade una sensación cálida que empieza en el cuello y se extiende por toda mi cara hasta llegar a la boca.

En ese momento, oigo que Day entra en el apartamento.

—¡¿Qué pasa?! —exclama alarmada.

Levanto la vista.

—Nada. ¿Por?

—¡Estabas sonriendo!

—¿Quién, yo? —digo indignada.

—¡Sí, joder! ¡Estabas sonriendo!

—Imposible…

—No sé en qué estabas pensando, pero sonreías, te lo juro.

Me aplasto los ojos con dos dedos.

No me jodas.

Mierda.

Capítulo 14

ROW

Le doy una última calada a mi cigarrillo antes de lanzar la colilla a varios metros de distancia. Siento el peso de la pistola en la parte baja de mi espalda. Me encantaría usarla con el tal Marcus Hale, pero que un tipo como él aparezca muerto por un balazo es demasiado sospechoso. No obstante, prefiero llevarla conmigo como plan B.

No puedo dejar de mover el pie de forma nerviosa mientras sigo esperando al otro lado de la acera, donde está ubicado el restaurante en el que desayuna cada día mi objetivo.

Al rememorar el rostro de esa chica a la que asesinó, una oleada de furia me invade.

¡Estoy cabreada, joder! Quiero arrancarle las pelotas y hacerle unos pendientes a Neva con ellas, como un cazador que se queda con parte de su presa para presentar su respeto a alguien a quien ha agravado.

Lo peor es que estoy segura de que la loca de mi hermana los usaría con orgullo.

«¿Qué has hecho, Row?». La voz de Madre se cuela en mi mente junto a imágenes de la noche en la que todo cambió. Solo fue un beso. Alyss no se merecía morir y yo tuve la culpa.

Le robé a Neva la posibilidad de vivir una larga vida junto a su gemela. Lo mínimo que podría hacer es entregarle las pelotas de ese hijo de puta.

La llegada de un coche de lujo a la puerta del restaurante logra sacarme de mis recuerdos. Sacudo la cabeza de un lado a otro y me preparo para actuar cuando reconozco al hombre que sale de la parte trasera del vehículo.

Normalmente disfruto de la caza. Los momentos de seducción son una especie de preliminares: envuelvo a mi presa con miradas cargadas de deseo, con sonrisas poco disimuladas y toqueteos hasta llegar al clímax, que no es otro que el momento en el que mis labios hacen contacto con los suyos.

Si es lo bastante habilidosa con la boca, cabe la posibilidad de que me permita a mí misma llegar más lejos.

Lo bueno de que veinticuatro horas después su corazón deje de latir es que no tengo que llamarlas después del sexo ni actuar como si nada hubiese pasado.

Inspiro hondo por la nariz y miro a un lado y a otro para comprobar que no viene ningún coche antes de cruzar la carretera.

Esta vez es distinto, el cabrón ha matado a la chica equivocada, una que se parece demasiado a Alyss.

No pretendo seducirlo ni coquetear con él, aunque sí que lo voy a disfrutar.

Me acerco más, lo bastante como para oler su perfume asquerosamente caro. Él se gira para acceder al restaurante justo cuando choco contra su hombro.

—Lo siento —digo de manera atropellada.

Se da la vuelta y, al verme, sonríe.

—Tranquila, preciosa. ¿Tú estás bien?

Asiento e intento sonreír, pero en lo único que puedo pensar es en una melena clara y unos ojos verdes carentes de vida.

«¿Qué has hecho, Row?».

Sacudo la cabeza y clavo mi mirada en la suya.

—Esto es por Alyss —susurro.

El cabrón frunce el ceño, confuso, pero antes de que pueda decir nada, me acerco más a él, enrosco los brazos alrededor de su cuello y tiro de su cabeza para besarlo.

Aprieto mi boca contra la suya, pero no cierro los ojos. Por si acaso no es suficiente, deslizo la lengua entre sus labios y el muy imbécil los separa para darme acceso al interior de su boca.

No sabe que acabo de firmar su sentencia de muerte.

Enseguida retrocedo y el muy hijo de puta vuelve a sonreír con arrogancia.

—No sé quién es Alyss, pero dale las gracias de mi parte —dice mientras se relame.

Pestañeo rápido y sigo retrocediendo de espaldas.

Por supuesto que no sabe quién es Alyss porque él no la mató. Fui yo quien lo hizo.

«¿Qué has hecho, Row?».

La voz de Madre vuelve a resonar en mi mente como una jodida campana.

—Hasta nunca, hijo de puta —mascullo antes de dar media vuelta y salir corriendo.

Tardo apenas unos minutos en llegar al aparcamiento donde he dejado la moto de Nao.

Me alegra no haber venido en transporte público. No estoy en condiciones de subirme al metro o a un autobús.

Me tiemblan las manos, casi no siento las piernas y, por más que intento evitarlo, sé que voy a empezar a llorar de un momento a otro.

Salto sobre la moto, la arranco y, antes de acelerar, tomo una respiración profunda.

«¿Qué has hecho, Row?».

Grito por dentro. ¿Por qué no puedo sacarla de mi cabeza? ¡Han pasado diez malditos años, joder!

No lo hice a propósito. Se supone que yo no tenía ninguna habilidad. Neva, Day, Nao, Alyss… Las cuatro habían descubierto ya las suyas hacía mucho tiempo, pero yo no.

Llegué a pensar que era igual que los chicos, letal en la lucha cuerpo a cuerpo y con el manejo de armas, pero normal, sin habilidades.

Recuerdo que sentía envidia de ellas porque Madre pasaba mucho más tiempo con sus chicas especiales y a mí ni siquiera me miraba.

Todo cambió cuando descubrió lo que soy capaz de hacer.

Recorro la ciudad a lomos de la motocicleta de alta cilindrada. No sigo ningún rumbo concreto, solo circulo por las calles abarrotadas perdida en mis propios pensamientos, en recuerdos de esa maldita noche que lo cambió todo, la noche en la que descubrí que sí era especial y Alyss fue la que pagó el precio.

Si tan solo no se hubiese metido en mi cama…

Irremediablemente, mi mente regresa a ese lugar, a cuando solo éramos unas niñas de dieciséis años que estaban descubriendo sus sentimientos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al abrir los ojos y verla tumbada junto a mí.

—Madre me está buscando. Quieren hacerme otro análisis.

Coloqué la mano en su cadera al notar cómo se estremecía.

—Solo es un pinchazo, Alyss. Todo va a estar bien.

—Lo sé, pero no me gustan las agujas. Son afiladas y puntiagudas. —Se estremeció de nuevo y yo sonreí.

—Se supone que deben serlo para poder atravesar la piel.

Escuchamos unos pasos fuera de la habitación. El pánico empañó su mirada de ojos verdes e hizo una mueca con los labios.

—No dejes que me encuentren, Row —suplicó mientras rodeaba mi cuerpo con los brazos.

La puerta se abrió en el justo instante en el que tiré de la manta para cubrirla por completo. Me incorporé a medias y miré al vigilante que estaba en la entrada.

—¿Qué ocurre?

—Estoy buscando a Alyss. ¿Ha pasado por aquí? —Negué con la cabeza. Él chasqueó la lengua, contrariado, antes de estrechar la mirada sobre mí—. ¿Qué haces aún en la cama? Ya deberías estar en el laboratorio. La doctora Walsh ha ordenado que os hagan una analítica rutinaria.

—Me he quedado dormida. Iré enseguida.

—Si ves a Alyss, dile que tarde o temprano la encontraré.

—No puede andar muy lejos —dije, esbozando una sonrisa ladeada—. Por si no te has dado cuenta, vivimos encerradas en este lugar.

El muy cabrón volvió a chasquear la lengua y ni siquiera se molestó en despedirse antes de abandonar la habitación, cerrando la puerta a su espalda.

En cuanto nos volvimos a quedar solas, aparté la manta y descubrí que Alyss estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Gracias por mentir por mí —susurró, volviendo a abrazarme por la cintura.

Me tumbé bocarriba sobre el colchón y dejé que ella se acomodara sobre mí.

Inspiré hondo cuando sus dedos rozaron mi antebrazo. Siempre hacía eso y no sabía por qué me gustaba tanto.

—Vas a tener que ir en algún momento. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero prefiero disfrutar de este ratito contigo antes de que salgamos ahí fuera y, como cada día, nos toque fingir que no estamos deseando regresar a esta cama las dos solas.

Alzó la cabeza para mirarme y contuve el aliento.

—Alyss, no deberías decir eso —susurré con un hilo de voz.

—¿Es mentira? —Exhalé con fuerza y negué con la cabeza.

No servía de nada negarlo. Ambas sabíamos que entre nosotras había mucho más que una relación de amistad o fraternidad.

Neva, Nao, Day… Ellas siempre habían sido como hermanas para mí, sin embargo, a pesar de haber crecido con Alyss, nunca había podido verla de la misma manera.

Porque tú no piensas en tu hermana en todo momento, no te ríes de sus chistes malos, la miras dormir durante horas o sientes el irrefrenable deseo de besarla cada vez que la tienes cerca.

No, ella era mucho más que eso para mí.

—Debo irme. Madre nos está esperando —susurré, intentando apartarla de mí.

—¿Quién está huyendo ahora? Tú lo has dicho, Row. Vivimos encerradas en este lugar. Puede que no sea en este momento, pero tarde o temprano vamos a tener que enfrentarnos a lo que pasa entre nosotras.

Me quedé mirando sus ojos verdes y, por un instante, casi logró convencerme.

«¡Es una locura! Madre jamás permitiría algo así».

—Entre nosotras no pasa nada —dije con una exhalación e intenté levantarme, pero Alyss se subió a horcajadas sobre mí y me sujetó las manos por encima de la cabeza.

—Retira eso —siseó contra mi rostro.

Fruncí el ceño.

«¿A qué está jugando?».

Cualquiera podría haber entrado en la habitación. Si nos hubiesen visto en esa postura, podrían pensar que… ¡Mierda!

—Alyss, ¿qué estás haciendo? Van a pillarnos. Déjame.

Intenté forcejear, pero me sujetó con más fuerza.

Ambas sabíamos que podría sacármela de encima. Era más corpulenta y dominaba mucho mejor la lucha cuerpo a cuerpo, sin embargo, jamás correría el riesgo de lastimarla.

—Acepto que huyas de mí para no admitir lo que sientes, pero no que lo niegues. Eso nunca.

—¿Y qué se supone que siento? Somos hermanas.

—No digas eso. Mi única hermana es Neva. A las demás las quiero y las trato como si lo fueran, pero tú eres distinta.

—No debería serlo. —Busqué su mirada e intenté transmitirle con ella todo lo que era incapaz de pronunciar—. Madre jamás lo permitirá. Deja de buscarnos problemas y apártate.

Durante unos segundos no dijo nada, pero su mirada se endureció.

Era una jodida cabezota.

—Adelante, si quieres irte, solo tienes que quitarme de encima. Vamos, hazlo —me retó.

—No quiero hacerte daño.

Pegó su rostro al mío y sonrió.

—¿Qué es lo que quieres entonces, Row? —Intenté apartar la mirada, pero me sujetó por la barbilla con fuerza—. Dilo sin miedo. Aquí nadie nos escucha. Solo estamos tú y yo.

—Quiero besarte —confesé sin poder dejar de mirar sus labios.

Volvió a sonreír y deslizó la mano con suavidad hacia mi mejilla.

—¿Por qué has tardado tanto en decirlo?

Fui incapaz de contenerme más. Con un giro brusco, la tumbé sobre el colchón y me abalancé sobre ella.

Pegué mis labios a los suyos y…

El claxon de un coche me saca de golpe de mis recuerdos. Freno de manera fortuita, la rueda trasera derrapa sobre el asfalto y estoy a punto de estamparme contra otro automóvil que está parado frente a un semáforo, pero consigo recuperar el control a tiempo.

Con la respiración acelerada y un guante invisible apretándome la garganta, levanto la visera del casco y trato de coger aire.

La culpa es una maldita hija de perra que no me da descanso.

Sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, sin embargo, jamás imaginé que ese beso llevaría a Alyss a la muerte.

Nadie me avisó. Solo ocurrió sin más. A la mañana siguiente, ella no despertó. Fui a buscarla y estaba inmóvil y fría.

Madre entró en cólera. Nos interrogó a todas.

Solo era un día más, otro igual que el anterior, a excepción de que veinticuatro horas antes yo la había besado.

Cuando lo confesé, enseguida vi en la mirada de Madre que ese había sido el motivo por el que Alyss jamás volvería a meterse en mi cama para huir de los análisis, o que Neva ya no podría crecer junto a su hermana gemela.

Yo la había matado y jamás me perdonaré por ello.

Capítulo 15

ROW

Cuando entro en el estudio de tatuajes de Nao, sigo sintiendo cómo una mano invisible me asfixia hasta dejarme sin aliento.

Necesito librarme de esta maldita sensación antes de cometer alguna locura.

Mi hermana alza la vista de lo que sea que está dibujando y frunce el ceño.

—¿Qué haces aquí? —inquiere.

No es que esperara una gran bienvenida. Con Nao nunca hay palabras bonitas ni saludos amistosos.

En cualquier otro momento me burlaría de ella con algún comentario sarcástico, pero hoy no. Estoy demasiado alterada.

Le lanzo las llaves de la moto y ella las coge al vuelvo.

—He venido a devolvértelas.

—Espero no encontrar ni un rasguño en mi bebé.

—No lo hay.

Estrecha la mirada sobre mí.

Day es la empática de la familia, pero nadie es capaz de leer a las personas como Nao, y sin habilidades especiales.

La muy hija de perra es capaz de detectar cosas que los demás pasamos por alto.

—¿Estás bien, Row? El objetivo…

—Ya ha sido eliminado —la corto.

Se cruza de brazos y vuelve a hacer ese gesto con la mirada.

—Te recuerdo que tú aportas el sarcasmo y la falta de estabilidad emocional a la familia. La de las frases cortantes y respuestas con monosílabos soy yo. Dime qué te ocurre.

—Nada. —Me quito la chaqueta y empiezo a caminar hacia la zona donde están las camillas—. Necesito una dosis.

Escucho el resoplido de Nao a mi espalda y, antes de que pueda terminar de sentarme sobre la camilla, ya la tengo delante.

—Sabes que esto no es como un supermercado, ¿verdad?

Ignoro su regañina y empiezo a buscar un lugar en mi brazo que no esté cubierto de tinta.

Sé que pronto tendré que empezar a borrar tatuajes más antiguos para colocar otros. Me estoy quedando sin espacio. Y repasar los existentes no funciona de la misma manera.

—Aquí —digo al localizar un sitio cerca del codo izquierdo, es pequeño, pero tendrá que servir.

—Row, no puedes seguir enmascarando todas tus emociones bajo los tatuajes. Eso no es sano.

Arqueo una ceja en su dirección y juro que, si no estuviese notando que la culpa me desgarra el pecho como un maldito cuchillo hundiéndose en mantequilla, habría soltado una sonora carcajada.

—¿Desde cuándo me das lecciones de moral? Ese es el trabajo de Day.

Mi hermana suspira y niega con la cabeza.

—Sabes que va a doler como el demonio, ¿verdad? —Asiento.

Prefiero que sea así. El dolor es un buen aliado para enmascarar la culpa. Entre eso y la habilidad de Nao, saldré de aquí como nueva.

Me tumbo bocarriba en la camilla y trato de respirar hondo, pero apenas logro llenar mis pulmones.

—Asegúrate de clavar bien la aguja. Espero que este me dure algo más que el del otro día.

Nao no dice nada mientras prepara todo el material y se pone los guantes, aunque sé que se está conteniendo para no soltarme una mala contestación.

Ahora mismo no necesito sus regañinas, solo que apague el dolor que siento en el centro del pecho, y ella lo sabe.

—¿Estás lista? —Inspiro hondo por la nariz y asiento—. Bien, allá vamos.

La primera pasada de la aguja sobre mi piel me obliga a apretar la mandíbula para no gritar.

Los codos son las zonas más dolorosas para hacerse un tatuaje, al menos en mí es así. Sin embargo, tras unos segundos, noto cómo mi cuerpo empieza a relajarse.

Intento dejar la mente en blanco. Ya puedo llenar mis pulmones de aire.

Y entonces regresan los recuerdos, aunque ahora ya no duele tanto.

—Dímelo, Row. Sé que Alyss estuvo contigo ayer por la mañana. ¿Qué fue lo que pasó? —me preguntó Madre.

Sorbí por la nariz y negué con la cabeza.

—¿Se va a poner bien? Estaba fría —susurré.

En el fondo sabía que no, que Alyss jamás volvería, pero necesitaba que alguien me lo dijera.

Aún podía sentir su piel helada en la punta de mis dedos. La zarandeé, pero no despertó, y sus ojos… ¿Por qué no brillaban como siempre?

—¡Row, céntrate! —El grito de Madre me sobresaltó—. Ayer Alyss hizo lo mismo de todos los días. Su analítica estaba perfecta. Lo único que no sabemos es lo que ocurrió en el tiempo que estuvo desaparecida por la mañana. En las cámaras de seguridad se la ve entrando a vuestro dormitorio y después salisteis juntas y muy sonrientes. ¿Qué pasó allí?

—Nada —gimoteé.

—¡Deja de mentir!

Me encogí y un nuevo sollozo rasgó mi garganta.

—Fue solo un beso, lo prometo —confesé con la voz tomada por el llanto.

Madre se puso de pie y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué has hecho, Row?

—Fue solo un beso —repetí—. ¿Se va a poner bien?

Negó con la cabeza.

—Alyss está muerta. No va a volver, y ya sabemos cuál es tu habilidad.

—Row, sal de ahí. —La voz de Nao consigue sacarme de mis recuerdos.

La miro con la respiración acelerada y el corazón latiendo a toda velocidad.

—Estoy bien —susurro con un hilo de voz.

—Intenta relajarte o no podré continuar.

Asiento, con la mandíbula tensa y los puños apretados.

Vuelvo a respirar hondo y esta vez me centro en atraer otros recuerdos a mi mente.

El día que nos mudamos al complejo; la primera vez que Nao y yo nos emborrachamos; Neva y yo burlándonos de Day por sus discusiones con Jesse, que son lo más parecido a unos preliminares que he presenciado nunca… Buenos recuerdos, de esos que hacen desaparecer la culpa y el dolor.

Durante unos minutos dejo que esa sensación me invada y borre todo lo demás, y antes de que pueda darme cuenta, Nao se detiene y empieza a limpiar la zona de piel que acaba de tatuar.

—¿Ya está? —pregunto.

—Sí. Me alegra que hayas podido tranquilizarte, aunque estoy segura de que tu crisis va a pasarme factura.

Me incorporo en la camilla y la observo mientras recoge todo el material usado.

Una leve punzada de culpa me sacude el pecho.

Odio que, para que yo pueda seguir siendo una persona funcional, mi hermana deba cargar con todas mis mierdas.

Sé que para ella es distinto, lo siente de manera diferente, pero, aun así, me gustaría no tener que hacerlo.

—Gracias —le digo cuando vuelve a mirarme.

Arruga la nariz y estrecha la mirada sobre mí.

—¿Ahora vas a ponerte sentimental? Dime que no me he pasado con la dosis.

Río y niego con la cabeza.

—Lo digo en serio. No sé qué haría sin ti.

—Pues lidiar con tus mierdas de una manera más sana, eso seguro, pero no seré yo quien te juzgue. ¿Ahora puedes contarme qué ha pasado con el objetivo?

—Ya te lo he dicho. Mañana estará muerto —respondo mientras me pongo en pie. Espero a que me cubra el codo con un plástico protector y me coloco la chaqueta—. Ese hijo de puta no volverá a hacer daño a ninguna chica.

Nao se queda callada unos segundos y, tras chasquear la lengua, se gira de nuevo hacia mí.

—Sabes que ninguna de nosotras te culpa por lo que pasó con Alyss, ¿verdad? Ni siquiera Neva.

Otra vez esa punzada de culpa me atraviesa el pecho.

«Merezco que me culpéis. Yo lo hago», pienso, pero solo asiento con la cabeza.

Como ya esperaba, Nao no sigue insistiendo. Si nos llevamos tan bien es justo porque nos mantenemos alejadas la una de los asuntos de la otra. Ya tenemos suficiente con que Neva y Day gasten sus energías en intentar arreglarnos.

—¿Has conseguido sacarle algo más al poli buenorro? —inquiero para cambiar de tema.

Mi hermana hace una mueca y se gira para tirar a la papelera los restos del material y las agujas usadas.

—Aún no lo he visto. Se supone que llegará en… —Echa un vistazo al reloj y frunce el ceño—. Tres minutos exactamente, aunque no sé si aparecerá.

—Si Day está en lo cierto, vendrá. Ella piensa que el chico está loco por ti.

—Qué suerte la mía —masculla en tono sarcástico.

—Tampoco es tan malo. Admite que el poli tiene un polvazo. Yo me presentaría voluntaria a seducirlo. Tiene pinta de ser de los que

te dan unos buenos meneos en la cama.

Por una milésima de segundo, casi me parece ver cómo mi hermana se sonroja.

Estoy a punto de burlarme de ella, pero decido no hacerlo. Me ha ayudado mucho hoy, y solo por eso lo dejaré pasar.

—Lo único que quiero de él es saber qué información maneja sobre la muerte de Terry. Tenemos que encontrar respuestas. Él no pudo lanzarse desde la puta azotea por su propia voluntad.

—Sí, no tiene ningún sentido. ¿Crees que podrás sacarle algo? Y no me refiero a lo que guarda en las pelotas —añado antes de que pueda responder. La mirada asesina que me lanza me hace sonreír —. Bueno, chica, si quieres, sácale eso también.

—Vale, has agotado mi paciencia. Lárgate —ordena, señalando la salida.

—¡Vamos, Nao! Solo estaba bromeando.

—Y yo te estoy echando. ¡Fuera!

Pongo los ojos en blanco, y sin dejar de sonreír, me dirijo a la puerta.

Estoy a punto de salir cuando esta se abre de golpe y el poli se atraviesa en mi camino.

Deslizo la mirada por sus hombros anchos, el pecho fornido, un abdomen que apuesto que sirve para rallar queso y, más arriba, un rostro tallado por los mismísimos dioses del Olimpo.

«Definitivamente, yo le sacaría lo que guarda en las pelotas».

—Tienes suerte de que le gustes a mi hermana —digo, esbozando media sonrisa.

Él frunce el ceño, confuso.

—¿Disculpa?

—Que eres un afortunado, poli. —Le doy una palmadita en el pecho—. Si te hubieses interesado por mí, ya te habría besado, y eso nunca trae nada bueno.

Antes de que pueda asimilar lo que acabo de decir, lo esquivo y salgo del estudio mucho mejor de lo que entré hace un rato.

Sabía que Nao me ayudaría a lidiar con mis problemas sin hacer preguntas.

Ahora solo espero que sea capaz de lidiar con los suyos, porque ese poli tiene algo que la pone nerviosa y no es nada fácil que eso le ocurra a mi hermana.

Capítulo 16

Nao

«¡Respira, joder!», me ordeno seria.

Y lo hago. Ya está, estoy tranquila. Es solo que mi estómago ha hecho una cosa rara cuando el poli ha entrado.

Una cosa ridícula que no pienso describir porque, si empiezo a ponerle nombre, alguien me señalará desde el infierno.

—¿Otra vez por aquí? —saludo lo más hostil que puedo.

No sé qué me molesta más: que sea puntual, que vuelva o que mi cuerpo haya decidido reaccionar como si el sonido de la campanilla fuera una llamada ancestral de apareamiento.

—No quería romper la tradición.

Está guapo. Qué desgracia…

—¿Hoy vas a quedarte hasta el final o vas a irte en plan Superman?

—Si puedo soportarlo, me quedaré.

—No cantes victoria. Hoy te va a doler más.

—¿Eso es una amenaza o una promesa? —dice sonriente.

—Conmigo casi siempre es lo mismo.

Se queda un segundo mirándome. No como un poli observando a una sospechosa, sino de una forma que se cuela entre mis costillas y me obliga a recordar que la última vez que estuvo aquí se apartó de mis labios como si tocarme fuera peligroso y quisiera hacerlo de todas formas.

—¿Entramos? —pregunta.

—Qué impaciente.

—Sí. Creo que podría irme el sado.

—Sígueme —le digo, en vez de ofrecerle pasar.

—Vaya… ¿Hoy no me das un toque afectuoso?

—No digas gilipolleces.

—Pero yo quería mi toque disimulado.

—Calla, antes de que te tatúe la palabra imbécil en cursiva.

—¿En cursiva? Qué elegante.

—Soy una artista.

—Eso está claro.

Lo ha dicho en serio. Sin rastro de burla. Y hago lo que cualquier mujer adulta y emocionalmente madura haría en mi lugar: tropezarme con la papelera que hay en medio del pasillo.

«Genial… Soy igual de seductora que un contenedor ardiendo».

Preston no dice nada, pero noto cómo sonríe a mi espalda.

«Esto no ha pasado, joder».

En cuanto entramos en la sala, le señalo la camilla.

—Quítate la camisa —ordeno.

—Esa frase es mi parte favorita de nuestras citas.

—Esto no es una cita.

—Me refería a esta sesión clínica con agujas, tensión no resuelta y amenazas veladas.

«¿Tensión no resuelta? ¡¿Y de quién es la culpa, cabrón?!».

Pero después de analizarlo mucho, ese «No» que le borramos del cerebro no sonó a rechazo, sino a sacrificio. Como si hubiera hecho lo correcto.

Qué asco de gente… esa que siempre hace lo correcto.

—¿Me tumbo bocabajo? —pregunta.

—No. Si te parece, haciendo el pino.

—Me lo merecía.

—*Sip*.

Se tumba en la camilla y yo me coloco los guantes de látex.

Durante unos segundos solo se oye el silencio seguido del zumbido de la pistola al encenderse. Es un sonido familiar. Seguro. Mío.

La tinta es un idioma que entiendo. Los hombres no.

—¿Estás lista? —pregunta él desde el agujero.

—Esa frase debería decirla yo, no tú.

—Lo siento. Me pongo nervioso cuando una mujer con agujas se queda en silencio detrás de mí.

—Tranquilo. Si quisiera matarte, no usaría agujas. Sería poco eficiente.

—Qué alivio.

—De nada.

Observo mi creación con ojo clínico.

—¿Te has cuidado bien el tatuaje estos días? —pregunto.

—He seguido tus instrucciones como si fueran las de una bomba.

—Perfecto.

Retiro el plástico y observo el estado de la piel.

—Está curando bien.

—Gracias.

—No era un cumplido. Es una observación.

—Ya. Pero me lo quedo como si lo fuera.

Apoyo la mano en su espalda para tensar la piel y se queda muy quieto.

Me concentro en el diseño y el mundo se reduce a su piel y a mi pulso, pero hoy el estudio parece más pequeño. O él ocupa demasiado.

—¿Vas a preguntarme algo u hoy solo vas a torturarme en silencio? —dice al cabo de unos minutos.

—Puedo hacer ambas cosas. Soy polivalente.

—Me consta.

—¿Qué quieres que te pregunte?

—No sé. La última vez empezaste fuerte con lo de «¿tienes novia?». Igual hoy toca saber mi color favorito.

Levanto la aguja como acto reflejo.

—¿Cómo dices?

—Que igual hoy toca algo menos invasivo.

—No. Lo de que te pregunté si tenías novia.

—Sí. Me lo preguntaste, y también alabaste mi estructura ósea. —Lo oigo sonreír.

Me quedo mirándole la nuca con la aguja suspendida en el aire.

ESO. NO. PUEDE. SER.

Esa pregunta se la hice en la sesión que Neva le borró entera. La sesión que él, oficialmente, no recuerda. A no ser que…

Joder.

¡Joder, joder, joder! LA MATO. ¿Y si no se la borró entera?

—Dijiste que parecía difícil de matar. Nunca me habían hecho un cumplido así.

—No era un cumplido. Era información relevante.

—¿Para quién? ¿Para un forense?

—Sí. Nunca sabes cuándo vas a necesitar uno.

Se ríe. Y ahí está. La muy zorra de su risa… aflojándole los músculos de la espalda y haciéndolo menos agente de policía y más hombre encantador.

—Tienes razón —dice—. Eso explica todas mis relaciones fallidas. La falta de un análisis forense previo.

—¿Has tenido muchas relaciones? —La pregunta sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

¡Mierda, mierda, mierda!

Preston tarda un poco contestar.

—No demasiadas.

—Qué respuesta más de hombre que sí ha tenido demasiadas.

—Qué lectura más injusta.

—Soy injusta por naturaleza —me defiendo.

—No. Eres defensiva por naturaleza.

Detengo la presión de la aguja medio segundo y él lo nota.

—Cuidado, poli…

Él se gira para sostenerme la mirada desde la camilla, medio desnudo y con la cara de alguien que debería tener miedo, pero en lugar de eso parece fascinado.

«Maldito imbécil».

—Voy a darte un consejo que no me has pedido.

—¿Cuál?

—No me psicoanalices mientras tengo una aguja en la mano.

—Oído.

Vuelve a acomodarse y sigo tatuándolo, pero mi pulso tarda un instante en volver a ser perfecto. Yo también sé jugar a esto.

—Háblame de esa verja, digo… de la chica —comienzo.

La broma no le hace gracia. Ni pizca. Bien.

—Ya te lo dije. No me gusta hablar de ella.

—A mí no me gusta hablar de nada y aquí estamos.

—No es lo mismo.

—No veo por qué.

Se queda quieto, sabiendo que tengo razón.

—No he vuelto a estar con nadie desde ella —revela de pronto.

No entiendo por qué me lo cuenta. Quizá porque es idiota y quiere que lo sepa.

—Qué romántico —murmuro—. O patético. Depende.

—Ahora mismo es bastante patético.

Su honestidad me golpea. ¿Acaba de insinuar que le gusto?

—¿Murió? —pregunto sin suavidad.

Preston se queda tan callado que casi me arrepiento de haberlo formulado. Casi.

—No. Sigue viva.

No indago más porque de pronto entiendo que hay personas que no mueren, pero te dejan igual de viudo.

—Tu turno —dice, cambiando el tono.

—De eso nada. No funciona así.

—Has preguntado por mi ex. Ahora yo puedo preguntar por algo incómodo.

—No puedes.

—¿Quién quería muerto a Terry Jones? —suelta a bocajarro.

Y la realidad se impone, recordándome que no estamos en una escena de esas películas horribles donde la gente se enamora entre tartas y malentendidos. Nos encontramos en mi estudio, con un

cadáver a nuestras espaldas y demasiadas mentiras respirando alrededor.

No detengo la aguja, aunque sea una temeridad seguir tatuando con este tema sobre la mesa.

—Mucha gente, imagino —respondo neutral—. No era precisamente un osito de peluche.

—Y vosotras no creéis que se haya suicidado.

—No.

—¿Por qué estáis tan seguras?

Trago saliva.

Porque Day lo sintió. Porque Jesse lloró. Porque Madre no mueve una pieza sin esconder diez debajo. Y porque nosotras hemos visto demasiadas muertes limpias como para no reconocer una sucia. Sin embargo, no puedo decirle nada de eso.

—Porque Terry era muchas cosas —digo al final—, pero no alguien que se tiraría de una azotea cuando aún le quedaban cuentas pendientes.

Preston se queda callado. Y yo no paro de preguntarme por qué demonios estoy soltando todo tan fácilmente. Supongo que veo en Preston a alguien neutral que nos puede ayudar a saber la verdad y a quien Neva puede borrarle todo una vez la obtengamos.

—Eso suena a que lo conocías más de lo que dices —prosigue.

Si él supiera…

—¿Quién pudo querer hacerle daño? —insiste con suavidad—. Dame algo. Un nombre, un enemigo, una dirección. Algo que me ayude a entender por qué un hombre acaba atravesando el techo de un coche delante de una cafetería.

—¿Qué ganas tú esclareciendo esto?

—Poder dormir.

La respuesta es tan simple que no sé qué hacer con ella.

—¿Te quita el sueño este tema?

—Me lo quitas tú.

Lo pronuncia con esa voz que no debería acercarse a mí sin supervisión.

El aire se vuelve espeso. Mi mano sigue apoyada sobre su piel.

—Lo siento, no sé quién podría haberlo hecho.

—Mientes mejor cuando estás enfadada —dice.

Levanto la aguja.

—¿Perdona?

—Cuando intentas sonar tranquila se te nota más.

Lo miro con ojeriza y Preston no aparta la vista. No debería gustarme que lo haga. No debería gustarme su forma de buscarme por debajo de todas las capas que me pongo encima. Pero me gusta. Y eso me da ganas de quemar el edificio.

—¿Sabes cuál es tu problema? —comenta.

—¿Solo tengo uno? Qué generoso.

—Que cuando intentas espantar a alguien, das demasiadas pistas de dónde duele.

Me quedo helada.

—Por segunda vez: cuidado, poli.

—Con eso también intentas espantarme.

—Y, aun así, no paras.

—Exacto.

Otra vez esa obstinación. Como si hablar conmigo fuera sencillo. Como si no supiera que a la gente que lo hace siempre le pasa algo malo.

—Y cuando dejas de intentarlo, me gustas aún más.

Se me corta la respiración.

«Qué asco de frase. Qué bonita. Qué hija de puta».

Me quedo mirándolo y siento que algo dentro de mí se parte por la mitad: un trozo quiere apartarse, insultarlo, decirle que se vaya a la mierda y tatuarle una polla flácida en la nuca; y la otra quiere acercarse los centímetros que faltan hasta su boca y comprobar si sabe tan peligrosa como parece.

Pero no me muevo ni un milímetro. Esta vez no.

Si alguien va a perder, que sea él.

Preston levanta una mano despacio y sus dedos rozan el borde de mi muñeca. No me la agarra, solo me toca. Y eso es mucho peor.

—Nao…

—No digas mi nombre así.

—¿Cómo?

—Como si fuera una tortura para ti.

Sus ojos bajan a mi boca. Los míos también a la suya. Qué poca dignidad tenemos todos.

Se incorpora un poco y yo no retrocedo. Porque soy idiota. Y orgullosa. Y a una estúpida parte de mí le gusta saborear la victoria mezclada con pánico.

Recibo sus labios renqueantes de forma suave, como si me estuviera preguntando algo sin atreverse a decirlo en voz alta. Y yo, que solo sé responder con uñas, dientes o sarcasmo, le devuelvo el beso de la única forma que sé. A lo bestia.

Lo beso como si estuviera enfadada con su boca. Y pronto me doy cuenta de que ha sido un error fatal. Porque Preston se activa de una forma inesperada. Parece que acabara de abrir una caja sorpresa con muelle y todas sus emociones reprimidas hubieran salido disparadas.

Una mano torpe y desesperada se posa en mi nuca para presionarme contra su boca. La otra me atrae hacia su cuerpo caliente y firme, como si llevara demasiado tiempo sujetándose al borde de algo y acabara de soltarse.

«Mierda… Esto es mejor de lo que debería. ¡Mucho mejor!».

Me besa desaforado, como si estuviera pidiendo perdón y perdiendo la batalla al mismo tiempo. Como si quisiera ser bueno, pero su cuerpo hubiera presentado su dimisión formal.

Le muerdo el labio y él gruñe.

El sonido me baja por la columna como tinta negra.

Me empuja contra la mesa metálica y varias cosas caen al suelo. Un bote de vaselina. Una caja de guantes. Y mi poca estabilidad emocional.

Lo agarro del pelo con fuerza para atraerlo más contra mí.

Más. Más. ¡Más…!

Y, de pronto, se aparta asustado.

Ya ha dejado claro que le gustan las tradiciones.

Capítulo 17

Nao

Preston se aleja de mí, cerrando los ojos como si estuviera sufriendo.

—No puedo. Lo siento —musita. Dos frases como dos balas.

—Joder —jadeo alucinada.

—Nao…

—No. De puta madre. Aplaudo tu autocontrol. ¿Quieres una medalla? ¡¿O te la tatúo en el culo?!

—Escúchame…

—Paso, de verdad.

—¡No es por ti!

Suelto una risa sin gracia.

—Dios… ¿De verdad acabas de decir eso?

—Es complicado.

—Qué original. ¿Lo has leído en una taza?

Se sienta en la camilla, aún sin camisa, con cara de culpa y el deseo rebosando por los poros. Un perfecto idiota emocional.

—Hice una promesa —dice solemne.

Miro al suelo. No quiero ni preguntar, pero lo hago.

—¿A quién?

Traga saliva.

—A mí mismo.

La explicación cae entre los dos como una puerta cerrándose.

«Qué suerte la mía. Me ha tocado un poli con principios».

Quiero arrancarle esa honorabilidad de la piel con mis propias manos.

—La chica de la verja… era mi prometida.

Mis ojos se abren como platos. ¡¿Es de los que se casan?!

«¡Huye, Nao! ¡Huye ahora y no mires atrás!».

Sin embargo, me quedo paralizada.

—Tiene cáncer. Terminal. Y yo… prometí que no estaría con nadie mientras ella…

No dice más. Pero no hace falta, la oigo igual: «Mientras ella siga respirando».

He aquí un hombre atado a una promesa, mirándome como si yo fuera una catástrofe con nombre propio.

Siento algo feo clavarse en el pecho.

No son celos. O sí. No lo sé.

Qué horror…

Intento respirar hondo y no perder la compostura. No quiero joderla más de lo que ya lo he hecho. Estos temas y yo no nos llevamos bien. Soy insensible con casi todo. Y en estos casos más.

Porque, déjame adivinar, ¿ella lo dejó porque no quería que malgastara tiempo de vida a su lado y él está haciendo justo eso? Son imbéciles los dos. La una y el otro.

—Lo entiendo —digo con una calma homicida—. Por favor, vuelve a tumbarte. Tengo que hacer una llamada importante.

—Pero…

—Tranquilo, de verdad —intento imitar la voz amable que pone Day cuando quiere ser correcta, pero fingir empatía siempre me ha dado arcadas—. Ahora mismo vuelvo.

Me escabullo de la sala con rapidez y saco mi teléfono móvil del bolsillo con mi mala leche habitual. Necesito a Neva.

—¿Sí?

—Ven al estudio cuanto antes.

—Hola a ti también, Nao.

—¡Tienes que venir AHORA MISMO!

—¿Ha pasado algo?

—Sí.

—¿Implica sangre, cadáveres o sentimientos?

Aprieto los dientes.

—Tienes que borrarle la memoria otra vez.

—¿A Preston?

—No, al Papa. ¡Claro que a Preston!

—¿Qué ha pasado?

—Nos hemos besado.

—¿Y?

—Y luego ha vuelto a apartarse. Ha sido humillante.

Oigo un sonido raro al otro lado. Como si Neva estuviera conteniendo una risa o sirviéndose palomitas.

—Entiendo.

—¡No entiendes una mierda! ¡Ven aquí y bórrale todo! La sesión. El beso. Mi cara. ¡Todo lo que puedas! Incluso a mí, o voy a tener pesadillas con esto.

—No pienso hacerlo.

Parpadeo perpleja.

—¿Cómo que no?

—Que no.

—Neva… Va en serio.

—No voy a borrarle la memoria cada vez que vuestro desastre emocional avance un centímetro.

—¡¿Avance?! ¡Solo hemos retrocedido! ¡Dos veces!

—El otro día no quiso ni besarte, hoy al menos lo ha hecho. Esto necesita material para que arda.

—¡A propósito de eso! El otro día no le borraste todo, ¿verdad?

Neva se queda callada. Y eso no pasa nunca.

—Le dejé lo justito.

—Eres… —mascullo furiosa—. Ven aquí ahora mismo o…

—¿O qué?

—Te recuerdo que sé dónde duermes.

—Y yo que ahora mismo no estás enfadada conmigo, sino asustada.

—Retira eso.

—No quiero.

—¡Retíralo o te tatuaré una polla triste en la nuca mientras duermes!

La oigo reírse. ¡Como si hubiera tiempo para eso!

—Nao, esto no es algo de vida o muerte. Tienes que aprender a lidiar con los humanos. Y con el hecho de que te gusta un montón ese chico.

Esa frase es una jodida bomba atómica. Cierro los ojos.

—Si te vas a poner a decir tonterías, te cuelgo —replico digna.

—Te gusta de verdad. Y me parece importante que…

—Voy a colgar.

—Te da miedo porque a él también le gustas mucho.

No puedo respirar durante un segundo, pero el oxígeno no me impide odiarla profundamente por tener que suplicar.

—Neva, joder…

—¿Qué?

—Ven a borrarle la memoria o me moriré de asco.

—No lo harás —dice sonriendo. Lo noto.

—Sabes que odio sentirme vulnerable. No lo puto soporto.

—Lo que tú llamas vulnerabilidad es una fortaleza para el grupo. Ese poli podría darnos problemas, pero está claro que no lo hará porque estáis empezando a sentir algo muy potente.

—¡¿Es que no me has oído?! ¡Ha vuelto a rechazarme!

—¿Te ha rechazado o solo se ha apartado?

—¡Es lo mismo!

—No, cariño, no lo es.

«Cariño». Me dan ganas de romper la pared.

—No me llames así.

—Nao… Si le borras esto, la relación no avanzará nunca.

—¡¿Qué relación?!

—La que vais a tener. Es lo que pasa cuando te implicas emocionalmente con alguien.

Grito contra un albornoz sin poder evitarlo. Y sin saber si está limpio. ¡Puaj!

—¡¿ES QUE TE HAS VUELTO LOCA?!

—Ay, no pongas esa voz. Haces que tener pareja suene a tener un tumor maligno.

—¡Es peor que eso!

—No es verdad. Tiene sus partes buenas, te lo aseguro.

Respiro hondo para no lanzar el teléfono contra la pared.

—¡Yo no tengo parejas, Neva! ¡Nunca!

—Lo sé, por eso me interesa muchísimo ver cómo te las apañas.

—Eres una traidora.

—Más bien romántica.

—Eso debería ser una enfermedad declarada.

—Puede ser.

—Te odio a muerte.

—No, no me odias. —Noto que vuelve a sonreír—. Solo quieres matarme por no borrarte lo que sientes. Pero abrázalo. Es bonito.

Cuelgo definitivamente.

Porque, si no, va a seguir diciendo verdades, y eso es intolerable.

Me quedo en mitad del estudio, con el móvil en la mano, la respiración desordenada y el orgullo hecho una masa deforme en alguna parte del suelo junto a mi dignidad.

Menuda traición… ¡Una traición absoluta!

Y lo siento, pero hay cosas que solo se arreglan con venganza.

Pienso en el diseño a medias que he dejado en su espalda y en los pequeños huecos donde todavía puedo esconder cualquier cosa.

—Bien, Preston —murmuro—. Tú lo has querido.

Tengo una idea…, una infantil, agresiva y totalmente desproporcionada. La clase de idea que Row aplaudiría de pie y Day fingiría reprobar mientras se ríe por dentro.

Hoy Preston tendrá una noche complicada de reflexión intestinal. El retrete será su rincón de pensar.

Y quizá, mientras esté encerrado en el baño preguntándose qué demonios le pasa, caiga en la cuenta de que es un castigo divino por apartarse de algo que claramente deseaba.

—Se va a cagar… —susurro. Literalmente.

Existen runas que no uso casi nunca porque son una falta de elegancia profesional. Son pequeñas y de efecto breve. Molestas más que peligrosas. Perfectas para lo que necesito.

Cuando estoy lista, me asomo a la sala. Preston sigue sentado en la camilla, con la espalda a medio limpiar y la cara de alguien que sabe que ha entrado en territorio minado sin mapa ni testamento.

—¿Todo bien? —pregunta con cautela al verme.

Pobre imbécil. No tiene ni idea de lo que acaba de activar.

—Túmbate —ordeno mientras me pongo unos guantes nuevos.

—¿Perdón?

—Que te tumbes.

—¿No crees que deberíamos hablar?

—Creo que deberías cerrar la boca antes de que la utilice como cenicero.

Él duda, pero al final se tumba.

Ya lo dijo Row, el pobre tiene un instinto de supervivencia defectuoso.

Antes de poner a zumbar la aguja, abro un cuaderno de runas y paso el dedo por los símbolos hasta encontrar el que busco.

Fabrico una sombra de sonrisa, no vaya a darme un calambre.

Preston permanece quieto, aunque me doy cuenta de que quiere hablar. Lo noto en su respiración, en sus puños cerrados y en cómo intenta no decir mi nombre.

La idea me parece graciosa durante medio segundo. Luego me enfurece. Así que empiezo a dibujar con precisión.

En una esquina del diseño, escondida entre dos líneas geométricas, justo donde estuvo la que hizo que ardiera en deseos por mí, dibujo una runa diminuta. No es mortal. No va a romperle el corazón ni a volverlo loco. Solo le recordará que no se juega con una mujer que no sabe gestionar el rechazo.

Preston gira apenas la cabeza.

—¿Qué haces?

—Lo llaman arte.

—Eso ha sonado amenazante.

—Todo el buen arte lo es.

Termino la runa y limpio la zona con una delicadeza que no siento.

Dentro de un momento, el detective perfecto de promesas nobles y besos interrumpidos va a descubrir que hay formas más humildes de perder la dignidad.

Porque si Preston cree que puede besarme, apartarse, hablarme de su prometida moribunda y salir de aquí con esa cara de mártir guapo, se equivoca.

—Ya puedes levantarte.

—¿Ya está?

—Por hoy, sí.

Me mira con desconfianza. Va aprendiendo.

—¿Cuándo quieres que vuelva?

—Si sobrevives, en una semana.

Frunce el ceño.

—¿Qué significa eso?

Recojo el material, ignorándolo con una calma impecable.

—Nada, Preston. Cuídate la espalda, bebe agua y no hagas esfuerzos innecesarios.

—Me estás asustando…

—¿Siempre eres tan cagón?

Intento no reírme de mi propio chiste. Odio que la gente haga eso. Pero me permito la satisfacción pequeña, miserable y bastante terapéutica de aplaudirme mentalmente.

Capítulo 18

Preston

No soy una de esas personas que jamás hablan consigo mismas. Yo me hago preguntas a diario, como si sospechara de mí.

«¿Estás siendo honesto contigo, Preston?».

«¿No estarás pensando en mezclar trabajo y placer?».

«¿Hasta qué punto puede una mujer peligrosa arruinarme la vida antes de que yo admita que me gusta?».

Y la más urgente: «¿Dónde coño hay un baño?».

—¿Preston?

La voz de Nao me llega desde algún lugar lejano. Probablemente desde la superficie de la Tierra, donde la gente normal respira, camina y no siente cómo sus intestinos intentan convocar al demonio.

—¿Qué?

—Has dicho que te ibas y te has quedado paralizado.

«Estoy intentando no cagarme encima. Gracias».

—Estoy bien —miento.

—¿Seguro?

—Sí, sí…

Llevaba los últimos veinte minutos pensando en cómo sacar el tema del beso para explicarle que no ha sido un rechazo, sino una promesa oxidándose dentro de mí.

Había preparado frases buenas de adulto con responsabilidad afectiva, aunque por dentro esté sujetando con cinta aislante todos

mis traumas. Sin embargo, ahora mismo solo puedo pensar en una cosa muy concreta y urgente. Porque el culo manda en el cuerpo, no el cerebro o el corazón. Lo sabe todo el mundo.

—¿Seguro que estás bien? —insiste ella casi cómica.

Si no fuera imposible, pensaría que está disfrutando de mi agonía.

Porque Nao nunca sonríe abiertamente, pero he aprendido a leer sus microgestos: el ángulo de su ceja, una comisura traviesa que a veces vibra o ese brillo criminal en sus ojos cuando algo le divierte, aunque prefiera tragarse la risa antes que regalarla.

Y ahora está demasiado tranquila para ser una mujer que me ha besado como si quisiera arrancarme el alma y, tras apartarme, no me ha soltado ni una sola puñalada verbal decente.

Está como esperando a que me hunda solo en la mierda. Nunca mejor dicho.

—Solo necesito un segundo —digo, tomando aire.

—¿Para qué?

«Para no morirme».

—Para irme —respondo.

—¿Te duele la espalda?

—No.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Y ahí es cuando cometo el terrible error de mirarla a la cara.

Es tan letalmente atractiva, con el pelo lila cayéndole hacia un lado, una camiseta de camuflaje militar de tirantes anchos y esa expresión de «si te desmayas, no pienso recogerte del suelo».

Es preciosa de una forma jodidamente hostil. Como si la hubieran diseñado para sobrevivir a un apocalipsis y juzgarte por no haber traído el calzado adecuado.

Y encima la he besado. O me ha besado. Más bien nos hemos estrellado el uno contra el otro y luego yo he tenido la brillante idea de parar.

«Idiota».

Debería callarme y dejarlo pasar. Porque sé que nada de lo que diga va a mejorar las cosas. Estoy aquí para investigar un asesinato,

pero el hecho de haberla tenido en la boca ahora parece que pesa más. Y eso es muy preocupante.

—No me he apartado porque no me gustes —digo en voz baja.

Su mandíbula se endurece.

—Aaah… Ya me sé lo de «no eres tú, soy yo». Ahórratelo.

—No iba a decir eso.

—Qué pena. Es un clásico.

—Me aparté porque quería besarte y no parar en semanas.

Sus ojos chocan con los míos y durante un segundo se me corta la diarrea, pero mi intestino me la recuerda cuando un retortijón brutal me parte por dentro, decidiendo que la conversación ha llegado a su fin.

No es una simple molestia, es un puto aviso del universo. Un trueno intestinal. Una señal bíblica.

—Me voy a morir… —susurro vencido.

Nao inclina la cabeza.

—¿Has dicho algo?

Otro retortijón no me deja contestar.

—Que me tengo que ir —musito.

—Eso ya lo has dicho. ¿A qué esperas?

Hay algo en la expresión de su cara que me resulta familiar. Es una mueca que tienen algunos psicópatas. Para qué adornarlo.

De pronto, su frase cae en mi cerebro como una prueba judicial.

«¿Siempre eres tan "cagón"?».

Me ha llamado cagón…

Y mi cerebro, que puede estar humillado pero sigue siendo el de un funcionario público, empieza a unir piezas con una rapidez desagradable.

Primero: la erección absurda de la sesión anterior. Que terminó con la polución nocturna más indigna de mi vida adulta.

Segundo: la laguna extraña cuando me quedé dormido.

Tercero: Nao y sus dibujos en la escena del crimen.

Cuarto: Nao, ahora mismo, demasiado relajada cuando hace quince minutos parecía querer arrancarme la tráquea por haberme

apartado de sus labios.

Quinto: mi colon intentando independizarse.

—¿Qué me has hecho? —deduzco.

La veo parpadear.

—¿Yo?

—Sí. Tú.

—¿Aparte de un tatuaje carísimo dices?

Otro retortijón me dobla por la mitad.

Se acabó. Mi dignidad está a punto de palmarla.

—¿Estás sudando? Pareces enfermo.

—Gracias. Solo me duele el estómago.

—¿Quieres usar mi baño?

Me quedo quieto. Hay un baño aquí, claro. Por supuesto que lo hay.

La miro con desconfianza y en sus ojos hay algo que confirma lo que mi instinto ya ha empezado a gritarme. Que si uso su baño habrá ganado algo. No sé qué. Pero algo.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Prefieres morir en la calle?

—Tengo mis principios.

—Tus principios parecen muy incómodos ahora mismo.

—No tienes ni puta idea…

Salgo del estudio con la espalda ardiendo y la sensación física de que Dios, si existe, acaba de señalarme con un dedo y decir: «Este hoy va a aprender una lección de humildad».

Me marcho sin mirar atrás y camino una manzana antes de que mi cuerpo emita una alerta roja. Miro alrededor, apurado, y veo un callejón con un contenedor de basura que ofrece una cobertura relativa.

—No —gimo, pero mi intestino responde: «¡Síííí!»—. Soy policía… —le recuerdo a mi cuerpo, como si eso importara. Y mi colon, que

claramente ha perdido todo respeto por la autoridad, aprieta un poco más.

Durante los siguientes minutos, mi vida se reduce a la peor decisión higiénica de mi existencia y a una idea que no deja de rondarme la cabeza: «Esto es magia negra o una intoxicación alimentaria».

Cuando termino, me quedo apoyado en la pared, respirando como si hubiera corrido una maratón y reconsiderando todo lo que me ha traído hasta aquí.

Cuando pasas los treinta, uno espera haber alcanzado ciertos logros.

Estabilidad laboral, que una planta no se te muera y quizá una relación sana.

Yo tengo una investigación corrupta, una tatuadora punk que podría estar embrujándome y una experiencia intestinal detrás de un contenedor.

«Qué vida más perra».

Y, aun así, pienso en la rabia con la que me ha agarrado cuando nos hemos besado. Y en cómo, durante unos segundos, me he olvidado de Rebecca, de McCain, de Terry y hasta de mi propio código postal.

Eso me asusta. Porque una cosa es que una mujer pueda hacerle cosas raras a mi cuerpo y otra muy distinta que pueda hacerle cosas raras a mi vida.

Y Nao está empezando a hacer ambas.

Camino hasta encontrar un taxi porque en mi estado no puedo ni andar. Cuando me subo, apoyo la cabeza en la ventanilla y saco el móvil.

Tengo una hipótesis ridícula rondándome la mente.

Porque la magia negra no existe, pero tampoco las mujeres que calman a otra persona tatuando algo en su piel mientras hay un cadáver incrustado en un Honda Civic.

Y tampoco existe una diarrea enviada como castigo divino por rechazar a una chica. Ni una erección de caballo que dure horas.

Y sé que la respuesta está en ellas. En esas cuatro chicas.

∞∞∞

A la mañana siguiente llego a comisaría deshidratado y con la firme decisión de no volver a fiarme jamás de ninguna mujer armada, aunque solo sea con tinta.

Me siento en mi mesa antes de que nadie pueda preguntarme por qué camino con la cautela de un anciano recién operado de cadera.

Abro el portátil y me meto en la carpeta del caso de Terry para repasar lo que tengo.

Cuatro mujeres con el mismo apellido. Viviendo en el mismo edificio. Y una ausencia sospechosa de datos personales en el sistema.

La gente normal deja rastro: facturas de luz, multas, contratos, fotos de cumpleaños, un médico de cabecera, una matrícula escolar… Algo. Pero de ellas solo hay registros limpios y demasiado bien colocados. Como si su vida fuera una casa de exposición donde nadie vive. Sin detalles personales.

Me inclino hacia la pantalla. La burocracia, cuando se usa bien, puede esconder a una persona mucho mejor que a un cadáver.

—¿Quién coño sois? —susurro para mí mismo.

Solo tengo un denominador común entre Jesse Jones y Dayane Smith: GenoLabs.

Ambos trabajan allí, en departamentos clasificados como confidenciales de investigación biomédica avanzada. Pero no puedo plantarme en ese lugar y empezar a hacer preguntas.

Cualquier persona normal, llegado a este punto, pediría refuerzos. Cualquier persona normal no tendría la espalda en carne viva por culpa de una tatuadora *sexy*. Ni habría sido víctima de una polución nocturna no autorizada, ni habría dejado restos orgánicos en un callejón.

Y, sobre todo, cualquier persona normal no habría besado a la sospechosa de una investigación en curso.

Por eso no llamo a nadie. Ni siquiera a mi exjefe, que cada viernes por la noche me pregunta: «¿Qué tal vas, hijo?». Y aún no he tenido el valor de contestarle: «Mal, capitán. Se me ha cruzado una tatuadora que no me deja dormir ni trabajar, y posiblemente esté implicada en un homicidio que no se cierra por ningún sitio. Si tuviera dos dedos de frente saldría corriendo. Pero llevo tres semanas pidiendo cita semanal con ella para que me torture. Saque sus propias conclusiones».

En vez de eso, esta noche le contestaré lo mismo de siempre:

«Bien, capitán. Tirando del hilo. Sin novedad».

Porque hay cosas que ni a Danny le quiero contar todavía.

—¿Todo bien, Reed?

La voz que menos esperaba oír me sobresalta y cierro la ventana del ordenador como acto reflejo.

Al levantar la vista, el superintendente McCain está de pie junto a mi mesa, con su traje impecable y su sonrisa amable.

No ha hecho ruido al entrar, y eso nunca me gusta en un policía. Los buenos polis hacen ruido a propósito para que la gente sepa que están ahí. Los corruptos disfrutan apareciendo a tu espalda.

—Superintendente, hola —saludo.

—Te veo muy concentrado.

—Estoy trabajando.

—Eso espero. —Su sonrisa se ensancha un milímetro—. ¿Con qué estás?

—Sigo husmeando sobre el suicida del Honda.

—¿Todavía? —dice, frunciendo el ceño—. Si eso ya está más que cerrado.

—Fue una escena peculiar.

—Chicago está llena de escenas peculiares.

—Ya me he dado cuenta, pero mi trabajo es sospechar de ellas.

McCain apoya una mano en el respaldo de la silla delante de mi mesa, no para sentarse, solo está marcando territorio.

—No dejes que un caso cerrado te distraiga de lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

—La corrupción interna —suelta sin pestañear—. Para eso has venido, ¿no?

Sostengo su mirada. Si cree que puede intimidarme, se equivoca.

Mi trabajo es bajar del pedestal a policías que se creen intocables, y McCain es uno de ellos.

—Sí. Para eso estoy aquí.

—Bien.

Hace la típica pausa que los hombres poderosos usan para fingir que no están amenazando.

—A veces, Reed, cuando uno mira demasiado tiempo donde no debe, acaba viendo cosas que no entiende.

—Me pasa a menudo.

—Ten cuidado con eso.

—¿Con qué?

—Con obsesionarte con las cosas.

El tatuaje de mi espalda arde bajo mi camisa. Mi intestino emite un recuerdo traumático. Y la sensación de la lengua de Nao cruza mi cabeza como una provocación.

—Lo tendré en cuenta —digo.

McCain me observa un segundo más y luego se va.

—Buen chico.

Yo permanezco quieto hasta que lo veo desaparecer.

¿Buen chico? Qué ganas de estamparle el café en la cara.

Vuelvo a abrir la ventana oculta y la imagen de Nao aparece en primer plano. Mi cuerpo reacciona como si ella pudiera pulsar botones de mí que no estaban a la vista.

No sé qué esconden ni quiénes son, sin embargo, sé que mienten. Y, aun así, si ahora mismo sonara mi móvil con un mensaje suyo, lo abriría en menos de medio segundo.

Me paso una mano por la cara.

—Estupendo, Preston, muy profesional.

Cierro la carpeta cifrada y borro el título provisional de «NO TOCAR».

Es hora de ponerle otro nombre: «NAO».

Muchísimo peor, pero bastante más honesto.

Capítulo 19

Nao

A diario espero con ansia la hora de volver a casa y dejar de socializar con el mundo, pero hoy no quiero ni entrar en el complejo porque sé a la perfección lo que me espera arriba.

Neva no habrá podido callarse boca y a Row le entusiasma convertir cualquier tragedia en un festival de humillación pública. Day, con toda probabilidad, habrá intentado defenderme cinco minutos antes de unirse a las risas sobre mí.

Porque son unas ARPÍAS. Literalmente hablando.

Me quedo un momento parada, sin subir la reja del montacargas que da acceso a la planta comunitaria, respirando hondo, como si estuviera a punto de entrar en combate. Porque ya noto cosas al otro lado. Una especie de conexión no oficial que tenemos las cuatro después de tantos años viviendo y matando juntas.

Cuando una está alterada, las demás lo olemos en el aire.

Y yo, ahora mismo, apesto a desastre emocional.

Me arrepiento en cuanto subo la reja y entro.

—¡¡LA FOLLAPOLICÍAS HA VUELTO!! —grita Row desde la cocina con auténtica felicidad.

Cierro los ojos. Joder… Debería haberme quedado en la calle.

—Falso. No me he follado a nadie —digo a modo de saludo.

—Todavía. —Sonríe Day, sentada en un taburete.

Me quito las botas de una patada y me acerco a ellas como si no acabara de vivir el momento más sexualmente frustrante de mi vida.

Las tres están en la barra, esperándome con una botella de vino abierta, como si fueran captadoras de una secta para alcohólicos.

Cojo la copa y dejo que Neva me eche vino. Es lo menos que puede hacer después de dejarme en la estacada.

—¿Y bien? —empieza Row, levantando las cejas animada—. Cuéntanoslo TODO.

—Paso. —Me bebo la copa de un trago.

—Entonces, elucubraremos nosotras y será peor —amenaza—. Veamos… El poli volvió a mirarte como si quisiera comerte viva, tú entraste en pánico, hiciste algo socialmente inaceptable y ahora estás aquí con cara de haber atropellado a Bambi.

La miro con cara de asco.

—Te odio.

—¡TOMA! ¡He acertado! —celebra.

Day empieza a reírse y yo me sirvo más vino. Neva me mira con cara de no haber roto un plato en su vida.

—No me mires así. Eres una traidora —la acuso.

—Te estoy ayudando, aunque no lo parezca —responde socarrona.

—Sí, a caer más bajo que en toda mi vida. ¿Dónde está el vodka?

—Te lo hemos escondido —dice Day juguetona.

—¿Por qué?

—Porque cuando bebes vino te pones emocional.

—Y luego me arrepiento.

—O terminas abrazada a una lámpara —me pica Row.

—Lo hice porque parecía muy triste.

Neva se atraganta de risa. Son unas malnacidas.

Sigo bebiendo porque siento que el Diablo no está de mi parte.

—Entonces… —empieza Day inclinándose hacia delante—, ¿qué ha pasado exactamente con el poli buenorro?

Me dejo caer en uno de los taburetes de la isla de la cocina, donde Row parece estar cocinando algo delicioso. La cabrona es multitarea.

—Nos besamos.

—¿Y cómo fue? —pregunta Neva ansiosa—. ¿Para todos los públicos o un beso con lengua más dieciocho?

—Fue un más veintiuno.

—¡UUUH! —gritan las tres a la vez, emocionadas.

—¡Sabía que lo conseguirías! —chilla Row, señalándome como si acabara de ganar una apuesta.

—No lo he conseguido. Se ha apartado a los cinco segundos.

—¿Cinco? ¡Eso son varios lengüetazos! —exclama Neva—. ¡¿Estuvo bien?!

—Fue bochornoso —mascullo irritada.

—No te he preguntado eso. ¡¿Te gustó o no?!

—No.

—¡MIENTE! —Me señala Row, pletórica—. ¿Verdad, Day?

La aludida me mira fijamente, pero no la dejo entrar. Soy una jodida especialista en contener lo que siento.

—Ahora mismo la furia lo tapa todo, pero yo quiero saber otra cosa… —comenta interesada—. ¿Él te devolvió el beso?

Odio el pequeño calor que siento en el vientre.

—Más que eso —declaro—. Me agarró del culo, me incrustó contra él y me besó a conciencia, clavándome su erección.

Las tres se quedan muy quietas y estallan en opiniones.

—¡Buf! ¡Está jodidísimo! —dictamina Row.

—¡Muchísimo! —asiente Neva.

—¡Nivel clínico! —remata Day.

—Vale, vale, vale, espera. Para. —Row levanta las manos como si dirigiera el tráfico—. No puedes soltar una bomba y marcharte tan tranquila. Necesito contexto.

—No voy a darte contexto.

—¡Habla o te juro que esta noche te pongo purpurina en el champú!

Suspiro. La única forma de terminar con esto es contestar.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Lo básico. ¿Besa bien?

No respondo.

—¿Nao?

Sigo sin contestar.

—¡NAO!

—¡Sí, joder! ¡Besa bien!

Las tres gritan a la vez, como si acabaran de meter un gol.

—¡El poli besa bien! —celebra Neva, golpeando la encimera con la palma—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Los rubios de mandíbula cuadrada o besan de vicio o besan de culo, no hay término medio.

—Eso es lo que yo llamo estadística sentimental. —Se ríe Day.

Dejo la copa en la encimera y Day me sostiene la mirada un segundo de más. Lo justo para que yo sepa que detrás del cachondeo hay algo importante. Que no van a permitir que me cierre como una ostra con este tema. Porque les importo. Un segundo después, vuelve a tomarme el pelo como las demás.

—Callaos ya —protesto.

—¿Lengua proporcionada o lengua intrusa? —pregunta Neva como quien evalúa un vino.

—Os juro por Dios que voy a salir corriendo… —gimo.

—Eh, eh, eh, ni lo sueñes. Yo el otro día os conté lo del fontanero con detalle —dice Row—. Me lo debes.

—Lo del fontanero todavía me da pesadillas —comenta Day.

—Por eso ahora no voy a perdonar más detalles que los que solté yo —responde Row.

—Hubo la proporción perfecta de lengua.

—¡Otro punto para el poli! —Aplaude Row.

—Y ahora la pregunta importante… —comienza Day seria, como una entrevistadora profesional.

—¿Cuál?

—¿Huele bien?

Las tres se inclinan hacia delante al mismo tiempo. Como si fueran un tribunal del Santo Oficio del olfato.

Maldigo el momento en que Madre nos creó a todas.

—No huele a nada.

—Todo el mundo huele a algo —dice Neva.

—Pues él no.

—Mentirooosaaa —canturrea Row—. ¡Cuéntanoslo, joder!

Vuelvo a beber y me pienso si vale la pena seguir resistiéndome. Decido que no.

—Huele a… algo cálido. Como esos ambientadores que no sabes lo que llevan, pero los quieres permanentemente cerca. Es una mezcla de jabón y hombría que hace que te deje de funcionar el cerebro.

Tres pares de ojos me miran con el brillo de seis faros.

—¡Ay, Dios mío! —chilla Neva, tapándose la boca—. ¡Ha sido casi una descripción literaria! ¡ESTÁ MUERTITA POR ÉL!

—Enamorada perdida —confirma Row.

—¡Es este puto vino barato! —gruño, mirándolo a contraluz.

—¡Si solo llevas dos copas! —Ríe Day.

—¡Me estáis agobiando a preguntas!

Day se baja del taburete y se acerca con la pose de una inspectora de policía.

—Una última pregunta y luego te dejaremos en paz.

—Aprovéchala bien. Es la última.

—Vale. ¿La tiene grande?

Cojo un trapo y se lo tiro a la cara.

—¡¡PERRA!! —se queja divertida.

—¡¿Para qué quieres ese dato?!

—¡Es información operativa! ¡Has dicho que te la ha clavado!¡Así que tienes medidas!

—¡¿Qué más da cómo sea?!

—¡Solo responde con sí o no! ¿Es grande?

—Me niego a cuchichear sobre eso como una quinceañera.

—¡ESO ES QUE NO! —chillan las tres a la vez, muertas de risa.

Apoyo la frente contra la encimera tan fuerte que casi me hago daño. Una de ellas, no sé cuál, me da palmaditas en la cabeza como a un perro que ha hecho una proeza.

—Tranquila, mientras sea ancha y sepa usarla… —dice Day.

—Os odio a las tres con todo mi corazón —rezongo.

—Y nosotras a ti, cielo —contesta Neva—. Sigue contando. ¿Qué te ha dicho cuando se ha apartado? ¿Tenía las pupilas dilatadas?

—Me ha dicho que tenía un motivo de peso para parar.

Esa frase enfría el ambiente y se callan al momento.

—¿Qué motivo? —pregunta Row, frunciendo el ceño.

Vuelvo a beber. El vino me sabe a frustración.

—Al parecer, hizo una promesa.

—¿Qué clase de promesa? —inquiere Neva, ladeando la cabeza.

—A su prometida.

Ahora sí hay silencio de verdad. Hasta Row deja de hacer el idiota.

—¿Está prometido? —pregunta Day alucinada.

—Lo estaba. Hasta que a ella le diagnosticaron un cáncer y quiso romper con él. Mientras siga viva, prometió que no estaría con nadie.

Odio las miradas compasivas que invaden la cocina.

Neva hace una mueca. Day baja la cabeza. Y Row… Row parece profundamente ofendida.

—¡Pero ¿quién promete algo así?!

—Row… —la reprende Day.

—¡¿Qué?! ¡Lo digo en serio! ¿Qué clase de masoquista se tortura de esa forma? Si yo me muero, quiero que mis seres queridos lloren dos semanas y luego borrón y cuenta nueva.

—El corazón no funciona así —explica Neva.

—Pues debería. Tres semanas máximo —insiste Row—. Llanto, mucho vodka y después todo el mundo a follar como si no hubiera un mañana. Puede incluso que en mi funeral exija una orgía respetuosa.

—Me apunto —salta Neva—. Sea lo que sea lo de «respetuosa».

—Es que se acuerden de mí entre orgasmo y orgasmo.

—Eso es muy considerado.

Day no se ríe. Solo me mira.

—Nao —me habla en serio—, ¿tú estás bien con esto?

Levanto la vista y tres pares de ojos, esta vez sin rastro de burla, esperan mi respuesta.

—De maravilla… ¿No se nota?

Y Row, que no soporta los silencios sinceros más de cinco segundos, retoma el tema:

—No entiendo por qué el poli ha decidido entregar un tiempo de vida precioso a una mujer que ni siquiera quiere estar con él. Imaginaos estar años sin follar. Suena a violación silenciosa de los derechos humanos.

—Eres lo peor —replica Day, ocultando una sonrisa.

—Soy realista. Y si el poli la tiene pequeña es aún más triste.

Me sujeto la cabeza con la mano.

—¿Podemos dejar de hablar de la polla de Preston?

—No —niegan las tres al unísono.

Genial…

Day me observa como si fuera un animal herido. No lo soporto.

—Deberíamos borrarle la memoria para que no se acuerde de nosotras nunca más —zanjo—. He intentado ligármelo y no he podido. Además, creo que no sabe nada de interés, y si sigue investigando, podría buscarnos un problema serio.

Veo que se miran entre sí, extrañadas.

—¿No os parece rara la insistencia de Nao con borrarle la memoria todo el tiempo? —pregunta Row enigmática.

—Sí, es como si tuviera miedo de algo —añade Neva.

—Yo no tengo miedo a nada —digo tajante.

—A los sentimientos sí —apunta Day—. Confiesa, Nao, ¿estás sintiendo algo por él? Nosotras te apoyaremos.

—No siento nada —respondo deprisa—. Es solo que ese pobre hombre ya ha tenido suficiente. Hagamos balance: tiene una prometida muriéndose en otro estado. Lleva dos años sin tocar a una mujer. Le hice pasar media noche empalmado contra su voluntad. Y hoy, por si todo lo anterior fuera poco, le he tatuado una runa de diarrea y estoy segura de que no ha llegado a casa con los calzoncillos limpios.

Se hace un silencio mortal.

Y luego, una a una, las tres explotan en carcajadas.

Row se cae de la silla y termina riéndose en el suelo. A Neva se le sale el vino por la nariz, lo cual provoca que Day se ría tanto que tira su copa entera sobre la encimera.

Yo las miro a las tres con los brazos cruzados, esperando a que terminen.

—¿Le has…? —Row intenta hablar entre carcajadas desde el suelo —. ¿Le has hecho una runa de diarrea?

—Sí.

—¡¿Le has provocado diarrea?! —repite Day.

—Sí.

—¿Al poli que besa bien, huele bien y la tiene pequeña? —dice Neva alucinada.

—No es pequeña. ¡Es enorme, joder!

Las tres revientan en un brutal ataque de risa.

Day se seca las lágrimas con una servilleta. Neva vuelve a toser vino. Y Row rueda por el suelo, poniéndose roja de la risa.

—Necesito más detalles —dice Row entre jadeos—. ¿Dónde? ¿Dónde le ha pillado? ¿En el coche? ¿En su casa?

—Yo qué sé.

—¡Nao, esto es información esencial!

—Pues no la tengo.

—Joder. Joder, joder, joder. —Row se levanta del suelo y se sienta otra vez en el taburete, todavía riéndose—. Mañana lo investigamos. Quiero saber si ha cagado en un Uber o en un Starbucks. Necesito ese dato para sobrevivir.

—¿Y crees que no se va a dar cuenta de lo que le has hecho? —pregunta Neva, todavía limpiándose la nariz.

—No puede verlo. Lo hice entre dos líneas geométricas.

—Me refiero a que si no crees que puede conectar contigo el hecho de que le pasen cosas físicas tan extrañas.

—Que piense lo que quiera.

—Joder, Nao. —Day se incorpora, limpiándose las lágrimas—. Te rechazó por su prometida enferma, ¿y, aun así, te vengaste de él?

—No es ningún santo. Rompió su promesa y me hizo hacerme ilusiones.

—¡Fue una venganza fecal! —aclara Neva.

—¡VENGANZA FECAL! —chilla Row, volviendo a derrumbarse de risa.

Me sirvo más vino. Necesito todo el que haya en el mundo.

—No quiero volver a verlo —repito convencida—. Considero que ya ha tenido suficiente. De hecho, lo más humano sería matarlo.

—¿Desde cuándo tienes compasión por alguien? —me acusa Row, traviesa.

—Es verdad. Te he visto maltratar a unas dulces *girls scouts* —dice Day—. ¿Y si estás empezando a sentir algo por él?

—No siento nada.

—¿Ni siquiera mariposas? —cuestiona Neva, sonriendo.

—Lo suyo serían más bien murciélagos —acuña Row.

—O cuervos —tercia Day.

—Muy graciosas. Lo único que quiero es no volver a verlo —mascullo, apartando la mirada.

—Ay, Dios… ¡Que la borde se nos ha enamorado! —grita Row.

—No digas tonterías.

—¿Lo son? —insiste Day—. Dinos la verdad… ¿Estás limpiando sobre limpio?

—Espera, ¿llevas colonia? —pregunta Neva de repente, olisqueando a mi alrededor.

La miro horrorizada.

—¡Lleva colonia! —Me acusa formalmente con un dedo.

—¡Colonia! ¡Bingo! —exclama Row, dando una palmada, emocionada—. ¡Solo se la pone cuando quiere follar!

—¡Me la he puesto para la misión de seducirlo!

—Te la has puesto porque querías follártelo a lo bestia —resuelve Neva—. No te preocupes, te ayudaremos. ¡Qué divertido!

—No vais a ayudarme a nada. Se cancela la misión.

—Demasiado tarde —suelta Day, subiéndose a la encimera—. Ya somos un comité de rescate amoroso.

—Uno muy implicado con tu vida sexual. —Me guiña un ojo Neva.

Day deja la copa sobre la encimera y se queda mirándome con esa cara que pone cuando va a soltar algo que no me va a gustar. La conozco demasiado bien.

—¿Sabéis lo que pienso?

—Nunca lo sabemos. Por eso te queremos —responde Neva.

—Creo que al poli ya ni siquiera le importa si eres culpable de algo.

Esa apreciación me golpea de lleno.

Me quedo callada el tiempo suficiente para que las tres me miren con lástima.

—Oooh —susurra Row, llevándose una mano al pecho—. Miradla. Ya está pensando en ponerse su apellido.

—Antes me tatúo una corona encima del culo.

—Eso no es un no —se burla Neva.

—Y que ponga: «Aquí reiné yo hasta que llegó el poli» —suelta Row.

Neva vuelve a atragantarse con el vino. Todas nos reímos.

—¡Row, eso es lo más obsceno que has dicho en años! —exclama Day entre carcajadas.

—Estoy en racha. Otra opción: un pequeño Cupido apuntando con su flecha justo al centro del ano. Muy romántico.

—También podría tatuarme el escudo de su familia en el contorno —digo, porque ya he renunciado a ser una mujer respetable—. Con un águila bicéfala y un lema en latín.

Row me señala con el dedo.

—¡Ahora hablamos el mismo idioma!

—*Hic culus meus*.

—¿Qué cojones es eso?

—«Aquí está mi ano». Más o menos.

Las tres se caen de la risa. Pero, esta vez, yo también casi me río.

—¿Sabemos su apellido? —pregunta Day sibilina.

—Sí. Es Reed.

—¿Para qué lo buscaste?

—Para saber más de él… Para la investigación.

—¿Para la investigación? ¡Venga ya, admite que te gusta!

Las tres lloran de risa. Y yo me tapo los ojos con las manos.

Esto es el infierno. El séptimo círculo de Dante reservado solo para mujeres que no saben gestionar sus sentimientos delante de sus hermanas.

—Vale —musito—. Habéis ganado. Me voy a mi cuarto antes de que esta conversación derive en cosas que no se pueden borrar.

—¡No, Nao, espera! —grita Day—. ¿Qué vas a hacer con él?

Me paro en mitad del salón y resoplo cansada.

—No lo sé.

—Pues yo sí —dice Row, enseñando todos los dientes. Un gesto que precede a las verdades más sucias de su repertorio—. Te lo vas a follar tan fuerte que su prometida lo va a sentir desde su casa y va a brindar por él.

Acto seguido, vuelven a reírse muy alto y brindan entre ellas.

Me quedo mirando a esas tres mujeres que me conocen demasiado bien. Tres mujeres que llevan años aguantando mis gruñidos, mis silencios y todos mis muros. Tres mujeres que hace media hora me han abierto la puerta sabiendo que iba a entrar destrozada, han servido vino, han preparado cena y han decidido, sin pedirme permiso, que la mejor manera de devolverme a mí misma era no dejarme estar sola en mi cabeza.

Hoy han sido ellas las que me han rescatado a mí. A su manera. Que es ruidosa, obscena y completamente inadecuada para cualquier terapeuta del mundo. Pero funciona.

—Que os den por culo a todas —digo, cerrando la verja del montacargas de golpe.

Las oigo aplaudir desde la cocina y darme las gracias como si acabara de desearles lo mejor.

Y por primera vez desde ya ni me acuerdo, mis labios sonríen de forma consciente. Solo ellas son capaces de conseguirlo.

Capítulo 20

Day

Al llegar a GenoLabs, me pongo la máscara que llevo usando desde que descubrí la verdad. Por nada del mundo, y menos ahora, puedo dar otra imagen que no sea la de científica aplicada.

—Dayane.

Me obligo a que mi cuerpo no se tense y me giro para quedar frente a la hija de perra que juega con nuestras vidas.

—¡Madre!

Ella me analiza en silencio, observando cada uno de mis gestos. No encontrará nada. Me he mentalizado a conciencia y me esfuerzo cada puñetero día para que así sea.

—Te veo mejor.

«Estaré mucho mejor cuando te rajemos la garganta y te cortemos las manos con las que nos creaste», pienso.

Sin embargo, encojo un hombro en un gesto indiferente.

—Lo estaré cuando supere no haber sido yo quien acabó con Terry.

Siento fuego en la garganta solo por decir esa frase.

Ella cabecea y suspira. Su rictus se relaja, como si escucharme fuese música para sus oídos.

—No te fustigues. Al final, el destino hizo su trabajo.

Se acerca. Lo único que me apetece es agarrarla de su impoluto recogido y estamparle la rodilla en la cara. O quizá clavarle mi tacón en el ojo. Eso sí que sería satisfactorio.

—Supongo que es cuestión de tiempo que se apacigüe mi rabia.

Asiente.

—Kendall me ha avisado de que este mes no habéis pasado aún por hematología —cambia de tema—. No podéis retrasar vuestros controles.

«Claro, porque así te resultaría difícil seguir experimentando con nuestra sangre, ¿verdad?».

—Esta noche hablaré con las chicas para que ajusten sus horarios.

—No lo dejéis más. Para mí es importante vuestra salud.

«Demasiado… diría yo».

—¿Sigues trabajando en experimentos de catálisis? —pregunta.

—Sí. Me he centrado en la cinética enzimática. —Me ajusto las gafas—. Sigo haciendo variaciones en el modelo matemático de la ecuación de Michaelis-Menten.

—Si necesitas ayuda, avísame —se ofrece.

Jamás me ha resultado tan complicado mostrar una sonrisa.

—Sabes que ese será mi último recurso. Porque es sinónimo de que he fallado.

—Siempre tan aplicada.

Aunque no estuviese intentando inutilizar mi habilidad con su calma ensayada —como siempre hace—, soy capaz de distinguir el sentimiento de orgullo que lleva grabado en el rostro.

Se despide y me dirijo a mi despacho.

No me da tiempo abrir la puerta cuando siento un leve empujón detrás de mí.

Miro por encima del hombro, frunciendo el ceño.

—¿Me acabas de empujar?

Jesse entra apresurado y cierra la puerta tras él.

—Estoy evitando a Madre.

Arqueo una ceja. Me cruzo de brazos, esperando que añada algo más.

—Me huelo que quiere que vaya a Seattle, ahora que Richard Coleman es inversor de GenoLabs, para que haga negocios con su

farmacéutica.

Esta vez son mis dos cejas las que se levantan.

—¿Y?

—No pienso marcharme y dejaros solas con la que está cayendo —gruñe—. No son los documentos de esa farmacéutica los que nos interesan, sino la que estuvo implicada hace treinta años.

Me tengo que esforzar mucho para que mis labios no se curven.

—Si no estuviese tan segura de nosotras mismas, me ofendería por que no nos veas capaz de defendernos solas. Ni de buscar esa información.

—No he querido decir eso, y lo sabes. Ahora somos un equipo.

«Equipo». Qué bien suena esa palabra.

Se pasa una mano por el pelo y me humedezco los labios. De repente se me ha quedado la boca seca y parece que él sea el único que pueda saciar mi sed.

No es un secreto que nunca he podido resistirme a Jesse. Pero ahora que veo todas sus aristas… Me resulta muy complicado fingir.

—Day…

Suelta mi nombre como si fuera una advertencia.

—¿Qué?

—Ya tienes de nuevo esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La que pones cuando estás cachonda.

¡Joder!

Lo peor es que no puedo negarlo.

Quizá bambolee mis caderas más de la cuenta cuando me acerco hasta él.

Sus ojos no pierden detalle de mis movimientos. Ese único ojo azul se ha convertido en un fino aro por su pupila dilatada. El otro, el oscuro, ya es un pozo negro.

—Day —repite.

—Shhh… —lo silencio—. Aquí no —murmuro.

Y, con un dedo, señalo el techo, donde se ocultan las cámaras de seguridad.

Lo agarro por el hueco que siempre lleva abierto de su camisa. Le da un aire desenfadado a su elegante atuendo que me vuelve loca. Y tiro de él hacia el pequeño cuartucho donde guardo algo de material.

Es tan diminuto que aquí no hay necesidad de cámaras de vigilancia.

—¿Tienes alguna fijación, que no sepa, por los espacios reducidos? —cuestiona cuando cierro la puerta detrás de nosotros.

Lo miro a conciencia. Quién me iba a decir que me gustaría tanto su sonrisa socarrona.

—El único fetiche que tengo eres tú.

Tras mi declaración, estrello mi boca contra la suya.

—Joder, Listilla… Te he echado de menos —jadea cuando separa nuestros labios para tomar una bocanada de aire.

Jesse tarda un segundo en tomar el control de la situación. Con una mano me sostiene del culo y con la otra la parte trasera de mi cabeza para pegarme a él.

Yo también lo he añorado.

Hemos tenido algún que otro encuentro íntimo tras la muerte de Terry y que se sincerase. Pero no han sido suficientes.

Cada vez necesito más a Jesse, y no hablo en el plano sexual.

Necesito sus miradas, su contacto, hasta sus silencios. Me he vuelto adicta a su presencia, y eso me aterra.

Soy consciente que debería decirle las mismas palabras de vuelta. De hecho, las noto en la punta de la lengua. Pero hay algo que aún me retiene.

Echo la cabeza hacia atrás, abandonándome a sus caricias. Y se me escapa un gemido cuando ataca mi cuello.

—Hazme olvidar el mundo por un instante —susurro.

Noto que se para de repente. Se queda tan quieto que porque aún me tiene bien agarrada, sino pensaría que ha sufrido una apoplejía.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Una distracción?

«Espera, ¿qué…?».

Me cuesta salir de la neblina a causa del deseo que aún arrastro.

Pero cuando sus manos se apartan de mi cuerpo como si quemase, bajo de golpe a la realidad.

—¿Q-qué…? No —le digo.

Y lo miro a los ojos para que lea la verdad en ellos.

—Sé que me prometí ser paciente. Que te daría tu espacio —comienza con voz tensa—. Pero me estaría traicionando a mí mismo si me conformase con lo que hemos tenido hasta ahora.

Y, sin añadir nada más, se da la vuelta y sale del pequeño almacén.

Durante un rato no reacciono. Me han impactado tanto sus palabras que estoy paralizada.

¿Eso es lo que he estado haciendo? ¿He retomado lo que había entre nosotros en el mismo punto en el que lo dejé cuando apareció Terry? Y, lo más importante, ¿quiero seguir en ese punto?

«¡No!», gritan mi mente y mi corazón al unísono.

Para nada Jesse es un pasatiempo. Y mucho menos una distracción. Jesse es…

«Vamos, Day. Sabes perfectamente lo que es Jesse para ti. Deja de comportarte como una maldita cobarde», me reprende mi voz interior. Esta vez con un severo a la par que directo tono muy parecido al de Nao.

Sin pensármelo dos veces, salgo con urgencia del cuarto y cruzo mi despacho.

Al primer lugar al que me dirijo es al suyo. Nada, vacío. Le siguen el laboratorio de cultivos y la sala de esterilización. Tampoco está ahí.

¿Dónde se habrá metido? No se ha podido evaporar. Salió solo unos instantes antes que yo…

Me detengo frente a un técnico de microbiología.

—¿Has visto a Jesse Jones?

El hombre me mira un tanto asustado, aferrado a la caja repleta de placas Petri. Como si de su respuesta dependiese que las tirase al suelo de un manotazo.

—Me lo he cruzado en dirección a los archivos del sótano.

De puta madre. El único lugar al que sabe que no tengo acceso.

—Gracias —me despido de mi compañero.

Recorro los pasillos de GenoLabs con el corazón martilleándome las costillas.

Una vez que llego a hematología, sonrío.

—Parece mentira que trabajes aquí y no acudas a tus revisiones.

Ni me inmuto ante la regañina de Kendall.

—Creo que tendrás que esperar. Necesito un favor. —Y pongo mi mejor cara de niña buena—. ¿Me prestarías de nuevo tu tarjeta de acceso a los archivos?

—¿Otra enzima?

—La misma.

—Eres infatigable.

Resopla resignada y se quita la acreditación.

—Te debo la vida, Kendall —suelto, dándole un pequeño abrazo—. Si quieres que te haga las guardias de todo un año, cuenta con ellas.

—Anda, anda… Con que vengáis tú y las chicas lo antes posible me basta. Tengo una receta nueva de pasteles que os vais a quedar sin probar.

Muevo la cabeza en un gesto afirmativo para que lo dé por hecho.

Una vez que consigo dominar el miedo por lo que me pasó la última vez, bajo las escaleras, abro la zona de archivos y camino entre las estanterías hasta que lo veo.

Está de espaldas a mí, pasando hojas con rapidez de una carpeta polvorienta. Ni siquiera se ha dado cuenta de que he entrado.

Me limito a observarlo como si fuera la primera vez, viendo al hombre que renunció a ocho años de su vida para protegernos. Al hermano que cargó con una culpa que nunca le perteneció. Pero, por encima de todo, veo al hombre que me quiso incluso cuando yo no era capaz de verlo.

—Te escondes aquí sabiendo que no podría bajar, ¿eh?

Jesse deja de pasar páginas y permanece inmóvil antes de darse la vuelta.

Cuando nuestros ojos se encuentran, descubro la misma decepción que en mi cuartucho.

Eso me duele. Porque yo soy la culpable.

—¿Cómo has conseguido entrar?

Me guardo la acreditación de Kendall para no meterla en un lío.

—No preguntes.

—Day.

—No. No me interrumpas, por favor —le pido—. Llevo mucho tiempo haciendo todo mal, y si no digo esto ahora, probablemente pase el resto de mi vida arrepintiéndome.

Jesse cierra la carpeta que tiene entre las manos, la coloca en la estantería y espera.

«Allá vamos», respiro hondo.

Nunca he sentido miedo al enfrentarme a un objetivo, pero lo de desnudar el alma delante de la única persona que soy incapaz de leer es distinto.

Pero Jesse se merece que me arrastre a los confines de la tierra por él.

—Cuando Terry apareció, creí que la vida me estaba dando una segunda oportunidad para recuperar todo aquello que me habían arrebatado hace ocho años —comienzo con un nudo en la garganta —. Pensé que era más sencillo mirar al pasado que aceptar lo que estaba ocurriendo delante de mis narices.

Noto cómo la voz empieza a temblarme, a pesar de ello, continúo.

—Mientras intentaba averiguar quién era realmente Terry, dejé de preguntarme quién eras tú. Y eso fue lo más injusto que pude hacer.

Él aparta la vista como si le costara escucharme.

»Tú siempre estuviste ahí. Discutiendo conmigo por cualquier tontería, haciéndome rabiar hasta rozar el límite, apareciendo cuando peor estaba, aunque no te hubiese llamado… Yo pensaba que éramos rivales y ahora entiendo que, mientras yo intentaba ganarte, tú llevabas años luchando por salvarme.

Noto cómo los ojos se me humedecen, pero no hago el menor esfuerzo por ocultarlo.

Por primera vez en mi vida voy a ser sincera. No con Jesse, sino conmigo misma.

—¿Sabes cuál ha sido mi mayor error?

Él niega despacio. Tiene la mandíbula apretada y me odio por eso.

—Creer que solo se puede amar una vez en la vida. —Comienzo a caminar hasta detenerme justo delante de él—. Terry fue una parte muy importante de mí y siempre lo será. Sería absurdo negarlo. Él me enseñó lo que era ilusionarse por primera vez…, aunque fuese a través de artimañas, pero tú me has enseñado algo muchísimo más difícil —Le sostengo la mirada, rezando por que vea la verdad—. Me has enseñado lo que significa quedarse. Elegir a alguien cuando todo a tu alrededor se derrumba. A amar sin esperar nada a cambio y lo que es sacrificarse por personas que jamás sabrán lo que has hecho por ellas.

—Day…

Veo cómo su nuez sube y baja, parece que le costase tragar.

—Durante mucho tiempo pensé que eras el hombre que más me desesperaba. Hoy sé que eres el hombre sin el que ya no imagino mi vida.

—Joder —exhala sin poder contener la respiración.

Continúo, porque ya no hay quien me pare.

—No eres un refugio cuando todo va mal. No eres una distracción. Ni el sustituto de nadie. Terry fue mi ayer, tú eres mi hoy y, si me quieres todavía, espero que seas mi mañana.

Sonrío acongojada.

—Maldita sea, Listilla…

Atrapa mi rostro entre sus manos y apoya su frente junto a la mía.

—Si salimos vivos de todo esto… —Trago—. Quiero seguir discutiendo contigo cuando tengamos ochenta años. Escuchar cómo criticas las dotes culinarias de Row, aunque ambos sabemos que te encanta su comida. Que sigas poniéndote las pulseras de macarrones que te regala Neva, a pesar de que no combinan en absoluto con tus trajes hechos a medida. —Sonrío. Porque nunca se

me han escapado esos detalles de Jesse—. Que aguantes el humor de perros de Nao porque sabes que necesita volcar su hostilidad contra alguien. Quiero celebrar nuestras victorias y sostenerte cuando pierdas fuerzas. Pero lo que más deseo es recordarte, todas las veces que haga falta, que nunca más volverás a cargar tú solo con el peso del mundo.

Me agarro de su cintura porque temo desmayarme antes de terminar mi declaración.

—He perdido demasiado tiempo pensando en fantasmas cuando el hombre al que esperaba estaba delante de mí.

Trago saliva y dejo que las últimas palabras salgan sin miedo.

—Te quiero, Jesse Jones. No por todo lo que has hecho por nosotras. Te quiero por quien eres. Con tus defectos, con tus silencios, con tu orgullo insoportable y con esa manía de proteger a todo el mundo antes que a ti mismo. Y pienso pasar el resto de mi vida demostrándote que mereces que alguien te elija a ti.

—Joder, Day… —repite con la voz ronca a causa de la emoción—. Si pensabas declararte por todo lo alto, deberías haber previsto hacerlo en un sitio que no huela a moho. Porque ni eso me va a impedir hacerte el amor como te mereces.

Se me escapa una risita, y tras cambiar mis manos a sus hombros, pego un salto y rodeo su cintura con mis piernas.

Me da igual dónde estemos. Como si hubiese una alfombra en brasas bajo nuestros pies. Cualquier lugar es perfecto si Jesse y yo estamos juntos.

Ya que, por primera vez desde que nos conocemos, no queda nada entre nosotros que no haya sido dicho.

Capítulo 21

Preston

Hay besos que te gustan y luego están los que te cambian la química cerebral. Como el que Nao me dio ayer.

Llevo todo el puto día distraído.

Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a notar su mano agarrándome la camiseta, el golpe de su cuerpo contra el mío y esa forma de besar, agresiva y desesperada a la vez. Porque esa chica besa como si estuviera enfadada contigo por necesitarlo tanto.

Y yo… Joder. Yo respondí como un hombre que lleva demasiado tiempo sintiéndose muerto.

Vuelvo a leer el letrero luminoso, Nothing´s Forever, del estudio de tatuajes y me doy cuenta de que llevo aquí diez minutos inmóvil, como un puto psicópata.

Sé que debería alejarme de ella. Porque es peligrosa. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Cada vez que me acerco a Nao, mi cuerpo reacciona como si estuviera bordeando la muerte, sin embargo, no puedo dejar de volver.

Y no tiene que ver con el brutal beso que nos dimos. Bueno, un poco sí. Muchísimo, de hecho. No obstante, hay algo más. Algo raro.

Cómo me mira cuando cree que nadie la está viendo.

Cómo intenta parecer fría, incluso cuando se preocupa por mí.

Nao tiene algo roto. El problema es que a mí eso no me frena.

Resoplo porque noto la promesa que le hice a Rebecca abrasándome la piel cada vez que pienso en cruzar ciertas líneas con

Nao, como una cuerda tensándose alrededor de mi pecho.

Llevo dos años enteros evitando sentir cosas demasiado fuertes por nadie. Hasta que una tatuadora borde con pinta de asesina empezó a joderme la vida. Y si cruzo según qué línea con ella, no voy a saber volver atrás.

Miro otra vez el estudio.

Debería irme. En serio. Pero, en vez de eso, avanzo hacia la puerta y la empujo, haciendo que la campanilla suene sobre mi cabeza.

Y ahí está ella.

Apoyada sobre el mostrador, repasando dibujos en una libreta negra mientras mastica chicle como si estuviera enfadada con él.

Lleva una vieja camiseta de los Ramones que debería ser completamente inocente, pero no lo es en absoluto. Porque se ciñe a su piel llena de tinta con una avaricia que hace que se me llene la boca de saliva.

El pelo lila le cae lacio sobre un ojo y sus anillos plateados brillan cada vez que dibuja algo.

Tiene la misma expresión de siempre en el rostro, la de alguien que preferiría apuñalarte antes que admitir que se alegra de verte.

Cuando levanta la vista, mis rodillas reaccionan igual que un ciervo viendo unas luces largas en mitad de la carretera.

Joder... Definitivamente no estoy preparado para esto.

Mi aparato digestivo aguanta sin hacer de las suyas. Lo cual ya considero una victoria personal después de lo de ayer.

Nao me mira muy quieta, sin fruncir el ceño. Y eso, tratándose de ella, equivale prácticamente a decir que soy bienvenido.

—Oh, no… Ha vuelto el paciente cero —murmura.

Cierro la puerta tras de mí y no dejo que mi boca se curve.

—Vengo en son de paz.

—Eso dijiste la última vez y volviste a salir corriendo.

—Es que creo que intentas matarme —suelto sincero.

Ella me mira como si mi deducción no le extrañase lo más mínimo. Vale, así es imposible perder el interés por ella.

—No exageres, poli. Solo es una aguja y un poco de tinta.

La observo unos segundos más. Esta chica es una puñetera amenaza pública emocionalmente inaccesible. Por eso es preocupante que me guste tanto.

—¿Tienes ahora un hueco para continuar con el diseño?

—Espero que no.

—Qué acogedora eres.

Nao mira el reloj de pared. Y, por un instante, parece debatirse entre echarme del estudio o cometer un delito.

—Tengo media hora antes del siguiente cliente.

—¿La aprovechamos?

—Solo si no hablas demasiado.

Intento no parecer absurdamente feliz por algo tan triste como que una mujer me conceda treinta minutos de clavarme agujas.

La sigo hasta la sala del fondo.

—Desnúdate.

—Cada día más romántica.

—Y tú cada día más predecible.

Me quito la camiseta y me siento en la camilla mientras ella prepara las cosas.

La observo moverse por el estudio con esa seguridad que me aturde. Porque Nao nunca duda. Puede equivocarse, enfadarse y amenazarte con objetos punzantes, pero nunca duda. Excepto conmigo.

Y, por algún motivo, eso me vuelve loco.

—Túmbate —ordena sin mirarme.

Obedezco antes de que me eche. Y cuando apoya la mano en mi espalda para continuar el diseño, mi cuerpo entero recuerda de inmediato por qué ligar con las chicas nunca ha sido mi fuerte.

La máquina empieza a zumbar y el dolor me relaja un poco.

—¿Por qué has venido? —cuestiona—. Podrías haber llamado.

Buena observación. La verdad es que llevo veinte minutos en la calle, dándole vueltas a esa misma pregunta.

Cojo aire y lo suelto sin más.

—He venido porque quería invitarte a cenar en persona.

Se hace un silencio extraño en el que Nao trata de procesar la frase. Después rompe a reír de una forma tan siniestra que tengo que esperar a que termine para recuperar algo de amor propio.

—Muy buena broma… —consigue decir al final.

—Ya sé que dicho en voz alta suena raro.

—Suena hasta ilegal.

—Solo es una cena.

—Eso es exactamente lo que diría un asesino en serie antes de sacar una cuerda del maletero.

—Sabes que no lo soy.

—Entonces, ¿qué eres? ¿Masoquista? Se supone que tu promesa te impide «intimar» con nadie.

—Lo sé, pero la situación entre nosotros es rara.

—Te quedas corto. Yo me atrevería a usar la palabra «traumática».

—Sí, pero te sigo queriendo conocer.

Noto cómo se asusta al oír eso y me giro para ver su cara. Es peor que si acabara de decirle que solo busco acostarme con ella.

—No puedo romper ciertos límites físicos ahora mismo, pero…

—Qué alivio —replica.

—¿Alivio?

—Sí. Imagínate que me gustaras de verdad. Sería…

—Eso sería terrible —le sigo la broma.

—Una tragedia.

—Como la del *Titanic*.

—No, peor. Al menos ahí el chico no sobrevivía.

Sonrío ante su humor negro y ella intenta disimular que le gusta cómo le sigo el juego.

—No puedo intimar, pero me sigues pareciendo la persona más interesante que he conocido en muchísimo tiempo —confieso.

Nao me mira como si acabara de decirle que colecciono órganos.

—Eso es aún más de asesino en serie.

—Estoy intentando ser sincero.

—Pues no practiques conmigo. Yo solo quería conocerte en sentido bíblico. Nada más.

—¿Nunca has quedado con alguien sin intención de acostarte con él?

—¿Para qué? —cuestiona, frunciendo el ceño.

Me río solo. Porque lo pregunta completamente en serio.

—No sé… Para conocerlo. Ser amigos.

—Yo no tengo amigos.

—Se nota, pero soy nuevo en Chicago y necesito que alguien me enseñe sitios interesantes.

—Pues paga a una guía turística. No es mi problema.

—Sí lo es, porque tú me debes una.

Levanta una ceja sorprendida.

—¡¿Perdón?!

—Ayer me provocaste una diarrea que me hizo replantearme mi relación con los contenedores de basura.

Nao se atraganta con su propia risa. Una de verdad que corta enseguida, como si no supiera de dónde demonios ha salido eso. Y me choca pensar que es lo más bonito que he visto en mi vida.

—No sé de qué hablas —dice, recomponiendo su rictus serio.

—Claro. Es casualidad que siempre me pasen cosas rarísimas justo después de que pase algo entre nosotros, ¿verdad?

El ambiente cambia de golpe y una tensión horrible se instala entre nosotros. Ella aparta la mirada, cohibida.

—No deberías haber vuelto por aquí —murmura seria. Y suena tan real esta vez.

—Probablemente no —admito—, pero eres mucho más difícil de olvidar de lo que esperaba.

Nao me sostiene la mirada y luego resopla, derrotada.

—No hables así, por favor.

—Una cena sin agujas. Solo pido eso.

—No voy a cenar contigo, poli.

—¿Por qué no?

—Porque no sacaría nada bueno a cambio.

—Bueno, quizá podría enseñarte todo lo que se recopiló sobre la investigación de Terry.

Eso sí llama su atención.

—¿Tienes algo que pueda interesarme?

Me saco el móvil del bolsillo y desbloqueo una carpeta de fotos de la investigación. Son capturas de informes. Fotografías forenses de Terry, de la calle, del edificio, declaraciones…

Los ojos de Nao escudriñan la pantalla con una avidez desconocida. Y ahí está la diferencia entre ella y el resto del planeta: cuando algo le importa, deja de fingir desinterés y su atención se convierte en algo especial.

—También tengo las grabaciones de las cámaras de los comercios cercanos instantes antes del suceso —explico.

Ella alza la vista muy despacio y su mirada es muy distinta a la de antes. Más dócil. Menos combativa.

—¿Y me las enseñarías?

—Si prometes no apuñalarme durante la cena, sí.

—Nunca hago promesas que no sé si podré cumplir.

Sonrío contra mi voluntad. No puedo con su sentido del humor.

Nao vuelve a mirar la pantalla y veo perfectamente el momento exacto en el que empieza a plantearse aceptar. Porque ya no es una cita, ahora es una posibilidad de acercarse a la verdad sobre Terry.

Y eso parece vencer su instinto natural de evitar cualquier interacción emocional humana.

—¿Tienes algo que pueda servirnos o es una trampa? —pregunta, intentando sonar despreocupada.

—Hay cosas raras que para mí no significan nada. Pero todo lo relacionado con vosotras es raro.

—¿Significa eso que sospechas de mí?

La observo unos segundos.

—No sé qué pensar de ti todavía.

—¿Y, aun así, quieres quedar conmigo? —pregunta incrédula.

Sonrío un poco.

—Nao, un hombre normal habría dejado de acercarse a ti hace mucho. Pero yo no soy un tipo normal. Y ahora tienes la oportunidad de descubrirlo.

—Vale —accede—. Cenaré contigo.

«¡Victoria!».

—Pero tengo condiciones.

—Tú dirás.

—Nada de restaurantes donde sirvan espuma de zanahoria en platos gigantes y te expliquen el origen emocional de una aceituna.

Me río.

—Vale. Prometo que no habrá nada de eso.

—Ni velitas.

—Hecho. Y tú prométeme que no correré ningún riesgo físico.

—¿Qué? —pregunta casi divertida.

—No me fío ni un pelo ti.

Esta vez aparta la cara para que no vea que está a punto de reírse. Dios… Me gusta incluso más cuando intenta no hacerlo.

—Por favor, gírate y déjame seguir trabajando —dice para cortar el momento.

Obedezco y el zumbido de la máquina llena el silencio.

Por algún motivo, el ambiente ya no resulta incómodo. Sigue siendo raro y tenso, pero de una forma deliciosamente distinta. Como si ambos hubiéramos aceptado que la no-cita es una mala idea y, aun así, pensáramos seguir adelante.

—Conozco un bar —suelta de pronto ella.

Intento que no se me note la satisfacción.

—¿Es de los que piden contraseña para entrar?

—No te emociones tanto.

—Demasiado tarde. ¿Te recojo a las nueve?

—Nos encontraremos allí, esto no es una cita.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

—En Franklin Street. Se llama Nudo.

—Uh, la zona conflictiva. Pues voy a necesitar tu número.

—¿Para qué?

—Para avisarte si me asesinan antes de que llegues.

Resopla y me dicta el número como si estuviera confesando un crimen. Yo lo memorizo. Y no sé por qué, pero el hecho de que piense que no lo olvidaré me provoca una sensación absurda en el pecho. Como si acabara de conseguir algo importante.

Empiezo a vestirme sin preguntar.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Irme antes de que cambies de opinión. Además, ya es casi la hora.

—Buena idea.

Antes de abandonar la habitación, la miro con intensidad.

—¿En serio vas a aparecer?

Ella me mira con una expresión completamente neutra.

—Lárgate ya.

Sonrío y salgo del estudio intentando no parecer un imbécil al que acaban de conceder un deseo.

El plan es una mala idea. Yo lo sé, ella lo sabe y cualquiera que nos vea lo sospechará.

Toda la situación grita «desastre a la vista», pero llevo semanas acercándome justo por eso. Y cuanto más descubro, más difícil me resulta marcharme.

No obstante, quiero entenderla, aunque no pueda tenerla. Y si al acabar la noche sigo teniendo todos los órganos en su sitio, consideraré que la no-cita ha sido un éxito rotundo.

Capítulo 22

Nao

Camino hacia casa preguntándome en qué momento exacto he perdido el control de la situación.

¡Yo no quedo con policías! Ni con nadie. Y muchísimo menos con un tío que me gusta.

Bueno, que me atrae.

La atracción es una jodida reacción química que no se puede evitar, solo sucede. Inconvenientes de ser humana.

Resoplo y acelero el paso.

Cada vez que Preston se acerca demasiado a mí, me olvido de cosas importantes. Como que me está investigando y podría descubrir algo. O que mis habilidades no pueden salir a la luz.

Y, aun así, lo torturo con ellas y luego acepto salir con él.

¡Soy imbécil!

Pero ha dicho que tiene información sobre Terry y necesitamos respuestas. Si existe una mínima posibilidad de averiguar algo más, tengo que aprovecharla. Eso es lo que importa. No ese poli y la forma en que me mira. Ni la sensación de que, cuando estoy con él, mi cerebro deja de funcionar como debería.

Esto es una misión, no una serendipia romántica.

Y el mayor peligro no es que Preston descubra quiénes somos, sino que yo empiece a olvidar quién se supone que debo ser cuando estoy con él.

Entro en la planta común tan rápido que casi le arranco la verja al montacargas.

—Tengo una puta cita con el poli —anuncio con cara de póker.

Se hace un silencio absoluto. Y luego el infierno.

—¡¡¡¿QUÉ?!!! —gritan las tres a la vez.

Row se cae literalmente del sofá. Neva deja caer la cuchara dentro del bol de sus cereales. Y Day se levanta tan deprisa que tira una manta al suelo.

—Que no cunda el pánico —implora Day.

—Ya es tarde para eso —dice Row—. Parece una rehén leyendo un comunicado.

Neva se acerca, precavida, con los ojos muy abiertos.

—¿Te la ha pedido él?

—Sí. Dice que quiere conocerme mejor.

—¿Y has aceptado? —inquiere, extrañada.

—Sí.

Row empieza a aplaudir como una foca drogada.

—¡MI NIÑA VA A FOLLAR!

—No voy a follar.

—Eso decís todas antes de acabar desnudas y gimiendo como perras.

Me quito la chaqueta con más ímpetu del que debería y la lanzo sobre una silla.

—No es una cita de verdad.

—Sí, claro —replica Neva—. Las falsas citas suelen empezar con un hombre diciéndote que quiere conocerte mejor.

—He aceptado a cambio de que me enseñe información valiosa sobre el caso de Terry —expongo.

Se hace un leve silencio.

—Eso se llama chantaje —dice Day.

Me dejo caer en el sofá como si acabara de sobrevivir a un atentado terrorista.

—Es lo que querías, ¿no? Tiene grabaciones de las cámaras de seguridad de la calle y me dejará ver el informe.

Las tres se quedan quietas un segundo.

—Entonces, tienes que ir sí o sí —dictamina Row—. Y, de paso, podrías aprovechar y sentarte en su cara.

—Row… —masculla Day.

—¿Qué? ¡Nao es multitarea!

Neva se sienta a mi lado.

—Vale, centrémonos. ¿Dónde habéis quedado?

—En el Nudo.

—¿Y qué te vas a poner?

—Ropa —huelo lo que llevo puesto—, creo que esta misma me vale.

—Nao, tienes que ponerte algo especial.

—¡Ni hablar! ¡No pienso ponerme un vestido ni nada parecido! Sería como ir desnuda.

—Nadie ha dicho vestido —interviene Neva—. Pero quizá algo que no haga pensar que vienes de un allanamiento de morada.

—Toda mi ropa hace pensar eso.

Row asiente orgullosa. Aún recuerdo la cara que puso hace un par de cumpleaños cuando Neva le regaló un vestido rosa. Ella al menos me entiende. Day se deja caer a mi otro lado del sofá.

—Escúchame bien. Esto es importante.

La miro desconfiada.

—El poli ya está pilladísimo por ti.

—No está pilladísimo.

—Ha vuelto después de cagarse encima. Está loco por ti.

—Eso no demuestra amor, solo mala gestión intestinal.

—Nao… —pronuncia Neva con paciencia—, estáis siguiendo el guion más predecible de la historia y sois los únicos que todavía no sabéis cómo acaba.

Odio que todas las terminaciones de mi cuerpo le den la razón.

—Además —añade Row—, dijiste que besa de puta madre.

Mi cerebro vuelve al recuerdo de inmediato. Mala idea.

Se me seca la boca solo de pensarlo.

—Estás poniendo cara de que vas a comértelo vivo —reacciona Row divertida.

—No estoy poniendo cara de nada.

Me levanto del sofá antes de estrangular a alguien.

—No voy a acostarme con él —zanjo—. Solo quiero la información.

—Ajá —contesta Day.

—Perfectamente razonable —asiente Neva.

—Y si de pronto te tropiezas y te caes sobre su polla con la boca abierta, nadie te lo reprochará —añade Row.

Todas se ríen y me voy a mi piso, intentando mantener algo de dignidad mientras las oigo comentar las posibles variantes como si fueran una secta.

Pero cuando abro el armario me topo con el problema.

¿Cómo coño se viste alguien para una «no-cita»?

No hace falta que mis hermanas estén aquí, es como si las oyese. Row diría «¿con menos ropa?» y Neva: «algo que no lleve calaveras». ¡Pero eso reduce mi armario a un calcetín!

De pronto, la ventana de la escalera de incendios se abre y aparece Day con una sonrisa que no me gusta un pelo.

—Hola, ¿necesitas una estilista?

Huele a burla. No obstante, sé que viene a ayudarme.

—Lo que necesito es un arma.

—Te noto nerviosa.

—Solo estoy irritada.

—No, Nao, irritada estás siempre. Esto es otra cosa.

Mierda. Es verdad. La idea de pasar horas con Preston me pone peligrosamente en alerta. Y no por la misión, sino por él.

Por su insistencia por estar conmigo, aunque yo sea una amenaza con *piercings*. Nada que ver con mis atroces ganas de acostarme con él.

Tardo tres minutos en decidir que toda mi ropa me hace parecer sospechosa. Y acabo poniéndome unos pantalones negros ajustados, botas militares y una camiseta blanca de tirantes. Con esto ya no parezco una amenaza terrorista, pero sigo inspirando prudencia.

El montacargas se detiene en mi piso y Row suelta un silbido cuando entra por la puerta.

—Pareces una chica que va a romperle el corazón a alguien.

—Gracias. Es exactamente la imagen que quería proyectar.

Neva aparece detrás de ella con expresión emocionada.

—A ver… ¡Gírate!

—No me da la gana.

—¡Venga! ¡Quiero ver el culo que te hace!

—¿Qué sois? ¿Las hadas madrinas del infierno?

Day levanta la vista de su móvil y sonríe.

—Estás preciosa. Intenta pasarlo bien esta noche. Te lo mereces. Los dos os lo merecéis. Pero intenta sacarle información, además de otros fluidos corporales.

Todas se mofan.

—Qué asco dais… —murmuro al final.

—Pero tenemos razón.

La tienen, sin embargo, no pienso darles el gusto de seguirles el juego. Esta es la horrible diferencia entre tirarte a un tío sin haber cruzado palabra, o irte a cenar con él y lidiar con la desesperación del rechazo.

Cojo la chaqueta y las hago salir a todas de mi habitación.

∞∞∞

Me desplazo hasta el bar sin pensar mucho en las posibles consecuencias. Está escondido en una calle tan estrecha que parece que lo puso ahí alguien con mala leche.

Me encanta. Es justo mi tipo de sitio. Uno que parece haber perdido varias peleas contra el paso del tiempo a la vista de sus neones medio muertos.

Empujo la puerta y el sonido grave de una canción de *rock* legendaria me golpea directamente en las costillas.

Oh, sí… Esto es otro nivel.

Mesas arañadas. Un billar al fondo. Y el suelo está un poco pegajoso en algunas zonas. Eso siempre es buena señal.

Pronto localizo al poli sentado en la barra.

Mierda.

Durante un segundo me planteo darme la vuelta y marcharme. Porque Preston parece salido de una fantasía sexual escrita por una mujer borracha a la que acaban de dejar.

Va totalmente de negro. Punto para él.

Camisa ajustada que le marca unos antebrazos sobrehumanos. Dos puntos.

Despeinado, mirada felina y sonrisa diabólica. ¡Mil puntos!

Mi cuerpo entero reacciona como si acabara de recordar algo importante relacionado con su lengua.

Me acerco, intentando disimular que mis bragas han sufrido un pequeño percance.

—Tengo que admitirlo —dice Preston, mirando alrededor—. Has elegido bien el sitio.

Sigo la dirección de su mirada hacia unos viejos carteles de conciertos.

—Ya ves… Sin espuma de zanahoria.

Primera sonrisa. Primer cuchillo.

—Me gusta. Es muy auténtico. No intenta impresionar a nadie.

Lo miro con sospecha. No me gusta estar de acuerdo con él.

—Es un bar, Preston.

—¡Anda! Pensaba que no sabías mi nombre.

—Lo he mirado en la ficha antes de venir.

Vuelve a sonreír, como si supiera a la perfección que miento. Me aparta el taburete a un lado para que me siente.

«Qué horror… También tiene modales».

Ocupo mi asiento, fingiendo que no capto lo bien que huele. A algo limpio y peligrosamente masculino.

—¿Qué bebes? —pregunta.

—Una cerveza.

El camarero se acerca y Preston la pide por mí. Odio lo natural que parece todo con él. ¿Se cree que suelo dejar que alguien pida mi bebida? Lo peor es que me resulta atractivo que lo haga.

Miro sus grandes y fuertes manos apoyadas en la barra y fantaseo con cómo se verían agarrándome de las caderas…

«¡Basta!».

Lo descubro mirándome como si pudiera leerme la mente.

—¿Y ahora qué? —digo a la defensiva—. ¿Me cuentas tu aburrida vida y yo la mía?

Su boca se curva como si todo lo que dijera le hiciese gracia. No sé qué me cabrea más, que me mire como a un animal de circo o el hecho de que se vea absurdamente guapo mientras lo hace.

—Estoy abierto a escuchar cualquier cosa que quieras contarme de ti. Seguro que merece la pena.

Casi me atraganto.

—Ten cuidado, poli. No te enamores de mí. No te conviene.

Preston sonríe más ampliamente. Dios, ¡qué sonrisa!

—¿Eso te preocupa?

—A mí no mucho, pero sería un problema para tu promesa.

—Qué considerada.

Traen la copa de cerveza y me ofrece chocarla con su vaso. Lo hago porque parece un importante ritual para él. Otra estupidez…

Durante unos segundos ninguno habla, y eso me hace sentir extrañamente cómoda con él.

—¿Saber cosas de mí es tu forma de buscar un hilo del que tirar para la investigación de Terry? —pregunto de pronto.

Porque sigo sin entender qué busca, qué quiere, qué intenta con esta cita si no puede follarme. Seguro que ya tiene muchas amigas.

Preston da un sorbo largo a su copa.

—La culpa es tuya —declara—. Te dije que era un tío curioso, y me parece muy sospechoso que intentes caerme mal todo el tiempo. Es como si escondieses algo.

¡LA MADRE QUE LO PARIÓ!

—Yo no escondo nada.

—¿Y de dónde viene tanta hostilidad?

—Es mi forma de ser.

—¿Eres así con todo el mundo?

—¡Sí! El otro día asusté a unas niñas que entraron en el salón de tatuajes a venderme galletas. Soy un ogro. Supéralo.

—Me intriga saber por qué eres así. Por eso quiero conocerte. Adelante, cuéntame tu aburrida vida. ¿Dónde te criaste?

No puede ser…

—Antes tienes que enseñarme algo del caso.

—Y, en cuanto te lo dé, te irás. No soy tan tonto. Si tú cumples con tu parte, yo cumpliré con la mía. Tienes que hablarme de ti y enseñarme Chicago.

—Google es gratis, ¿sabes?

—No quiero la versión de Google. Quiero la tuya.

Lo miro con intensidad. Odio admitirlo, pero esa respuesta me gusta.

—Vale. Te lo enseñaré. Te enseñaré mi Chicago.

—No era tan difícil. Empieza por contarme cómo encontraste este bar.

—No lo encontré. Llegué aquí por accidente. Fue hace mucho.

—¿Ves? Ya suena interesante.

—No lo fue. Vine aquí porque perdí a alguien —suelto sin más.

La sonrisa de Preston desaparece.

—¿Era alguien importante para ti?

—Sí.

No añado nada más. No quiero decir que era una hermana. Pero Preston sigue esperando. Eso es lo peor de él. Que espera. La mayoría de la gente llena los silencios con frases estúpidas, él los deja crecer hasta que te ahogan.

—Aquella noche llovía muchísimo —continúo—. Caminé durante horas sin saber a dónde ir después de terminar un trabajo… escolar. De hecho, me cayó una buena bronca por no volver inmediatamente.

—¿Estabas sola?

—Sí.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis.

—Eso es peligroso.

—No si sabes defenderte.

Su boca se curva apenas.

—Continúa.

—No quería volver a casa.

La frase sale sola. Y me arrepiento de inmediato de decirla. Porque el laboratorio no era mi casa. Solo era donde vivía…

—¿Y terminaste aquí? —me tira de la lengua Preston. Es buen poli. Eso hay que concedérselo.

—Entré empapada —respondo—. Había un grupo tocando en aquella esquina. —Señalo un rincón junto al escenario improvisado —. El dueño me dio una toalla porque pensó que iba a morirme de hipotermia.

—¿Y te quedaste un rato?

—Hasta que cerraron.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Porque nadie me preguntó nada. Nadie vino a molestarme.

—¿Y eso es bueno?

—Fue perfecto.

—No lo entiendo.

Me dan ganas de sonreír, pero no lo hago. Solo disfruto de cómo me observa, queriendo descubrir el puzle que soy.

—¿Y sigues viniendo desde entonces?

—A veces.

—¿Cuando estás triste?

—No.

—¿Cuando estás enfadada?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cuándo?

Le doy un trago a mi cerveza.

—Cuando necesito recordar que el mundo sigue girando, aunque a mí me apetezca partirle las piernas.

Preston rompe a reír. Y durante un segundo me alegra habérselo contado. Luego vuelvo a odiar la conversación.

—¿Y tú qué? Tienes pinta de provenir de una familia de polis.

—Mi madre es enfermera.

—Pobre mujer.

—¿Por qué?

—Por tener que aguantarte.

—Ella dice lo mismo.

—Parece lista.

—Lo es. Mi hermana es peor.

—¿Peor cómo?

—Se parece más a mí.

—Entonces, tiene que ser insoportable.

—Muchísimo.

Cuando vuelve a sonreír, me doy cuenta de lo cerca que estamos. Se nos da fatal mantener las distancias.

Me alejo un poco de él. Lo nota, pero no dice nada.

No sé en qué momento dejamos de interrogarnos y empezamos a contar anécdotas graciosas, pero cuando llega la cuarta cerveza, Preston ya no parece un policía investigando nada, parece un tipo normal pasándolo bien. Y eso resulta mucho más peligroso.

Me cuenta que una vez persiguió a un sospechoso durante veinte minutos para descubrir que era un repartidor de comida que llegaba tarde al trabajo. Y cómo su hermana consiguió convencerlo durante dos años de que era alérgico a los melocotones solo para quedarse ella con su parte del postre

Y lo de su rana, Sir Croac.

—¿Le pusiste nombre a una rana?

—Era una gran rana. Lo merecía.

No entiendo cómo alguien puede ser tan ridículo y tan encantador a la vez. Es jodidamente agotador.

—Y ahí está otra vez… —murmura Preston para sí mismo.

—¿El qué?

—Tu sonrisa.

—No es verdad.

—Lo es. He visto varias en lo que va de noche.

—Habrá sido un espasmo muscular facial.

—Claro, claro…

—¡Tengo muchos!

—Qué enfermedad tan curiosa.

—¿Verdad? Le están buscando cura.

Preston vuelve a reírse. Y, por alguna razón, el sonido ya no me resulta molesto, sino familiar. Una noticia terrible donde las haya.

¡Pero es que cuando te mira parece que todo lo que dices importa! Y cuando se ríe de ti, no parece que se esté riendo de ti, solo parece que se alegra de estar ahí. Escuchándote. Y esa es justo la clase de persona de la que debería alejarme. Especialmente si tiene unos brazos capaces de arrancar una puerta de sus bisagras y una sonrisa que debería estar regulada por la ley.

—Admite que lo estás pasando bien —dice sibilino.

—Jamás.

Vuelve a sonreír muy seguro de sí mismo.

—¿Te ha funcionado alguna vez esa mierda de sonrisa? —lo ataco sin pudor.

—Muchísimas veces.

—Me avergüenzo de mi género.

—Y ahora mismo también me está funcionando.

Se hace un silencio que no soy capaz de llenar con nada. ¡Dios!

Me merezco acostarme un poco con él. Como premio por tener tanta resiliencia psicológica.

Por suerte, su estómago hace un ruido que se oye incluso por encima de la música.

—¿Tienes hambre? —pregunto atenta.

—Desde hace mucho… —musita intenso. Y algo dentro de mí empieza a flojear por la doble lectura.

—Conozco el mejor sitio para comer de toda la ciudad.
Sus ojos brillan, captando mi turbación.
—¿Sale en la Guía Michelin?
—Ni de coña. Y probablemente incumpla varias normas sanitarias.
—Interesante…
—Una vez vi una rata saliendo de la cocina.
—¡Genial!
—Era pequeña.
—Podré soportarlo.
—Está bien, era enorme. ¡Pero está todo muy bueno!
Se echa a reír, meneando la cabeza. Y murmura:
—Estoy deseando ir.

Capítulo 23

Preston

Si alguien me hubiera dicho hace dos meses que iba a pasar un viernes por la noche siguiendo a una tatuadora borde por los peores locales de Chicago, me habría reído en su cara.

Si además hubiera sabido que iba a hacerlo voluntariamente, habría pedido pruebas.

Pero aquí estoy, camino de la perdición como un imbécil.

—¿Vas a quedarte ahí parado o piensas entrar? —pregunta Nao en la puerta de un restaurante con tan mal aspecto que parece la tapadera de una actividad ilegal.

—¿A dónde me has traído?

—A la felicidad.

—Esas palabras no me inspiran ninguna confianza viniendo de ti.

—Calla. Te va a encantar.

Me empuja dentro y veo que el sitio está abarrotado. No es muy difícil porque es más pequeño que el salón de mi casa.

El olor a grasa lo impregna todo. Y, aunque parezca extraño, hace que me relaje un poco.

Algunos clientes saludan a Nao con movimientos de cabeza, lo cual me desconcierta un poco porque da la impresión de que mi acompañante odia a toda la humanidad. Y eso no encaja con ella.

—¡Mirad quién ha venido! —grita alguien desde detrás de la barra.

Nao responde levantando el dedo corazón. No sé si es un saludo o una amenaza. Con ella es imposible adivinarlo.

—Pensaba que estabas muerta —bromea el hombre.

—Qué más quisieras…

—Yo también me alegro de verte.

Nao pone los ojos en blanco y el tipo sonríe.

Me quedo observándolos porque la dinámica no me cuadra. Parece que la aprecian. Y que no le importa. Aunque seguro que se niega a admitirlo.

Nos sentamos en una esquina que no parecía ni existir y me pasa la carta como si ella ya se la supiera de memoria.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunto cohibido.

—No.

—Parece que te conocen todos.

—Es que dejo huella por donde paso. Ya sabes… —bromea.

Pero ya lo creo que lo sé. Yo soy la prueba viviente de que es imposible olvidarla.

—¿Te pongo lo de siempre? —le pregunta el de la barra.

—¿Confías en mí? —me reta como si fuera algo muy íntimo.

—Claro… —balbuceo—. Si no, jamás hubiera entrado aquí.

—Ponnos dos de lo de siempre, Jimmy.

El hombre me mira con recelo. Después a Nao. Y luego vuelve a mí.

—Marchando.

Hasta este jodido instante creía que Nao era una loba solitaria, sin embargo, acabo de entender que no. Tiene una red, pequeña e invisible pero muy real, que la sostiene en este mundo incierto.

Una delicada y frugal tela de araña en la que te quedas atrapado sin darte cuenta.

Cinco minutos después aparece la comida. Y un postre.

—No hemos pedido postre —dice ella, frunciendo el ceño.

—Lo sé —repone el camarero—, pero estás demasiado delgada.

—Métete en tus asuntos, Jimmy.

—Yo también te quiero. Y prefiero que este chico tenga dónde agarrar cuando te quite la ropa.

Nao lo mira con auténticas ganas de cometer un delito. Y el hombre se marcha tan contento.

Y yo… Yo me quedo patidifuso, observándola. Porque acabo de descubrir algo. La hostilidad de Nao en realidad es una fachada. Una muy buena. Porque la gente que no soporta a los demás no tiene sitios así.

En su vida no hay camareros que le regalen postres. Ni dueños que se alegren de verla.

—¿Qué? —gruñe al mirarme.

«Mierda. Me ha pillado».

—Nada.

—No me mientas. No lo soporto.

—De acuerdo. Estaba pensando que empiezo a sospechar que no eres tan borde como aparentas.

—Pues deja de sospechar idioteces.

—Es tarde para eso. Ya he sacado una o dos conclusiones que sé que no te gustarán nada.

Nao me ignora, robando una cucharada del postre. Y yo sonrío. Porque ahora entiendo que no odia a la gente. Solo tarda lo suyo en permitirles quedarse. Y el hecho de que yo siga aquí empieza a parecerme muy importante.

Me quedo mirando cómo se mete la cuchara en la boca y la relame. Casi al instante, mi corazón empieza a galopar.

«¡Sooo, chico! ¡Cálmate!».

Respiro hondo. Estoy perfectamente…

—¿Por qué te mudaste a Chicago? —cuestiona ella con la boca llena.

La pregunta me pilla desprevenido. Así como lo entrañable del gesto.

—Porque mi jefe me odia —respondo directo.

—Eso me parece razonable.

—Gracias.

—De nada.

—En realidad, me ascendieron.

—Eso ya no me cuadra tanto.

Sonrío.

—A mí tampoco, pero alguien decidió que tenía demasiado talento para seguir siendo feliz.

—Qué tragedia.

—Terrible. Antes vivía cerca de mi madre y me llenaba la nevera tres veces por semana. Tenía amigos, un sofá cómodo y ahora…

—Ahora pasas el día patrullando la ciudad y las noches teniendo citas con una tatuadora encantadora.

—No patrullo la ciudad. Trabajo en Asuntos Internos.

Nao me mira pensativa unos segundos y deja su cerveza sobre la mesa.

—Vaya. Eso es… interesante.

—¿Te lo parece?

—Sí. La mayoría de policías persiguen delincuentes. Tú persigues policías. Me gusta.

Por primera vez desde que la conozco, su respuesta no es sarcástica.

—Eres una especie de justiciero —dice jocosa.

—Sí, bueno. Me gusta que los malos no se salgan con la suya.

—Eres el niño bueno de la clase. El que se chiva de los gamberros.

—No lo veo así… Siempre he pensado que, si los buenos miran hacia otro lado, los malos ganan.

Nao baja la vista al vaso y algo cambia en su expresión. Como si esa respuesta hubiera aterrizado en algún sitio importante.

—Das mucho asco. ¿Lo sabías?

Me río.

—¿Eso era un cumplido?

—No.

—Pues ha sonado muchísimo a cumplido.

Ella no lo niega y aparta la mirada de inmediato. Como si le molestara que me haya dado cuenta de que está impresionada.

—¿Y tú qué? ¿Creciste aquí? —intento sonsacarle algo.

La pregunta la descoloca.

—Sí, con mis hermanas.

—Las que no son de sangre —subrayo conveniente—. ¿Dónde las conociste? ¿Te criaste con ellas?

—Sí. En un centro. Ninguna tenemos familia biológica, y tampoco nos hace falta.

Lo dice con una convicción envidiable. Como si el resto del mundo fuera negociable y ellas no.

Me quedo mirándola y lo nota.

—¿Qué?

—Nada, pero empiezo a entender muchas cosas.

—¿Como cuáles, superdetective ascendido?

—Que llevas años esforzándote por ser borde, arisca y distante para que nadie te quiera demasiado.

—Qué análisis más barato.

—Y cuando no funciona, te enfadas —remato—. De ahí viene tu mal humor.

—No sigas.

—El problema es que eres mucho más fácil de querer de lo que te imaginas, Nao.

La forma en que me mira hace que durante un segundo me olvide totalmente de mi promesa, de Terry y de la investigación. Solo existe ella, la luz que se refleja en su pelo y esa absurda manía de tratar mal a la gente que quiere.

—Ya basta —gruñe molesta—. Se acabó la conversación.

—¿Por qué?

—Porque empiezas a sonar como un puto libro de autoayuda y me están entrando ganas de golpearte.

—Justo la reacción que esperaba. Voy por el buen camino.

—¿Quién te ha dado licencia para analizar a la gente sin permiso?

—Tengo una placa.

—No es lo mismo. Ahora te vas a callar y vas a darme lo que me debes.

—¿Qué te debo?

—Las grabaciones.

—Ah. Las grabaciones.

—Sí. Las putas grabaciones, Preston.

Saco el móvil porque noto que estoy a punto de perderla de nuevo. Si le doy largas, se levantará y se irá. Y no puedo permitirlo. Aunque los motivos no sean los adecuados.

—Dame un segundo —le pido, buscando la carpeta. Intento entrar, pero no puedo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—No me deja entrar.

—Qué conveniente —masculla, cruzándose de brazos. Siento que está reconstruyendo muros que ya había derribado.

—Espera… Mira. —Le enseño cómo abro la aplicación del servidor y el programa se queda pensando. Vuelvo atrás y, al final, la pantalla decide dejar de colaborar con mi teléfono. Joder.

—Ahora me dirás que la rana ha borrado los vídeos —espeta cabreada.

—No. Están aquí, pero no me deja verlos desde el móvil.

—No tienes palabra —me acusa—. Menudo timo de cita.

Sigo intentándolo con más énfasis.

Negativo.

Al final dejo escapar un suspiro.

—Los tengo descargados en mi ordenador —digo renqueante.

—Seguro que sí…

—Te lo juro.

—Pues vamos a tu casa. ¿Dónde vives?

—A quince minutos de aquí, pero no sé si meterte en mi piso es lo más sensato dado nuestro historial.

Ella me mira mal.

—Vamos a dejar las cosas claras, poli. No va a pasar nada entre nosotros. Ese tren ya ha pasado.

—Ese tren iba por un tramo sin vías —replico—. Así que no hay forma de que vuelva a pasar. ¿Estamos de acuerdo?

—Totalmente.

Nos levantamos casi al mismo tiempo, como si tuviéramos prisa por comprobar quién rompe antes ese acuerdo.

Y mientras dejamos el bar atrás, tengo la extraña sensación de que me estoy metiendo en un lío monumental.

Capítulo 24

Preston

Subir a mi casa con ella es algo que mi yo de hace solo unas semanas denunciaría a Asuntos Internos.

Nao entra en mi piso sin esperar invitación. Se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo del sofá con un gesto que pretende parecer indiferente, pero es justo lo contrario. Está registrando cada rincón.

La veo barrer mi salón con los ojos en cinco segundos y quedarse con todos los detalles. Los libros de la estantería, la marca del televisor, la taza que dejé en el fregadero esta mañana sin lavar… Ahora mismo parece salida de la mismísima CIA.

—Eres ordenado —comenta.

—¿Eso qué quiere decir?

—Esperaba cartones de *pizza* y latas vacías por todas partes.

—Tengo treinta años, no quince.

—La edad no tiene nada que ver con los hábitos de higiene y limpieza, si no, que se lo pregunten a mi hermana Row —murmura, creo que para sí misma.

No hago ningún comentario al respecto. Solo la observo en silencio.

Camina hacia la ventana y da un golpecito en el marco, como si comprobara la madera. Luego se gira hacia mí.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Las grabaciones, poli. Para eso hemos venido.

Por supuesto. Solo para eso. Es el trato.

La llevo hasta mi despacho, donde tengo el portátil, y lo abro. Ella se acerca por la espalda y se queda detrás de mí, a una distancia peligrosa. No la veo, pero la siento como si llevara puesto un sensor de proximidad exclusivo para ella que dispara todas las alarmas de mi cuerpo.

Joder…

Busco la carpeta de los vídeos y le doy a reproducir el primero.

—Acércate más a la pantalla o no verás nada —digo, apartándome un poco.

Nao obedece sin decir nada, está expectante, porque normalmente convierte cada orden en una pequeña pelea.

Se coloca a mi lado, rozándome la pierna, y aspiro su esencia. Huele a acero, cuero y a algo dulce que no sé identificar. Y debajo de todo eso, a ella. Un olor que llevo intentando borrar de mi sistema desde que entré en su estudio de tatuajes.

—Es la cámara de la joyería de enfrente —explico—. Tiene un ángulo abierto. Ofrece un plano de todo el edificio, la calle y el Honda Civic.

El vídeo empieza con Terry cayendo del cielo a toda velocidad. Sin avisos. Un segundo antes era un día normal en una calle normal y al siguiente un cuerpo se incrustó contra el techo de un coche con un sonido sordo que la grabación, por suerte, no recoge.

Nao observa cada detalle como si le fuera la vida en ello.

Entonces, aparezco yo junto al coche, mirando hacia arriba. Compruebo el pulso de Terry y me alejo de él.

—Retrocede —interrumpe Nao—. Quiero ver todo lo que hizo antes de caer. ¿Habló con alguien?

Me sorprendo pensando que habría sido buena policía.

—Sí, pero en el vídeo no se ve entrar o salir a nadie del edificio —aclaro con rapidez—. Por eso el caso se cerró como suicidio.

—Enséñamelo —insiste.

Rebobino y se ve llegar a Terry al lugar y hacer tiempo para entrar mientras se fuma un cigarrillo.

—Algunos transeúntes pasan por su lado, pero no notan nada raro. Está tranquilo. Nadie le dice nada —expongo—, excepto esas niñas vendiendo galletas que abordan a todo el mundo.

—Son muy pesadas —masculla Nao—. ¿Algo más?

—Sí. Cuando se dispone a entrar en el portal, una mujer de mediana edad se para a hablar un momento con él. Se dicen un par de frases y luego la mujer se aleja por la calle como si nada.

En pantalla sucede tal como lo narro.

—¿La habéis identificado? —pregunta Nao implacable.

—Sí. La interrogamos hace tres semanas. Se llama Cassandra Cole.

Registro cómo anota el nombre mentalmente.

—¿Y qué os dijo? ¿Qué le dijo a Terry?

—Según ella, solo le preguntó si sabía si había algún piso a la venta en el edificio.

—¡¿Y la creísteis?!

—Sí. Porque lo comprobé y trabaja en una inmobiliaria. Fue una conversación muy corta. Ni siquiera lo tocó. Solo hablaron. Nada sospechoso.

—Estaba a punto de entrar por el portal, y tras hablar con la mujer, cambia de opinión y se dirige a la escalera de incendios —musita Nao pensativa.

—Sí, va directo a la azotea. Ese detalle es el que os exculpó a vosotras como sospechosas. Terry nunca entró en el edificio.

Nao se queda en silencio y aumento la velocidad hasta que llega la parte donde aparecen ella y Dayane corriendo.

A esta última se le doblan las rodillas nada más ver el cuerpo sobre el capó y luego se lleva las manos a la cara. Nao la sostiene y la guía hacia el bordillo mientras le habla al oído. Detengo aquí el vídeo.

—Tu amiga acaba de ver morir a su novio. ¿Y qué hace?

—Llorar.

—Exacto. Llora. Como cualquier persona normal cuando se le muere un novio en mitad de la calle. Sin embargo, tú no dudas en

sacarte una pistola de tinta del bolsillo y empezar a tatuarla allí mismo. En plena calle. Junto a un cadáver.

Nao se queda mirando la pantalla y no dice nada.

—Explícamelo, por favor. Quiero entenderlo —pido en voz baja—. Este es el motivo de que no diera el caso por cerrado.

—No es lo que parece.

—¿Y qué es?

—Es… lo único que podía hacer para calmarla.

—¿Clavarle una aguja en el hombro mientras su pareja está muerta a tres metros?

—Sí.

—¡No me jodas, Nao!

Ella guarda silencio y me obligo a soltar todas mis sospechas.

—¿Qué lleva la tinta? ¿Alguna droga?

Gira la cara hacia mí, sorprendida, y por primera vez en toda la noche se queda sin palabras.

—No lleva nada.

—No me lo creo. Dime qué es. ¿Algún tranquilizante? ¿Un sedante? Porque, después de eso, pudo declarar con la voz firme, como si no hubiera pasado nada. Y eso no es normal, Nao. Sé que la tinta lleva algo.

—¡Te digo que no lleva nada!

—¡Y una mierda! ¡Desde que me clavas agujas en la espalda, mi cuerpo ha hecho cosas que jamás había hecho! Primero me quedé dormido en mitad de una conversación, luego tuve una erección eterna y después casi me cago encima. No soy un crío, joder. Conozco mi cuerpo. Y sé que no hace esas cosas sin ayuda de sedantes, estimulantes o laxantes.

—Preston, yo no…

—¡¿Vas a seguir negándolo?!

Se hace un silencio largo y acusador.

Nao no me mira. Observa la imagen congelada de ella misma en la calle, tatuando a su hermana junto al cadáver de Terry. Como si la respuesta estuviera ahí mismo y yo no pudiera verla.

La veo tensar la mandíbula y elegir no contestar, dándome a entender que prefiere irse antes que mentirme o confesar.

—Esto ha sido un error… —musita, saliendo de la habitación.

—¡¿A dónde vas?!

—Me marcho. Ya tengo la información que quería. Nadie entra y sale del edificio, pero Terry no se arrojó. Lo obligaron a hacerlo.

—¡Nao, espera! —La sigo deprisa hasta la puerta para bloquearle la huida—. ¿Cómo que lo obligaron? ¡¿Quién?!

—Tengo que irme, Preston.

—¡Nao, por favor!

—¡QUE ME DEJES SALIR!

Y entonces no sé qué me posee. No sé si es el policía que lleva un mes sin dormir, el hombre que lleva dos años sin tocar a nadie o el imbécil que se está obsesionado con una mujer que con casi toda probabilidad lo está envenenando, pero la agarro del brazo y la atraigo hacia mí con fuerza.

La dejo a quince centímetros de mi cara, con la mandíbula apretada y la respiración descontrolada por una rabia que no sé si va dirigida a ella o a mí mismo.

—¡No pienso dejarte ir sin que contestes!

—Suéltame… —sisea ella entre dientes.

—No puedo, Nao.

—No quiero hacerte daño, Preston. ¡Suéltame ahora mismo!

—No puedo dejarte ir —digo, perdiendo la vista en su boca.

—¿Y qué vas a hacer, detenerme?

Lo dice tan cerca que su aliento me golpea los labios. Su pecho roza el mío y sus ojos me miran con rabia, pero también con el miedo y el deseo peleándose por ocupar el mismo espacio.

Y yo…, joder…, yo elijo el deseo.

Mi autodeterminación se derrumba como un edificio que cede, harto de aguantar grietas, y la empujo contra la pared del pasillo para besarla con rabia.

Rabia por perder dos años de la promesa que le hice a Rebecca y rabia por luchar dos semanas contra cada centímetro de mi cuerpo

cada vez que la veía.

El cabreo de llevar dos años fingiendo que no quería besar a nadie más y por descubrir que la promesa que me mantenía vivo era, en realidad, lo que me estaba matando.

Nao me devuelve el beso igual de furiosa, hambrienta y destruida que yo. Como si los dos hubiéramos venido aquí esta noche justo para esto y todo lo demás hubieran sido excusas para llegar a estos besos.

Le cojo la cara con las dos manos, le muerdo el labio inferior y ella gruñe algo que no es una palabra, sino un sonido animal que me baja por la espalda como una corriente eléctrica.

—Joder… —jadeo, perdido.

—Cállate —gime ella—. No digas ni una puta palabra.

—Pero…

—¡Que te calles!

Me besa con más fuerza, colocando las manos en mi nuca, agarrándome el pelo de una forma que denota su desesperación.

Mis manos se cuelan por su camiseta para acariciar la piel del costado y noto cómo su cuerpo tiembla. Una chica que no tiembla nunca con nada lo está haciendo bajo mi mano y mi raciocinio se apaga, olvidando la promesa, el luto y cualquier rastro de responsabilidad afectiva que no me permitirá mirarme mañana al espejo.

La separo de la pared y cargo con ella para no follármela en el mismo pasillo. Nos merecemos una cama.

La llevo hasta mi dormitorio y la dejo caer sobre el colchón. Me quito la camisa con dos tirones que rompen todos los botones. No hay tiempo para más.

Ella me mira con los labios hinchados y los ojos azules clavados en mí como dos cuchillos.

—Última oportunidad para echarte atrás, poli…

—Demasiado tarde.

Me lanzo sobre ella y mi raciocinio se apaga.

Capítulo 25

Nao

Cuando Preston se lanza sobre mí, dejo de existir como entidad racional.

Llevo toda mi vida construyendo muros para que nadie entre más allá del primer pasillo. Y este hombre ha cruzado todas las puertas a patadas, como si llevara una orden judicial.

Su cuerpo me aplasta contra la cama con una urgencia que reconozco, porque también la siento. La rabia, el deseo y el miedo mezclados en el mismo cóctel. Me muerde el cuello y a mí se me escapa un gemido que no he emitido en mi puta vida.

¡JO-DER!

Sus manos me suben la camiseta sin molestarse en quitármela del todo y me desliza el sujetador de un tirón, dejándome expuesta y lista para devorarme entera.

—¡Oh, Dios…! —aúllo cuando su boca se cierra sobre uno de mis pezones mientras amasa mi otro pecho con vehemencia.

No estaba preparada para esto.

Yo esperaba un gilipollas delicado, y lo que tengo encima es un animal sin nada que perder, queriendo aprovechar el momento como si fuera la última vez de su vida.

Le agarro la nuca con las dos manos mientras se da un banquete de lujo con mis tetas. Sus manos están por todas partes, calientes, grandes, ásperas en las puntas de los dedos, como las de un hombre que trabaja con armas. Me toca los pechos con una mezcla

de respeto y avaricia que no sabía que existía. Como si supiera que tiene una sola oportunidad y no quisiera desperdiciarla.

Tiro de él hacia mi boca porque necesito sentir esa brutalidad más de cerca y porque no quiero que vea cómo me tiemblan las piernas de deseo.

No dejo de hacerlo cuando me baja la cremallera del pantalón y me lo arranca por las piernas. Se pone de rodillas sobre la cama para terminar de quitarse la ropa y atisbo por primera vez su torso entero.

Es como uno de esos bomberos de los calendarios.

Me quedo embobada, observando esos hombros torneados que llevo dos semanas tatuando y la cicatriz pequeña junto a las costillas que tanta gracia me hizo el primer día en el estudio. Y cuando miro el bulto debajo de su ombligo, veo que esto va muy en serio.

—Madre mía… —se me escapa.

—¿Algún problema?

Niego con la cabeza y él sonríe como si llevara años esperando ver esa cara en una mujer. Cuando se baja los calzoncillos del todo, me trago un grito.

Su escultural cuerpo se cierne sobre mí para arrastrar mis bragas con una lentitud insultante. Noto cómo mi coño se dilata a la velocidad de la luz. Antes de que pueda parpadear, su boca se posa en mi cuello para morderme la clavícula y yo me agarro a las sábanas porque ya se me están arqueando los pies, y ni siquiera me la ha metido todavía.

—Preston…

—¿Mmm?

—No me hagas esperar.

—¿Tienes prisa? —pregunta en tono burlón.

—Mucha prisa.

—Pues yo no.

Y, joder, baja por mi vientre hasta la cara interna del muslo para lamerme y repartir besos como si estuviera plantando un campo de

minas. Cuando llega a mi entrepierna, se queda mirándola como si fuera justo lo que necesitaba.

—Joder, Nao.

—Si no empiezas ya, me voy a correr yo sola del estrés.

—Eso quiero verlo…

—Eres un cabrón.

Su respuesta es empezar a comerme con una pericia que no debería tener un hombre que lleva dos años sin tocar a nadie. Me devora como si lo recordara a la perfección. Con la lengua, con los labios, alternando ritmos y presión, escuchando mi cuerpo y cada gemido que emano, ajustándolo y repitiéndolo una y otra vez.

¡Es de los que escuchan al follar, joder! ¡Quién lo iba a decir!

Y yo, con los ojos en blanco, oigo a Madre intentando entrar en mi cabeza.

«No te lo mereces, Nao. Esto se va a romper como todo lo que tocas. Y va a doler».

Y por primera vez en mi vida le doy un portazo.

«Hoy no vas a joderme, Madre. Hoy no».

Cuando me corro no es un orgasmo. Es una catástrofe.

Me arqueo entera mientras él me sostiene las caderas y de mi boca sale un sonido que no había emitido nunca. Luego va bajando el ritmo despacio, dejándome aterrizar sin caerme del todo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, es para ver cómo vuelve a echarse encima de mí sin perder el tiempo.

Sentir cómo se abre paso en mi cuerpo hace que todo el aire de la habitación se escape por las ventanas.

Cierro los ojos y me agarro a sus hombros con las uñas porque necesito anclar mi cuerpo a algo. El grito que me arranca cuando su enorme miembro se sumerge dentro de mí no es de este mundo.

—Mírame, Nao…

Abro los ojos a duras penas y lo veo.

Tiene los ojos en llamas, la mandíbula tensa y la frente sudada. Me observa como si no pudiera creer lo que está haciendo. O que yo esté dejando que lo haga.

Entonces, empieza a moverse más rápido. Más fuerte. Como si le importara una mierda que las paredes se cayeran. Y, de repente, me dejo llevar… Mando lejos todo lo que no sea un hombre que me folla como si llevara toda su vida ensayando para esto y me entrego a su ansia de mí. A su codicia. A su verdad.

Lo miro a la cara mientras se mueve dentro de mí con un gesto desencajado de placer y una idea me atraviesa el cerebro como un cuchillo: «No quiero que esto termine. Quiero más».

Ese pensamiento cambia en mi estructura molecular porque Preston abre los ojos y los clava en mí como si lo hubiera notado. Reduce el ritmo y me sostiene la cara con una ternura horrible que no le he pedido.

—¿Estás bien?

—Sí. Calla y sigue.

—Nao…

—¡Sigue, por favor!

Y obedece, pero veo en su cara que se guarda mi reacción. La de una mujer que se da cuenta, a mitad de un polvo, de que esto no va a ser solo sexo.

Lo sé porque hace dos años que no le pido a un hombre nada «por favor». Y Preston lo ha adivinado. No es propio de mí. Por eso el cabrón me está mirando con una intensidad que me obliga a apartar la vista.

Joder. ¡Que acabe ya! No puedo seguir sintiendo esto. Es demasiado… maravilloso. Y la vida te castiga cuando sientes cosas así. Es karma. Y con ese cabrón no se juega.

Me agarra una pierna por debajo de la rodilla y me la sube hasta su hombro para hundirse más en mí. ¡Es un jodido martillo percutor! Me taladra sin tregua ni compasión. Como si llevara dos años acumulando ganas en el cuerpo y ahora me lo estuviera vaciando todo encima de una vez.

¡Joder con el luto autoimpuesto!

Si esto es lo que ofrece tras dos años de parón, no quiero ni pensar cómo será en plena forma.

Cuando me corro por segunda vez, grito su nombre, alborozada. Él lo registra como ha hecho con todo lo demás, como un halago que hace que se corra un segundo después.

Al terminar, cae sobre mí como un muerto, respirando de forma atropellada por el esfuerzo. Nos quedamos inmóviles y en silencio durante unos segundos. Solo recuperándonos.

Hasta que él, sin decir nada, se levanta y se mete en el baño.

Oigo el agua de la ducha y también lo mucho que se odia en este momento. Me quedo sola en la cama, mirando el techo y haciendo lo único que sé hacer cuando algo me supera: racionalizarlo.

Sin embargo, ahora soy incapaz. Porque solo puedo pensar en que ha sido el mejor polvo de mi vida. El maldito poli me ha hecho sentirme una mujer deseable en lugar de una herramienta amargada de Madre. Si me descuido, Preston puede meterse tan dentro de mi cabeza como lo ha hecho entre mis piernas, y no voy a permitirlo.

Lo de esta noche se guarda en un cajón cerrado. Como si no hubiera pasado.

Me digo que tengo que ponerme en marcha. He venido a trabajar, no a pasarlo bien.

Me visto deprisa antes de salir de la habitación. Camino descalza por el pasillo, sabiendo con exactitud a dónde ir: a su despacho. Un policía tan meticuloso como Preston no investiga sin un mapa físico; es de los que necesitan ver las cosas escritas. Antes, cuando hemos estado viendo las grabaciones en el ordenador, me he fijado en que había un tablero grande al fondo, cubierto por una sábana.

«¿Una sábana? ¿En serio, Preston? Por favor…».

Cuando llego al despacho me doy cuenta de que el ordenador sigue tal y como lo dejamos: con la imagen congelada del vídeo en la que aparezco consolando a Day. Saco mi móvil del bolsillo, retrocedo hasta el principio, lo grabo con mi cámara hasta llegar al punto exacto donde estaba y lo dejo como lo he encontrado. Me guardo el teléfono en la chaqueta y me dirijo hacia el tablero.

Cuando levanto la jodida sábana, se me corta la respiración.

Es la típica pizarra de las películas, con hilos rojos uniendo fotografías por todas partes, pero pronto me doy cuenta de que son

de otro caso porque no conozco a nadie. No obstante, hay un hilo unido a otra isleta de fotos, y cuando descubro qué imágenes unen, mi boca se abre sola.

Una de ellas es la de Terry, que a su vez se une con fotos de mis hermanas y mías. Cada una con nuestro nombre completo escrito con rotulador negro, nuestros trabajos, vehículos y la palabra «HERMANAS» entre signos de interrogación. ¡Joder!

Pero la otra es de… ¡¿EVAN?! ¡¿Qué coño pinta el pobre Evan aquí?! Ser el novio de Neva ya es suficientemente peligroso para él. Supongo que nos ha fichado a todos porque a la derecha reconozco a Jesse con una flecha señalando GenoLabs.

En el lado desconocido hay un nombre gigante subrayado en rojo: McCain. ¿Es el senador ese que me cae mal? Pero no, porque al lado hay una anotación que reza: «Jefe de la Policía de Chicago».

De pronto me fijo en que debajo de mi nombre hay una nota a bolígrafo escrita deprisa: «¿Tinta? ¿Sustancias? Coger muestra y confirmar en el laboratorio».

¡Joder, Preston!

Me quedo quieta delante de la pizarra durante diez segundos, intentando ordenar la información en mi cabeza. Lo primero que decido es que estoy cabreada.

¿Me ha follado con todo esto en la cabeza? Qué bonito.

Pero el hecho de que haya colocado una puta sábana por encima es lo que más me enfurece de todo. Porque significa que Preston planeó que íbamos a subir a su casa y la cubrió para que no la viera.

Y mientras lo hacía, sabía que estaba mintiendo por partida doble: a mí, por esconderme todo lo que sabía, y a sí mismo porque ya había decidido que iba a follarme.

—Hijo de puta —musito iracunda.

Lo de que los vídeos no se abrían en su teléfono era estrategia.

¿Cuál de los dos ha estado manipulando al otro durante toda la noche?

Y la pregunta que más me jode… ¿Por qué me importa la respuesta?

Saco mi teléfono del bolsillo de la chaqueta y tomo fotos de la pizarra. De cada esquina, de cada nota, de cada puto hilo.

Y mientras lo hago, compruebo que el agua de la ducha sigue corriendo. Y entiendo, sin necesidad de imaginármelo, que no se está duchando solo por higiene, sino porque se siente sucio.

Vuelvo a poner la sábana justo como estaba. Le echo un último vistazo a la habitación para asegurarme de que no se note nada raro y salgo del despacho. Tengo que largarme de aquí YA.

Cierro la puerta de su casa detrás de mí y bajo las escaleras del bloque sin mirar atrás.

Una vez en la calle, camino sin rumbo durante tres manzanas, hasta que saco el teléfono del bolsillo y repaso las veintidós fotografías que he tomado de la pizarra.

Veintidós pruebas que debo enseñarles a Day, Row y Neva lo antes posible porque pueden cambiarlo todo.

Aun así, mientras camino bajo las farolas con su olor todavía en mi pelo y la marca de su boca en el cuello, una pequeña parte de mí querría dar media vuelta, subir las escaleras y dejar que ese hijo de puta cargado de mentiras me destrozara otra vez en su cama.

Pero esa Nao ha desaparecido. Está en un cajón con dos vueltas de llave. Ahora solo queda la Nao asesina.

Capítulo 26

Nao

Cuando entro en el edificio, subo en el montacargas y me bajo en la planta común.

Las he llamado de camino y ya están las tres esperándome.

Day va descalza, con un pijama de pantalón corto y camiseta gris. Row con un kimono lila a medio cerrar, agenciándose un bol de cereales porque es la única persona que conozco capaz de comer algo a estas horas y seguir durmiendo después. Y Neva, con una camiseta enorme de un concierto de Pink y unos calcetines de animalitos, sentada en el sofá con la cara de alguien a quien acaban de despertar diciéndole «¡ES URGENTE!».

Tres pares de ojos se clavan en mí en cuanto salgo del montacargas.

—¿Estás herida? —pregunta Row.

—No.

—¿Lo has matado?

—No.

—Entonces, ¿a qué viene tanta prisa por despertarnos?

Day se levanta del sofá y me escudriña la cara como si estuviera intentando descifrar un código.

—¿Qué es esa marca de tu cuello?

—¿Dónde? —Me llevo la mano al lugar. ¡Maldito poli!

—Es bastante grande. Como un… ¿mordisco?

—Ah, sí… Bueno, vamos a lo importante. ¿Está Evan arriba? —pregunto, mirando a Neva.

—Sí. Está durmiendo. ¿Por qué?

—¿Te ha oído salir?

Neva entorna los ojos sin entender a qué vienen esas preguntas.

—No. Lo he dejado como un tronco en la cama. ¿Qué está pasando, Nao?

Me acerco a la isla de la cocina y me sirvo agua del grifo. Estoy seca. Me la bebo entera de un trago y luego respiro hondo. Las tres me están mirando, expectantes. Y somnolientas.

Day se cruza de brazos y pone su voz de mando.

—A ver, empieza por el principio. ¿Qué ha pasado en la cita?

—Muchas cosas. Demasiadas. Pero no vienen a cuento. Lo importante es lo que he descubierto en casa de Preston.

—Espera… ¿Has estado en su casa? —pregunta Neva.

—Eso no es lo importante.

—¿Y qué es? —pregunta Row intrigada.

Saco el teléfono, lo desbloqueo y lo pongo sobre la encimera con la galería de fotos abierta.

—Mirad.

Day coge el móvil, Neva se acerca a ella y Row abandona su bol de cereales.

Se quedan en silencio, mirando las fotos. Day frunce el ceño y levanta la cara hacia mí.

—¿Qué coño es esto? ¿Quién es toda esta gente?

—Sigue mirando —ordeno—. Estaban en la pizarra de Preston. En su despacho. Cubierta con una sábana a propósito para que no la viera porque sabía que yo iba a subir a su piso.

—Hostia puta… —musita Row, mirando por encima del hombro de Day—. ¿Está investigando al jefe de policía McCain? Es un pez gordo.

—¿Qué tiene esto que ver con nosotras? —pregunta Neva.

—Seguid mirando.

Y, entonces, llega la foto que quería que vieran.

Las tres se quedan muy quietas al reconocer a Evan. Y a Neva se le va todo el color de la cara.

—¿Qué hace Evan aquí? —susurra.

—No tengo ni idea.

—¿Por qué cojones está mi Evan en la pizarra de un policía?

—Te juro que no lo sé, pero estaba unido con un hilo a Terry y a todas nosotras —digo, pasando las fotos para demostrárselo.

Neva coge aire y lo suelta otra vez mientras observa las instantáneas de nuestro lado.

—El cabrón lo sabe todo de nosotras… —murmura Row.

—¿Y Evan está conectado con McCain? ¿Cómo?

—No tengo ni puta idea —digo—. Pero Preston está investigando a McCain y el hilo rojo va de uno a otro. Preston nos relaciona con ellos. Vino a vernos no por que estuviera obsesionado conmigo, sino porque somos parte de su investigación.

—Joder —espeta Row alucinada.

—Tenemos que averiguar qué hace Evan en mitad de una investigación de corrupción policial —suelta Day.

Se hace un silencio horrible porque se nos está escapando algo.

Neva se pone en movimiento.

—Voy a despertarlo. Es Evan. Me contará lo que sea.

—Espera. —La detengo—. Si le preguntas sobre McCain, querrá saber de dónde has sacado ese nombre. Y si te quedas en blanco, sospechará.

—Entonces, ¿qué hago?

Mi mente va a mil por hora. Y se me ocurre algo.

—Lo despiertas, le dices que ha mencionado a McCain en sueños y le preguntas quién es.

Row se atraganta con sus cereales.

—¡Joder, eso es brillante! Y le empiezas a montar un pollo preguntándole si es alguna chica en modo celosa patológica.

—Seguro que confiesa rápido —señala Day— por la cuenta que le trae.

Neva esboza una sonrisa triste.

—Menuda forma de manipularlo… —comenta con pena.

—Neva, llevas borrándole la memoria sin permiso meses —replica Day.

—Eso es distinto.

—No, no lo es. Pero ahora no es momento de discutirlo. Tienes que decidir si quieres saber qué hace tu novio en la pizarra de un policía o no.

Neva traga saliva.

—Vale. Lo haré. Le montaré un pollo alucinante y a ver qué pasa.

Day asiente.

—Si necesitas refuerzos, avisa y subimos. ¿Vale?

—Vale.

Row, que lleva un rato muy callada para ser ella, coge el móvil y se pone a pasar las otras fotos.

—¿Y esta nota? —dice de pronto.

—¿Cuál?

—La de debajo de tu nombre. «¿Tinta? ¿Sustancia? Confirmar laboratorio».

Las tres se giran hacia mí al mismo tiempo.

—Sabe que le hago algo cuando lo tatúo —explico, encogiéndome de hombros—. No sabe qué. Cree que es química. Laxantes, tranquilizantes, estimulantes… Sospecha que las cuatro hemos montado un laboratorio en mi estudio y que le meto cosas a la gente mediante la tinta.

—Eso es lo más cuerdo a lo que puede llegar un poli racional —admite Day.

—Es un tipo listo —añade Row.

—Hay que borrarle la memoria cuanto antes —atajo. Y sueno más convencida de lo que lo estoy—. Que solo recuerde encontrarse a Terry sobre un coche y no nos recuerde a nosotras.

—Eso es difícil —dice Neva—. ¿Quién sabe dónde tiene anotadas cosas sobre nosotras? Por lo pronto, habría que quitarnos de su pizarra. O de su ordenador del trabajo… ¿Y si le ha hablado a alguien sobre nosotras? Ha pasado demasiado tiempo.

—Neva tiene razón —confirma Day.

—¡Hay que hacerlo! —insisto—. Preston no va a parar. Va a tirar del hilo hasta que le explote todo en la cara. Y, cuando lo sepa, vendrá a buscarnos. Y entonces tocará tomar decisiones que ahora mismo prefiero no pensar.

Row me mira, recelosa.

—Bueno —empieza, dejando el móvil sobre la encimera—, nos has contado la parte operativa… Ahora cuéntanos lo otro.

—¿Qué otro? —Me hago la tonta.

—Lo de la marca en tu cuello. Ya hemos pasado suficiente tiempo fingiendo que no la hemos visto. Habla ya.

—Vale. Hubo sexo —digo resignada.

—¿Y?

—Y nada.

—¡¿Cómo que nada?! ¡¿Cómo fue?!

Day se cruza de brazos, esperando una respuesta. Neva, a pesar de la incertidumbre con Evan, levanta una ceja, demostrando que el cotilleo siempre gana. Y Row esboza una sonrisa maliciosa que precede a las preguntas más deshonrosas.

—Fue mediocre —digo directa—. Muy vainilla…

Las tres pestañean al unísono.

—¿En serio? ¿Vainilla? ¿Con ese cuerpo? —cuestiona Day.

—Vainilla total. Me aburrí bastante. Fue muy soso.

—¿Soso? —repite Neva.

—Soso, sí. Muy soso —suelto indiferente.

—Pero… —musita Row.

—Pero nada. Cumplí mi parte de la operación y conseguí entrar en su casa. Luego hice las fotos. El sexo fue puro trámite.

Neva entrecierra los ojos sin querer creerme. Pero no parpadeo y mi expresión es inalterable. Años de práctica.

—Nao…

—¿Qué pasa?

—Capto algo extraño… ¿Estás diciendo la verdad?

—Del todo —replico, levantado un muro de serenidad.

—El otro día nos dijiste que besaba bien.

—Besa bien, pero folla regular. La gente es complicada.

Row se queda mirándome con dudas durante cinco segundos más. Yo le sostengo la mirada con el rostro más impasible que soy capaz. Y juraría que me cree.

Por dentro me estoy aplaudiendo. Porque acabo de doblegar a la observadora más letal de este edificio con cuatro frases y una cara de póker que llevo perfeccionando desde los catorce años.

Día redondo.

—Vaya… —murmura Day, decepcionada—, no lo parecía…

—¿No parecía qué?

—Que fuera vainilla por la cara que tenías al llegar.

—Tenía cara de cansada.

—Tenías cara de mujer bien follada.

—Pues será que se parecen.

Intento con todas mis fuerzas serenarme para que Day no pueda leer mis emociones. Ella me observa unos segundos en silencio y, al fin, cabecea decepcionada.

¡Me ha creído! Por primera vez, he conseguido burlar su habilidad.

—Menudo desperdicio —opina Row, volviendo a coger el bol de cereales—. Ese cuerpazo de dios griego para un polvo mediocre.

—Es una tragedia —añade Neva—. El chico prometía mucho.

—Ya, pero la realidad es otra. Una pena —digo despreocupada.

—Lástima…

—Mucha.

Por dentro suelto un gran suspiro de alivio. Porque acabo de ahorrarme semanas de comentarios obscenos, propuestas de orgías colectivas y emboscadas de Row preguntándome detalles anatómicos del poli mientras ceno.

Pago el precio encantada.

—Y hay otra cosa que tenéis que saber —intervengo—. Vi las grabaciones de las cámaras de la calle, y antes de que todo pasara, se ve a una mujer hablando con Terry.

—¿Qué mujer? —pregunta Day con avidez.

—Una desconocida. Bien vestida, de mediana edad. Preston la identificó. Se llama Cassandra Cole.

—¿Por qué habló con él? —pregunta Row.

—Dice que le preguntó a Terry si en este edificio había algún piso disponible, pero yo creo que fue enviada por Madre para obligarlo a tirarse. No encuentro otra explicación.

Todas nos miramos.

—En las cámaras no se ve a nadie entrar ni salir del edificio, más que a Terry y a nosotras. Las únicas personas que aparecen en la escena son esa mujer, Terry, dos peatones cruzando la calle y las putas *girls scouts* de las galletas.

—Eh, no te metas con ellas —dice Neva—. Son preciosas y muy educadas. Me gustan.

—¡Y a mí! —exclama Day—. ¡El otro día les compré! Las de limón están riquísimas, ¿verdad?

—Brutales.

—Las de chocolate negro tampoco están mal —añade Row, masticando cereales—. Aunque las de canela son obra de Dios. Yo les compré dos cajas la semana pasada.

Las miro a las tres con cara de psicópata.

—¿Habéis terminado ya de alabar las putas galletas?

—Perdona —responde Neva—. Es que están muy buenas.

—¿Sois conscientes de que tenemos a una sospechosa y vosotras estáis aquí debatiendo sobre el sabor de las galletas de unas niñas demoníacas?

—Que sean intensas vendiendo no quita que las galletas estén deliciosas.

—¿Intensas? Acosan a la gente. Son espeluznantes.

—Aun así, las adoramos.

Suspiro hondo y vuelvo al tema.

—Como decía, creo que mañana deberíamos ir a hacerle una visita a Cassandra Cole para preguntarle exactamente qué le dijo a Terry.

—Me apunto —dice Row con la boca llena—. Aunque ahora me apetecen galletas.

Day vuelve a coger mi teléfono para mirar las fotos de la pizarra por enésima vez y, de pronto, arquea una ceja en mi dirección.

—Nao…

—¿Qué?

—Tu poli mediocre acaba de escribirte un mensaje.

Se me corta la respiración.

—¿Cómo dices?

—Que te ha llegado un mensaje. —Sonríe divertida.

—Dame el móvil ahora mismo, Day.

Pero ya se ha metido en la conversación para leerlo en voz alta con un tono de notaria que me hace querer matarla.

—«Nao… Entiendo perfectamente por qué te has ido sin despedirte. Lo de esta noche se me ha ido de las manos. Llevaba dos años sin tocar a nadie y creo que he sido demasiado brusco contigo. Me he comportado como un animal y no me lo perdono. Tú no te merecías eso. Si te he asustado o te he hecho daño, lo siento muchísimo. Dime que estás bien, por favor. Aunque sea con un emoticono. Lo necesito».

Tres pares de ojos se clavan en mí y en mi marca del cuello.

¡MIERDA!

Row deja muy despacio el bol de cereales sobre la encimera.

—Así que vainilla, ¿no? —cuestiona—. Ya veo…

—Soso ha dicho… —añade Neva, acusadora.

—¿Un trámite? —remata Day, tapándose la boca sibilina.

ME CAGO EN MI VIDA… ¡Me han pillado!

Y yo, en lugar de admitir nada, ataco como un caimán.

—Dame el puto móvil, Day.

—Toma, toma… Todo tuyo.

—A la próxima te arranco un dedo.

—Perdóname —se mofa.

—Lo digo en serio.

—Te creo. —Esconde los labios en una línea fina.

Cojo el móvil y lo estrello contra mi pecho para irme con toda la dignidad que me queda, que no es mucha.

—Me importa una mierda lo que diga. Ha sido horrible.

—Por supuesto… —replica Row—. Eres alérgica a lo divertido.

—Que os den por culo a las tres.

—Si lo hace Preston a lo bruto, encantadas —se mofa Neva.

—Que os jodan —digo, bajando la verja del montacargas.

—Te queremos —contesta Day con una sonrisa.

—Os odio —mascullo—. Mucho.

Bajo hasta mi piso mientras oigo a Row por encima del ruido del motor del montacargas decir: «Bueno. Vámonos a dormir, que Neva tiene que montar un numerito. Y yo necesito mis ocho horas para conspirar bien… O un polvo salvaje». Acto seguido, escucho la carcajada compartida.

¡Maldito poli! ¡¿Por qué me escribe?!

«¿Porque es un hombre decente?».

Empujo esa voz bien lejos y aprieto los dientes.

Al entrar en el piso, no enciendo la luz. Hoy no necesito blanco, solo meterme en la ducha con el agua lo más caliente posible.

Tardo veinte minutos y dos enjabonados en quitarme su olor. Y, aun así, no se va del todo.

Su esencia se queda pegada en mi piel como la tinta de un tatuaje. Cuando por fin me meto en la cama, desnuda, mojada y sola, el mensaje sigue ahí. Anclado en mi mente.

«Dime que estás bien, por favor. Lo necesito».

Y por un segundo me planteo contestar la verdad. «No te flageles, volvería mañana si pudiera». Sería tan fácil. Y tan corto.

Pero esa Nao no existe. Y no va a existir nunca.

Empiezo a teclear despacio, en plan adulta y serena:

«Qué dramático. Estoy perfectamente, no me has hecho nada. No sé de qué brusquedad hablas, la verdad. Para mí ha sido un encuentro bastante normal. Comprendo que, para ti, después de dos años, haya sido más intenso. Pero no te preocupes por mí. Creo que

la noche te ha afectado más de lo que debería y lo mejor es dejarlo aquí. No quiero crearte un problema con tu promesa. Cuídate».

Lo releo. Es perfecto.

Es justo el tipo de mensaje que devuelve al remitente dos años de luto autoimpuesto, una sensación residual de culpa y la certeza de que él lo ha vivido todo de un modo que yo no.

Le doy a enviar y bloqueo el teléfono.

Me quedo mirando al techo blanco y me descubro pensando en algo que llevo evitando desde que he salido de su casa.

Cuando me ha agarrado del brazo y ha dicho «no puedo dejarte ir», una parte de mí ha sentido que tampoco quería irse.

Y el mensaje que acabo de mandar es la mentira más grande que he contado en mi vida, y algo me dice que, cuando él lo lea, va a saberlo perfectamente.

Cierro los ojos con fuerza. Mañana será otro día…

Mañana estos pensamientos se irán derechitos al cajón con una triple vuelta de llave.

Y, por si acaso, no iré a trabajar en una semana. No creo que tenga el valor de plantarse aquí con un ramo de flores.

Abro los ojos, aterrada ante la idea.

¡No voy a poder dormir en toda la noche!

Capítulo 27

Neva

El montacargas se detiene con un golpe. Tengo un nombre en mi cabeza: McCain. Un hilo rojo uniéndolos en aquel tablón improvisado. No tiene sentido. No existe ningún punto de contacto entre ellos. Ninguno.

Y, sin embargo, allí estaban.

El apartamento está en penumbra. Encuentro a Evan exactamente donde esperaba: atravesado en la cama y con un brazo por encima de la almohada que debería estar ocupando yo. Respira profundo, completamente ajeno al terremoto que acaba de provocar sin siquiera saberlo.

Durante unos segundos me limito a observarlo.

Es tan fácil creer que este hombre solo arregla ordenadores y pierde noches enteras programando. Que el mayor delito de su vida consiste en colarse en la *dark web* por pura curiosidad informática. Comparado con las personas que conozco…, comparado conmigo…, Evan es casi normal.

Y, sin embargo… McCain.

Necesito respuestas. Aunque tenga que arrancárselas.

Me siento sobre el colchón con un movimiento brusco que hace que rebote ligeramente. Él gruñe.

—Cinco minutos.

Le doy un pequeño empujón.

—¿Quién es McCain?

Abre un ojo.

—¿Qué?

—He dicho que quién es McCain.

Parpadea un par de veces. Aún sigue medio dormido.

—¿Qué McCain?

—La que acabas de nombrar.

El sueño desaparece de golpe de su expresión. Frunce el ceño.

—¿He nombrado a McCain?

Cruzo los brazos.

—Sí.

Silencio.

Lo veo intentar recordar.

—No me acuerdo.

—Claro que no te acuerdas.

Me levanto de la cama y empiezo a pasearme por la habitación como una auténtica actriz de telenovela. Si mis hermanas estuvieran viendo esto me darían un premio.

—¿Quién es?

—Neva.

—No, dime cómo se llama. ¿McCain de qué? ¿Es rubia? ¿Morena? ¿Pelirroja? Porque pronunciar su nombre mientras duermes tiene que significar que la conoces bastante bien.

Él me observa como si hubiera aterrizado una nave espacial en el salón.

—Espera…, ¿tú crees que McCain es una mujer?

Me giro de golpe.

—Pues con ese nombre tampoco sería tan raro.

—Es un apellido.

—Deduzco que será de origen irlandés, o puede que de Escocia. ¿Conoces a su familia?

—Neva, lo que dices no tiene sentido.

—Y tú sigues sin responder a mi pregunta.

Suspira, pasándose una mano por la cara.

—No es una mujer.

Levanto una ceja.

—Ajá…

—Es un hombre.

Permanezco completamente inmóvil unos segundos.

—¿Ahora resulta que encima sueñas con hombres?

Suelta una carcajada tan espontánea que durante un instante me entran ganas de reírme también. Se tapa la cara con ambas manos.

—Madre mía…

—No cambies de tema.

Su sonrisa desaparece poco a poco. Lo noto. Hay algo y necesito saber el qué.

Se incorpora despacio hasta quedar sentado en la cama.

—¿Por qué preguntas por él?

Mantengo la mentira.

—Porque has dicho su nombre como si estuvieras reviviendo algo.

Baja la vista. Durante varios segundos solo escucho el zumbido lejano del frigorífico. Después habla.

—Cometí una estupidez hace unos diez años.

No interrumpo.

—Una muy grande.

Se frota la nuca.

—Era un crío. Bueno…, ya no era un crío, pero sí un idiota.

Sonrío apenas. Eso sí me lo creo.

—Me metía donde no debía. Sistemas privados. Empresas. Bases de datos. Era el típico *hacker* que se creía invencible porque nunca dejaba rastro.

Su mandíbula se tensa.

—Hasta que un día sí dejé uno. McCain me encontró antes de que el caso llegara a juicio.

Levanto ligeramente las cejas.

—¿Es policía?

Asiente.

—Lo era. Bueno…, sigue siéndolo, pero con más poder.

Hace una pausa.

—Solo que también es un corrupto de mierda.

Mi respiración permanece tranquila, aunque por dentro cada palabra va colocándose en su sitio como piezas de un puzle.

—Me ofreció un trato.

Su sonrisa carece de cualquier rastro de humor.

—O aceptaba trabajar para él cuando me necesitara o mi vida se iba directamente al infierno.

—¿Qué tipo de trabajos?

Aprieta la mandíbula.

—Entrar donde él no podía entrar. Borrar registros. Encontrar información. Romper sistemas. Cosas así.

Lo dice con una mezcla de vergüenza y resignación.

—Nunca he hecho daño directamente a nadie.

Después baja todavía más la voz.

—Pero seguramente alguien haya salido perjudicado por mi culpa.

Me acerco despacio.

—¿Todavía trabajas para él?

Asiente muy despacio.

—Cada vez menos.

Suspira.

—Aparece cuando le da la gana. Puedo pasar un año sin saber nada de él y luego llamarme tres veces en una semana.

Se ríe sin alegría.

—Es como vivir esperando una tormenta.

Me siento otra vez junto a él.

—¿Y por qué nunca me lo habías contado?

Me mira directamente. Sus ojos siempre parecen sinceros cuando habla de cosas importantes.

—Porque me avergüenza. Porque cada vez que aparecía intentaba convencerme de que sería la última vez.

Traga saliva.

—Y porque tú…

Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—… eres la única parte limpia de mi vida.

Noto una punzada incómoda atravesándome el pecho. Si supieras… Si supieras quién soy de verdad… no pensarías eso. No pensarías que soy limpia. Soy muchas cosas. Pero limpia nunca ha estado en la lista. Aun así, dejo que mis dedos se entrelacen con los suyos.

—Podrías haber confiado en mí.

—Lo sé.

—No tienes que cargar solo con esas cosas.

—Lo sé.

Suspira otra vez.

—Solo quería que no te salpicaran mis errores.

Qué ironía. El hombre que intenta protegerme de un policía corrupto sin saber que llevo años matando por encargo.

Tengo que hacer un esfuerzo enorme para mantener la expresión preocupada de novia y no la de asesina profesional que acaba de encontrar la pieza que faltaba en una investigación.

McCain no tiene nada contra Evan. Tiene algo sobre Evan. Y lleva una década utilizándolo. En cuanto baje al piso común, tendré que contárselo a mis hermanas. Pero ahora… Ahora soy Neva. Solo Neva. Su novia.

Me acerco un poco más hasta apoyar la cabeza sobre su hombro. Él rodea mi cintura casi por instinto. Permanecemos así un rato, sin hablar. Escuchando nuestras respiraciones. No esperaba que eso me afectara. Pensaba que Evan era un refugio agradable, un sitio donde descansar cuando todo se volvía demasiado oscuro, pero cada día empieza a convertirse en algo más peligroso. Porque ya no solo disfruto estando con él. Empiezo a preocuparme. Y eso siempre termina mal en mi profesión.

—¿Sabes una cosa?

Levanto la cabeza.

—¿Qué?

Me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja.

—A partir de hoy voy a llamarte Chispa.

Parpadeo.

—¿Chispa?

Asiente con total naturalidad.

—Sí.

Me echo a reír.

—¿Porque salto enseguida cuando discutimos?

Niega despacio.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

Me observa unos segundos. Como si estuviera buscando las palabras exactas.

—Porque cuando todo alrededor está oscuro y alguien intenta encender un fuego…

Acaricia mi mejilla.

—… lo primero que aparece es una chispa. Y siempre es lo que más ilusión hace ver. Porque significa que todavía hay luz. Que todavía hay esperanza.

Noto que algo se rompe muy despacio dentro de mí. Él inclina la cabeza apenas unos centímetros.

—Y tú eres exactamente eso para mí, Chispa.

No encuentro ninguna respuesta ingeniosa. Solo acorto la distancia que queda entre nosotros y lo beso despacio.

Él responde enseguida, rodeándome con ambos brazos hasta atraerme completamente contra su pecho.

Y mientras el beso se hace más profundo y dejamos que el resto del mundo desaparezca detrás de la puerta cerrada del apartamento, comprendo algo que llevo demasiado tiempo intentando ignorar.

No solo me gusta.

No solo lo deseo.

Lo que siento por Evan empieza a convertirse en algo mucho más difícil de controlar.

Y eso me da bastante más miedo que cualquier misión.

Capítulo 28

Nao

Yo conduzco y Row va de copiloto, como siempre. Ninguna de las dos suele hablar en los primeros veinte minutos de trayecto.

Nosotras no tenemos silencios incómodos. Es más, nuestra dinámica está basada en ellos. Ninguna invade el cerebro de la otra hasta que nos damos permiso con alguna señal.

Pero hoy voy a tardar en darla porque he dormido cuatro horas y la cabeza me da vueltas como una lavadora industrial.

Anda centrifugando el mensaje de Preston, las fotos de su pizarra y el olor de su casa, que todavía no se me ha ido del pelo. Por no hablar de la cara de Neva cuando ha bajado a la planta común esta mañana y nos ha contado, en tres frases, que el plan del sueño con Evan le había salido muy bien.

—¿Qué te ha dicho? —le ha preguntado Day.

—En resumen, que McCain lo tiene cogido por los huevos desde hace años por algo gordo. Y teniendo en cuenta que Evan es informático, habrá *hackeado* cualquier cosa para encubrir algo.

—¿Como qué?

—No sé. Ha preferido no concretar. Pero McCain, como jefe de policía, lo obliga a hacer trabajos por los que podría ir a la cárcel.

—Entonces, tu poli salvaje es bueno en lo suyo, Nao…, además de en la cama —se ha mofado Row.

—¿Puedes dejar el tema? —mascullo.

—Me ha dado bastante pena —comenta Neva—. Llevo toda la noche pensando en matar a ese tipo por mi cuenta.

—Suena romántico —responde Day—. Pero no te ensucies las manos. Al parecer, Preston ya va tras él y pronto caerá.

Neva ha vuelto a su apartamento, Day se ha ido a GenoLabs y nosotras hemos cogido el coche para hacerle una visita a Cassandra Cole.

El GPS me indica que gire a la derecha y obedezco. Ha bastado con poner su nombre en Google, seguido de la palabra «inmobiliaria», para que sepamos dónde encontrarla.

Nos detenemos en un semáforo.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Row. Siempre tan previsora.

—Entrar como clientas y preguntar por un inmueble. Cuando estemos a solas con ella, le mostramos la foto.

—¿Y si se cierra en banda?

—La haremos abrirse a la fuerza.

—Como debe ser —asiente Row.

Aparcamos a dos calles de distancia y caminamos hasta el local. No vamos vestidas como dos mujeres que pueden permitirse un piso de tres habitaciones en Lincoln Park, más bien resultamos intimidantes. Eso es más efectivo todavía.

La inmobiliaria es de las que tienen ventanal de cristal de suelo a techo. Dentro, cuatro escritorios con agentes hablando por teléfono. Solo uno de ellos vacío con una mujer detrás de él con el pelo claro recogido en un moño bajo. Es Cassaandra. ¡Bingo!

Cruzo una mirada con Row durante medio segundo y empezamos el espectáculo.

La mujer levanta la vista y nos ofrece una sonrisa profesional y bien calibrada para no mostrar lo que opina de nuestro aspecto. Minipunto para ella.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudaros?

—Buenos días —contesto—. Mi hermana y yo estamos buscando un piso de tres habitaciones en esta zona. Para compra, no alquiler. Y nos han comentado que vosotras tenéis las mejores opciones.

—¿Quién os ha referenciado? —pregunta curiosa.

—Un amigo. ¿Hay algún hueco hoy para enseñarnos lo que tengáis disponible?

Cassandra mira la pantalla del ordenador y nos sonríe otra vez.

—Por supuesto… Tengo una hora libre ahora mismo si os parece bien. ¿Pasáis a mi despacho?

—Encantadas.

Nos guía hasta una sala pequeña donde hay tres sillas y una mesa con un dosier de propiedades. Ella se sienta detrás. Nosotras enfrente. Y empieza a hablarnos de pisos como si no los tuviera ya aburridos.

Row y yo la dejamos explayarse cinco minutos sobre las ventajas de vivir en una zona tan privilegiada. Cassandra Cole es una mujer de cincuenta años con una manicura impecable y un anillo de boda que parece llevar puesto desde antes de que yo naciera.

No tiene aspecto de criminal ni de cómplice, sino de mujer que hace su trabajo bien y se va a casa con su familia.

Unos minutos después, considero que ya hemos sostenido la fachada lo necesario y saco el teléfono para enseñarle la foto de Terry. Se lo pongo delante, sobre la mesa.

—Antes de seguir con los inmuebles, quiero preguntarte por este hombre. ¿Lo has visto alguna vez?

Ella mira la foto, sorprendida por la pregunta. Luego nos mira algo asustada, pero intenta responder mirando la foto de nuevo.

—No, no lo conozco.

—¿Estás segura?

—No lo he visto en mi vida. ¿Quién es?

Row se inclina hacia delante.

—Este chico cayó de la azotea de un edificio hace mes y medio. La policía cerró el caso como suicidio. Tú declaraste a los agentes que aquella tarde lo viste en la calle y le habías preguntado por unas viviendas en venta.

La mujer se queda paralizada.

—¿Cómo…?

—Tu nombre figura en el informe policial. Cassandra Cole.

Ella nos mira desconcertada.

—No recuerdo nada de eso.

—¿No recuerdas haber declarado o no recuerdas haber hablado con este chico?

—¡Las dos cosas! ¡Yo no he hecho ninguna declaración!

Row y yo intercambiamos una mirada cargada de recelo.

—Cassandra, ¿recuerdas qué hiciste el día seis de marzo por la tarde?

Cassandra se acciona para coger su agenda.

—Tengo toda mi vida apuntada aquí —dice, volviendo las hojas—. Si no, me volvería loca.

Busca con el dedo el día en la página.

—Trabajé hasta las dos. Comí en el bar de enfrente y volví a la oficina —frunce el ceño—, pero esa tarde tocaba… búsqueda de nuevas viviendas para la venta en Portland Street. Una de las zonas más cotizadas últimamente.

—¿Recuerdas haber estado paseando por allí? —pregunta Row—. Es donde cayó el chico.

—No… No lo recuerdo… Tengo un agujero. A veces se me borran cosas de la mente. Mi médico dice que es estrés.

—¿Y no recuerdas haber hablado con la policía aquella semana?

—No. Os juro que no. Si yo hubiera hablado con la policía sobre un suicidio, me acordaría. No es algo que ocurra todos los días en mi vida.

Row se reclina contra el respaldo y yo me quedo muy quieta mirando a Cassandra a los ojos, intentando captar si miente o no, sin embargo, está más confusa que otra cosa.

Echo un vistazo en dirección a mi hermana y mis sospechas se confirman. La expresión de Cassandra, la forma en la que ha reaccionado… «Tengo un agujero». Es un patrón que ambas reconocemos.

Así es como se comporta la gente que ha sido borrada por Neva, por lo tanto, eso solo puede significar una cosa. Alguien se ha tomado las molestias de borrarle la memoria.

—Cassandra —pronuncio despacio—. Tu nombre, dirección y firma están en el informe policial. La declaración fue de dos páginas. Le contaste al agente que mantuviste una conversación con este chico sobre unas casas en venta. Te interrogaron durante una hora.

—Eso es imposible —dice asustada—. Tiene que ser un error.

—No es un error, Cassandra.

—¡Pues no me acuerdo! —espeta, cada vez más nerviosa.

Se hace un silencio profundo y tenso ante lo inexplicable.

Row me mira y nos entendemos sin necesidad de usar palabras.

Es imposible que Neva le haya borrado la memoria a esta pobre mujer. Y eso plantea un nuevo problema, porque hay alguien ahí fuera, con una habilidad similar a la de nuestra hermana, intentando evitar que encontremos pistas sobre el asesino de Terry.

¡Joder…!

—Cassandra —dice Row despacio—, ¿puedes hacernos un favor?

—¿Cuál?

—Borra también de tu memoria que hemos estado aquí si no quieres que te pase nada.

La cara de la mujer se desencaja por completo. La sonrisa profesional cae al suelo y en su lugar aparece el miedo.

—¿Estoy en peligro?

—Menos del que estarás si alguna vez nos mencionas —amenazo.

—¡Si ni siquiera sé quiénes sois!

—Nadie importante.

—Eso es mentira —me contradice Row mientras se levanta.

Yo hago lo mismo y recojo mi teléfono de la mesa. Salimos del despacho y cruzamos la inmobiliaria sin prisa para salir a la calle.

Caminamos hasta el coche sin hablar.

A los tres minutos de circular, Row suelta lo que llevamos las dos rumiando desde hace media hora.

—Nao…

—Dime.

—Si alguien más tiene la habilidad de borrar la memoria, también es posible que puedan haber manipulado su voluntad y lo obligaran

a suicidarse.

—Es lo primero que pensé al ver las imágenes.

—Pero si Cassandra no fue…, ¿entonces?

—Podrían haberlo obligado momentos antes, fuera del alcance de la cámara —deduzco.

—¿Y por qué tomarse la molestia de borrarle la memoria a Cassandra? —Row se hace preguntas en voz alta.

—No tengo ni puta idea.

—Joder, Nao… ¿Crees que ha sido Madre? ¿Crees que hay más gente como nosotras por ahí?

No contesto porque no lo sé, y Row lo entiende.

De vuelta en casa, ascendemos en el montacargas hasta el piso común, y cuando subimos la verja, me quedo congelada.

Porque mi sofá blanco, mi puto sofá blanco que jamás ha aguantado más de dos cuerpos vestidos al mismo tiempo, está siendo mancillado por Day y Jesse… apenas sin ropa.

Day está encima de Jesse a horcajadas. Las manos de él guían las caderas de ella en un movimiento ondulante. Lo que indica que el culo desnudo de Jesse está en contacto con la tapicería.

Al oírnos, Day sube la cabeza, que tenía echada hacia atrás, y abre los ojos como platos.

Row, detrás de mí, empieza a aplaudir despacio.

—¡Bravo!

Day grita. Y Jesse suelta un taco mientras intentan cubrirse como pueden, pero es inútil.

—¡¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO AQUÍ?! —chilla Day—. ¡Habéis tardado muy poco!

—Somos muy eficientes —digo glacial.

—¡Pues no lo parecíais!

—Day, estás en mi sofá —mascullo.

—Lo… lo siento.

—En mi puto sofá blanco.

—Perdón, es que…

—El que te he dicho mil veces que no quería que nadie tocara jamás, ni siquiera vosotras, porque es mi sofá blanco. Y habéis follado encima.

—Nao, te lo puedo explicar.

—No quiero explicaciones. Quiero la tintorería más cara de Chicago. Y que se aseguren de no dejar rastro del culo de Jesse.

Row se dobla de risa contra la encimera de la cocina.

El aludido, con un cojín todavía en la entrepierna, me mira sin pizca de arrepentimiento, incluso me parece ver un brillo de diversión en su mirada.

—Te advertí que profanaría este sofá con mi glorioso culo —susurra, encogiéndose de hombros.

¡Voy a matar a este cabrón!

Doy un paso amenazante en su dirección, pero Row me detiene sujetándome por el brazo.

—Piensa en Day. No quieres cargarte a su novio, ¿verdad? —Le lanzo una mirada heladora y ella me suelta—. O sí… Tú misma.

Tomo una respiración profunda. Tengo que controlarme para no manchar a Bésame con la sangre del puto Lameculos.

—Llama hoy a la puta tintorería —digo, tapándome los ojos con las dos manos—. ¡Y vestíos, joder!

Day intenta ponerse algo de ropa con la dignidad de una mujer que sabe que ha perdido toda credibilidad doméstica para los próximos diez años.

Y mientras Jesse busca su camisa debajo del sofá, intento procesar lo mucho que se está desmadrando mi vida últimamente.

—Id a lavaros las manos. Tenemos que hablar —informo.

—Vale —contesta Day.

—Y Row… ¿Row? ¡Deja de mirarlos!

—Es que soy la única que no folla —protesta—. No es justo.

—Olvida eso y llama a Neva. Dile que baje ya.

—Es muy fácil dar órdenes desde tu estado poscoital.

—¡HAZLO YA!

Capítulo 29

JESSE

Aún sigo con una sonrisa de comemierda en los labios cuando me acerco hasta la encimera abotonándome la camisa.

—¡Te he dicho que te laves las manos, joder! —ladra Nao con una mirada asesina.

Me acerco hasta el fregadero, y tras echarme un poco de jabón, me aclaro.

—¿Así le parece bien a la inspectora de sanidad?

Le salpico el exceso de agua, mojándola, y me doy la vuelta, partiéndome de la risa.

Me encojo cuando me suelta un golpe en la parte posterior de la cabeza.

—¡Te podría denunciar por agresión!

—Poco te he hecho para lo que mereces. Mi sofá, Jesse…, ¡es sagrado!

Sé que debería mantener la boca cerrada. Pero, joder… Llevo esperando esto demasiado tiempo.

—Llevas razón. Unas cuantas plegarias sí que nos ha arrancado.

—¡SERÁS HIJO DE PUTA!

Esta vez estoy preparado. La esquivo y me escondo detrás de Row, huyendo de la energúmena con *piercings*.

—¡Quita, bicho! ¿Qué te hace pensar que yo te defenderé, Lameculos?

«Pues es verdad». Row, antes de echarme un cable, iría tallando mi epitafio.

Rodeo la encimera.

—Para estar recién follada tienes muy mala leche, Nao.

—¡Jesse! —se queja Day, saliendo del baño.

—¿Se lo has contado? —pregunta Nao, quedándose estática. Qué mal rollo. ¡Parece un Playmobil! Y esos no son de fiar.

—Es muy bueno sacando secretos —se excusa Day.

—¡No sabía que la polla de Jesse contuviese el suero de la verdad!

—Te la ofrecería para que lo comprobaras, pero no quiero que me la arranques de un mordisco.

Se lanza a por mí y esquivo una patada voladora por los pelos.

La muy cabrona hay ido a meter talón. Para que duela más.

—Se lo conté porque necesita estar al tanto de la investigación de Preston.

—Pudiste omitir que el poli se la folló como una estrella del porno.

—Eso. Tú echa más leña al fuego —se queja mi Listilla—. Lo estas disfrutando, ¿verdad?

Row se mete una galleta y con la boca llena responde:

—No te haces una idea. Sobre todo, si involucra que Jesse sangre.

—Zorra… —mascullo.

—Lameculos.

—¿Queréis que os mande al rincón de pensar? Porque hay cuatro esquinas y yo veo a cuatro idiotas.

Todos miramos a Neva, que aparece por el tobogán y saca a la educadora que lleva dentro.

—No somos críos.

Se molesta Row.

—Pues demostradlo u os daré un folio a cada uno para que coloreéis. —Tiene gracia la cosa, que la que más apariencia de inofensiva de todos nos tenga que regañar como a niños de infantil —. ¿Qué ha pasado con Cassandra Cole?

Me froto la nuca, donde Nao me ha soltado el golpe, mientras intento conservar la poca dignidad que me queda. No es fácil hacerlo

cuando cuatro mujeres te observan con esa mezcla entre diversión y ganas de asesinarte que tan bien conocen.

Neva, que es la única capaz de imponer cierto orden cuando el resto decidimos comportarnos como auténticos idiotas, consigue reconducir la conversación antes de que Nao encuentre un objeto contundente con el que rematar el trabajo.

—¿Y bien?

El cambio de tema consigue que el ambiente se vuelva gélido.

Ya no hay risas, gruñidos ni cachondeo.

—Como ya sabéis, hemos ido a verla —empieza diciendo Nao, e intercambia una mirada con Row—. Resulta que no recuerda absolutamente nada.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que nada? —Me acerco hasta ella. Mientras se hable de trabajo, es seguro acercarse sin recibir una puñalada.

—Nada de nada —interviene Row a la vez que hace girar una galleta entre los dedos—. No recuerda hablar con Terry. Y lo que aún es más raro, haber prestado declaración a la policía.

«¿Me están jodiendo?».

Sin necesidad de decir una sola palabra, todos giramos la cabeza hacia la misma persona.

Neva.

Ella tarda medio segundo en comprender por qué cuatro pares de ojos acaban de clavarse sobre su cara.

Levanta ambas manos en un gesto defensivo.

—¡A mí no me miréis! Yo no he sido.

Day no aparta la vista de ella y pregunta:

—¿Estás segura?

—Espera que lo piense… —Neva hace un gesto, como si se esforzase en recordar. A mí me parece que tiene pinta de estreñida.

—Piénsalo bien, Neva.

Neva resopla con una paciencia que yo jamás tendría.

—¡Sois idiotas o qué! No fui yo —reitera—. Borrar recuerdos no es como cambiar el canal con el mando a distancia. Te aseguro que

recordaría si hubiese manipulado la memoria de alguien. Es imposible que se me olvide algo así.

Asiento despacio. Tiene sentido.

Después de todo, su habilidad no consiste simplemente en hacer desaparecer recuerdos; implica introducirse en la mente de otra persona y alterar algo tan delicado como su identidad. No parece una experiencia fácil de olvidar.

—Si tú no has sido, que te creo —le guiño un ojo. Neva me sonríe —, entonces hay alguien más que hace lo mismo que tú.

—Y yo pensando que era única e inimitable…

Day permanece inmóvil unos instantes antes de hablar.

—¿Y si esto tiene relación con lo que me pasó cuando bajé por primera vez a los archivos? —Todas las miradas regresan hacia ella —. Entré perfectamente consciente… y salí sin recordar absolutamente nada de lo que ocurrió allí dentro. Ni siquiera hay rastro de que lo hiciese. ¡Y pasó!

Siento cómo se me contrae el estómago.

Aquello sigue sin tener explicación.

En aquel momento todos pensamos que había sufrido algún tipo de desorientación, un golpe o incluso un episodio de estrés extremo.

Pero, tras lo de Terry, sabemos que no fue el caso. Es algo que a mi chica le preocupa. A mí más.

Aprieto con fuerza la mandíbula.

—Demasiadas coincidencias —se queja Nao.

—Cuando se trata de Madre —añado—, las casualidades tienen la fea costumbre de no existir.

El salón vuelve a quedarse en silencio.

Cada uno parece inmerso en sus propios pensamientos, intentando encontrar una pieza que encaje con las demás.

Es Row quien lo rompe:

—Necesitamos ver esos vídeos.

—Yo tengo el que me enseñó Preston de la joyería —comenta Nao, sacando su teléfono—. No se ve nada, pero lo grabé con mi móvil antes de descubrir el tablero con las fotos de Evan.

—Toma —dice Neva, extendiéndole una galleta—, te la has ganado.

Nao gruñe y todas se ríen.

—Vamos a conectarlo con la tele para verlo mejor —sugiero, y mientras Day la enciende, Nao se pone a ello.

Durante los primeros minutos no sucede nada especialmente relevante. Gente caminando de un lado para otro. Vehículos circulando… Hasta que aparece Terry.

Escucho a mi alrededor cómo alguien contiene el aliento y no me cabe duda de que se trata de Day. No la miro. A mí también me está afectando ver a mi hermano minutos antes de acabar con su vida.

Vemos cómo una mujer, que Nao enseguida confirma que es Cassandra Cole, lo aborda y hablan durante unos segundos. Ella le sonríe al despedirse. Después Terry continúa y desaparece en el callejón.

—Nunca entró al portal. Debió subir por la escalera de incendios hasta la azotea… —murmura Day.

Sin pensarlo, apoyo la mano sobre su espalda y la acaricio suavemente. Ella ni siquiera aparta la vista del televisor.

—¿Veis? —protesta Nao—. Es justo lo que os conté. No hay nada diferente. La única sospechosa sigue siendo Cassandra, pero ella ni siquiera recuerda ese momento. Es más, tampoco se acuerda de las niñas diabólicas y sus galletas.

Giro la cabeza en su dirección.

—¿Qué niñas?

Nao se acerca hasta donde está el portátil.

—¿Cómo se rebobina esta cosa? —Echo hacia atrás la grabación —. ¡Esas!

Sigo la dirección de su dedo y lo detengo.

Hasta ahora ni siquiera les había prestado atención.

Un pequeño grupo de niñas uniformadas pasa por la acera cargando varias cajas de galletas.

Parecen *girls scouts*. Sin embargo, a mí se me hiela la sangre.

—Yo he visto a esas niñas antes.

«Me cago en la puta… No puede ser».

Row bufa.

—Claro, Lameculos. Igual que medio vecindario. Se pasan los días merodeando por la ciudad para vender galletas.

Niego con la cabeza.

—No. —Mi voz sale mucho más grave de lo que esperaba—. Las he visto en GenoLabs.

Las cuatro se quedan como estatuas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Neva despacio.

Maldita sea… Yo nunca olvido una cara. Tengo memoria fotográfica.

Sigo observando cómo se alejan con tranquilidad. Como si fueran niñas normales.

—Que no estaban en GenoLabs vendiendo galletas, sino como pacientes. No le di importancia, pero… Joder, ¿cuántos años pueden tener? ¿Ocho? ¿Nueve? —Me paso una mano por la cara, frustrado —. Mierda. Lo he tenido delante y…

—Jesse…

Day llama mi atención y nuestros ojos se encuentran. No hace falta que sea yo quien termine la frase. Ella lo comprende.

—¿Crees…? ¿Piensas que esas niñas son los bebés que encontró Terry?

Una blasfemia escapa de los labios de Row. O puede que haya sido Nao. Las dos son igual de malhabladas.

Pero esta vez no las culpo.

Llevo demasiado tiempo infiltrado en GenoLabs para saber que, cuando Agatha Walsh está de por medio, las casualidades no existen.

—Siempre han estado delante de nuestras putas narices —suelto cabreado.

Capítulo 30

DAY

Me quedo observando la pantalla, incapaz de apartar la vista de las niñas que desaparecen por la calle con sus cajas de galletas. Es como si fueran un grupo de scouts cualquiera y no las presuntas culpables del asesinato de Terry.

Sin embargo, después de todo lo que hemos descubierto, como dice Jesse, hace tiempo que dejamos de creer en las casualidades.

Todos hemos llegado a la conclusión de que esas niñas deben ser los bebés que Terry vio en GenoLabs y, además de ser nuestros clones, tienen habilidades especiales.

Ya sabemos que una de ellas posee la misma que Neva. Borra la memoria.

—¿Y si una de ellas puede obligar a la gente a suicidarse?

Todos miramos a Row frunciendo el ceño.

—¿Manipulación mental? —pregunto.

—O emocional —sugiere Nao—. Imagina que esa niña del demonio se acerca a ti y tiene la capacidad de manipular tus emociones, hacer que te sientas como el ser más infeliz de la faz de la tierra.

—Tanto como para subir a una azotea y lanzarte al vacío —termina Jesse en voz baja.

—Si tienen esas habilidades, son demasiado peligrosas. A saber lo que podrían estar haciendo ahora mismo bajo el mando de Madre —masculla Row.

—Tenemos que eliminarlas antes de que Madre vuelva a utilizarlas —gruñe Jesse.

Lo miro como si no lo reconociese.

«¿Acaba de decir "eliminarlas"?».

Me pongo en pie tan deprisa que es raro que no me dé un mareo.

—¡Ni hablar!

Él vuelve la cabeza hacia mí.

—Day…

—¡Son niñas, Jesse!

Mi voz sale más emocional de lo que pretendía. Noto cómo las pulsaciones se me disparan mientras señalo la imagen congelada.

—Son asesinas, Day.

«Como nosotras», se me estruja algo en el pecho.

—No me importa lo que creas que son. Ni me importa lo que hayan hecho. Son. Solo. Niñas —mascullo con los dientes apretados.

Nao resopla por lo bajo.

—Os lo dije desde el principio. En cuanto las vi, supe que esas criaturas demoniacas traían problemas. Las olí a kilómetros.

Row baja despacio la galleta que está a punto de mordisquear y la contempla con una expresión de rechazo.

—Ya decía yo que era imposible volverme adicta a esta mierda. Seguro que llevan algún ingrediente satánico.

Neva se abalanza a por la caja que hay encima de la mesa y la abraza contra su pecho.

—Pues, como sea verdad, me vas a romper el corazón. Sobre todo por las de chocolate…

Le lanzo una mirada incrédula.

—¿En serio? ¿Eso es lo único que sacáis de toda esta conversación?

Las tres hacen una mueca en mi dirección.

Siento cómo la rabia me sube por el pecho. Jesse se incorpora. Me inquieta que no haya levantado la voz. Nunca lo hace cuando está convencido de algo.

—No sabes de lo que son capaces.

—Tú tampoco.

—Lo que sé es que Terry se lanzó desde la azotea.

—¿Y a cuántas personas hemos matado nosotras?

—¡No es lo mismo!

—Es exactamente igual. Nos encargan algo y nosotras lo ejecutamos.

—¡Ellas mataron a mi hermano, joder!

Niego con fuerza.

—Alguien les ordenó hacerlo. Dirige tu furia a esa persona. Pero no puedes cargar contra ellas.

Jesse me mantiene la mirada.

—Si estamos en lo cierto y sus habilidades están tan desarrolladas, representan un peligro, no solo para nosotros, para la jodida humanidad.

—Precisamente por eso no podemos tratarlas como si fueran las culpables.

Me acerco hasta él.

—¿Es que no lo ves? Si es cierto… —Cabeceo—. Si de verdad son esos bebés… —«Esto es muy fuerte, joder»—. Entonces, son exactamente igual que nosotras.

El silencio que sigue me resulta ensordecedor y miro una por una a mis hermanas.

—¿Acaso alguien nos preguntó si queríamos convertirnos en lo que somos? ¿O nos dio la oportunidad de elegir en algún momento?

Apartan la mirada.

—Nos utilizaron desde que nacimos. Nos moldearon y decidieron por nosotras. Si esas niñas son quienes creemos, no son monstruos. Son vícti…

Noto cómo mi voz se rompe en esa última palabra.

—Son las asesinas de Terry —concluye Row.

El resto asiente.

Neva interviene con un hilillo de voz:

—¿Qué hacemos entonces?

—Eliminarlas si nos las encontramos —declara Nao—. Day, entiendo que las veas como si fuéramos nosotras, pero no lo son. Madre les habrá lavado el cerebro, quién sabe cuánto, y puede que ya no quede ni humanidad en ellas.

—Nosotras éramos adolescentes cuando matamos la primera vez, ellas no sabemos cuánto lo llevan haciendo —interviene Neva.

Miro a mis hermanas y veo que están todas de acuerdo; en el fondo, sé que tienen razón.

Tras lo que hemos descubierto y la posibilidad de haber dado con una pieza crucial de la que tirar, creo que necesitamos estar cada una con nuestros propios pensamientos y nos vamos cada una a nuestro apartamento.

—No me ha gustado enfrentarnos —escucho a Jesse decir a mi espalda.

Abro la puerta de mi piso. Es él quien la cierra cuando pasa tras de mí.

—No es algo nuevo.

Lanzo las llaves sobre el escritorio y me descalzo.

—Lo sé. Pero se ha sentido diferente.

Me giro hacia él. Coloco mis manos en mi cintura y suspiro.

—Querías matarlas, Jesse. Y sé que tenéis cierta razón, pero por otro lado…

Se humedece los labios antes de responder:

—Lo sé, pero no son solo niñas, son armas. Unas que pueden hacerte daño si descubren que estamos tratando de desmontar GenoLabs.

—Sé defenderme.

—No lo dudo —afirma Jesse—, eso no significa que me guste que tengas que hacerlo.

Es la declaración de amor más rara que he escuchado en la vida y, sin embargo, es una que hace que sonría feliz.

Capítulo 31

Preston

Llevo cuatro días sin abrir su chat para no releer el jodido mensaje.

No me hace falta. Lo he leído tantas veces que podría recitarlo al revés.

«Qué dramático. Estoy perfectamente. Para mí ha sido un encuentro bastante normal».

NORMAL.

Cuatro días con esa palabra taladrando mi cabeza mientras subía las escaleras del trabajo, me hacía el café o intentaba dormir sin oler a ella.

Cuatro días en los que casi le escribo a Rebecca por faltar a mi palabra.

Cuatro días en los que el salón de tatuajes ha estado sospechosamente cerrado. Lo sé porque he ido todos los días sin tener muy claro si iba a entrar.

Algo me dice que no, porque cuando encontraba la persiana bajada, mi pecho respiraba aliviado por no tener que verla todavía.

Durante estos días he aceptado lo que ya sabía desde el principio, que Nao subió a mi casa con un plan y yo con otro.

Ella consiguió la información que quería y yo tiré dos años de promesa por la borda por un encuentro NORMAL.

Camino rumbo al estudio de tatuajes sin esperar que esté abierto esta vez, pero, para mi sorpresa, la persiana está subida.

No me queda otra que reunir valor y hacer lo que cualquier hombre… ¡Mierda! ¿A quién quiero engañar? Quiero huir y llamar a mi madre.

Cuando entro en el local, la campanilla de la puerta se queja como si quisiera decirme que el que avisa no es traidor.

Nao está detrás del mostrador con un lápiz suspendido en el aire. Cuando levanta la vista y registra que soy yo, duda un segundo sobre qué máscara ponerse. En esa fracción de segundo la Nao real asoma por sus ojos, la misma que estuvo en mi cama, y es tan brutal reconocerla que se me olvida todo lo que iba a decirle.

—Hola…

—Hola —contesto de vuelta.

—Tenía mis dudas de si volvería a verte.

—Has de terminar el tatuaje por lo menos —digo rancio.

—Has tenido suerte, me iba a coger la semana entera de vacaciones, pero he tenido que terminar un encargo.

Deja el lápiz y me hace un gesto seco con la cabeza para que la siga.

—Pasa.

La sigo por el pasillo, y antes de que ella saque el tema, le aclaro las cosas sin rodeos. Como tenía planeado.

—Hoy no quiero hablar de nada. Yo no te pregunto y tú no me preguntas. Terminamos. Te pago. Y me voy.

Ella se queda mirándome unos cuantos segundos.

Y veo, de nuevo, esa emoción que no sabe camuflar. La sorpresa.

—Vale —responde cortada.

—Vale.

—Quítate la camisa.

Me la quito sin hacer comentarios por una vez. La pongo doblada sobre la silla y me tumbo bocabajo, apoyando la cara en el agujero acolchado.

Escucho cómo prepara la máquina y respiro hondo. Noto cómo orienta la luz sobre la zona y la oigo suspirar más hondo que yo.

Y cuando siento su mano apoyándose en mi omóplato, juro que aprieto los dientes para no reaccionar a ella. Porque, hace cuatro días, esa misma mano me arañaba la espalda mientras se corría y ahora vuelve a estar donde estaba antes del terremoto sexual del que fuimos víctimas.

Nos mantenemos en silencio durante diez minutos mientras me tatúa. Yo cuento las baldosas del suelo a través del agujero acolchado y pienso en cualquier cosa. En mi madre. Mi hermana. En McCain. En la maldita rana del cubo…

A los doce minutos exactos, ella cambia la aguja con más ruido del necesario. Y suelta:

—¿Todo bien?

No contesto.

—¿Preston?

—¿Qué?

—Te he preguntado si va todo bien.

—Todo perfecto.

—¿Seguro?

—Habíamos quedado en no hablar.

Guardo silencio porque no voy a caer en sus provocaciones.

Esta vez es ella la que se queda apretando los dientes. Lo noto en la presión de la aguja, en cómo se tensa su mano en mi espalda y se le acelera la respiración.

Y, de pronto, entiendo una cosa que no sabía: ella puede ser borde, pero si alguien lo es con ella le resulta insoportable.

—Mira, Preston, si tienes algo que decir, dilo.

—No tengo nada que decir.

—Sigues mintiendo igual de mal.

—Te he dicho que no quiero hablar.

—Bien, pues no hablamos.

Tatúa con más fuerza durante treinta segundos. Yo aprieto los dientes. Después afloja y aparta la aguja.

—¡Joder, Preston!

—¿Qué pasa ahora?

—¡Pasa que no tienes derecho a tener esta actitud! Además, sé que es solo una pose.

—¿El qué?

—El bonito juego de hacerme creer que vienes solo a tatuarte y luego callarte como un muerto cuando te pregunto.

—Creo que no hay mucho más que decir.

—Pues, si crees eso, no vengas a tatuarte conmigo. Vete a otro estudio. ¿Ya no crees que mi tinta tiene venenos extraños? —trata de picarme.

—Lo empezaste tú y lo terminas tú —le contesto, ignorando su pregunta.

—Puede hacértelo cualquiera.

—Quiero que seas tú. Punto.

Oigo cómo contiene una réplica antes de volver a apoyar la aguja sobre mi piel. Y, al final, revienta:

—Prefiero que estés enfadado a que actúes como si te debiera la vida.

Me giro para poder mirarla a la cara.

—¿Por qué iba a estar enfadado contigo?

—¡Por el mensaje que te mandé el otro día!

—Da igual… Cuando vi la sábana de la pizarra fuera de su sitio me quedó claro a qué fuiste, y no era por mí.

Me mira como a una niña que ha hecho una travesura.

—Preston, yo…

—Estamos en paz. Termina el puto tatuaje.

Pero ella no continúa. Deja la máquina sobre la bandeja con un golpe seco, se quita los guantes y se cruza de brazos con la cara de alguien que ha decidido pelear, aunque la pelea no le convenga.

—Levántate. Si vas a quedarte, quiero aclararte algo.

Me incorporo despacio y me siento en la camilla. Ella lo ha querido. Si vamos a hablar, voy a soltarle lo que llevo guardando cuatro días en algún lugar entre el estómago y la garganta.

—Si no te interesaba, podrías haberme dejado KO con un golpe en la nuca para ver la pizarra a tus anchas. No hacía falta que te

acostaras conmigo… Sabías que esa promesa era importante para mí.

La cara que pone es fotografiable como prueba de culpabilidad.

—¿Perdona?

—Si tenías ganas de follar, haberte follado a un tío cualquiera.

—Yo no te obligué a nada.

—Tienes menos responsabilidad afectiva que una servilleta, Nao.

—Yo no…

—¿Vas a negarlo? —cuestiono incrédulo—. Con la prisa por salir de mi casa sin que te oyera, dejaste la sábana mal colocada.

—No te follé para entrar en tu despacho —responde adusta.

—Entonces, explícame por qué, mientras yo me duchaba intentando lavar la culpa, tú estabas en mi despacho haciendo fotos a una pizarra que yo había cubierto deliberadamente porque no quería que la vieras.

—¡Eso es lo que me cabreó! ¡Tapaste la pizarra porque ya tenías planeado follarme! ¡Ahora no te hagas la víctima!!

—Y mientras lo hacíamos, tú estabas pensando en cuántas fotos harías cuando me metiera a la ducha. Porque las hiciste, ¿verdad?

—Sí, pero no estaba pensando en ello mientras follábamos.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿lo disfrutaste o fue de lo más «normal»?

Se queda en silencio. Y por primera vez desde que la conozco, no dispone de una contestación rápida. Pero la rabia enseguida la reconduce.

—Fuiste tú el que invitó a una cita a una persona a la que estás investigando. A mí y a mis hermanas. Y a Jesse, e incluso a Evan. Tú también estabas jugando conmigo. Y tampoco hacía falta que me follaras tan fuerte. Pero claro, las sequías estúpidas son lo que tienen…

—Me arrepiento de haberla roto con alguien como tú.

—Eres un hijo de puta.

—Y tú una mentirosa de manual que me ha drogado múltiples veces. Me encargaré personalmente de que te quiten la licencia para tatuar.

—Vete de mi estudio ahora mismo —gruñe furiosa.

—Primero tendré que pagarte lo que has hecho hoy.

—No hace falta. Invita la casa.

—No me vas a invitar a una mierda —rezongo, tomando la cartera y sacando trescientos dólares en billetes.

—No los quiero. Vete ya, Preston, antes de que tenga que sacarte yo a patadas.

Me quedo mirándola porque nunca la había visto así. Tan vulnerable. Luchando contra un sentimiento que no sabe gestionar. Y como soy idiota, solo quiero alargar la mano y pedirle que me explique por qué no fui suficiente para que se quedara hasta el desayuno.

Pero no lo hago.

Solo he venido a confirmar lo que ya sabía.

Me pongo la camisa despacio mientras ella me observa como si quisiera detenerme. Me la abrocho botón a botón y luego la aliso.

—Bueno…, me voy.

—No te vayas.

—Adiós, Nao —zanjo antes de hacer una estupidez, como arrinconarla contra una pared y besarla.

Comienzo a caminar, rezando para que no me detenga, y no paro hasta que escucho la campanilla de la puerta diciéndome «¡de la que te has librado!».

Una vez en la calle, doy tres pasos y me detengo en seco.

Le he dicho todo lo que tenía que decirle. Podría estar marchándome con la cabeza alta, pero siento que estoy alejando a la única mujer por la que he sentido algo en dos años.

La única que ha conseguido que sintiera algo.

«¡Joder, Preston!».

Doy media vuelta y camino hacia el estudio.

Como soy alto, agarro la campanilla para que no suene cuando entro de nuevo en el local. Quiero ver la cara que pone cuando me vea de nuevo allí. Esa cara que no miente. El alivio que espero que trasluzca.

Camino por el pasillo con cautela y oigo su voz.

Parece que está hablando por teléfono.

—¡Que sí, Neva! ¡Que esta vez no es como las otras! Ha dicho que va a hacer que me quiten la licencia.

Su interlocutora le contesta algo.

—¡Ya sé que estábamos esperando, pero tienes que volver a hacerlo esta misma noche! Cuando salga de comisaría, lo sigues y le borras la memoria. ¡Pero todo! No puede recordar quiénes somos. Bórrale a Terry de la mente.

¿Qué coño acaba de decir…?

—Sí, lo sé. Pero no hay otra forma. Hazlo esta noche, ¿vale?

¿Esta noche?

—¡Y yo qué sé! ¡Tú hazlo! Por favor…, hermana. Por mí.

No me muevo de inmediato porque, de pronto, algo encaja en mi cabeza. La vaga impresión que tenía de que ella sabía cosas de mí que yo no le había contado.

¡No es la primera vez que me hacen algo! No sé qué, pero me lo han hecho.

Saco el arma por puro reflejo, como saco la cartera cuando tengo que pagar un café.

Mi mano va por su cuenta, comprueba el cargador y el seguro. Aunque llevo cuatro años sin disparar, mi mano sabe con exactitud lo que tiene que hacer. Mi corazón no tanto.

No quiero hacer daño a Nao, pero tampoco puedo dejar que su hermana me borre la memoria. Además, ¡¿cómo cojones piensa hacerlo?! ¿Drogas? ¿Hipnosis?

La curiosidad me mata. Necesito explicaciones. Y las necesito ya. La única forma de obtenerlas es plantarme delante de Nao y…

Entro en la sala donde está, todavía con el teléfono en la oreja, y, al verme, la sorpresa cruza su cara. No con miedo, sino como si llevara toda la vida esperando ver a un hombre empuñándola así y por fin acabara de hacerse realidad.

—Cuelga —mascullo enfadado.

—Neva, te dejo. Esto se ha puesto interesante… Me está apuntando con su pistola. Sí. Hasta ahora. —Corta la llamada y levanta las manos como si le pareciera de lo más emocionante estar acorralada.

Yo pongo la voz más baja y firme que he usado en mi vida:

—Cuéntamelo todo, Nao. ¿Quiénes sois? ¿Y cómo se supone que vais a borrarme la memoria?

Ella sonríe, todavía con las manos abiertas a la altura del pecho, como si fuera una ciudadana ejemplar que he confundido con una sospechosa.

—Baja el arma, Preston, y te lo contaré todo.

—No pienso hacerlo.

—Si quisiera hacerte daño, ya lo habría hecho.

—Ya me lo has hecho, aunque igual no te has dado cuenta.

Tuerce la cabeza como si acabara de hacer una broma. Eso son mis sentimientos para ella, un puto chiste.

—Preston… Baja el arma. No vas a dispararme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy yo.

—¡Ya no sé quién coño eres!

—Sí que lo sabes. Soy la misma chica en la que te metiste hace cuatro noches. Y esa parte no fue mentira.

Aprieto el arma un milímetro más.

—No hables de eso. Ahora no.

—Lo que pasó en tu cama fue real. Lo sentiste mientras pasaba tanto como yo. Por eso estás aquí.

—No sigas.

—Yo tampoco he podido olvidarlo, si te sirve de consuelo.

—Cállate ya. No me creo ni una puta palabra.

—No me voy a callar. La de tu cama era la auténtica yo. Nunca he sido más yo, joder…

Trago saliva.

—Me fui porque me asusté de lo que habíamos compartido.

—¿Por qué mientes?

—¡Te juro que no miento! Te lo confieso porque van a borrarte la memoria en menos de cinco minutos —expone, mirando su reloj—. Y quería que lo supieras.

—Basta, Nao. ¡Deja de decir esas cosas!

—Preston, mírame…

Lo hago, aunque no quiera. Debo de ser idiota. Un idiota loco y, casi con toda probabilidad, enamorado también.

Tiene los ojos brillantes y un temblor mínimo en las manos que solo captas si llevas semanas estudiando a una persona.

—No soy mala… —declara—. De verdad que no. Solo tengo secretos. Muchos. Demasiados. Y algunos no te los puedo contar, aunque amenaces con matarme.

—¿Por qué no?

—Porque no lo entenderías.

—Eso no me sirve.

—Lo sé.

—Entonces, dame algo más.

Cierra los ojos un segundo y vuelve a abrirlos.

—Algunos de los secretos más vergonzosos te conciernen a ti.

Pestañeo ante su sinceridad. ¿A mí? ¿Habla de… emociones?

—Explícate.

—Antes prefiero que me mates.

—¡Nao, joder…!

—¡No puedo, Preston! Porque, si te lo cuento, te haré más daño todavía. Y bastante mal duermo ya por las noches con todo lo que te he hecho.

Me quedo mirándola sin saber qué hacer con esa frase. No sé si es verdad o si se trata de otra estrategia. Pero la gente que dice esas cosas en voz alta, delante de un hombre que le apunta con un arma, no suele mentir.

—Estoy harto, Nao. Llevo semanas con tu cara en mi cabeza, intentando apartarte de mi vida. Y ahora me dices que los secretos más vergonzosos que guardas me conciernen a mí. ¡¿Qué cojones quieres que haga con eso?!

De pronto, hace algo que no espero. Da medio paso hacia mí. Hacia el arma, como si quince centímetros de cañón apuntándole al pecho fueran un detalle que pudiera ignorar.

—¡No te muevas, joder!

—Preston…

—¡He dicho quieta!

—Baja el arma y bésame. Es lo que estás deseando.

—Deja de jugar conmigo, Nao…

—No es un juego, es lo que veo. Tu curiosidad y tu atracción le pueden a tus principios. Lo dejaste muy claro la otra noche en tu cama. Y por mucho que te cabree, sigue siendo verdad ahora mismo, con un arma de por medio. Si no sintieras nada por mí, ya me habrías puesto las esposas. Pero no lo has hecho porque no es lo que quieres. Solo deseas besarme.

Algo se remueve dentro de mí. Algo que no debería removerse cuando estoy apuntando a una sospechosa. Algo más abajo del estómago, si he de ser sincero.

Aprieto fuerte la culata porque me niego a darle la razón.

Me niego a sentir nada por una mujer que me ha hecho pasar los peores y mejores momentos de mi vida y planea hacer que lo olvide.

Sin embargo, la sigo mirando. Y ella lo entiende. Lo veo en la pequeña sonrisa de medio lado que se le escapa durante una décima de segundo antes de borrarla de nuevo.

—Te estás relamiendo, Preston.

—No me estoy relamiendo.

—Acabas de hacerlo.

—Cállate ya. —Me relamo de nuevo.

—Esta versión de ti me encanta.

—Deja de hablar.

—Lo digo en serio. El Preston que es capaz de apuntarme con un arma sin que le tiemble la mano me pone mucho más que el chico bueno que me pidió una cita.

—Estás loca.

—Pero sigues queriendo besarme. No te resistas. Hazlo ya.

—Eso no va a pasar.

—Pues, al menos, baja el arma. Los dos sabemos que no vas a usarla. Y pareceremos imbéciles cuando lleguen los refuerzos y nos vean.

Poco a poco, mi cerebro intenta asimilar que la mujer que tengo delante es la misma que estuvo en mi cama. Son la misma puta persona porque me sigue gustando incluso cuando es mi enemiga.

Hubiera preferido descubrir que era una psicópata fría que ha estado fingiendo conmigo. Eso habría podido procesarlo. La hubiera detenido y me hubiese ido a casa. Pero esto… Estos sentimientos no sé manejarlos.

—Maldita sea…, ¿qué voy a hacer contigo? —pienso en voz alta.

—Lo siento.

—¡No quiero que lo sientas! ¡Quiero respuestas!

—No puedo dártelas.

—Sí que puedes.

—Podría si esto me concerniera solo a mí, pero no es así.

Y eso… Joder, eso lo entiendo. Está protegiendo a sus hermanas. Y a sus novios.

En ese momento, la campanilla de la puerta del estudio suena con violencia y se oyen unos pasos apresurados.

—¡NAO, YA ESTAMOS AQUÍ! ¡¿SIGUES VIVA?!

Pongo los ojos en blanco porque la burla con la que han preguntado si sigue viva promete un escenario de circo.

Capítulo 32

ROW

Cuando Neva nos informó de que Nao estaba en el estudio de tatuajes con Preston y este la estaba apuntando con una pistola, casi me echo a reír.

Sé que es una reacción extraña, pero seamos sinceros, Nao no corre ningún peligro. Ella es muy capaz de defenderse de un policía con más principios que instinto de supervivencia. Además, me encanta que, por una vez, no ser yo la que se ha metido en un lío y necesitar la ayuda de las demás.

Me adentro en el estudio seguida por Day y Neva. Encontramos a Nao y al poli enseguida.

—Hermanita, te veo bien. ¿Te has hecho algo en el pelo o es que te favorece demasiado estar encañonada por una pistola? —me burlo.

Ignoro la mirada asesina de Nao y la confusión en el rostro del poli.

—Row, déjate de tonterías. Esto parece serio —masculla Day.

Me encojo de hombros y doy un par de pasos en dirección a Preston. Tal como esperaba, enseguida deja de apuntar a Nao y dirige el cañón de la pistola hacia mí.

Levanto las manos sin dejar de sonreír.

—Uy, qué miedo… Un policía grande y fuerte con una pistola. No sé si temblar o ponerme cachonda.

—Row… —sisea Nao a modo de advertencia.

—¡Oh, vamos! ¡Le quitáis la diversión a todo!

—No creo que tener a un policía apuntándote a la cabeza sea algo de lo que debas burlarte —comenta Preston.

Le sonrío y me vuelvo a encoger de hombros.

—Créeme, guapo, he estado en peores situaciones. Además, en unos minutos ni siquiera recordarás esta conversación.

—Porque vais a borrarme la memoria, ¿no? —sisea entre dientes.

Pierdo la sonrisa y busco la mirada de Nao.

—¿Lo sabe?

—Me escuchó hablando con Neva por teléfono.

—¡Ya es suficiente! —gruñe el poli—. ¡Vais a decirme exactamente qué es lo que está pasando aquí!

Vuelvo a mirar a Nao.

—Nos vendría bien su ayuda en la investigación. Tenemos que encontrar a esas niñas.

—Row tiene razón —intercede Day—. Él tiene acceso a información que puede sernos útil.

—Además, va a ser casi imposible borrarle todo —advierte Neva —. Hay demasiados cabos sueltos y personas involucradas.

Tras unos segundos en los que parece pensarlo, Nao asiente con expresión resignada.

Sabe tan bien como nosotras que sería casi imposible borrarle a Preston todos sus recuerdos sobre nosotras, Terry y la investigación.

Tiene datos guardados, anotaciones, pruebas de lo que ha ocurrido en estas semanas y otras personas están involucradas. Basta que una de ellas le mencione el caso de Terry o algo que hayamos borrado para que vuelva a estar tras nuestra pista.

—Entonces, ¿lo beso y listo? —pregunto, solo para provocar a Nao.

—¡No, joder! No vamos a matarlo —salta como esperaba.

Se me escapa una carcajada al ver cómo el poli palidece.

—¿Matarme?, pero ¿quiénes sois vosotras?

—Mujeres especiales con habilidades aún más especiales — responde Neva, haciendo un corazón con las manos.

Nao pone los ojos en blanco.

—Está bien —bufa—. Preston, baja la pistola. Vamos a contártelo todo.

—Prefiero seguir con ella en esta posición, pero adelante, hablad.

—Vale, empiezo yo. —Doy un nuevo paso hacia él—. En tu pizarra ponía que sospechas de que Nao usa drogas para crear reacciones en las personas que tatúa.

—¿Y no es así?

—No, exactamente. En realidad… Ella es la droga.

—Row, te estás explicando como un jodido libro cerrado —masculla Nao.

—¿Quieres intentarlo tú?

Ella respira hondo y rodea a Preston para colocarse frente a él.

—Fuimos creadas de manera artificial en un laboratorio por una científica loca. Durante toda nuestra infancia y adolescencia nos mantuvo más o menos encerradas para experimentar con nosotras.

—¿Qué…?

Preston sacude la cabeza.

Aprovecho su momento de confusión para acercarme más y quitarle la pistola sin que pueda reaccionar siquiera.

—Te la devolveré después —digo, y me la guardo en la espalda.

—Eso que acabas de hacer es un delito, pero… ¿cómo lo has hecho tan rápido?

—Fuimos entrenadas desde niñas —responde Day.

—¿Para qué?

Todas miramos a Nao y ella niega sutilmente con la cabeza. Le va a tocar a ella explicarle al poli que nos dedicamos a matar personas. «Buena suerte con eso, hermana».

—La pregunta no es el «para qué», sino el «cómo» —añade Day.

Nao se acerca más a Preston y lo mira a los ojos.

—No solo nos entrenaron física y mentalmente, también nos ayudaron a desarrollar y potenciar habilidades.

—¿Qué habilidades?

—Neva puede borrar recuerdos de la mente de cualquier persona con solo tocarla. Day percibe las emociones de los demás y hasta

llega a sentirlas como propias, y yo… —Nao hace una pausa—. Yo manipulo emociones y el cuerpo tatuando runas sobre la piel. Mitigo la ansiedad de ver a tu novio muerto sobre el capó de un coche, quito la acidez de estómago… De todo un poco.

Tras un buen rato en silencio, Preston esboza una sonrisa incrédula.

—¿Me estáis tomando el pelo?

Todas negamos con la cabeza.

—Es la verdad —digo—. Somos bichos raros. Tremendamente atractivas, pero raras.

Preston me mira a mí, frunciendo el ceño.

—¿Y tú qué haces?

—¿Aparte de ser el alivio cómico en momentos de tensión, dices? —Sonrío de nuevo—. Beso de muerte.

Preston me mira extrañado.

—La saliva de Row contiene unas toxinas que, en contacto con las mucosas orales de cualquier individuo, provoca un fallo multiorgánico al cabo de veinticuatro horas —explica Day.

—Lo que la petulante de mi hermana quiere decir es que, si beso a alguien, muere a al día siguiente.

—Eso es imposible —susurra, negando con la cabeza.

—¿Quieres que hagamos la prueba? Según Nao, besas muy bien…

—Ni te acerques, Row —me advierte mi hermana.

Preston empieza a moverse de un lado a otro, se detiene, abre la boca para decir algo, pero enseguida la cierra y vuelve a caminar por el estudio como un jodido león enjaulado.

—Esto es… No puede…, pero es… —Se detiene de nuevo y resopla con fuerza—. ¡¿Cómo es posible que esté dudando de verdad?! —le pregunta a Nao enfadado—. ¡Es una completa locura que cuatro chicas hayan desarrollado poderes mágicos!

—Habilidades sobrehumanas —corrige Day.

—¡Lo que sea, joder! ¡Lo grave es que estoy dudando! Debería llevaros a todas a comisaría y que un juez os obligue a pasar un examen de capacidades mentales.

—No estamos locas —señala Neva.

La miro sonriendo.

—Bueno… Tú muy cuerda no estás. Perdona que te lo diga.

La muy perra ni siquiera lo niega, solo sonríe como la puta desquiciada que es y se encoge de hombros. Preston tiene buen ojo.

Nao se acerca aún más a él y hace algo impropio de ella; le pone la mano en la nuca.

—Preston, estás dudando porque sabes que no mentimos. Tienes un buen instinto, ¿qué es lo que te dice?

—Necesito pruebas. No puedo fiarme de…

—¡Yo te daré pruebas! —exclamo interrumpiéndolo. Me giro hacia Day y la señalo con el dedo—. Levántate la camiseta.

—¿Disculpa?

—Vamos, no seas remilgada. Enséñale las tetas a Preston.

—¡No voy a hacer eso!

—¡Yo no quiero verle las tetas!

Gritan ambos a la vez.

Resoplo y me cruzo de brazos.

—Después Neva le borrará esa imagen de la mente, solo la forma y tamaño.

—¡No!

—Day…

—¿Qué pretendes con todo esto? Lo estás asustando.

—No estoy asustado —replica Preston.

Day lo mira fijamente.

—Sí que lo estás. Lo estoy notando desde aquí, y hace un momento, cuando Nao te ha tocado, te has puesto nervioso y un poco cachondo también.

Me giro para mirar al poli. Parece confuso y un poco asustado también, Day tiene razón. Sin embargo, no termina de estar convencido del todo.

—Day, las tetas, enséñaselas y acabemos con esto —insisto.

—¡No! ¡¿Por qué no se las enseñas tú?!

—Porque yo estoy coordinando la operación. Además, a mí me importa una mierda que me las vea, así que no funcionará igual.

Tras unos segundos en los que no dejo de mirarla concienzudamente, Day chasquea la lengua contrariada.

—¡Está bien, joder! —Bufa con fuerza y se acerca a Preston, sujetando el borde de su camiseta—. ¡Dios! A veces me gustaría que me hubiesen creado a mí sola.

—No eres tan especial —me burlo.

—¿Qué harías tú sin nosotras? —añade Neva.

Por suerte, Nao no toma partido en nuestro debate. Solo se dedica a lanzar miradas en dirección a Preston para analizar sus reacciones.

Day toma una respiración profunda.

—Espero que disfrutes de las vistas, porque Neva te lo va a borrar de la mente enseguida.

—No quiero verte las tetas, de verdad.

—Chicas, esto no es buena id…

Antes de que Nao pueda terminar la frase, Day ya se ha levantado la camiseta y el sujetador y sus tetas quedan al aire, justo delante de la cara de Preston.

Me trago la carcajada que sube por mi garganta al ver la expresión de incredulidad en el rostro del pobre policía. Pocas veces me he divertido tanto en toda mi vida.

—Ahora, Neva, bórrale los últimos segundos a Day —pido.

Ella se acerca a la otra, coloca la mano en su muñeca, que sigue sosteniendo la camiseta, y enseguida se aparta.

—¡Dios, a veces me gustaría que me hubiesen creado a mí sola! —repite Day como si el tiempo no hubiera pasado.

De pronto, mira hacia abajo, y al darse cuenta de que tiene las tetas al aire, suelta un grito agudo y se tapa a toda prisa.

Preston pega un brinco y niega con la cabeza. Yo soy incapaz de contener la risa por más tiempo.

—Hay que repetirlo, creo que aún no está convencido —digo entre carcajadas.

—¡Y una mierda, cabronas! —se queja Day—. Neva, borra la imagen de mis tetas de su mente ahora mismo.

—¡Chicas, es suficiente! —exclama Nao—. Se supone que habéis venido para ayudar, no para convertir esto en un circo.

Miro en dirección a Preston, aún sonriendo, y me fijo en cómo su nuez se mueve al tragar saliva con fuerza.

—Lo está asimilando —nos informa Day.

—¡Oye, no te metas en mi cabeza! —gruñe él.

Neva y yo sonreímos. Puede que nuestro teatrito haya servido para algo más que mi diversión personal y la humillación pública de Day. Al fin nos está creyendo.

Nos quedamos en silencio un buen rato, dejando que Preston digiera todo lo que acaba de descubrir. En cierto momento, yo soy incapaz de seguir callada por más tiempo.

—Vale, ¿ya lo has entendido? No me gustan los silencios incómodos y tenemos más cosas que contarte.

—¡¿Hay más?! —exclama, abriendo mucho los ojos.

Asiento y me acerco a él. Me saco su pistola de la espalda y se la devuelvo.

—Llevas semanas investigando la muerte de Terry y ahora nosotras tenemos una pista, pero te necesitamos para seguirla.

Noto enseguida cómo su expresión cambia. Pone cara de policía que está a punto de empezar una misión a vida o muerte.

—¿Qué pista?

—Antes de que Terry se lanzara desde nuestra azotea, habló con unas niñas vestidas de *girls scout*.

—¿Qué pasa con esas niñas? Son simpáticas. Yo les he comprado galletas.

—Están deliciosas, ¿verdad? —suelto.

Nao chasquea la lengua y se pone delante de mí para hacerse cargo de la conversación.

—Deja las putas galletas de una vez. El caso es que esas niñas también tienen habilidades como nosotras.

—Más que nosotras —puntualiza Neva.

—Sospechamos que una de ellas tiene la habilidad de manipular las emociones o la voluntad de las personas. Ella obligó a Terry a subir a la azotea y acabar con su vida.

—Son clones nuestros —subrayo.

El poli abre mucho los ojos.

—Clones —repite.

Asiento y me encojo de hombros.

—A Madre no le bastaba con tener a cuatro chicas con habilidades, quería más, así que nos clonó.

—¿Quién demonios es Madre?

—La doctora Agatha Walsh —contesta Nao—. Ella fue la que nos creó, y también a esas niñas diabólicas. Ahora están ahí fuera, siguiendo las órdenes de Madre, y son peligrosas. Tenemos que encontrarlas.

—¿Para eso me necesitáis?

Todas asentimos con la cabeza.

—Además, queremos saber por qué en tu pizarra aparece Evan —añade Neva.

—Porque tiene contactos sospechosos con el superintendente McCain, el policía al que me han ordenado investigar.

—Lo está chantajeando —lo excusa Neva.

—Exactamente, ¿por qué? ¿Qué es lo que hace para él?

Neva se encoge de hombros y niega con la cabeza. No lo sabe, al igual que las demás.

—¿Tú podrías averiguarlo? —le pregunta Day.

—Si lo interrogo, es posible. Pero, por el momento, prefiero mantener un perfil bajo. No quiero que ponga a McCain sobre aviso.

—¿Y si lo hacemos de forma que no parezca un interrogatorio? —sugiero.

—Explícate.

—Una cena en casa. Neva trae a su novio y Nao…

—No termines esa puta frase —me advierte mi hermana, apuñalándome con la mirada.

Le sonrío de manera burlona.

—No es mala idea —murmura Preston.

—Mis ideas siempre son excelentes —me jacto.

—Entonces, ¿vas a ayudarnos? —le pregunta Nao.

Él la mira durante unos segundos, respira hondo y asiente con la cabeza.

Me abstengo de poner los ojos en blanco, porque aquí huele a reconciliación en potencia. Y con armas de por medio, nada menos.

Lo mejor será dejarlos solos.

Capítulo 33

NAO

—Bueno. Nuestro trabajo aquí ha finalizado —dice Row, dando una palmada sonora, sabiendo que me está dejando en una situación ultraincómoda—. Os dejamos solos.

—Hasta nunca —mascullo entre dientes.

—Hala. Que no falte de nada, ¿eh?

—Adiós, Row.

—Vale, vale. Qué prisas…

—Espera, no podemos irnos sin que Neva le borre mis tetas de la mente a Preston.

Row la coge del brazo y la arrastra hacia la puerta del estudio.

—No te preocupes, tampoco son tan bonitas.

Las escuchamos discutir mientras Neva nos echa una última mirada por encima del hombro con esa cara de niña curiosa que pone cuando quiere decir algo y se contiene a duras penas.

—Portaos bien, chicos.

—Vete. Ahora.

—Solo era un consejo. No sé si el seguro te cubre desperfectos por sexo duro.

—VETE, NEVA.

Las oigo riéndose en la entrada y no respiro tranquila hasta que la campanilla vibra, anunciando que han salido a la calle.

Después se hace un silencio largo y pesado. Jamás pensé que diría eso de un silencio. ¡Con lo que me gustan!

Preston se apoya contra la pared, con los brazos cruzados y la cara de quien acaba de tener la peor y mejor tarde de su vida. Me mira como si yo fuera una ecuación que ya ha resuelto, pero todavía no se cree del todo.

Yo también me cruzo de brazos. Luego los descruzo. Y vuelvo a cruzarlos. ¡Malditos brazos traidores!

—Bueno… —digo renqueante. Y odio sonar así. ¡Yo no soy renqueante! Pero está claro que toda esta situación me está superando—, pues ya lo sabes todo…

—Casi todo —señala Preston.

—¿Qué te falta?

—Una cosa.

—¿Cuál?

—Lo de tus secretos vergonzosos que me conciernen a mí…

¡MALDICIÓN!

—Tus hermanas me han aclarado la parte operativa. Y ahora quiero que tú me aclares esta otra.

Joder. Joder… ¡JODER!

Me tendría que haber callado eso. Es lo único que no quería contarle. Es lo único que me delata como ser humano.

—Eso…, eso es algo privado.

—Lo sé. Por eso te pregunto.

—¿De verdad lo quieres saber? —digo con la esperanza de que no.

—Sí.

Suspiro. Bajo la vista y trago saliva.

—La diarrea que tuviste fue una venganza personal.

—Ya lo sabía. Lo que quiero saber es por qué.

—Porque me caías mal.

—Prueba otra vez —dice, acercándose a mí como una pantera que bordea a su presa.

—Vale, fue porque me hacías sentir cosas raras y me daba rabia. Y necesitaba que tú también lo pasaras mal.

Preston asiente.

—¿Me cagué encima porque te empecé a gustar?

—Más o menos… Me daba mucha rabia que me gustaras y no quisieras besarme.

—Ya veo —musita.

—Así que decidí que sufrieras lo que yo estaba sufriendo.

—¿Y lo de la erección?

—Más de lo mismo. Quería que me desearas… como yo a ti.

—¿Sabes que tuve una polución nocturna? ¡A mis treinta!

—Lo siento —digo con una sonrisa siniestra. Esas me salen solas —. Quería que no dejaras de pensar en mí en toda la noche.

Preston me mira durante exactamente cinco segundos enteros, en silencio, y juro que veo cómo le pasan por la cara cuatro emociones distintas seguidas: incredulidad, indignación, una sospecha de risa y, al final, un suspiro largo que termina con la mano por la cara.

—Joder, Nao…, estás muy mal de la cabeza.

—Lo sé.

—Pero muy mal.

—Soy consciente. Pero tú también porque, aun así, te gusto.

Preston pestañea. Y luego suelta una risita contra su voluntad. Una risa corta y ronca que me pone a mil.

—Supongo que esto es lo más parecido a una disculpa que voy a recibir, ¿no?

—Un eco de disculpa.

—Me lo guardo como una joya.

—Cállate…

Preston se acomoda en la encimera como un hombre que ha decidido quedarse un rato más porque no ha tenido suficiente.

—Cuéntame lo de tu habilidad —me pide de pronto—. ¿Cómo la descubriste?

—No tengo por qué contártelo.

—No, pero me interesa. Toda tú me interesas.

Y lo dice así, en voz baja, sin presionar, sin chantaje. Como si pudiera responderle que no y él aceptaría sin protestar. Y eso me obliga a contárselo.

Cojo aire antes de empezar.

—Tatúo emociones —digo—. Eso es lo básico. Si te dibujo una runa con la aguja y tinta sobre tu piel, puedo provocarte algo; calma, ansiedad, sueño, diarrea… lo que sea. Funciona durante unas horas, a veces unos días. Depende del tamaño de la runa, de la cantidad de tinta utilizada y de la presión.

—Vale…

—Cuando tatúo a alguien también recibo emociones suyas: sensaciones, frases, recuerdos no muy claros… Lo que la persona lleva dentro y no dice.

—¿En serio?

—Sí.

—Eso es bastante peor que un beso mortal.

—Es lo que hay.

—¿Qué has percibido en mis emociones?

Me planteo si decirle la verdad o no. A nadie le gusta que se metan en su cabeza. Sin embargo, decido que, si estoy siendo sincera por una vez, voy a hacerlo bien.

—«Si quieres irte, vete». Es lo que escuché.

Preston cierra los ojos, vuelve a suspirar y asiente.

—¿Y cuándo descubriste que podías hacerlo?

Me callo durante varios segundos. Porque esa es la pregunta que alguien te haría si quisiera empezar de cero contigo.

—Tenía diez años…

Trago saliva otra vez.

—Estaba en el centro genético con las demás. En mi tiempo libre, me pasaba el día dibujando.

—¿Con qué?

—Con lo que pillara: bolis, lápices, rotuladores, ceras… Lo que encontrara. Dibujaba en cuadernos, en servilletas, en las paredes… No me limitaba solo al papel.

—¿Y qué pasó?

—Un día empecé a dibujar sobre la piel de alguien.

—¿La de quién?

—La de Row. Le pinté un pájaro pequeño en la muñeca con un boli azul. Y mientras se lo hacía, Row se durmió. Yo sentí que estaba muy cansada y solo quería que desconectara. Otro día, Day suspendió un examen y empezó a llorar. Para distraerla, le dibujé unos corazones. Y su ansiedad me entró por la mano, me subió por el brazo y se me quedó dentro tres días.

—Joder… Y con diez años, ¿qué pensaste?

—Me asusté.

—Tiene sentido.

—Estuve tres días llorando sin saber por qué. Mis hermanas no sabían qué me pasaba. Y yo no tenía cómo explicarlo. Hasta que un día Neva me preguntó: «Nao, ¿lloras por ti o por otra persona?». Neva siempre ha sido lista. Y entonces caí. A mí no me pasaba nada, pero me costaba diferenciarlo.

—¿Y qué hiciste?

—Probé otra vez. Le dibujé a Neva un sol pequeño en el brazo. Estuvo toda la tarde riéndose como si estuviera colocada. Sin motivo. Y yo pasé tres horas de muy buen humor sin haber dormido bien la noche anterior. Entonces supe que no era una coincidencia. Se lo contamos a Madre.

Preston me mira con la cara de quien empieza a entender que esto no termina en una anécdota tierna.

—¿Y qué hizo Madre?

—En ese momento dejó de ignorarme y me llevó a su laboratorio. Me hizo dibujar cosas durante semanas en la piel de gente que no conocía. Me pedía que dibujara símbolos que no entendía. Y la gente me transmitía emociones que no me gustaban. La mayoría de las veces eran para hacer daño.

—¿Daño?

—Madre quería ver hasta dónde podía llegar. Y para verlo había que experimentar con gente inocente.

—Joder…, ¿torturaste a personas?

—Solo era una niña. Una niña que quería que su madre le prestara atención. Y por primera vez en mi vida la tenía. Así que

dibujaba lo que me pedía. Hasta que un día, no recuerdo bien la fecha, dejé de poder hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque me saturé. Cargué con demasiadas emociones traumáticas durante demasiadas horas y tuve una crisis epiléptica que no era mía, sino de una persona a la que estaba tatuando. En ese momento descubrimos que los tatuajes eran más eficaces que los bolígrafos.

—Joder, Nao…

—Ahí Madre me dejó la autoestima por los suelos. Y me obligó a entrenar para ser más dura. Así soy de simpática ahora… Tuve que aprender a protegerme. A poner muros. A procurar que no se me acerquen demasiado. Por eso soy como soy. Misterio resuelto.

Preston me mira durante varios segundos sin hablar. Yo le sostengo la mirada porque, después de contar lo que acabo de contarle, ya no puedo bajar los ojos sin sentirme una cobarde.

Entonces, él hace algo que me destroza. Se aparta de la pared y camina hasta mí. Sin decir nada, me coge la mano. La mano con la que tatúo. La que llevo viendo como una herramienta de Madre desde los diez años. Me la coge despacio y se la lleva a la boca para besarme los nudillos uno a uno. Solo cinco besos cortos en cinco nudillos.

Y luego me la deja apoyada en su mejilla.

—Preston, no…

—Solo quiero sentirte un momento.

—No me gustan estas cosas.

—Ya casi está.

—Preston, por favor…

—Aguanta unos segundos más. Por mí.

Y lo hago. Aunque el cuerpo entero me esté gritando que la aparte, me ría de él y rompa el momento tierno con un chiste. Aguanto los segundos completos hasta que él me suelta.

Y, cuando lo hace, se queda delante de mí.

—Gracias por contármelo.

—No es nada.

—Lo es todo, Nao. Es absolutamente todo.

No sé qué decir a eso. Porque tiene razón. Acabo de darle una parte muy íntima de mí. Y eso me da más miedo que cualquier arma del mundo.

Cierro los ojos un segundo.

—Preston…

—¿Qué?

—Esto que está pasando entre nosotros.

—¿Sí…?

—No sé qué hacer con ello. No he tenido una relación normal en mi vida. Solo he estado con tipos a los que podía echar de mi apartamento en un par de horas.

—O huir del suyo…

—Sí. Esto nos ha unido, pero yo no sé estar con alguien normal.

—¿Normal?

—Sin la esperanza de que alguno de los dos muera en la misión.

Él suelta una risotada.

—No estoy de coña, Preston. ¿Qué haremos después?

—¿Te refieres a si los dos hemos sobrevivido? —dice burlón.

—Sí. Justo a eso.

—No lo sé. Cuando lleguemos a ese puente ya lo cruzaremos.

—¿Y luego?

Me mira como si el futuro le importara una mierda. Y eso hace que me guste más todavía.

—Luego, no lo sé. Pero me muero por llegar al sitio en el que tengamos que aprender a estar juntos sin que ninguno de los dos esté en peligro de muerte.

—Eso puede ser demasiado para mí, Preston. Quiero que lo sepas.

—Cuento con ello.

—Ah, ¿sí?

—Nao, tú conviertes las emociones en armas. Yo llevo dos años prometiéndole fidelidad a una mujer que ya no está en mi vida. No

somos precisamente material para una comedia romántica.

Resoplo.

—Entonces, ¿qué será de nosotros?

—Supongo que la iremos fastidiando poco a poco hasta descubrir si somos capaces de superarlo.

—Suena muy optimista.

—Bueno, confío en nosotros. No todos los días apunto con un arma a una persona a la que también quiero besar.

Todos los poros de mi piel responden a esa frase. Y él lo nota, por lo que se inclina hacia mí y me besa despacio. Como si fuera una promesa.

—Ahora me voy —dice de pronto, apartándose de mí.

—¡¿Te vas?!

—Sí. No creo que puedas soportar más emociones por hoy.

—Para ser un policía semicorrupto eres muy considerado.

—No soy… —empieza a decir, pero se calla, seguramente al darse cuenta de que ahora que ha aceptado ayudarnos, esas normas tan estrictas por las que siempre se rige empiezan a desdibujarse.

Lo agarro y lo acerco mucho a mí para besarlo como beso yo a los hombres que elijo. Con la nueva y rara sensación de que alguien me ha visto de verdad y no ha salido corriendo.

Joder…

¿Y qué hago yo ahora con todo lo que siento?

¿Qué hago con un hombre que sabe exactamente qué soy, qué he hecho, qué le he hecho y, aun así, me besa la mano?

¿Qué haré con esto cuando todo termine?

Porque algún día terminará. Nada es para siempre. Y a Madre siempre hay que rendirle cuentas.

Capítulo 34

Preston

Me besa de una forma que empieza a serme familiar. Muy Nao.

La manera de cogerme la cara, la lengua entrando sin pedir permiso y esa firmeza con la que se aprieta contra mí, exigiendo lo que quiere.

Y yo, por fin, me dejo llevar.

Le devuelvo el beso despacio porque llevo dos minutos diciéndome a mí mismo que hoy voy a ser un caballero, que voy a dejarle el espacio que necesita después de lo que acaba de contarme. Pero ella me besa así. Y no tengo más remedio que quedarme y follármela con todo mi ser.

Le subo la camiseta lo justo para notar el calor de su cuerpo contra el mío.

Un cuerpo que se está entregando a mí después de abrirse en canal, destrozándome algo por dentro que no sabía que se podía romper otra vez.

—Nao… —murmuro contra su boca.

—¿Qué?

—¿Estás segura de esto?

—Si vuelves a dudarlo, te juro que cojo la pistola y te disparo yo a ti.

Me río contra su cuello.

—Oído…

Y ella, sintiendo la risa sobre su piel, se aprieta un poco más contra mí, haciendo que todo mi cuerpo responda a la vez.

Los cuatro días soportando el recuerdo de cómo se siente tener a esta mujer entre los brazos me caen encima de golpe, sin avisar.

—Vamos a la camilla —sugiero.

—¿En serio?

—Llevo varias semanas tumbado bocabajo en esa cosa. Hoy te toca a ti.

—Eres un rencoroso.

La elevo sin esfuerzo.

Pesa menos de lo que debería pesar una mujer que va por la vida con esa actitud. La deposito sobre la camilla con cuidado, como si fuera una pieza frágil cuando los dos sabemos que es justo lo contrario.

Ella arrima el trasero al borde y yo me coloco entre sus rodillas, de pie. Me mira con esa cara que pone cuando está esperando a ver qué hago y levanta una ceja juguetona antes de que yo abra la boca.

—¿Cuál es el plan, poli?

—El plan es torturarte lentamente. Como tú hiciste conmigo.

—No te atreverás…

—Prepárate para sufrir.

—¡Estoy lista! —dice casi feliz.

—Hoy quiero disfrutarlo sin sentirme culpable —confieso.

Algo se le mueve en la cara cuando lo digo. Es una pequeña grieta, pero enseguida se recompone.

—¿Tenías que estropearlo? ¡Tortúrame ya!

Sin dejar que conteste, me agarra del cuello de la camiseta y me atrae sobre ella de nuevo.

Y ahí se va al carajo el plan de ser un caballero, de mantener las distancias y de pensar antes de actuar.

Porque Nao besa sin dejarte opciones de nada.

Le beso el cuello y encuentro la marca que le dejé hace unos días. Sigue ahí. Casi borrada. Y, por alguna razón, eso me sacude con fuerza. Porque significa que eso pasó de verdad. Que Nao existe

y no la he imaginado durante una crisis nerviosa provocada por una tatuadora psicópata.

Tuve otras relaciones antes de Rebecca, pero solo he conocido a dos personas a quienes me apeteciera ponerles la palma de la mano abierta sobre el vientre solo para aprenderme su curvatura.

Ella baja la vista a mi gesto, como si entendiera que es algo especial y no quisiera interrumpirme. Luego nos miramos con intensidad.

—No hagas eso —musita.

—¿El qué?

—Mirarme como si fueras a escribir una biografía sobre mí.

—Demasiado tarde. Ya voy por el capítulo seis.

—Pues quémalo.

—No puedo. Una tatuadora borde vende mucho.

—Te odio.

—No es cierto.

—Un poco sí.

—Más bien creo que me quieres.

—Eso no lo digas ni en broma.

Y entonces se endereza y me besa con una fuerza desmedida. Quizá porque discutir conmigo es agotador. O porque los dos sabemos que llevo razón y le jode.

Sea como sea, el gesto hace que ya no me sienta culpable. Y eso es mucho para mí.

Dejo de besarla porque tengo algo urgente que decirle muy bajito:

—Voy a comerte entera… Y no dejaré que te corras hasta que yo quiera.

Siento la impresión que causan mis palabras en todo su cuerpo. En cómo le sube y le baja el pecho de pura expectación.

—Sí… Hazlo… Por favor…

Me deshago del resto de su ropa despacio, poniéndola más nerviosa si cabe. Me acerco a ella, apoyando las manos sobre la camilla a los lados, y la beso donde he querido hacerlo desde que la

vi. Profundamente. Sin urgencia. Noto cómo su cuerpo pide más sin tener que decirlo.

—Vas a recibir lo que mereces….

—No me hagas ilusiones, Preston.

Me la como con la calma de quien sabe que tiene toda la tarde por delante y no necesita demostrar nada. La oigo gemir en respuesta.

Pero no es el gemido de la otra noche. Es otro. Más bajo y callado. Como si ella misma se sorprendiera de oírlo.

Estamos en un sitio en el que ninguno de los dos había estado antes con otra persona. Y lo estamos construyendo a la vez, gemido a gemido, beso a beso.

Cuando la dejo correrse, lo hace con los dedos enredados en mi pelo con fuerza, emitiendo un sollozo casi animal. Después le beso el muslo derecho y le doy un segundo para volver al plano terrenal.

—Joder, Preston…

—¿Ha sido lo bastante «normal»?

—Ha sido… Jodidamente increíble.

De pronto se endereza y va directa a hacer lo mismo. Como si me lo debiera.

—¿A dónde vas?

—A devolverte el favor.

—De eso nada.

—¿Cómo que no?

—Ahora no.

—No quiero estar en deuda contigo.

Levanto una ceja.

—¿Tú nunca haces nada sin pedir nada a cambio?

Me mira como si hablase otro idioma.

La vuelvo a tumbar y me acomodo encima suyo, pero antes de meterme dentro de ella, antes de cualquier otra cosa, le digo, mirándola a los ojos a un palmo de distancia:

—No me debes nada, Nao. Me basta con tenerte entre mis brazos.

Aprovecho su estupefacción para entrar en ella como si fuera algo sagrado y ambos gemimos con sorpresa. Como si estuviéramos seguros de haber idealizado el encuentro anterior. Pero no. Está resbaladiza y yo muy duro. Mejor combinación imposible para morir de placer.

La miro mientras me muevo dentro de ella para memorizar cada gesto, cada respiración, cada arqueo de cejas. Y en un momento dado, me clava la mirada como nunca nadie lo había hecho en mi vida.

Dirá lo que quiera, pero esto es imparable. Siempre lo ha sido.

Me corro en su interior, con mi frente apoyada en la suya, y nos quedamos un minuto así, sin decir nada.

No porque no tengamos nada que decir, sino por lo contrario. Hay demasiadas para una sola vida.

Joder… Si le cuento a Danny la mitad de esto, me expulsa del cuerpo. Si le cuento la otra mitad, me ingresa él mismo en un psiquiátrico.

Y si me oye decirle, además, que me estoy enamorando de una tatuadora que dibuja runas mágicas en la espalda de la gente, me deshereda como hijo no oficial.

—Bueno… —murmura ella por fin.

—Bueno… —repito.

—Follar aquí ha sido una idea horrible. ¿Cómo voy a concentrarme mañana?

—Gracias por el cumplido. —Sonrío halagado.

—¡No lo era! —Me da un codazo en las costillas. Gimo de dolor, pero sigo sonriendo.

—Eres igual de agradable después del sexo. O sea, nada.

—Sin embargo, tú eres mucho más pesado. ¡Quítate de encima!

Me muerdo otra sonrisa, Nao suspira y me aparto un poco.

«¿Y ahora qué?», parecen significar sus mejillas sonrojadas. Y me doy cuenta de que no tiene ni idea de cómo proceder porque nunca había llegado tan lejos con alguien. Es decir, a no desear que se

marche deprisa. Esto es nuevo para ella, porque… ¿no quiere que me vaya?

—Oye —me animo a decir.

—¿Qué? —contesta mientras busca sus bragas.

—¿Puedo preguntarte algo?

Nao me mira con sospecha.

—Mejor no.

—¡Ni siquiera sabes qué es! —me mofo.

—La experiencia me dice que esa sonrisa nunca trae nada bueno.

Dudo un segundo porque no quiero asustarla. Y sé que, depende de lo que diga ahora, querrá salir corriendo.

—¿Me invitas a dormir a tu casa? —me arriesgo.

Nao me mira sin parpadear. Se queda congelada, pensando.

—¿Por qué?

—Porque el otro día no dormiste conmigo y me quedé con las ganas. Además, quiero ver dónde vives.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar extrañada.

—Porque así puedo imaginarte cuando no estamos juntos.

—¡Puaj! —Hace el gesto de vomitar.

«Error, Preston».

—Ya estabas tardando en decir alguna tontería… Mi casa es muy aburrida.

—Eso no me lo creo.

—Es completamente blanca —suelta de pronto.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. No hay ni una mota de color.

—Ahora necesito verla sí o sí.

—Da miedo. De verdad…

—Cada vez tengo más ganas de ir.

Nao se pasa una mano por la cara. Como si estuviera agotada.

—No tendrás una anaconda, ¿no? Porque eso te pegaría mucho.

—No.

—¿Un cocodrilo?

—Tampoco.

—¿Un laboratorio ilegal?

—Ojalá…

—Entonces, vamos.

Ella se queda mirando un punto fijo y sé con exactitud qué está pasando por su cabeza.

No le da miedo enseñarme su casa, le da miedo enseñarme otra parte de ella. Una que no sabe esconderse detrás de su actitud negativa y frases cortantes.

—Desde luego, sería una prueba de fuego —admite al final.

—¿Para quién?

—Para los dos.

—Suena divertido.

—Eres un jodido pirómano, ¿lo sabías?

—Me has descubierto. Soy un bombero frustrado.

Nao resopla divertida. Y luego me mira con esa expresión que suele aparecer justo antes de tomar una mala decisión.

—Vale. Vamos…

—¿En serio?

—Sí.

—¿Me estás invitando oficialmente?

—No empieces a emocionarte.

—Imposible.

—Si te pones romántico, te echo.

—Anotado.

—Y si haces comentarios sobre la decoración…

—Eso no puedo prometértelo. Es más fuerte que yo.

Nao cierra los ojos, derrotada y encantada.

Y mientras la sigo hacia la puerta del estudio, me doy cuenta de una cosa terrible:

He sobrevivido a asesinos, a policías corruptos e incluso a una diarrea provocada mágicamente, pero tengo la sensación de que lo realmente peligroso empieza ahora.

Capítulo 35

NAO

Row lleva veinte minutos torturando un cordero como si tuviera algo personal contra él.

—Ten cuidado o vas a destrozarle la fibra —le advierto desde la encimera.

—Es mi cordero y me lo follo como quiero.

—Es nuestra cena.

—Pues no me toques los ovarios mientras cocino y disfrútalo.

Day, sentada en uno de los taburetes con una copa de vino, levanta las cejas hacia mí como diciendo: «no merece la pena discutir».

Hago caso y me alejo de la cocina. Voy a la zona del salón, donde Jesse intenta abrir una botella de vino con el sacacorchos eléctrico que Row se compró el año pasado por capricho.

—¿A qué hora viene Preston? —me pregunta Jesse.

—A las siete.

—¿Y Evan?

—A la misma.

—Joder… Si Preston llega antes va a parecer una emboscada.

—Es que es una emboscada, Jesse.

—Ya, pero hay emboscadas y emboscadas.

Neva baja en el montacargas, va demasiado arreglada para usar el tobogán. Lleva un jersey *beige* enorme y unas botas altas. Necesita estar extra *sexy* porque Evan no sabe que esto es una cena estratégica. Le ha dicho que vamos a celebrar un ascenso. Todas

querían fingir que iban a presentarle a mi nuevo novio, pero me negué en rotundo. Por encima de mi puto cadáver, joder.

Preston no es mi… eso. Solo es… un follamigo indefinido.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto a Neva al verle la cara.

—Un poco. Solo espero que Evan no se enfade.

—Una pregunta…, ¿lo quieres más a él o a nosotras?

—No tiene gracia, Nao.

—No lo decía en broma.

Me mira como si no supiera si llorar o pegarme. Al final se encoge de hombros.

—Por supuesto que más a vosotras, aunque últimamente estoy sintiendo algo muy…

—Me conformo —la corto, antes de que empiece a hablarme de sus sentimientos. Ya tengo bastante con tener que lidiar con los míos.

—¿Y tú a Preston? —se mofa.

—Zorra. Yo no le quiero… —mascullo.

—Todavía. —Sonríe.

Le enseño el dedo corazón en respuesta.

A las siete menos cinco suena el portero del edificio y Day pulsa el botón sin preguntar quién es. Sabemos que es Preston. La puntualidad no es el fuerte de Evan. Y solo Preston Reed llegaría cinco minutos antes. De hecho, probablemente lleve veinte minutos en la acera de enfrente, comprobando la entrada del edificio como si estuviera infiltrándose en una organización terrorista.

Cuando sale del montacargas, se me pone la piel de gallina.

Lleva camisa blanca, pantalón oscuro y la cara más seria que le he visto en dos meses. ¿Dónde está esa estúpida sonrisa que me saca de quicio? Porque esa cara de matón me pone demasiado.

Trae una botella de vino en una mano y un ramo pequeño de flores en la otra.

Joder, Preston… ¡Gracias por cagarla!

—Tranquila, son para la cocinera —me dice, ofreciéndole las flores a Row, que está de espaldas con el delantal puesto.

Row se gira despacio y mira las flores. Luego a Preston y vuelve a mirar las flores.

—Dios santo… Un poli con modales. Si te cansas de mi hermana, avisa y puede que te deje darme un revolcón.

—Buenas noches, Row —saluda él sonriente.

Le lanzo una mirada de advertencia a Row que, por supuesto, ella ignora. Sé que no dice en serio lo del revolcón. Solo intenta provocarme, como siempre.

—Bienvenido, poli.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí. Aléjate de la cocina y bebe vino. Eres un invitado.

Preston asiente y deja la botella en la encimera. Day, Jesse y Neva lo miran con expectación y se presenta él mismo formalmente. Supongo que no contaba con que yo lo hiciera. ¡Puaj!

Al fin se gira hacia mí y me mira. Su cara se transforma para ofrecerme una mirada honesta. Solo a mí.

—Hola, Nao.

—Hola, poli…

—Estás muy guapa.

—Y tú estás aquí. Gracias por venir.

—Ya me las darás luego.

Le sostengo la mirada traviesa, recordando lo bien que lo pasamos anoche.

Primero alucinó con el montacargas. Es muy original con ese aire *vintage* e industrial. Y cuando entró en mi apartamento se quedó con la boca abierta.

—¡Joder…! ¡Pensaba que era una broma!

—Yo nunca bromeo.

—Lo anoto. ¿Y encuentras algo con todo tan blanco?

—Sí, soy extremadamente ordenada. Podría encontrar cualquier cosa con los ojos cerrados.

Él me tapó los ojos y me instó a encontrar su boca. Lo que pasó después fue una escena no apta para menores de edad.

Me deshago del *flashback* porno y de reojo veo que Day lo está captando, intentando no sonreír. Aparto los ojos y me sirvo más vino porque hoy lo necesito.

A las siete y diez suena el portero otra vez. Es Evan…

Neva se levanta de un salto, se alisa el jersey y respira hondo.

—Voy…

—¿Estás bien? —le pregunto.

—He metido a mi novio en una emboscada. No, no estoy bien.

Y se va hacia el montacargas.

Cuando vuelve, sale con Evan a su lado. El pobre hombre viene a celebrar un ascenso inexistente y se está dando cuenta, segundo a segundo, de que algo no cuadra. Demasiada gente.

Su reacción es apretar una botella de vino contra su pecho como si fuera un escudo.

—Hola a todos —dice Evan—. Gracias por la invitación.

—Bienvenido —responde Day—. Pasa y siéntate. ¿Te sirvo?

—Sí, por favor.

Le servimos vino en una copa y le señalamos un sitio en la mesa larga, deliberadamente al lado de Preston. Evan se da cuenta de que no estamos sentados como siempre.

Nos acomodamos todos y Row trae el cordero.

Hay diez minutos de cortesía con menciones a que el cordero está perfecto, que si la receta la sacó de internet, que si el tiempo está cambiando…

Hasta que Day deja la copa sobre la mesa con una intención muy clara.

—Evan…

—¿Sí?

—Sabes que no hemos venido a celebrar un ascenso, ¿no?

—Lo he supuesto al verlos a ellos. ¿Qué es? ¿Un ritual satánico de novios? ¿Vais a fabricarle uno a Row con partes de nosotros?

—¡Oye…! —exclama Row—. ¡Esa es muy buena idea!

—No se trata de eso…, sino de… McCain.

Evan mira a Neva. Y ella baja los ojos. Evan carraspea.

—¿Qué pasa con McCain?

—¿Cuándo empezaste a trabajar para él? —pregunta Preston.

Evan gira la cara hacia él.

—¿Quién eres tú? —le increpa—. Aparte de la nueva víctima de Nao.

—¡Eh! —exclamo—. Eso me ha gustado.

—Soy policía, trabajo en Asuntos Internos y llevo meses investigando a McCain. Cuando Nao estuvo en mi casa, vio tu cara en mi pizarra de investigación. Por eso estamos aquí. Neva te preguntó, y cuando le contaste lo del chantaje, elegí darte el beneficio de la duda. Aprovéchalo bien.

—¡*Wow*! —exclama Row—. ¡Un poli duro! Creo que he mojado las bragas.

Capta mi mirada heladora, a la que ella contesta lanzando un beso en mi dirección.

Evan vuelve a mirar a Neva algo cabreado, pero ella no está operativa. Él entiende que se encuentra solo. Y se queda pensativo.

Esto ya no es una cena entre amigos. Esto es un policía interrogando a un informante. Solo que el policía no lleva uniforme y el informante está cenando cordero.

—¿Cómo conociste a McCain?

Evan respira hondo, acorralado. Bebe de su copa y la deja.

—Hace diez años. Tenía veintidós años y demasiado talento en lo mío para no caer en algo turbio.

—¿Qué es lo tuyo?

—Soy informático. *Hacker* en mis ratos libres. Entré en un sistema federal por hacer la gracia y me cogieron, pero antes de que el caso llegara a la fiscalía, McCain apareció en el calabozo y me ofreció un trato.

Todas nos miramos sorprendidas. Sabíamos que Evan era bueno con los ordenadores, pero… ¿entrar en un sistema federal? Él mismo nos dijo que sus capacidades no llegaban tan lejos, aunque no lo recuerda porque justo después Neva le borró la memoria.

—¿Qué trato?

—Mi caso desaparecería de la base de datos si trabajaba para él. Cuando él dijera, lo que fuera y sin hacer preguntas.

—¿Y aceptaste?

—Tenía veintidós años. Claro que acepté.

—Desde entonces…, ¿qué te ha pedido?

Evan hace una pausa y vuelve a mirar a Neva. Ella le sostiene la mirada esta vez. Se dicen tantas cosas en un solo vistazo que me abruma. Vuelve a mirar su copa y se traga lo que sea que estuviera pensando.

—No puedo contestar a eso.

—Tienes que contestar, Evan —ordena Day.

—¿Por qué? —responde irritado.

—Porque, si colaboras, cuando McCain caiga, tú saldrás limpio —ofrece Preston.

—¿Limpio?

—Del todo.

—Eso es imposible.

—Puedo garantizártelo por escrito si hace falta. Como agente de Asuntos Internos puedo protegerte.

Evan mira a Preston durante varios segundos y algo en su cara me hace pensar que le cree.

—¿Qué es lo último que te ha pedido? —insiste Preston.

Evan suspira pesaroso.

—Borrar el rastro de una transferencia de dinero para una campaña política.

—Joder… —suelta Jesse.

—¿Y por qué te pidió algo así? —cuestiona Preston.

—No me lo dijo. Solo lo hice y cobré.

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—¿Por borrar una transferencia?

—Sí.

La mesa está llena de ojos saltones.

—Como para preguntar algo… —musita Day.

—¿Eres rico, Evan? —pregunta Row directa.

—¡Row…!

—Si lleva diez años cobrando esas primas…

—¿Cuánto cobras tú por incinerar cadáveres? —inquiere Preston.

—Una miseria. Y es mucho más complicado que borrar transferencias, crear identidades falsas o interceptar llamadas. Eso sin mencionar lo que hago en mi otro trabajo…

—Cállate, Row —mascullo. Aún no le he contado a Preston que, aparte de tener habilidades especiales, también somos asesinas. Por suerte, parece centrado en que Evan no salga corriendo de un momento a otro.

—¿Qué campaña política era?

Y aquí Evan mira a Preston con la cara de un hombre que va a tirar la bomba que llevaba encima.

—La del senador McCain, claro. Es su hermano.

—¿Su hermano? —pregunta Day, alucinada.

—Sí.

—Joder —repite Jesse.

Eso tiene sentido. Con la cantidad de apellidos iguales y parecidos que hay en la ciudad, nunca nos habíamos planteado que el jefe de la policía de Chicago y el candidato a la presidencia estuviesen emparentados. Pero seguro que es algo que se sabe y que, además, juega en su favor para las elecciones.

—Por eso he callado durante diez años. Los McCain tienen comprada a media ciudad. La Fiscalía General. Dos jueces federales. Comisarías enteras… Incluso dos miembros del Comité Judicial del Estado. Ese hombre no puede caer. Por mucha investigación que hagas, no caerá. Te matarán antes de que salga a la luz.

Me tenso al escuchar eso. Y miro a Preston. Lo veo dejar la copa de vino sobre la mesa muy despacio sin mirar a nadie. Tiene esa pose de poli cuando registra información peligrosa. Calmado por fuera. Calculador por dentro.

—Y yo también estoy muerto por darte esta información —se lamenta Evan, mirando a Neva con una acusación velada—. Esos

tipos juegan en otra liga.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Row, que lleva un rato callada por primera vez en su vida.

—No lo sé —dice Evan—, pero conmigo no vais a conseguir nada.

—Y sin ti tampoco —alude Preston—. ¿Estás dispuesto a colaborar?

Evan mira a Neva. Ella le sostiene la mirada. Evan vuelve a mirar a Preston.

—Solo si me garantizas que a Neva no va a pasarle nada.

Se hace un silencio en el que el romanticismo nos provoca un aneurisma a todos. O quizá sea solo a mí. Porque Neva deja escapar un pequeño suspiro tembloroso que solo oigo yo.

—Hecho —dice Preston.

—Lo quiero por escrito.

—Lo tendrás.

—Bien.

—Bien.

Evan suelta el aire como si llevara años aguantándolo.

—¿Podemos hablar? —musita Neva hacia Evan.

—Vale.

Cuando se levantan de la mesa, Row protesta.

—¡Otros que van a echar un polvo! ¡Es injusto! Échame más vino, joder.

Day descorcha otra botella con una risita y nos sirve a todos de nuevo. Tras beberse la copa de un trago, Row se va a la cocina a sacar el postre de la nevera, gruñendo algo sobre senadores, polis e informáticos folladores.

Preston aprovecha para inclinarse hacia mi oído y decir:

—Esto se ha complicado.

—Lo sé. Pero… ¿sigues estando de nuestro lado?

—Siempre. ¿Y tú?

—Claro.

—¿Aunque esté implicado un senador que va a amañar las elecciones?

—Con eso más todavía.

—Eres muy idiota, Nao.

—Desde que llegaste a mi vida mucho más.

—Creo que me pasa lo mismo —replica, apoyando la mano en mi muslo por debajo de la mesa con un gesto posesivo. Y por primera vez en mi puta vida no le aparto la mano a alguien que me toca. O no quiero apartársela. No sé. Da igual.

Mañana ya pensaré en qué significa eso. Hoy no es el momento.

Hoy hay senadores tramposos, *hackers* en deuda y un cordero en la mesa que se está enfriando.

Y, sorprendentemente, me siento optimista si Preston está a mi lado.

Capítulo 36

Neva

Cierro la puerta del apartamento con un suave chasquido y apoyo la espalda contra ella durante un segundo. El silencio nos envuelve de inmediato.

Evan deja la cartera sobre la encimera de la cocina y se gira hacia mí con esa media sonrisa que utiliza cuando cree que estoy pensando demasiado. La conozco bien. Es la misma con la que intenta convencerme de que no pasa nada cuando ha pasado de todo.

—¿Qué? —pregunta al ver que no dejo de mirarlo.

Niego con la cabeza.

—Nada.

Levanta una ceja.

—Llevas cinco minutos diciendo «nada» con la cara.

Resoplo por la nariz, incapaz de sostener la mentira ni diez segundos más.

—Has aceptado ayudar a Preston.

Él se encoge ligeramente de hombros, como si acabara de decirle que mañana va a comprar pan.

—Sí.

—Así, sin más.

—Así, sin más.

Me aparto de la puerta y camino hasta el salón, intentando ordenar el caos que tengo dentro. Él me sigue sin hacer ruido.

—¿Sabes lo peligroso que puede llegar a ser eso?

—Más o menos.

Me giro de golpe.

—No, Evan. No lo sabes.

Yo sí lo sé.

He visto demasiados cadáveres por acercarse a las personas equivocadas. Sé perfectamente lo que significa enfrentarse a alguien que cree estar por encima de la ley.

Y justo por eso me aterra.

Él se queda frente a mí, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Preston necesita ayuda —comenta Evan.

—Eso no significa que tengas que ser tú.

—Soy la única persona que puede hacerlo.

—También eres la única persona que puede terminar pagando el precio. Además, me dijiste que no sabías entrar en un servidor como el de la policía federal, y era mentira.

—¿Cuándo dije eso?

¡Mierda! Había olvidado que le borré ese recuerdo.

—Da igual. ¿Por qué no me dijiste que eres un *hacker* de ese tipo?

—Porque no quería que me miraras como lo estás haciendo ahora mismo, Chispa.

—No sé a qué te refieres.

—Crees que soy una mala persona.

—Eso no es cierto. Solo… —Bufo con fuerza—. Estoy conociendo una parte nueva de ti.

—¿Tú no tienes nada que ocultar? ¿Siempre me dices la verdad?

Este es el momento exacto en el que debería armarme de valor y contarle toda la verdad, pero no lo hago. Sé que esta noche se acabará enterando, aun así, prefiero guardar silencio porque de esa manera podré disfrutar de al menos unos minutos más siendo para él solo la chica de la purpurina. No la asesina despiadada ni la que le ha borrado los recuerdos más veces de las que soy capaz de contar.

Mi silencio responde por mí.

Durante unos segundos ninguno dice nada. Él da un paso hacia mí. Después otro. Hasta quedar tan cerca que casi puedo notar el calor que desprende.

—¿Estás enfadada conmigo?

Bajo la mirada.

—No.

—Entonces…

Sus dedos buscan los míos despacio.

—¿Qué pasa?

Qué pregunta tan sencilla. Qué respuesta tan complicada.

Aprieto los labios.

—Me preocupas.

Él sonríe con dulzura.

—Siempre te preocupo.

—No así.

Silencio. Levanto la vista.

—Antes, cuando hacías alguna locura informática, pensaba que acabarías con una multa o con el ordenador confiscado.

Él suelta una pequeña risa.

—¿Y ahora…?

Mi voz se rompe apenas un instante.

—Ahora tengo miedo de que un día alguien llame a esta puerta para decirme que no vas a volver.

Su sonrisa desaparece por completo. Me observa como si acabara de descubrir una parte de mí que ni yo sabía que existía.

—Chispa…

Niego lentamente.

—No sé qué me está pasando contigo.

Es la primera vez que lo admito en voz alta.

Ni siquiera delante de mí misma había sido capaz de ponerle palabras.

—No debería sentir esto.

Porque nunca lo he sentido. Porque el cariño siempre ha sido un lujo incompatible con mi trabajo. Porque querer a alguien significa

regalarle el mapa exacto de todas tus debilidades. Y yo llevo demasiados años sobreviviendo gracias a no tener ninguna.

O eso creía.

Él levanta una mano y me aparta un mechón de pelo de la cara con una lentitud casi reverencial. Como si tuviera miedo de romper algo.

—Ven aquí.

No me lo pide dos veces. Me dejo abrazar. Apoyo la frente sobre su cuello mientras sus brazos rodean mi espalda. No dice nada. Ni falta que hace. Su respiración es pausada. Mi corazón, en cambio, parece incapaz de encontrar el mismo ritmo.

Cierro los ojos.

Nunca había entendido eso de que una persona pudiera convertirse en un refugio. Ahora sí. Porque entre sus brazos el mundo sigue siendo peligroso, solo que deja de parecer invencible.

Él acaricia lentamente mi espalda, subiendo y bajando la mano con una delicadeza que consigue deshacer cada uno de los nudos que llevo acumulando durante el día.

—¿Sabes qué pienso? —murmura.

Niego contra su cuello.

—Que llevas intentando cargar tú sola con todo demasiado tiempo.

Una sonrisa triste tira apenas de una comisura de mis labios. Si supiera hasta qué punto. Levanto ligeramente la cabeza. Nuestros rostros quedan a escasos centímetros. Él me mira igual que siempre. Sin exigencias. Sin esperar nada. Como si la simple posibilidad de estar aquí ya fuera suficiente. Mis dedos ascienden despacio hasta su mandíbula. La acaricio. Él cierra un instante los ojos, disfrutando del contacto. Después vuelve a abrirlos. Hay algo diferente en su mirada. Algo más profundo. Más sereno.

Me inclino muy despacio y nuestros labios se encuentran.

No hay prisa. No hay hambre. Solo un beso lento, construido a base de pequeñas pausas, respiraciones compartidas y caricias que hablan mucho mejor que cualquiera de nosotros.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, ninguno rompe el contacto.

Su frente permanece apoyada contra la mía. Nuestras narices casi se rozan. Mis manos descansan sobre su pecho y puedo sentir el latido firme de su corazón bajo la tela de la camiseta. Él toma aire lentamente.

—Me gusta cuando te quedas callada.

Suelto una risa bajita.

—Eso no lo dice nadie.

—Yo sí.

Sonríe.

—Porque normalmente vas tan deprisa que parece que tu cabeza tenga diez conversaciones al mismo tiempo.

—Doce.

—Me lo creo.

Vuelvo a reír. Y me doy cuenta de que necesitaba hacerlo. Necesitaba dejar de pensar durante unos segundos.

Él besa mi frente. Después una sien. Después la punta de la nariz. Pequeños gestos. Pequeñas promesas que todavía ninguno se atreve a pronunciar.

Nos dejamos caer sobre el sofá sin separarnos demasiado. Mi cabeza termina apoyada sobre su hombro mientras él entrelaza nuestros dedos. No hablamos. Escuchamos nuestras respiraciones. Levanto la mano libre y dibujo distraídamente pequeños círculos sobre el dorso de la suya.

Pienso en Preston, en el senador, en todo lo que está por venir.

Y, entonces, tomo una decisión.

—Pase lo que pase…

Él responde a mi mirada sin apartarla.

—… voy a protegerte.

Lo digo con una serenidad que me sorprende incluso a mí. No es una promesa impulsiva. Es un juramento. Aunque él jamás llegue a entender hasta dónde soy capaz de llegar para cumplirlo.

Él sonríe con esa ternura que solo aparece cuando cree que estoy exagerando. Niega despacio con la cabeza.

—No hace falta.

—Sí hace falta.

—No, Chispa.

Su pulgar acaricia mis nudillos.

—No quiero que vivas pendiente de salvarme.

Hace una pequeña pausa antes de continuar.

—Si alguna vez llega el momento de plantarse delante de algo feo…, prefiero ser yo quien dé el paso primero.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Y dejar que te pase por encima?

—No.

Sonríe apenas.

—Porque mientras yo siga en pie, nadie va a conseguir apagar esa luz que llevas dentro. Y si alguna vez el mundo intenta hacerlo…, tendrá que pasar por encima de mí.

Me acerco de nuevo. Lo beso despacio, con los ojos cerrados, dejando que todo aquello que todavía no sabemos decir encuentre otra forma de existir entre nosotros.

Y mientras su mano se desliza hasta mi cintura y nuestras frentes vuelven a unirse en la intimidad tranquila de este apartamento, comprendo que hay sentimientos que no necesitan una declaración para cambiarte la vida. Solo necesitan a la persona adecuada para hacerte desear un futuro que, hasta hace muy poco, jamás te habías permitido imaginar.

—Por cierto —murmura, rompiendo el momento porque sabe que no nos podemos quedar aquí y debemos volver a bajar—, prepárate porque te voy a llevar a una cita.

—¿Dónde?

—Al barrio más feo del mundo.

Capítulo 37

Nao

Evan y Neva vuelven a los quince minutos mejor avenidos.

Vienen cogidos de la mano y con cara de haber hecho las paces, dos veces…

Se sientan otra vez y observan la tarta intacta con cara de hambre. Row le sirve una porción a cada uno sin preguntar.

—Coméis y os calláis —ordena—. Es tarta de mi abuela.

—Tu abuela no existe —apunta Day.

—Mi abuela es internet. ¿Algún problema?

—Ninguno.

Preston elogia la tarta con énfasis y lo miro de reojo con algo parecido al orgullo. Luego me roza la pierna con la rodilla por debajo de la mesa y yo se la rozo de vuelta.

«Podría acostumbrarme a esto».

El móvil de Evan suena de nuevo y vuelve a colgar al tal Dojo. Neva nos dice que es el dueño de una tienda friki de Chicago que le ha conseguido una nueva figura de *Star Wars* y está ansioso por entregársela. Yo, si fuera ella, vigilaría que en realidad Dojo no tuviera unas buenas tetas y supiera chuparla bien.

Cuando casi todo el mundo ha terminado la tarta, Jesse deja la cuchara sobre el plato reluciente y mira a Day.

—Bueno, es hora de hablar de GenoLabs y las puñeteras niñas *scout*… —dice, mirando a Neva—. ¿Puedo hacerlo delante de Evan?

—Sí… —responde ella insegura—. Ya está metido en esto. Creo que es hora de que lo sepa todo de una vez.

—¿Saber qué? —pregunta Evan.

Neva respira hondo.

—Tendría que habértelo contado hace tiempo, pero no lo hice porque no quería ponerte en peligro.

—Neva, me estás asustando.

Row, desde su silla, levanta la mano.

—¿Puedo contárselo yo?

—¡No! —contestamos todas a la vez.

—Vale.

—Evan, mírame —pide Neva con tacto—. Las cuatro… tenemos habilidades especiales.

—¿Como qué? Y hacer collares de macarrones no cuenta por mucho que te empeñes.

—No. Son cosas como… —Neva busca la palabra—. Como poderes.

Jamás usamos esa palabra para referirnos a nuestras habilidades, pero es justo la que necesita oír un friki y amante de series paranormales como Evan, que abre los ojos fascinado.

—¿Poderes tipo Marvel?

—Algo así.

—¡¿Me estáis tomando el pelo?! —Nos mira a todos.

—Por desgracia, no —responde Day—. En realidad, te has enterado muchas veces, pero Neva te ha tenido que borrar la memoria después.

Se hace un silencio horrible y Evan la mira como la miraría cualquiera que no entiende cómo eso es posible.

—Lo hice por tu bien —se justifica Neva deprisa—. No quería ponerte en peligro. ¡Tú eres mi parte normal del día, Evan! Contigo puedo ser una chica feliz y despreocupada que no tiene que lidiar con tener una habilidad especial porque fui creada en un laboratorio.

—¡¿Os crearon en un laboratorio?! —exclama entusiasmado.

—Sí. A todas…, y nos han estado utilizando para eliminar a gente que nosotras pensábamos que se lo merecía.

—¿Eliminar gente? —pregunta asustado.

—Mala gente —aclara Day—. O eso pensábamos hasta ahora. Queremos acabar con el laboratorio que nos creó porque hemos descubierto que, aparte de crearnos a nosotras, también nos clonaron.

—¡¿Qué?! ¡¿Clones?! —exclama con los ojos desorbitados.

Si no corriera el riesgo de romperme la mandíbula por falta de uso, soltaría una carcajada.

Es curioso que Evan y Preston hayan reaccionado de manera tan distinta a la misma información. El novio de Neva parece incluso emocionado con la noticia.

—Joder…, ¿y qué poderes tenéis?

—Los llamamos habilidades —corrijo seria.

—Me parece alucinante. —Se moja los labios y mira al resto de los chicos—. ¿Desde cuándo lo sabéis vosotros?

—Desde hace veinticuatro horas —admite Preston.

—Yo me crie con ellas —expone Jesse—, pero los hombres del proyecto no desarrollamos ninguna habilidad.

—Los hombres solo sirven para una cosa… —masculla Row maliciosa. Todas la miramos mal y levanta las manos.

—¿Hay más chicos?

—Había —contesta Jesse en un tono que hace que Evan entienda que ya no queda ninguno.

—¿Qué habilidades desarrollasteis vosotras? —pregunta Evan.

—Yo leo emociones —empieza Day—. Sé cuándo alguien miente. Percibo qué está sintiendo de verdad detrás de lo que dice.

—¿Eres una máquina de la verdad? —cuestiona Evan, blanco.

—Algo así. Llevo dos años sabiendo que, cuando me dices que te gusta mi corte de pelo, en realidad piensas que parezco una escoba.

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero lo has pensado.

—Joder… —Se pone las manos en la cara, preocupado.

—Yo doy unos besos mortales —expone Row—. Literalmente. Si beso a una persona, muere a las veinticuatro horas de un fallo multiorgánico.

Evan se queda petrificado.

—No te preocupes —añade Row—. No te voy a besar. Eres demasiado friki para mi gusto.

—Gra… Gracias.

—Puedes estar tranquilo. —Levanta el pulgar Row.

Me cruzo de brazos. Es mi turno.

—Yo tatúo sentimientos. Si te dibujo una runa con mi aguja, puedo provocarte lo que yo quiera. Que te calmes. Que te entre pánico. Diarrea… Lo que sea.

—¿Diarrea? —repite Evan, abriendo mucho los ojos.

—Doy fe —confirma Preston abochornado.

—¡Joder, tío!

—Y, aun así, me quiere —digo sin pensar. Todos me miran y analizo lo que acabo de decir—. ¡O sea…! ¡Quiero decir…! ¡Que, aun así, le gusto! Con caca y todo.

Todos se ríen mientras intento no morirme. Lo que viene siendo mi normalidad.

—Y yo borro la memoria —declara Neva.

Evan se queda mirándola con intensidad. Y todos sabemos lo que está a punto de decir.

—Entonces…, ¿me has borrado muchas cosas?

—Algunas.

—¿Cuántas veces?

—No las he contado.

—¿No las has contado o has perdido la cuenta?

—Evan, escúchame, solo he borrado lo que podía perjudicarte.

—¿Como qué?

—A veces te dabas cuenta de que pasaba algo raro, pero no quería meterte en un lío que condicionara nuestra relación.

—Joder, Neva… ¿Por qué lo hiciste? Lo habría encajado.

—Lo sé, pero…

—Decidiste por mí.

—Lo siento mucho.

—Repetidas veces.

—Sí, pero hoy te lo estoy contando. Porque ya no hay manera de protegerte si no lo sabes. Lo de McCain te lo ibas a comer tú solo. Y las niñas de las galletas le han cogido el gusto a matar a nuestros novios. Ya no estás a salvo, Evan…

El aludido mira a Neva de una forma diferente.

—Necesito tiempo para procesarlo, pero no quiero que vuelvas a borrarme la memoria. Por favor…

Las cuatro nos miramos sabiendo que, si no reacciona bien, se la tendremos que borrar. Por su bien y por el nuestro.

—De acuerdo, hablemos de las niñas… —interviene Jesse.

Neva desliza la mano por encima de la mesa y se la coge a Evan. Él se la aprieta sin mirarla.

Jesse coge aire para empezar.

—He estado investigando posibles localizaciones de dónde pueden tener escondidas a esas niñas.

—¿Y? —pregunta Row.

—Hay una zona restringida en GenoLabs, una a la que ni siquiera yo tengo acceso. Tiene sentido que Madre haya decidido mantenerlas allí, las puede vigilar de cerca.

—Igual que hicieron con nosotros —masculla Day.

—Sí, pero esas crías son mucho más peligrosas, aunque parezcan inofensivas —señala Row.

—A mí nunca me lo han parecido —remarco—. Os dije que me daban mal rollo.

Preston cierra los ojos como si la información fuera surrealista.

—¿Estáis seguros de todo esto?

—Segurísimo —replica Jesse—. Cassandra Cole no recuerda a las *scouts* porque alguna de las niñas le borró haberlas visto y todo ese espacio de tiempo. Obligaron a saltar a Terry antes de entrar en la escena de la cámara. Aún no sabemos qué habilidades tienen las otras dos. Teniendo en cuenta que sus habilidades están mucho más desarrolladas que las vuestras, pero siguen el mismo patrón, es posible que la clon de Row pueda matar de maneras que ni siquiera podemos llegar a imaginar.

—Y Madre las maneja a su antojo —remato yo.

Preston respira hondo. Y Day y Jesse se miran entre sí.

—¿Cómo vamos a acceder a esa zona restringida? —pregunta Preston.

—Es casi imposible hacerlo sin levantar sospechas —responde Jesse.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Row. Su pregunta fetiche.

—El plan es cortarle la financiación a Madre —expone Jesse.

—¿La financiación? —cuestiona Preston.

—Sí. GenoLabs no funciona sin dinero. Recibe financiación privada de muchos accionistas privados, pero hay uno que cubre el ochenta por ciento del presupuesto del laboratorio. Si ese accionista desaparece, Madre no podrá seguir adelante con sus experimentos. Se quedará sin recursos y sin instalaciones.

—¿Sabes quién es el accionista? —pregunta Preston.

—Thomas Hutcher —responde Jesse, sacando un informe.

Preston se queda muy quieto.

—¿Hutcher? ¿El CEO de Hutcher Technology?

—Sí, lo conocí en la gala de recaudación de fondos de hace un par de meses.

—Hay que eliminarlo —sentencia Day.

—¡Me lo pido! —exclama Row entusiasmada—. Tengo ganas de besar a alguien. Espera…, ¿no será un viejo gordo y calvo?

—Es este. —Le enseña Day en su teléfono.

—¡Hostia…! Adjudicado. Lo hago yo.

—Todo tuyo.

Row alza un pequeño puño en el aire, como si acabara de meter un gol en el minuto de descuento. Y se sirve más vino con la otra mano.

—Esperad… —interviene Preston perplejo—, ¿estáis hablando de matar a alguien?

Se hace un silencio incómodo. Uno de los pocos que he tenido en mi vida. Estaba esperando a que Preston saltase desde que hemos

mencionado que hemos matado a gente. Pero se ha callado para que hablemos más y más. Hasta que no ha podido más.

Row lo mira con la boca llena de tarta. Evan le lanza una mirada de soslayo a Neva.

—Sí. Hablamos de que voy a cargarme al accionista cañón.

—Pero… Yo soy policía.

—Enhorabuena. ¿Y?

—Y que estáis planificando un asesinato delante de mí. Eso me hace… cómplice.

Todos nos miramos alarmados. Yo me apresuro a ponerle una mano en el muslo.

—Tápate los oídos, cariño.

—Nao…, hablo en serio. ¿No entendéis el conflicto que esto me plantea?

—Claro que lo entendemos —responde Day tranquila—. Y eres libre de dejar que te borremos la memoria para olvidarlo todo. Porque vamos a hacerlo con o sin ti, Preston.

—Estás con nosotras o contra nosotras, poli —subraya Neva. Y Evan la mira como si acabara de descubrir que su novia es una psicópata de manual, porque lo es.

Tengo la sensación de que Evan no va a conservar recuerdos de esta noche durante mucho más tiempo. Es una pena. Pero no está preparado para esto. Y el poli… está por ver.

Preston se aparta de mi toque y mira a Neva a los ojos. Luego a Row y a Day. También a Jesse. Y, por último, a mí.

—No me podéis poner en esta posición.

—Te has puesto tú solito al perseguir a una Arpía —dice Jesse.

—¿Arpía?

—A.R.P.I.A. Agencia de Respuesta y Programación de Individuos Avanzados.

Y aquí entra Row con la voz más tranquila que le he oído en toda la noche.

—Mira, poli, nos caes bien, que quede claro, pero si te pones quisquilloso con esto, luego te borramos la memoria para que te

vayas a casa con tu alma de Capitán América intacta. No hay problema.

—Lo haré —dice Neva servicial—. Esta vez con tu consentimiento. Tú decides.

Preston nos mira una a una otra vez.

Y, entonces, Day, la única persona en esta mesa capaz de aguantar una negociación de muerte sin ponerse sangrienta, se inclina hacia él y le dice con voz de fiscal:

—Antes de que decidas, quiero que pienses una cosa.

—Te escucho.

—Están clonando bebés en un laboratorio como si fueran ratas. ¿Eso te parece bien?

—No.

—¿Y estás de acuerdo en no hacer nada?

—No, pero hay otras formas que no implican matar a gente inocente.

—¿Te parece inocente un tipo que juega a ser Dios? Porque nosotras somos víctimas directas suyas. Y detrás vendrán más. Creo que tenemos todo el derecho del mundo a impedir que sigan haciendo lo que nos hicieron a nosotras. Ojo por ojo.

Preston respira hondo y resopla. Está claro que en sus férreos principios el ojo por ojo no es admisible.

—Este es el precio de amar a una Arpía, Preston —afirma Jesse, encogiéndose de hombros—. Es lo que hay. ¿Estás dispuesto a asumirlo?

Yo me tapo la cara con las dos manos porque no quiero saber la respuesta. ¿Ha dicho AMAR? Voy a cargarme a Jesse lentamente. Porque sea lo que sea lo que conteste Preston, va a doler.

Pero solo se escucha silencio. Uno largo. Y separo los dedos poco a poco.

Preston me está mirando. A mí. No a Day ni a Row ni a Neva. A mí. Con la cara de un hombre que acaba de cruzar una línea que sabe que ya no podrá descruzar y que ha decidido que la cruza por… ¿amor?

—Vale… Estoy dentro —dice solamente. Y a mí se me cae algo por dentro. Algo que llevaba sujeto con pegamento instantáneo extrafuerte desde los diez años.

—¿Estás seguro? —pregunta Day.

—No, pero me habéis dicho que elija y he decidido.

Row levanta la copa feliz.

—¡Perfecto, brindemos! ¡La noche no hace más que mejorar!

Los siete levantamos las copas y solo se oye el ruido del cristal chocando. No he querido mirar a Preston. Soy incapaz.

Pero cuando dejo de nuevo la copa en la mesa, él vuelve a apoyar la rodilla contra la mía por debajo de la mesa. Y yo, sin pensarlo dos veces, le cojo la mano por debajo del mantel.

No le digo nada. Solo se la aprieto. Y él me la aprieta de vuelta.

Y entre la vergüenza y el asco que me da toda la escena, hay algo escondido que no puedo mencionar en voz alta, ni siquiera pensarlo, pero está ahí. Con la llama encendida. Y los dos lo notamos.

Cuando la cena termina, Evan y Neva se van escaleras arriba. Row termina de recoger la cocina. Su cocina que no quiere que nadie toque ni para limpiar. Y Day y Jesse hablan cogidos de las manos, decidiendo qué hacer.

En ese momento, Preston me coge el codo y me acerca a él.

—Esta noche he comprobado una cosa…

—¿Cuál?

—Que tengo un instinto increíble. Siempre he pensado que tenías pinta de asesina… —Nos sonreímos, no obstante, de pronto, se pone serio—. Pero… ¿soléis matar gente habitualmente?

—Cuando toca.

—Eso no me lo habías contado.

—Te dije que no esperases una relación normal, pero no estás obligado a quedarte. Puedes elegir.

Me mira con una intensidad distinta.

—No, no puedo elegir. Porque quiero estar contigo… Y eso está por encima de todo.

Cierro los ojos un segundo. Y hago que se agache para besarlo en la boca. Delante de mis hermanas y de Jesse. Y soy consciente de que es la primera vez que beso a alguien en público sin que me importe nada más.

Cuando me aparto, le digo en voz baja:

—Bienvenido a las Arpías, poli.

—Voy a necesitar mucho vino.

—Tranquilo, tenemos de sobra.

Capítulo 38

Madre

El maître del reservado privado del restaurante Le Saint-Honoré nos recibe con la habitual inclinación de cabeza de quien sabe que hay ciertos clientes que no se anuncian con el nombre completo.

—Señora Walsh…, señor…, bienvenidos. Su acompañante les espera ya en la mesa.

Le entrego el abrigo a la chica de recepción y le doy un toque a mi pelo en el espejo del recibidor. Una mujer de mi edad no se puede permitir descuidar su apariencia, sobre todo cuando va a cenar con un hombre que paga millones de dólares al año por dejarme trabajar en lo que quiera sin molestar.

A mi lado, Henry me toma el brazo de forma automática.

Jamás pensé que acabaría saliendo con un senador. Llevamos juntos desde que solo era gobernador y vino a ofrecerme financiación federal a cambio de mi silencio por hacer unos análisis del todo ilegales. Lo nuestro empezó como un trato y el tiempo lo convirtió en algo parecido a la complicidad. Que, en mi experiencia, es bastante más útil que el amor.

—¿Lista, querida?

—Yo siempre estoy lista, Henry.

—Lo sé muy bien.

—Al contrario de ti, que no lo estás nunca.

—Finjo no estarlo, pero lo estoy siempre. Para lo que sea.

Cruzamos la antesala y el *maître* nos abre la puerta del reservado.

Tom Hutcher ya está dentro. Y me gusta pensar que la reina de la fiesta siempre llega un poco tarde, aunque sea él quien la pague.

Tom es un hombre joven y atractivo, heredero de una cuantiosa fortuna de tres generaciones. Lleva un traje gris carbón que probablemente cueste más que el sueldo anual de uno de mis técnicos. Y en la muñeca derecha lleva un reloj de seis ceros que solo se vende por encargo en Ginebra.

Se levanta cuando nos ve llegar.

—Doctora Walsh.

—Señor Hutcher…

—Senador McCain.

—Buenas noches, Hutcher. Espero que no le hayamos hecho esperar mucho. Ya sabe, mujeres…

Me muerdo la lengua por lo mentiroso que es, pero el pobre lo lleva en la sangre, es un político.

Nos sentamos y el sumiller aparece con una botella de vino sin que nadie lo haya llamado. Lo sirve y después desaparece. Llevamos haciendo esto nueve años. Cuatro veces al año. Siempre en el mismo restaurante. Siempre con la misma coreografía.

Tom levanta la copa para brindar.

—Por los negocios.

—Por el progreso —subrayo subliminalmente.

—Por el triunfo —tercia Henry con una sonrisa.

Todas las encuestas están a su favor. Ya se ve vencedor de las elecciones.

Thomas me mira interrogante, sabiendo que vengo a pedirle algo. Conozco esa mirada. Es la misma que pone Henry cuando quiere comprar un cuadro carísimo y todavía no ha decidido si merece la pena.

—Doctora Walsh, dígame…, ¿cómo va todo? Llevo varias semanas sin un informe completo.

—Los ensayos clínicos en los que estamos trabajando llevan su tiempo.

—Le pago por resultados, no por silencio.

—Sigamos siendo educados, señor Hutcher.

Sonríe sin enseñar los dientes. Es de los que sonríen cuando reciben un golpe del que se sienten orgullosos. Por eso lo respeto. Es un hombre competente.

—Necesito algo que mantenga mis esperanzas. Mi familia lleva tres décadas invirtiendo en su laboratorio y mis consejeros financieros empiezan a hacer preguntas que no me apetece contestar improvisando.

—Sus consejeros pueden esperar.

—En realidad, les pago para esto. No quiero desperdiciar dinero.

—No lo está desperdiciando. Tengo buenas noticias.

Henry levanta la vista de su copa, extrañado, porque sabe que no las hay. Hace meses que no le doy buenas noticias a nadie.

—Cuénteme, doctora —dice, dejando la copa con cuidado.

—Estamos entrando en una fase muy delicada del proyecto. Pero los avances son sólidos. Ya estamos en fase de pruebas y pronto tendré resultados visibles.

—¿Cuándo es «pronto»?

—Seis meses. Ocho como mucho.

—No tengo tanto tiempo.

—Puedo agilizarlo, pero necesitaré más liquidez para no retrasar la próxima fase. Le prometo que le ofreceré resultados certificados antes de lo que espera.

Thomas me mira indeciso. Yo le sostengo mi mirada más científica. Henry, a mi lado, hace lo que mejor sabe hacer: beber vino y dejar que los demás hablen.

—¿Cuánto necesita?

—Dos millones adicionales. Y otros dos el trimestre siguiente.

—Eso son cuatro millones por encima de lo acordado.

—No hablemos de números delante del futuro presidente de la nación, es poco elegante.

Henry sonríe.

Thomas respira hondo. Siempre respira hondo antes de decir que sí. Lo sé porque llevo nueve años contando sus respiraciones. Desde

que su padre murió y él tomó el mando de sus negocios.

—Está bien, doctora, le adelantaré los cuatro millones. En dos pagos. El primero la semana que viene.

—Excelente, señor Hutcher. Sabe tomar buenas decisiones.

—Y usted sabe usar pronombres posesivos para que los millones parezcan inversiones razonables.

—Es mi pequeño talento. —Sonrío encantada.

Brindamos de nuevo y Henry asiente, satisfecho.

Thomas suspira como un hombre que acaba de gastar dinero, pero se siente listo por haberlo gastado bien. Y yo, por dentro, calculo qué otras opciones puedo probar para darle resultados. Las justas.

—Si me disculpan, voy un momento al baño —dice Hutcher, dejando la servilleta sobre la mesa.

—Por supuesto.

—No empiecen los entrantes sin mí.

—No osaríamos.

La puerta del reservado se cierra detrás de él con un clic. Y por fin puedo dejar de sonreír.

—Joder… —murmuro.

Henry me mira por encima de su copa.

—¿Qué pasa, cielo? Lo has convencido enseguida.

—Sí, pero es cierto que estamos en una fase muy delicada. Y necesito dar con algo para garantizarle resultados, sin embargo, no estoy concentrada.

—¿Por qué?

—Por mis chicas.

—¿Qué pasa con ellas?

—Desde lo de Terry, las noto raras. Y no es paranoia mía, Henry, te lo juro. Solo una madre nota cuándo sus hijas están planeando algo a sus espaldas.

Henry se ríe por la nariz.

—Tú no eres su madre.

—Soy lo más parecido a una. Y en términos prácticos sirve.

—¿Y qué notas exactamente?

—No sabría decirte. Day está demasiado callada. Row no me coge ninguna llamada. Neva me ha cambiado dos veces de fecha los análisis de este mes. Y a Nao llevo sin verla desde febrero.

—Quizá estén ocupadas.

—No. Están tramando algo… No sé qué, pero algo. Y Jesse es el que más me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque desde que murió Terry no es el mismo. Finge estar bien, pero cuando me trae los informes de campo no me mira a los ojos. Y su historial de búsqueda de la semana sobre antiguos proyectos es extraño. Quizá haya encontrado algo entre las pertenencias de Terry… Me preocupa.

—Jesse es de fiar.

—Jesse es útil; no es lo mismo. Pero los útiles dejan de serlo cuando empiezan a hacer preguntas que no les corresponden.

Henry deja la copa y me coge la mano por encima del mantel con esa formalidad masculina que confunde con ternura.

—Tranquila, cielo.

—Es fácil decir eso.

—No lo digo por decir. Puedes estar tranquila.

—¿Por qué…?

—Porque tengo a mi hombre de confianza observándolas. Y me informaría si algo raro sucediera con las chicas.

—¿Y por qué yo no sabía nada?

—Ya sabes que me gusta tener todo controlado.

—Llámalo ahora mismo y pregúntale.

—¿Ahora?

—Sí, antes de que vuelva Hutcher.

—Pero, cielo, es tarde…

—Llámalo ya.

Henry suspira, saca el móvil y marca un contacto guardado como IT Support.

Epílogo 1

EVAN

La puerta del apartamento se cierra detrás de nosotros. Neva se queda de espaldas a mí durante unos segundos, con una mano todavía apoyada en el pomo, como si estuviera reuniendo el valor necesario para girarse. Yo hago lo mismo, aunque por razones muy distintas. Necesito componer la expresión adecuada. No demasiado serena, porque cualquier hombre normal estaría intentando decidir si la cena ha sido real o si le han echado algo en la bebida. Tampoco demasiado alterada, porque entonces ella intentará consolarme, se acercará, buscará mis ojos y quizá vea algo que no debería.

—Bueno —dice al fin.

Se gira despacio. La seguridad que suele envolverla se ha quedado abajo, sentada en aquella mesa, entre confesiones sobre asesinatos, experimentos genéticos, hombres creados en laboratorios y recuerdos borrados. Aquí arriba vuelve a ser Neva. La mujer que me mira como si mi respuesta pudiera partirla por la mitad.

—Bueno —repito.

Ella cruza los brazos, pero no es un gesto defensivo. Es una forma de sujetarse.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé.

Neva baja la mirada.

—Es una respuesta bastante justa.

—Estoy intentando asimilarlo.

—Claro.

La palabra sale demasiado deprisa, seguida de un asentimiento nervioso.

Me acerco un par de pasos, pero me detengo antes de llegar hasta ella.

Mi teléfono pesa en el bolsillo.

La llamada perdida lleva allí desde la cena, incrustada en mi cabeza como una alarma.

—Son muchas cosas —digo—. Lo de vuestras habilidades. Lo de los asesinatos. Lo de que os crearon. Lo de…

Hago una pausa y la miro.

—Lo de mi memoria.

Neva se estremece.

—Evan…

—No estoy enfadado.

No del modo en que ella cree al menos. No con ella. Nunca con ella.

—Deberías estarlo.

—Quizá mañana.

La broma no llega a serlo del todo, pero le arranca una respiración que se parece al comienzo de una risa. Apenas dura un segundo.

—Puedes necesitar tiempo —dice—. Lo entendería. Si quieres irte a tu apartamento, o pasar unos días sin verme, o…

—No.

La contundencia de mi respuesta la hace callar.

Su expresión cambia. Hay miedo en sus ojos, aunque no es miedo a mí. Es miedo a que la mire y solo vea el arma, el experimento, la asesina. A que todo lo que es quede enterrado bajo lo que le hicieron.

Neva descruza los brazos.

—Por favor, no me mires de forma diferente.

—No voy a hacerlo.

—Ahora lo dices porque estás en *shock*.

—Lo digo porque es verdad.

—No sabes cómo vas a sentirte mañana.

—Tampoco sabía cómo iba a sentirme la primera vez que me borraste la memoria y aquí estoy.

Su rostro pierde color.

Mierda.

—No pretendía…

—Ya lo sé —la interrumpo—. Es una forma horrible de expresarlo, pero lo que intento decir es que sigues siendo tú.

Se queda quieta, estudiándome.

—¿Incluso después de saber todo lo que he hecho?

Pienso en el laboratorio. En los hombres muertos. En las órdenes que ellas cumplen y en las vidas que destrozan para llegar hasta la mujer que las creó. Podría importarme. Quizá debería. Una persona mejor se preguntaría dónde termina la víctima y dónde empieza el monstruo. Yo no tengo ese problema.

La doctora a la que llaman Madre me da igual.

No me importa si merece morir, si es culpable, si está loca o si toda esta historia tiene una justificación más compleja. Tampoco me importa Preston Reed. Si mañana aparece muerto en una cuneta, dormiré exactamente igual que esta noche. No es crueldad. Es economía. No gasto emociones en personas que no significan nada para mí.

Neva sí.

Ella es la única grieta en una vida construida para no tenerlas.

—Incluso después de saberlo —respondo.

Sus labios se separan, pero no dice nada. Durante un instante creo que va a acercarse. Yo también quiero hacerlo, aunque el teléfono vuelve a tirar de mi atención.

Necesito sacar a Neva del apartamento sin que parezca que quiero librarme de ella. La observo un momento, fingiendo agotamiento, y dejo caer el cuerpo sobre el sofá.

—¿Sabes qué es lo peor?

Ella frunce el ceño.

—¿Qué?

—Que tengo la impresión de que todo esto sería más fácil de digerir con azúcar.

—¿Azúcar?

—Galletas. Chocolate. Algún producto procesado con una cantidad irresponsable de grasa.

Neva ladea la cabeza.

—¿Acabas de descubrir que soy una asesina creada genéticamente y quieres galletas?

—Es mi mecanismo de defensa.

Por fin sonríe. Es una sonrisa pequeña, todavía frágil, pero suficiente.

—Creo que abajo quedan unas galletas.

—Las de chocolate.

—Eran de Row.

—Entonces estaban condenadas desde el principio.

Neva niega con la cabeza y se acerca hasta mí. Se inclina, apoya una mano en mi mejilla y me besa con suavidad. El gesto es tan confiado que por un momento olvido respirar.

—Vuelvo enseguida.

—Tómate tu tiempo. Tengo que reorganizar toda mi comprensión del universo.

—Idiota.

La sigo con la mirada hacia el tobogán y luego el ruido de la trampilla al abrirse. Espero unos segundos más. Los suficientes para que llegue a la tercera planta.

Entonces, saco el teléfono.

La pantalla se ilumina y muestra la llamada perdida. No aparece el nombre real. Nunca lo haría. Deslizo el dedo por la lista hasta encontrar Dojo enterrado entre contactos que no significan nada. Una tienda de juegos, miniaturas y cómics. Un nombre inofensivo para un hombre que no lo es.

Pulso llamar.

Responde al segundo tono.

—Has tardado.

No hay saludo.

—No podía hablar.

—¿Estabas con ellas?

—Sí.

Se hace un silencio breve.

—¿Alguna novedad?

Miro hacia la puerta, aunque sé que Neva todavía no puede haber regresado.

—Hay un problema. Un poli de Asuntos Internos. Preston Reed.

—¿Qué ocurre con él?

—Está investigando al superintendente. Tiene información sobre su hermano y está reuniendo más.

La respiración del senador no cambia.

—¿Qué clase de información?

—Todavía no lo sé todo. Pero se está acercando demasiado. Puede relacionar al intendente conmigo.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Porque casualmente está intentado ligar con una de los monstruitos, la que hace tatuajes con aspecto raro, y tengo la sensación de que es para llegar a mí.

—¿Has descubierto algo más? —pregunta.

Sí.

He descubierto que Neva y sus hermanas no son solo asesinas. Que son el resultado de un experimento. Que existen habilidades que nadie admitiría en voz alta sin parecer un lunático. Que la tal Madre sigue siendo el centro de todo. Que las cuatro van a por ella. Que hubo otros hombres creados como el que ahora vive entre ellas y que todos los demás han desaparecido.

Podría contarle cada detalle.

Los McCain pagarían más por una información así. Mucho más. Llevan años pagándome por infiltrarme, mentir y convertir secretos

ajenos en dinero. Nunca he tenido problemas con eso. Las lealtades son un lujo y yo siempre he preferido cobrar.

Pero la imagen de Neva pidiéndome que no la mire de otra manera sigue clavada detrás de mis ojos.

—No —digo—. Nada relevante.

La mentira no me produce culpa. Solo una certeza incómoda: acabo de elegirla.

—Entonces Reed es el único cabo suelto.

—Sí. Si lo eliminamos, se acaba el problema.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Otro silencio.

—Ocúpate de él.

No dice cómo. No hace falta. Preston Reed debe dejar de investigar y de respirar. Elegir el método me corresponde a mí.

—Lo haré.

—Y Evan.

—¿Sí?

—No vuelvas a tardar tanto en responder.

La llamada termina.

Bajo el teléfono y observo la pantalla negra. Preston Reed va a morir y no siento nada. Madre puede vivir, morir o reducir todo Chicago a cenizas. Tampoco me importa.

Lo único que importa es que Neva siga creyendo que estoy aquí por ella.

Lo preocupante es que ya no estoy seguro de que sea mentira.

Epílogo 2

ROW

Me gustaría poder decir que no me siento cómoda rodeada por una multitud de personas sudorosas, borrachas y probablemente drogadas, pero no es así. Si mi hermana Day estuviese aquí, se estaría subiendo por las paredes, aunque la muy perra sabe muy bien cómo ocultar sus emociones.

A diferencia de mí, ella siempre ha sabido contenerse. Todas están de acuerdo en que yo soy mi mayor enemiga y que mi forma de ser no es más que una coraza autoimpuesta. Según ellas, la culpa es la que me hace actuar como una jodida desquiciada sin ningún tipo de autocontrol, y, bueno…, tampoco es que anden muy desencaminadas. Pero, en el fondo, disfruto de ser como soy.

No me gustan las normas; solo las he cumplido cuando me han obligado. En lo único que tengo que enfocarme es en hacer bien mi trabajo. Sin responsabilidades ni consecuencias.

Alzo la vista y ladeo un poco la cabeza para ver mejor a mi objetivo: Thomas Hutcher, el jodido dueño de Hutcher Technology, mecenas del proyecto A.R.P.I.A.S. y lameculos oficial de Madre, después de Jesse, por su supuesto. Aunque ahora el cabronazo ha decidido cambiar de bando.

Le doy un pequeño trago a mi vaso y sigo observándolo desde la pista de baile.

Una multitud de cuerpos sudorosos se rozan a mi lado como putos animales en celo, pero no me distraigo de mi objetivo. Tengo

que encontrar la forma de acercarme a Thomas Hutcher y besarlo para cumplir con mi encargo. Mañana no será más que un cadáver.

El gran impedimento es apartarlo del harén de rubias con tetas falsas que se concentra a su alrededor. Si no hubiese leído el informe sobre él, podría llegar a pensar que el tipo es una especie de estrella del cine o deportista famoso por cómo todas las chicas revolotean a su alrededor intentando llamar su atención.

Lo sigo vigilando un rato más. El hijo de perra se mueve por el interior del reservado de la discoteca, obligándome a hacer lo mismo para no perderlo de vista.

Me desplazo hacia una de las barras de bebidas, y tras darle un último trago a mi copa, me aseguro de limpiar el borde del vaso a conciencia antes de dejarlo sobre la barra. No quiero que nadie más muera mañana, aparte de Hutcher.

Pasan unos minutos hasta que encuentro la oportunidad que estaba esperando.

—Allá vamos… —murmuro.

Hutcher sale del reservado y se dirige a uno de los baños de la zona vip. Enseguida me pongo en marcha.

Aún con el sabor amargo del vodka subiendo por mi garganta como una llamarada de fuego, atravieso la pista de baile y lo sigo a una distancia prudencial.

Hutcher entra en el baño y yo me quedo fuera. Espero unos segundos antes de abrir la puerta con cuidado y lanzo una mirada al interior. Un tipo alto me mira frunciendo el ceño antes de salir del lugar, dejándome a solas con mi objetivo.

Me acerco más, paso a paso, y lo veo al fondo del baño pegado a uno de los urinarios. Aprovecho que aún no se ha dado cuenta de que estoy detrás de él para observarlo con detenimiento. El traje a medida que lleva puesto le marca una espalda ancha con hombros abultados, más abajo, un culo redondo y prieto que no me importaría en absoluto morder. Quién sabe… La noche es joven.

Además, que sea un jodido cabrón no significa que no merezca un buen revolcón antes de morir.

Me cruzo de brazos y esbozo una sonrisa ladeada.

«Oh, sí… Puede que haya algo más que un beso esta noche. Porque aquí folla todo el mundo menos yo, y eso no puede ser».

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me tiré a un hombre. Nuestras vidas se han convertido en un caos desde que Terry irrumpió en ellas y apenas he tenido tiempo para divertirme.

Escucho el sonido de una cremallera y Hutcher se gira en mi dirección.

Si por detrás ya me había tentado a follármelo, la parte delantera ha logrado convencerme del todo. Pelo oscuro bien peinado, barba salpicada de pequeños mechones canosos que le cubre un mentón anguloso y prominente y unos ojos oscuros como la noche misma. Se queda quieto, con su mirada clavada en la mía.

—Creo que se ha equivocado, señorita. El servicio de mujeres es en la puerta de al lado. —Su tono es firme y autoritario. La voz de un hombre que está acostumbrado a dirigir un jodido imperio. Bueno, eso está a punto de cambiar.

Esbozo una nueva sonrisa, dejando que mi melena rizada me caiga sobre un hombro.

—Estoy justo donde quiero estar, señor Hutcher —susurro.

Frunce el ceño y, sin mediar palabra, empieza a caminar en dirección al lavabo. Tras abrir el grifo, coloca las manos bajo el chorro de agua y me mira a través del espejo.

—¿Nos conocemos? —Niego con la cabeza mientras él coge un trozo de papel para secarse las manos—. Entonces, ¿por qué sabe mi apellido y yo no sé ni su nombre?

—Porque no lo creo necesario —respondo con un encogimiento de hombros.

Lanza el papel en el interior de un cubo y se gira muy despacio. No dice nada mientras se ajusta el nudo de la corbata sin dejar de mirarme con atención.

—No me gustan los acertijos. Si quieres algo de mí, dilo ya o márchate.

—¿Ahora nos tuteamos? Bien, es más íntimo. —Doy un par de pasos en su dirección—. Te he estado observando, Thomas. Eres como una estrella de *rock*, rodeado por tantas mujeres guapas.

Estrecha la mirada sobre mí mientras yo me acerco más.

Cuando llego a su lado, estiro la mano y la coloco sobre su pecho. Como ya esperaba, se siente duro al tacto.

—Disfruto de la belleza femenina. No creo que eso sea asunto de nadie, y menos de alguien a quien ni siquiera conozco.

—No lo es, pero me pregunto… —desciendo con la punta del dedo índice por encima de su corbata hasta el primer botón de la chaqueta—, ¿por qué todas son rubias?

Su mirada se oscurece más aún si es posible, y esta vez es él quien cierra el único paso que separa su cuerpo del mío, obligándome a alzar la cabeza para no romper el contacto visual.

Yo soy alta para ser mujer, pero, aun así, me saca media cabeza.

Su aroma invade mi nariz. Nunca me ha interesado saber nada sobre marcas de perfumes ni nada de esas mierdas, sin embargo, su olor es muy agradable.

—Nombre —dice, aunque por su tono suena más a una orden que a una pregunta.

Desabrocho el primero de los tres botones de su chaqueta y niego con la cabeza.

—Para lo que quiero hacer contigo no necesitas saberlo.

Su mandíbula se tensa, mostrando irritación. Está claro que no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

—Insisto. Me gusta saber el nombre de las mujeres a las que me follo —sisea entre dientes.

Arqueo una ceja de manera interrogante. El cabrón es atractivo, pero hace falta mucho más que una mirada dura y un tono de voz firme para intimidarme. Soy la jodida reina de la seducción. En el sexo yo soy la que domina y no al revés.

—¿Crees que es eso lo que está a punto de pasar entre nosotros, Thomas? —pregunto mientras desabrocho el segundo botón.

—Una mujer no te asalta en un baño público si no busca ser follada.

—Tal vez solo quiera un beso —susurro muy cerca de sus labios, pero sin llegar a tocarlos, mientras desabrocho el último botón.

No soy capaz de prever su siguiente movimiento. En solo un pestañeo, rodea mi cintura con el brazo y usa su otra mano para sujetar mi nuca. Se me borra la sonrisa de golpe cuando tira de mi pelo hacia atrás.

—Sé que voy a follarte porque me lo estás suplicando con la mirada. —Acerca la nariz a mi mejilla e inspira hondo—. Casi puedo oler lo cachonda que estás. Ahora dime tu jodido nombre.

Durante un instante no soy capaz de responder, y eso es algo que nunca antes me había pasado con un hombre. Siempre soy yo la que manda, la que tiene el control en todo momento, y ahora…

¿Por qué mierda huele tan bien este hombre?

Y ¿por qué me está excitando tanto que me sujete del pelo de esa manera tan agresiva?

Inspiro hondo por la nariz y trato de recomponerme, sin embargo, no soy capaz de detener el leve temblor de mis rodillas.

—No —susurro, intentando que mi tono suene seguro.

El muy hijo de puta no reacciona durante unos segundos, y cuando creo que va a cabrearse y soltarme, hace algo que me deja aún más confusa: sonríe. Una sonrisa de dientes blancos y perfectamente alineados que me roba todo el aire de los pulmones.

—¿Quién eres, desconocida? —exige en un tono casi inaudible.

Quiero responder algo ingenioso y directo, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. El sonido del incesante latido del corazón retumba con fuerza en el interior de mi pecho.

«Esto no me gusta».

—Suéltame —logro decir con un hilo de voz.

Hutcher niega con la cabeza y tira de mi pelo con más fuerza.

Me contengo para no gemir cuando noto el dolor en mi nuca y sus dedos clavándose en mi cintura.

—¿No querías un beso?

Oh, cierto. El beso. Tengo que matar al hijo de puta. Ese es mi objetivo y yo nunca fallo. Intento pegar mi boca a la suya, pero lo impide tirando de nuevo de mi pelo. Esta vez soy incapaz de retener el vergonzoso gemido que sube por mi garganta.

—Thomas… —siseo al darme cuenta de que sigue sonriendo.

—¿Ves? Estoy en inferioridad de condiciones. Yo también quiero gemir tu nombre.

—No he gemido tu nom… —Antes de que pueda terminar de replicar, sus labios cubren los míos y cierro los ojos con fuerza.

Ya está hecho. En veinticuatro horas, Thomas Hutcher estará muerto.

Coloco mis manos en su pecho para apartarlo, pero antes de que pueda empezar a ejercer fuerza, su lengua se cuela en mi boca y me estrecha más contra su cuerpo.

Gimo de nuevo al notar su sabor y la dureza de su polla contra mi muslo.

Hutcher mueve mi cabeza de un lado a otro, colocándome a su gusto para seguir asaltando mi boca. No es cariñoso ni dulce, y, para mi sorpresa, me encanta que no lo sea.

Durante un instante me planteo la posibilidad de llevar a cabo mi plan inicial y tirármelo aquí mismo. Quizás por una vez no esté tan mal dejar que alguien más tome el control. Sin embargo, antes de poder tomar la decisión en firme, escucho cómo la puerta del baño se abre a mi espalda y Hutcher se aparta con un gruñido profundo.

Me giro despacio, con la respiración acelerada y la mente nublada por el deseo y la excitación.

Un chico joven se detiene tras entrar en el baño y se nos queda mirando con una sonrisa de alguien que entiende exactamente lo que estaba pasando.

—Fuera —ordena Hutcher.

El chico aparta la mirada de mí y su sonrisa se esfuma.

—Necesito usar el baño —murmura.

Escucho un resoplido a mi espalda y el chico sigue su camino en dirección a los urinarios.

Inspiro hondo por la nariz una vez, y después otra y otra más antes de girarme.

Thomas Hutcher me mira sin decir una sola palabra mientras escuchamos cómo el chico se baja la cremallera del pantalón.

—Salgamos de aquí —sugiere sin apartar sus ojos de los míos.

Niego con la cabeza y él frunce el ceño. Esta es mi oportunidad para irme sin que me retenga y no pienso desperdiciarla. Ya he cumplido con mi encargo. Toca retirarse.

—Buenas noches, señor Hutcher —susurro antes de dar media vuelta y abandonar el baño a toda prisa.